

LITORAL

Revista de la Poesía y el Pensamiento



LITORAL
FEMENINO
Literatura escrita
por
mujeres en la
ESPAÑA
contemporánea

mxm lxxxvi

Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa

N.º 169-170

litoral

**Revista de la Poesía
y el Pensamiento**

Fundada por Emilio Prados
y Manuel Altolaguirre

DIRIGE

José María Amado
Lorenzo Saval

CONSEJO DE REDACCIÓN

Carmen Saval Prados
Jesús García Gallego
María José Amado del Riego

MAQUETACIÓN Y DISEÑO

Lorenzo Saval
Jesús García Gallego

PORTADA

Lorenzo Saval

EDITA

Revista Litoral, S.A.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Urb. La Roca, Apato. 107-C
Torremolinos (MÁLAGA) 29620
Tif. 384200 - 380758

DISTRIBUCIÓN

VISOR LIBROS
Tomás Bretón, 55
28045 MADRID
Tif. 4681098 - 4681248

LES PUXES

Escornalbou, 12
08026 BARCELONA
Tif. 2352208

IMPRIME

Copartgraf
Camino de Albolote, s/n
Maracena (GRANADA)
Tif. 420257

D. L. MA 128-1968

I.S.S.N. 0212-4378

C.I.F. A-29183050

Reservados todos los derechos
de esta edición

111 111A110 1951



Cabeza de mujer. Maruja Mallo.



LITORAL



LITERATURA escrita
por
mujeres en la
ESPAÑA
contemporánea

Edición-selección
e introducción de:
LORENZO SAVAL y
J. GARCÍA GALLEGÓ

mxm lxxxvi

LITORAL



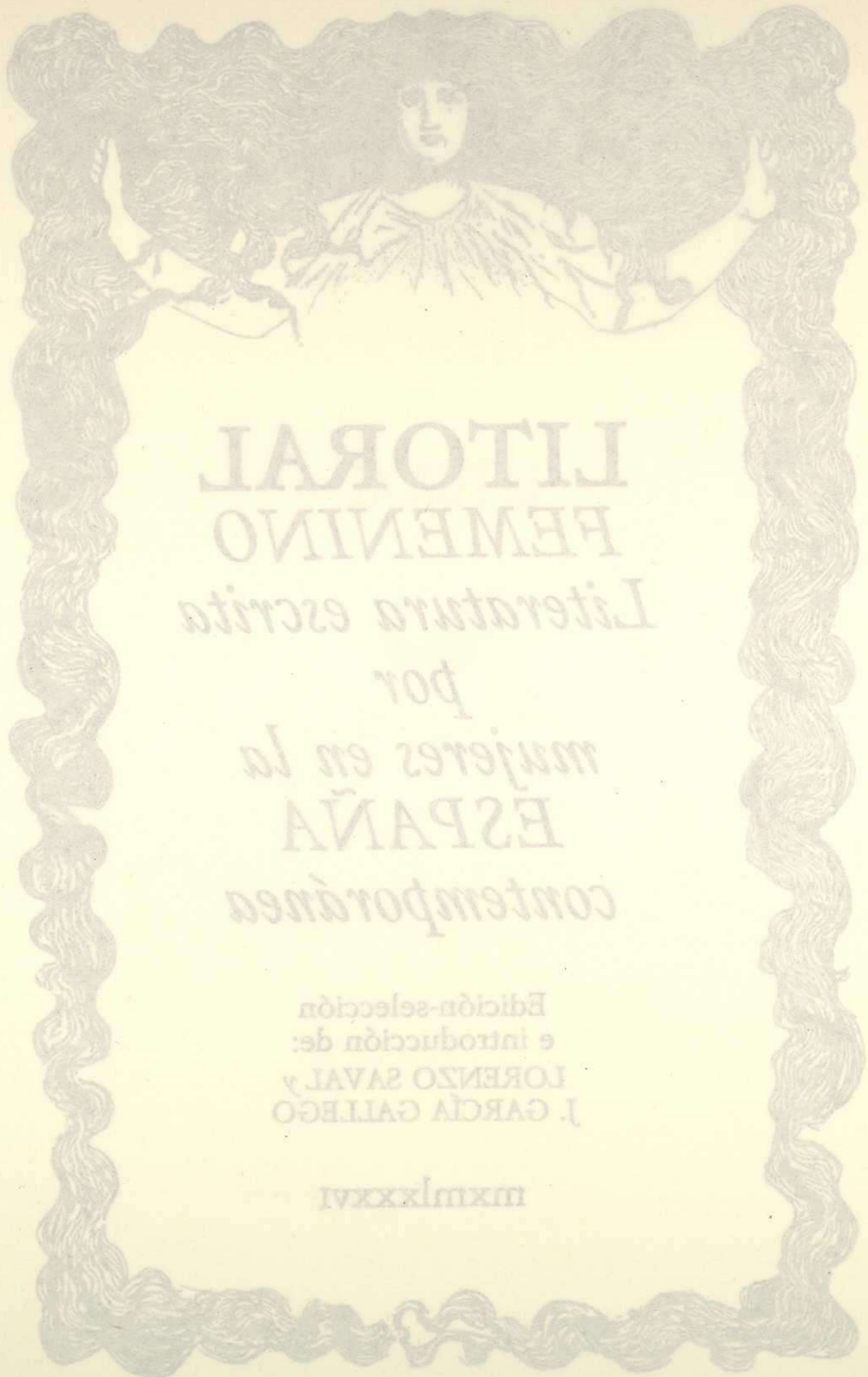
Cópia de mujer. Margu Mullu.



LITORAL
FEMENINO
Literatura escrita
por
mujeres en la
ESPAÑA
contemporánea

Edición-selección
e introducción de:
LORENZO SAVAL y
J. GARCÍA GALLEGO

mxm lxxxvi



LITORAL
FEMENINO

Literatura escrita

por

mujeres en la

ESPAÑA

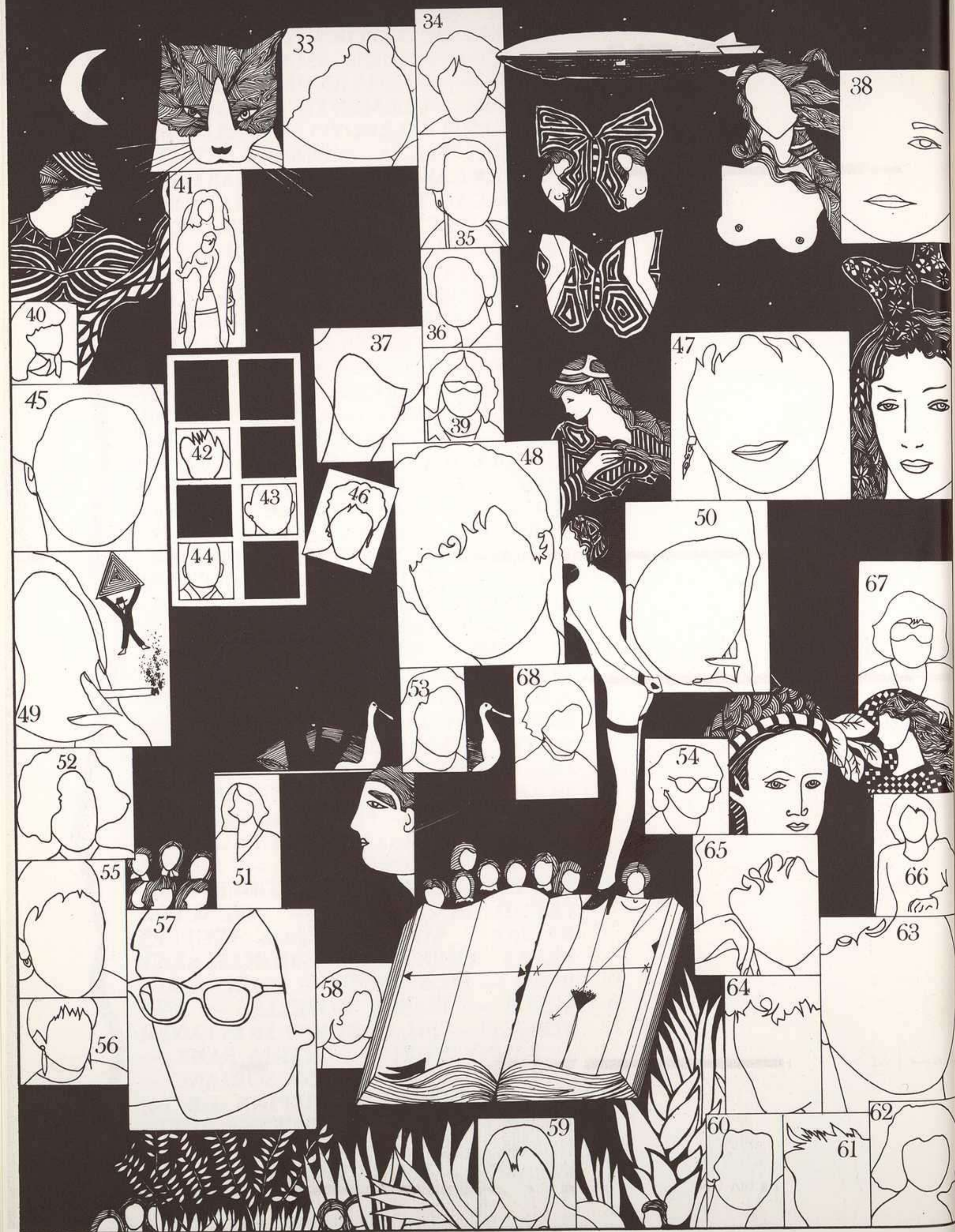
contemporánea

Edición-selección
e introducción de:
LORENZO SAAVA
y
J. GARCÍA GALLEGO

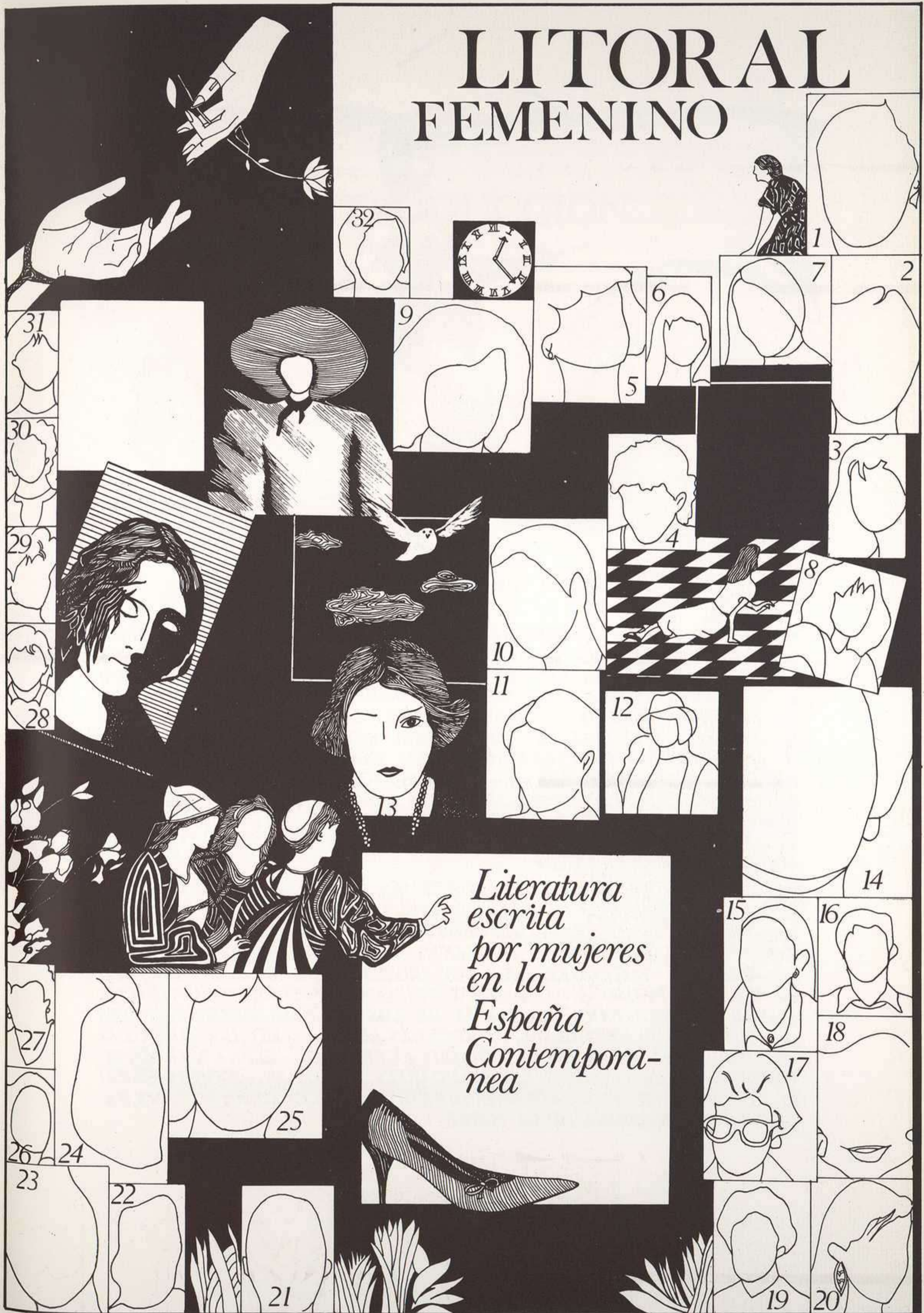
MXLXXVI



ISABEL ABAD — MERCEDES ABAD —
AURORA DE ALBORNOZ — JOSEFINA
ALDECOA — NURIA AMAT — AMPARO
AMORÓS — ELENA ANDRÉS — BLANCA
ANDREU — CLEMENTINA ARDERIU —
MARGARITA ARROYO — MARÍA VIC-
TORIA ATENCIA — ANA BALLETBÓ —
PUREZA CANELO — JUANA CASTRO —
LUISA CASTRO — CARMEN CONDE —
ISLA CORREYERO — ROSA CHACEL —
ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN —
MARÍA DOLS — GLORIA DÍEZ —
MARÍA ENCISO — MERCEDES ESCOLA-
NO — ISABEL ESCUDERO — GLORIA
FUERTES — TERESA GARBÍ — ADELAI-
DA GARCÍA MORALES — DIONISIA
GARCÍA — TERESA GOMEZ — MEN-
CHU GUTIERREZ — ALMUDENA GUZ-
MAN — ENCARNACIÓN HUERTA —
AMALIA IGLESIAS SERNA — CLARA
JANÉS — LUZMARÍA JIMENEZ FARO —
CONCHA LAGOS — ESPERANZA LOPEZ
PARADA — AURORA LUQUE — MARU-
JA MALLO — CHANTAL MAILLARD —
PILAR MARCOS VAZQUEZ — ELENA
MARTÍN VIVALDI — MARINA MAYO-
RAL — CONCHA MÉNDEZ — INÉS
MONTES — GLORIA MERLO — ANA
MARÍA MOIX — ROSA MONTERO —
ANGELES MORA — ANA MARÍA NAVA-
LES — MARÍA NAVARRO — TERESA
ORTIZ — PALOMA PALAO — MARÍA
DEL CARMEN PALLARÉS — PILAR PA-
LLARÉS — ELENA PANTELEEVA —
NURIA PARÉS — PILAR PAZ PASAMAR
— PILAR PEDRAZA — ANA PELAYO —
MARTA PESARRODONA — MARTA
PORTAL — BEATRIZ POTECHER — SO-
LEDAD PUÉRTOLAS — ASUNCIÓN
RALLO — MARÍA DE LOS ÁNGELES
REYES FUENTES — MONTSERRAT
ROIG — PILAR ROJO — MARINA RO-
MERO — ISABEL ROSELLÓ — ANA
ROSSETI — PILAR RUBIO MONTANER
— FANNY RUBIO — MARÍA SANZ —
CARMEN SAVAL — ELENA SORIANO —
ESTHER TAPIA — JOSEFINA DE LA
TORRE — ESTHER TUSQUETS — JULIA
UCEDA — ROSALÍA VALLEJO — LOLA
VELASCO — MARÍA ZAMBRANO



LITORAL FEMENINO



*Literatura
escrita
por mujeres
en la
España
Contemporanea*



EN PORTADA

- 1.—CLARA JANÉS 2.—PILAR PEDRAZA 3.—ISABEL ESCUDERO
 4.—MONTSERRAT ROIG 5.—JOSEFINA ALDECOA 6.—ELENA PANTELEEVA
 7.—CHANTAL MAILLARD 8.—INES MONTES 9.—ROSA MONTERO
 10.—MARÍA VICTORIA ATENCIA 11.—ADELAIDA GARCÍA MORALES
 12.—AMPARO AMORÓS 13.—MARÍA TERESA LEÓN 14.—MARTA PORTAL
 15.—MARINA MAYORAL 16.—ANA MARÍA MOIX 17.—PUREZA CANELO
 18.—PILAR RUBIO MONTANER 19.—JULIA UCEDA 20.—MENCHU GUTIE-
 RREZ 21.—ELENA SORIANO 22.—ANA MARÍA NAVALES 23.—MARÍA NAVA-
 RRO 24.—NURIA AMAT 25.—PILAR ROJO 26.—ISABEL ABAD 27.—PILAR MAR-
 COS VAZQUEZ 28.—TERESA GOMEZ 29.—ENCARNACIÓN HUERTA PALACIOS
 30.—MARÍA DEL CARMEN PALLARÉS 31.—ANA PELAYO 32.—MARUJA
 MALLO 33.—JUANA CASTRO
 34.—AMALIA IGLESIAS SERNA 35.—AURORA DE ALBORNOZ 36.—MARINA
 ROMERO 37.—DIONISIA GARCÍA 38.—CONCHA LAGOS 39.—PILAR PALLARÉS
 40.—ANA CASALS 41.—MARÍA JOSÉ AMADO 42.—TERESA ORTIZ 43.—MARÍA
 SANZ 44.—MARÍA DOLS 45.—FANNY RUBIO 46.—GLORIA MERLO
 47.—BEATRIZ POTECHER 48.—ANA ROSETTI 49.—BLANCA ANDREU
 50.—PALOMA PALAO 51.—CARMEN SAVAL 52.—ISLA CORREYERO 53.—LUZ
 MARÍA JIMENEZ FARO 54.—MARÍA DE LOS ANGELES REYES FUENTES
 55.—SOLEDAD PUÉRTOLAS 56.—MERCEDES ABAD 57.—ESTHER TUSQUETS
 58.—MERCEDES ESCOLANO 59.—GLORIA FUERTES 60.—ELENA MARTÍN VI-
 VALDI 61.—ELENA ANDRÉS 62.—MARGARITA ARROYO 63.—TERESA GARBÍ
 64.—ISABEL ROSELLÓ 65.—GLORIA DIEZ 66.—ANGELES MORA 67.—ANA BA-
 LLETBÓ 68.—JOSEFINA DE LA TORRE

INTRODUCCION



HAN cambiado muchas cosas desde que Charles Baudelaire escribiera: «En toda mujer de letras hay un hombre fracasado», tantas, que quizá cualquier intento por nuestra parte de desmentir esta afirmación parecería, hoy en día, una ingenua lección de humor negro. Algunos, más sutiles que el poeta francés, han preferido considerarla como un elemento estético coleccionable, mientras que otros, con un criterio digno de la mejor antropología del siglo XIX la han catalogado como miembro de una marginal subcultura que haya que defender o integrar.

De vuelta ya de esa fascinación por «lo femenino» tan sospechosamente misógena, asumida últimamente como pose por algunos poetas españoles y, conscientes del inevitable «síndrome de museo» que tarde o temprano terminan padeciendo muchas antologías, hemos intentado abordar este trabajo con espíritu positivista, esperando que su resultado además de actualizar y sistematizar lo ya existente, permita llegar a nuevas conclusiones sobre cómo se enfrentan a la literatura estas autoras y, hasta qué punto, su condición específicamente femenina —a pesar del intrusismo del que hablábamos— las aparta o integra en la literatura española del momento.

En la inconsciencia de haber asumido todos los riesgos de esta idea nos quedó el espacio abierto para ofrecer el máximo posible de ese «ramo de flores del habla», como podría traducirse literalmente, desde sus raíces griegas, la palabra antología. Antología, que en este caso nunca llegará a serlo, dado el carácter informativo que hemos pretendido imprimirle. En esto estriba la contradicción y la salvación de un trabajo de esta naturaleza.

Obviando, por evidentes razones de oportunidad y espacio el sentido último de la polémica sobre si las mujeres escriben «diferente» que los hombres —discusión que empantana hace tiempo a las teóricas del feminismo— pareciéndonos además utópico a estas alturas creer en la «autonomía ideológica» de un texto, en su «neutralidad» frente a un lector potencial «históricamente determinado», que además es ante todo un «cómplice», preocupado más por la calidad literaria que por el sexo del autor, hoy, especialmente atraído por una auténtica avalancha de obras escritas por mujeres, que con notable éxito editorial y de la crítica, llenan los escaparates de nuestras librerías.

Nuestra intención original —que debemos reconocer no fue en absoluto ajena a este fenómeno— era la de ofrecer una visión lo más completa posible de la actividad cultural de la mujer en la España contemporánea. Pero esa declaración de principios, se vio inmediatamente limitada por la gran cantidad de escritoras que debíamos incluir si no queríamos caer en la tópica antología al uso, que con más o menos fortuna intenta clasificar y organizar a las figuras literarias más representativas del momento.

Todas estas autoras, aunque representan una parte significativa de las distintas tendencias, generaciones y estilos que, desde la «poesía pura» hasta los mal llamados «postnovísimos», configuran el mapa literario español, sin embargo, tiene en común, su casi «pertinaz» ausencia de las muchas antologías que se han hecho en nuestro país, excepto, naturalmente, las realizadas en función del sexo como elemento diferenciador del resto de los escritores. Y como para éstas, en general, sus fuentes, sus preferencias, la habilidad para sobrevivir a la rima o al verso libre, a la posguerra española, a la censura o a la narrativa anglosajona constituyen, dentro de su obra, un síntoma evidente de salud literaria, de superación de viejos complejos intelectuales que en su caso, pudieron haberla tentado a la hora de enfrentarse a la creación literaria.

También es necesario explicar el carácter consultado de esta edición, en el que además de entrar en contacto con las escritoras y pedirles que seleccionaran ellas mismas los textos, se insistió siempre en la necesaria presencia de inéditos, que equilibraran y actualizaran al máximo la obra presentada. En el trabajo previo de selección, hemos procurado sacrificar gustos y preferencias, para en la medida de lo posible, mantener un mínimo criterio de objetividad y representatividad.

En todo caso, el carácter polifacético dentro de la literatura, sorprenderá quizá al lector, pues la mayor parte de las escritoras que incluimos podrían figurar en cualquiera de los apartados generales de este proyecto.

El espacio y el tiempo siempre han sido márgenes que han limitado intenciones y deseos en LITORAL. En este caso esos márgenes han sido ampliados para dar una visión más amplia de la mujer en las letras. Pero, pese a ello, el hospedaje no ha sido suficiente para acoger a la gran cantidad de escritoras que merecerían estar en este número extra de la revista. Por otra parte y dado el carácter «consultado» del trabajo nos fue imposible incluir algunas autoras sin su expresa colaboración.

Las menos desestimaron nuestra invitación, otras se justificaron cortésmente y algunas no consideraron oportuno figurar en una edición en que únicamente se encontrasen autoras del mismo sexo, imaginando, pensamos, intrigas propias de otro tipo de antologías.

Pero lo verdaderamente significativo, pese a esas ausencias, fue la gran aceptación de nuestra propuesta y la masiva participación de lo que creemos es un fragmento del eje central o núcleo de la literatura escrita por mujeres en la España contemporánea. En este sentido hemos profundizado por donde

HAN cambiado muchas cosas desde que Charles Baudelaire escribiera: creíamos se había producido una incorporación a la «Nueva literatura» o a una «nueva estética» de una serie de mujeres contemporáneas de las escritoras de la llamada Generación del 27 (generación consagrada precisamente en las páginas de esta revista). Dentro de esas precursoras es destacable la figura de Josefina de la Torre que, publica su primer libro en el Octavo Suplemento de Litoral, o el de Concha Méndez, unida directamente al principio de esta revista como poeta, impresora y compañera de Manuel Altolaguirre. A Maruja Mallo hemos querido darle de una manera especial un sitio de honor entre estas «precursoras» —a pesar de su condición de pintora— por su genialidad y locura. Nuria Pares y María Enciso representan a las desconocidas del exilio y Rosa Chacel, Ernestina de Champourcin y Carmen Conde como nombres inalterables.

El corte cronológico, el punto de partida de nuestra selección —coincidente con la publicación de sus primeros libros entre el 1925 y el 1928— está más que justificado y es perfectamente defendible si nos ajustamos al recurso de la metodología o la conveniencia de agrupar las cosas de acuerdo a un plan de trabajo.

El otro techo cronológico está en el más reciente pasado, el presente fugaz y el futuro inmediato que nos entrega una serie de excelentes autoras llamadas «novísimas», expresión que nos parece carente de imaginación y poco acertada, ya que ser joven no constituye ninguna novedad y sin embargo éste parece ser el significado último del término clasificatorio. No obstante estas jóvenes escritoras más o menos desconocidas reciben el mismo tratamiento que las consagradas, salvo en esa breve antología titulada «Las más jóvenes» realizada por Ramón Buenaventura, autor de las *Diosas blancas* (Editorial Hiperión, 1985), última y más comentada antología de la joven poesía española escrita por mujeres y que hemos querido significar en un apartado especial, únicamente por eso, por ser las más jóvenes.

En el caso de las «precursoras» fue exclusivamente por un carácter sentimental, que al fin y al cabo es el «último» recurso del antólogo, apartado noblemente enriquecido por esa reducción facsimilar de *A la orilla de un pozo*, primer libro de Rosa Chacel, páginas facsimilares de los primeros libros de Concha Méndez y Josefina de la Torre y por los textos de Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Manuel Altolaguirre, León Felipe y Ramón Gómez de la Serna que demuestran una vez más la inquebrantable unión literaria del hombre y la mujer.

Por otra parte hemos contado además con la presencia de algunas escritoras extranjeras residentes en España y que ejercen su actividad literaria en nuestro país.

MAPA EN ROSA

Sería absurdo justificar una a una las poetas y escritoras ausentes en esta edición, ya que en ningún momento pensamos hacer una Historia de la Literatura Femenina ni un texto para estudiantes, críticos o docentes, sino una obra para lectores.

En un instante preciso,
de un instante así preciso,
falta la noche, frías,
se hunde el día.

Las dos curvas de la cintura
entre unas manos alzas
—avanzando en la vida
de un solo de agua azarada:
de una líquida serpiente
que se a las manos azaradas
moviendo insostenibles
voluntades de pájaros—

Por las sombras, agrandadas,
de una eternidad, eterna,
largas volutas de cielo.
Las Fierros que se agorran...
Y el Negro, dando de loco,
se entre las líneas traladas...

Cecilia Méndez Correa

Telescopio

Con un telescopio mira
todo lo hecho azarado...
Fijar una de líneas
y se hace galaxias con Fierros.
En la rotación que
de la luz.
Juego una estrella y revolución
y una se pone a bailar.
—De línea las constelaciones
al telescopio se conecta,
y se mira el cielo azarado,
y lo que se mira, se mira—
Se son espejos las líneas de la Tierra,
y por una una estrellada
se encuentra un día bello,
que al telescopio se pone con el brillo
y la luz azarada,
largas una línea de líneas.
El telescopio el telescopio
¿Dónde que el telescopio
para el cielo una ventana
y por ella, se se mira,
hasta por la que así mira...?
Alza,
largas de líneas
de un instante preciso
El se estrella contra el cielo
—El ojo de las estrellas
se se mira que se estrella—
Dónde por telescopio
aporta la mirada que mira...?

Franz de Vaccarone



MARIA TERESA VERNEY
perfil

En un momento preciso a la noche
de un instante así preciso,
falta la noche, frías,
se hunde el día.
Las dos curvas de la cintura
entre unas manos alzas
—avanzando en la vida
de un solo de agua azarada:
de una líquida serpiente
que se a las manos azaradas
moviendo insostenibles
voluntades de pájaros—
Por las sombras, agrandadas,
de una eternidad, eterna,
largas volutas de cielo.
Las Fierros que se agorran...
Y el Negro, dando de loco,
se entre las líneas traladas...

Página facsimil de La Gaceta Literaria, 1929.

Señala absurdo justificar una a una las poetas y escritoras ausentes en esta edición. Ya que en ningún momento pensamos hacer una historia de la Literatura Femenina ni un libro para estudiantes, críticos o docentes, sino una obra para lectores.

El ordenamiento de esta obra se debe a la voluntad de la editorial, que en el momento de su publicación se encontraba en un momento de transición. El ordenamiento de esta obra se debe a la voluntad de la editorial, que en el momento de su publicación se encontraba en un momento de transición.

El primer volumen de esta obra, que se publicó en 1923 y el 1924, fue el primer volumen de esta obra, que se publicó en 1923 y el 1924.

El que es un trabajo de investigación y de crítica literaria, que se publicó en 1923 y el 1924, fue el primer volumen de esta obra, que se publicó en 1923 y el 1924.

En el caso de las «preocupaciones» que se publicaron en 1923 y el 1924, fue el primer volumen de esta obra, que se publicó en 1923 y el 1924.

Por otra parte, también se publicaron en 1923 y el 1924, fue el primer volumen de esta obra, que se publicó en 1923 y el 1924.



MAPA EN ROSA

Nocturno helado

Con su combado pechera
de botones incendiados,
la Noche, muda de sombras
y silenciosa de pasos,
por las vertientes heladas
se va acercando, acercando.

En su corbata tirante,
de un oscuro azul cobalto,
lleva la Noche, prendido,
un hemisferio afilado.

Sus dos cuernos se recortan
sobre unos álamos altos
—surtidores en la orilla
de un nido de agua escarchado;
de una líquida serpiente
que va a los mares cantando
canciones insospechadas
estremecidas de pájaros—.

Por las sombras, agrandadas,
se van clavando, clavando,
largos puñales de hielo.
Los Vientos gimen sangrando...
Y la Noche, honda de luces,
va entre los hielos temblando...

CONCHA MÉNDEZ CURSTA.

Telescopio

Con mi telescopio miro
toda la noche estrellada...
Júpiter está de broma
y se hace guiños con Venus.
Ríe la redonda cara
de la luna.
Juega una estrella a escondite
y otra se pone a buscarla.
—De tanta luz centelleante
mi telescopio se empuña,
y no veo si esta estrella,
a la que persigue, alcanza.—
Se han apagado las luces de la Tierra,
y por cada una extinguida
se encienden arriba tantas,
que el telescopio no puede con el brillo
y le entra sueño,
porque sus ojos se cansan...
¡Se ha dormido el telescopio!
¡Soñará que el Firmamento
para él abre una ventana
y por ella, en su cristal,
puedo ver lo que allí pasa...?
Acaso,
porque de pronto
de su trípode resbala
y se estrella contra el suelo!
—Si cayó de las estrellas
no es raro que se estrellara.—
Suicidio por imprudencia;
¿quién le mandó que soñara...?

PILAR DE VALDERRAMA.

Niña bordando

“Los mares tienen sirenas
y los bosques tienen hadas,
los amantes tienen penas,
los besitos tienen alas,
alitas para volar
antes que el amor se vaya.”

Así cantaba mi niña,
en la ventana sentada,
sus manos bordaban flores,
sus ojos perlas lloraban.

Marinera

En una barca se fué mi amor.
Una estrellita del mar
me dijo que volvería,
y las olas, “volverá, volverá”,
en su canto repetían.

Una estrellita del mar
me dijo que volvería
en su barquito velero
y aquí, en la playa, lo espero
noche y día.
Volverá, trae el amor por timonero.

Luna lunera

Como una niña rubia,
con un blanco babero,
la luna llena
se pasca por el cielo.
¡Luna, lunera,
quién te almidonó el babi
que vas tan hueca?
Salta a la comba con un aro
todo de plata y de cristal,
con un cordel
de seis colores
que el agua sacó del mar.
“Luna tendida, marinero en pie”.
¡Salta, salta, lunita, en tu cordel!

M.^a LUISA MUÑOZ DE BUENDÍA.

María Teresa Vernet

No se encuentra muy cultivada la prosa catalana por delicadas manos femeninas. Se comprende. Renovada la literatura del sector mediterráneo hispánico durante el curso del siglo XIX, el primer elemento que salió a manifestarse en público fué la lírica.

Sería negar la evidencia que de la señora Massanés y D.^a María de Belloch a María Antonia Salva, Ana de Soavedra y Clementina Arderiu, el verso se ha afianzado, ascendiendo en primores, entre poetisas catalanas.

La predisposición femenina se aviene con la expresión sensible de las emociones íntimas y primarias. La música de la rima olvida toda dificultad al predispuesto a la lira.

Para la prosa se requiere un mayor sentido de la estructura psicológica: adentrarse en el desagradable juego de las pasiones y de los panoramas intelectivos, y sin ser por aquéllas sugestionado ni por éstos embebido, vincularlo a la mayor o menor capacidad en la creación de la trama novelesca. Es del momento en que se inicia con poderoso brío la imaginaria fá-

bula, capaz de captarse la desinteresada atención del lector más inexperto, que se produce en una literatura la realidad de la novela.

En este orden de ideas, si prescindimos de la señora Catalina Albere, que, bajo el pseudónimo de Víctor Catalá, resplandece con luz propia, vigorosa Emperatriz de la novela en la literatura catalana, poco se puede señalar por la zona levantina a la atención objetiva de los lectores desapasionados.



MARIA TERESA VERNET

por Bon

No vamos a situar a la señora Carmen Karr y a su predecesora, D.^a Dolores Moncada de Macie, en un ambiente literario europeo. Aun reuniendo condiciones estimables, es difícil sostener su notoria significación local con la responsable gallardía de que están dotadas—de Colette a Margarita Audoux—tantas escritoras, honor y gloria del siempre abastecido jardín francés.

Ante la dolorosa realidad que se ofrece por contraste, en la literatura catalana, asistir a la aparición en ésta de una nueva figura literaria femenina que se destaque con significación original, es digno de singular mención. Y este es el caso de María Teresa Vernet que derivando hacia Carlos Louis Philippe lo que la señora Albert situara en el mundo de Guy de Maupassant, obtiene desde el primer momento la unánime consideración de la crítica.

No puede pedirse en una primera obra, cual es Amor silencioso, mejor demostrada la aptitud en la técnica de articular una novela. Se aglutinan en ella la ternura y el lirismo; la inesperada observación de los más complicados matices psicológicos se descubre con el mayor recato, y con culminante acierto se produce el desenlace, que deja en el ánimo una cordial melancolía amorosa.—José María de Sucre.

MAPA EN ROSA

Este es el primer libro de la colección de poesía que el poeta ha publicado en los últimos años. En él se recogen los poemas que el autor escribió durante su estancia en España, desde su llegada a Madrid en 1925 hasta su salida en 1930. El libro está dividido en dos partes: la primera contiene los poemas que el autor escribió durante su estancia en España, y la segunda contiene los poemas que escribió durante su estancia en México.



MARIA TERESA VERNET
por José

La poesía es un arte que se ha desarrollado a lo largo de la historia. Desde los primeros poemas escritos en tablillas de arcilla hasta los poemas modernos escritos en papel, la poesía ha sido una forma de expresión que ha acompañado al ser humano a lo largo de su existencia. En el presente libro, el autor nos ofrece una selección de sus poemas más destacados, que reflejan su evolución como poeta y su compromiso con la cultura y la sociedad de su tiempo.

Misa bordando

Las manos tienen fuerza
y los bordados tienen vida,
los bordados tienen fuerza,
los bordados tienen vida,
los bordados tienen fuerza,
los bordados tienen vida.

Marinera

En una barca se fue un amor,
fue en una barca se fue un amor,
fue en una barca se fue un amor,
fue en una barca se fue un amor,
fue en una barca se fue un amor,
fue en una barca se fue un amor.

Luna lunera

Como una luna lunera,
como una luna lunera,
como una luna lunera,
como una luna lunera,
como una luna lunera,
como una luna lunera.

Maria Teresa Vernet

La poesía es un arte que se ha desarrollado a lo largo de la historia. Desde los primeros poemas escritos en tablillas de arcilla hasta los poemas modernos escritos en papel, la poesía ha sido una forma de expresión que ha acompañado al ser humano a lo largo de su existencia. En el presente libro, el autor nos ofrece una selección de sus poemas más destacados, que reflejan su evolución como poeta y su compromiso con la cultura y la sociedad de su tiempo.

Nocturno helado

Con su comba helada,
con su comba helada,
con su comba helada,
con su comba helada,
con su comba helada,
con su comba helada.

Telescopio

Con un telescopio miro
con un telescopio miro,
con un telescopio miro,
con un telescopio miro,
con un telescopio miro,
con un telescopio miro.

Como un Mirador Ciego

Como un Mirador Ciego,
como un Mirador Ciego,
como un Mirador Ciego,
como un Mirador Ciego,
como un Mirador Ciego,
como un Mirador Ciego.

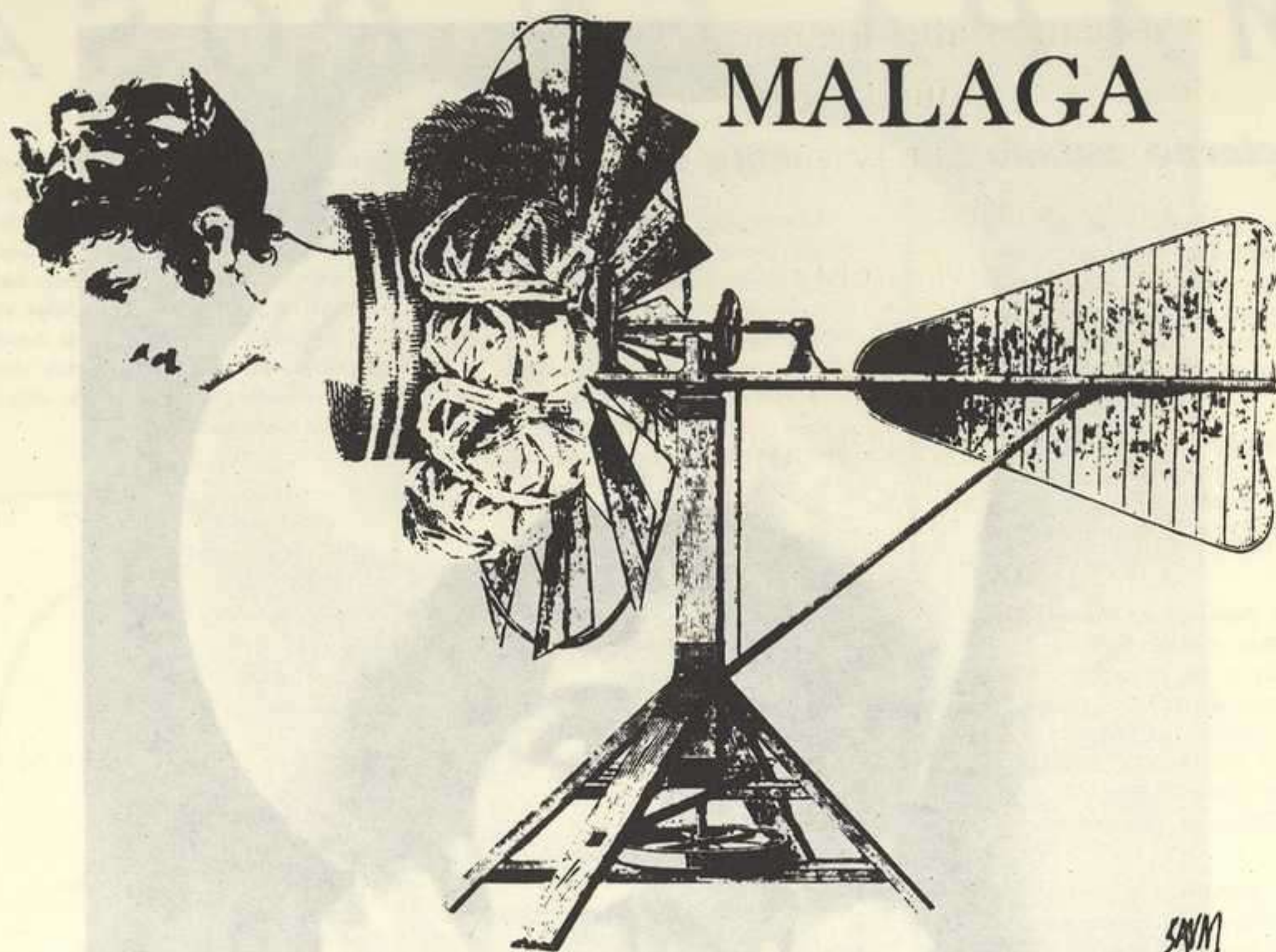
PLAN DE VALLEHERMOSA



DECRETO DEL PARLAMENTO INGLÉS (1770)

Todas las mujeres que seduzcan y lleven al matrimonio a los súbditos de Su Majestad mediante perfumes, pinturas, cosméticos, dientes postizos, peluca, miriñaques, zapatos de tacos altos y rellenos en las caderas, incurrir en delito de brujería... Y el matrimonio será nulo.

CONCRETAMENTE



Pues... será mejor la tertulia. Si en ello va la emoción que lo envuelve todo. Si anima y cuerpo reverdecen la punta de la boca. Si más adelante viene el agua hasta los pies para correr gritando: está aquí el agua, me tienta, me hunde, abracemos el mar... de fondo. No, no hago literatura. Simplemente floto en la vecindad de un objeto lleno de fé creadora, que no debe asustar a nadie. Puede ser un plástico, un corcho, una madera, (plural, ay, plural) de nuestro siglo. Entonces ¿será por eso? vuelvo concretamente a Málaga. Y asemeja orientación, reconocimiento o el Amor plegado a la costumbre de sentirlo por todo y por todo, indistintamente. Parecido (no entiendo mucho de aves marinas) debe ir haciendo la gaviota que roza en picado la blancura de si misma. Cuando la luz va diciendo que no hay misterios esenciales: cerca del agua, piedras, un perro, una barca, un vino. Una baraja para escribir deseando llegar de tú a tú a la poesía. A la poesía del mundo, no. A la de Málaga. ¿Será posible desde Madrid en un séptimo o palomar de mi Extremadura adentro de tortolas, pardales, cucos y bellotas? ¿Será posible el mar enterrando un aro, un pasado, un capítulo que los lúcidos dirían hacen patria en el poeta? Afortunadamente el agua no hunde un peso espiritual, es más, lo limpia, lo renueva para que el ser adquiera su proporción de ojos simultáneamente creadores y decir regreso: una sonsisa, una mesita redonda, otro vino profundo, un perro, una barca, la orilla, arenas: fotografía enorme del cactus que creció, nadie sabe cómo, de la sal hermosísima sangrada: el verso...

“ Y cuando abrí los ojos,
después de aquella idea,
encontré el mar pequeño,
el cielo abajo,
el mundo, un mueble.

Quando abriste los ojos,
después de haberme amado,
era tu corazón un Universo,
con un mar grande, un cielo alto
y con las nubes de mis pensamientos”

MANUEL ALTOLAGUIRRE

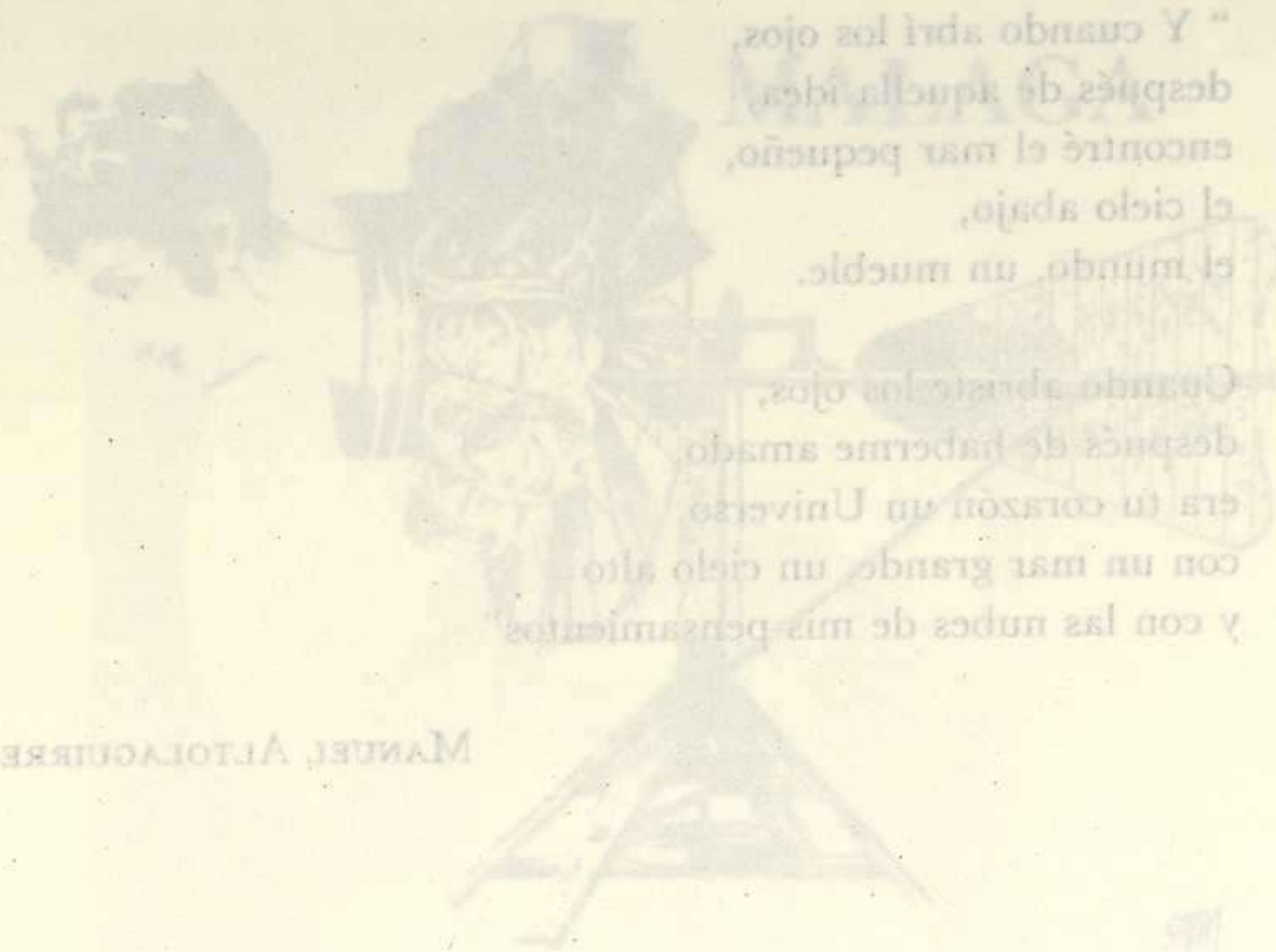
Este enorme poeta del Amor y la Soledad, con el que me identifico en la propia geografía del temblor, abrió los ojos de sus veintiún años en 1926, mes de Noviembre, para editar con Emilio Prados la primera revista LITORAL, Málaga, hace ahora sesenta años. Manolo o *el manipulador honrado de la emoción de fondo* como le llamó Juan Ramón Jiménez, me ha vuelto a *invitar a sus islas* y a trazar estas breves líneas enamorada del verdadero agua que enamora, para entregárselas a LITORAL, Málaga, año 1986.

PUREZA CANELO



Reproducción según una edición facsimilar de A orillas de un punto, primer libro de la gran escritora Rosa Chacel, impreso por el editor de Litoral, Manuel Altolaguirre, en Madrid en 1926.

CONCRETAMENTE



MANUEL ALTOLAGUIRRE

Y cuando abrió los ojos
después de aquella hora
encontró el mar pedregoso
el cielo abajo
el mundo un mueble.
Cuando abrió los ojos
después de haberme amado
era tu corazón un Universo
con un mar grande un cielo alto
y con las nubes de mis pensamientos.

Este enorme poeta del Amor y la Soledad, con el que me identifico en la
propia geografía del templo, abrió los ojos de sus veintitrés años en 1926.
mes de Noviembre, para editar con Emilio Hlados la primera revista
LITORAL, Málaga, hace ahora sesenta años. Manolo o el manijador en
honra de la emoción de fondo, como le llamó Juan Ramón Jiménez, me ha
vuelto a visitar a sus talas y a leer estas breves líneas empujadas del vez sup-
badero aguas que empujan, para entretener a LITORAL, Málaga, año 1988.
o misteriosas, reconocidas y agudas. Y agalán a su mar
atando, todo por y todo por todos, indistinto
obediencia al deber (sancionando en obediencia
la gaviota, cuando se crucala al opaco, no que alavag
un zarzal, agua los cactus, sonidos ya en su opacida
perro, una barca, un vino. Una baraja para escribir desecando llegar de tú
a tú a la poesía. A la poesía del mundo, no. A la de Málaga. ¿Será posible
desde Madrid en un séptimo o palomar de mi Extremadura dentro de
tortolas, pardales, cucos y bellotas? ¿Será posible el mar enterrando un
oro, un pasado, un capítulo que los túcicos dirían hacia patria en el
poeta? Afortunadamente el agua no hunde un peso espiritual, es más, lo
limpia, lo renueva para que el ser adquiere su proporción de ojos simul-
táneamente creadores y esotéricos: una zarza, una mesa redonda,
otro vino profundo, un perro, una barca, un cactus, un zarzal, fotografía
enorme del cactus que crece, nada más allá de la hermosa
sagrada: el verso...

PUREZA CANELO

ROSA CHACEL

NACE en Valladolid el 3 de junio de 1898. En 1908 se trasladó con su familia a Madrid, donde estudió escultura en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando. En 1930 publicó su primera novela, **Estación, ida y vuelta**, y en 1936 el libro de sonetos **A orillas de un pozo**. En 1940 se trasladó a Brasil, y durante varios años alternó las estancias en Buenos Aires y Río de Janeiro. Actualmente reside en Madrid. En 1941 publicó la novela **Teresa**, a la que siguieron **Memorias de Leticia Valle** 1946, y el volumen de relatos **Sobre el piélago**, 1951. En 1960 dio a conocer la extensa novela **La sinrazón** y en 1961 el libro de relatos **Ofrenda a una virgen loca**. Publicó posteriormente los ensayos **La confesión**, 1971; la autobiografía de sus diez primeros años **Desde el amanecer**, 1972; la novela **Barrio de Maravillas**, 1976; el volumen de esbozos novelescos **Novelas antes de tiempo**, 1981, y la recopilación de escritos críticos **Los títulos**, 1981.



Reproducimos aquí una reducción facsimilar de **A orillas de un pozo**, primer libro de la gran escritora Rosa Chacel, impreso por el cofundador de Litoral, Manuel Altolaguirre, en Madrid en 1936.

ROSA CHACEL

A LA ORILLA DE UN POZO

EDICIONES HEROE. MADRID

1

Tú, de las grietas dueña y moradora,
émula de la víbora argentina.

Tú, que el imperio esquivas de la
endrina
y huyes del orto en la bisiesta hora.

Tú, que, cual la dorada tejedora
que en oscuro rincón torva rechina,
la vid no nutres, que al crisol declina
y sí, su sangre exprimes, sorbedora.

Vas, sin mancharte, entre la turba
impura
hacia el lugar donde con noble traza,
la paloma amamanta a sus hijuelos.

Yo, en tanto, mientras la sangrienta,
oscura
trepadora mis muros amenaza,
piso el fantasma que arde en mis
desvelos.

2

Cuando la mar esté bajo tu almohada
¡Alegría de turbas infantiles!
¡Triunfo de los egregios, varoniles
pámpanos que estremece la alborada!

Frutos dará la náyade dorada
que llamea en los ínclitos candiles
y en sus perlas de amor claros abriles
hervirán al compás de tu mirada.

¡Qué ventura te aguarda en el impacto
si alcanzar logras la divina orquesta!
Tu frente surtirá con el contacto

de la escondida nuez templada y presta
que a trompa airada vibrará en el acto.
¡La vida es gracia y el gemir no cuesta!

3

Si el alcotán anida en tus cabellos
y el Nilo azul se esconde en tu
garganta,
si ves crecer del zinc la humilde planta
junto a tus senos o a tus ojos bellos,

no cierres el ocaso con los sellos
que el Occidente en su testuz aguanta;
tiembla ante el cierzo y el nublado
espanta.

Si oyes jazmines, corre a través de
ellos.

Yo sé bien que te escondes donde
siguen
los hongos del delirio, impenitentes,
y que al cruzar su senda de delicias

mariposas nocturnas te persiguen,
se abren bajo tus pies simas ardientes
donde lloran cautivas tus caricias.

4

La sibila que alumbra con su frente,
con su linterna de implacable brillo,
vió un colibrí y un tierno cabritillo
de tus ojos bebiendo en la corriente.

Vió una aurora de líneas, sonriente,
sobre la espuma del vivir sencillo
y vió, partiendo de dorado oville,
la bondad de un estambre refulgente.

La candorosa liebre que te ama
en los iberos montes triste anida;
no en «wagon lit» ni Antiguo Tes-
tamento.

Si el almo soplo tu esperanza inflama
del vaticinio, aguarda ¡por tu vida!
Solo madura el premio en su momento.

5

En un corsé de cálidas entrañas
duerme una estrella, pasionaria o rosa,
y allí la casta Ester, la misteriosa
Cleopatra y otras cien reinas extrañas

con fieros gestos e indecibles mañas
anidan entre hiedra rumorosa.
Allí hierve el rubí que no reposa,
pulsan sus arpas mélicas arañas.

Allí en el cáliz de la noche umbría
sus perlas vierte el ruiñeñor oscuro.
Allí sesteá el fiel león del día.

En su escondido sésamo seguro
custodia el grifo de la fantasía
de hirviente manantial el fuego puro.

6

Sabe: el silencio tuvo su prehistoria.
La ilusión puso un huevo blanco y
puro
Polinesia no daba aún su oscuro
resplandor ni cuajaba en ti su gloria.

Llora y tiembla al pensar en la irrisoria
ternura que retó al caimán impuro;
derrotada en fatal golpe seguro
pierde su dulce sangre expiatoria.

En el vergel de las fraternas flores
hoy el silencio esquivo, corvo y cano,
verás vagando como un perro avieso.

Salva de sus acechos mordedores
el movedizo e insondable vano
y pide a la verdad su blanco beso.

7

Si ese argonauta muerde tus tobillos,
ese que de Saturno, gris, descende.
Si el enjambre ancestral ante ti
extiende
el mármol pez, de sus clamantes
brillos.

Y el albatros insomne, de amarillos
ijares, que el Simún en ira enciende,
bate su clava intrépida y emprende,
tinto en furor, la lid de sus anillos.

No temas, el olivo es justiciero
como un tamiz de estrofas algebráicas
y en el dechado azul los duelos huyen.

El flauto, fiel al hombre, es el primero
y las tulipas que hoy extingue arcáicas
el invierno, otro día en ti concluyen.

8

Yo veo a tu dragón, llorando ciego,
con el hambre clavada entre las cejas,
lamer la sombra, cuando tu te alejas
y queda yerto el polvo de tu fuego.

Zozobrar en el rojo, ingente riego
de fluviales hespérides complejas,
limpiar su pelo de memorias viejas
y sonreír, agonizando luego.

Si la piedad su tierna flor incuba
para ti, entre blasfemias y escorpiones,
el placer del martirio es tu camino.

Cuando a tu frente el sacro aliento
suba,
cautiva el cánon, luz de sus lecciones,
y plántalo en el centro de tu sino.

9

Una música oscura, temblorosa,
cruzada de relámpagos y trinos,
de maléficos hálitos, divinos,
del negro lirio y de la ebúrnea rosa.

Una página helada, que no osa
copiar la faz de inconciliables sinos.
Un nudo de silencios vespertinos
y una duda en su órbita espinosa.

Se que se llamó amor. No he olvidado,
tampoco, que seráficas legiones,
hacen pasar las hojas de la historia.

Teje tu tela en el laurel dorado,
mientras oyes zumbar los corazones,
y bebe el nectar fiel de tu memoria.

10

Hoy te ofrezco esta copa envenenada
porque el tiempo es fugaz y el alma
pena.

Si te persigue, inmunda, la ballena
piérdete en la divina encrucijada.

Húndete en la corriente enamorada
porque el reclamo en el abismo suena
y el delirio de amor lleva a la plena
luz y si olvidas esto, cieno o nada.

No comas frutos sin la sangre hirviente
al gusto dulce y a la entraña activa.
No larvas de hambre incubes en tu
pecho.

Busca en tu antigua selva esa viviente
fe que se esconde y quiere serte esquiva
y a la muerte, por ella, ve derecho.

11

¡Oh! la espada de fuego que tu mano
blande sobre tu edén, sobre tu sueño,
sobre tu abismo y tu Satán; empeño
de arcangélico oficio sobrehumano.

En archivo recóndito y arcano
anida el soplo del celeste Dueño
y florece, a tenor de Su diseño,
purpúrea flor que teme el mundo vano.

Si en tu pecho mortal aún se esconde
de la rosa y el cedro invicta llama,
traspasada por lágrimas de nieve,
al quejido enigmático responde
y el nudo oscuro acierta a atar, que
clama
por el puro que a tal solo se atreve.

12

El príncipe del piélago ascendiera
por tu corona al cenit de tu lecho
si el fatídico, eterno, lazo estrecho,
anudado por Dios, romper pudiera.

Arde la lumbre insigne y verdadera,
bajo el pie del impulso expira el hecho,
y las furias aullantes, en acecho,
devoran su infernal mirada artera.

El ave roja cuya sangre es canto,
cuyo nido es el rayo de los ojos,
vive en el inmortal, difícil broche.

La hiedra enrama con su noble en-
canto
muros de angustia y cerros de des-
pojos,
pero es tuyo el secreto de la noche.

13

Con guirnaldas de muertos y despojos
su veste adornan una y otra orilla,
sobre el agua profunda nada brilla
y el dios, la flor y el pez, cierran los
ojos.

Recuerdo aquel puñal de instintos
rojos
que yo te dí, forjado con mi arcilla
y tú hundiste en la cándida avecilla,
ráfaga de satánicos arrojos.

Bajo el perdón de la apacible malva,
pía un recuerdo, en su secreto nido,
por alcanzar un día de ventura.

Estremece la brisa y luz del alba
las funerarias palmas del olvido
y el buho eterno impone su cordura.

14

Cruzar montes y selvas sin aliento,
pisar ciudades vanas, beber ríos,
gritar con gritos lúgubres e impíos
y abrir las venas de mi sufrimiento.

Amigo, tú me viste. En el momento
floreale de mis ciegos desvaríos,
de mis pálidos íncubos sombríos,
seguiste a la centella de mi intento.

Si aún de mi recuerdo te asombrases
como quien llevó al rayo de la mano,
o el ala acarició de la borrasca,

un risueño Zodiaco de mil fases,
para tu bien, espigo del Arcano,
mientras el tiempo su impaciencia
masca.

15

En el infierno había un violoncello
entre el café y el humo de pitillos
y cien áulac con libros amarillos
y nieve y sangre y barro por el suelo.

Pero tú, resguardada por el velo
de tus cristales de lucientes brillos,
pasabas, seria y pura, en los sencillos
compases de tu fe y de tu consuelo.

Algunas veces fuímos de la mano
por las venas del bosque y las cornejas
peinaron la melena a nuestras almas.

si hoy nos separa el Abrego inhumano
no llores mi amistad mientras te
alejás:
entrega al viento el talle de tus palmas.

16

De la luz de los números, sagrada,
con su impecable huella y su blancura,
como un dintel, sobre tu frente pura
la marmórea verdad edificada.

De la oscura columna ibera,alzada,
la confiada marcha y fe segura.
Del árbol sacro la elevada altura.
a cuya sombra Euscaria está sentada.

Con cálculo y medida, pulimenta
el cristal que estas horas ilumina
y marca al oro un rumbo, al tiempo
un modo.

Tu genio, solo en el caudal sustenta
que, con norma y sin límites, camina
hacia la excelsa exactitud del Todo.

17

Bien recuerdo aquel día que me diste
tu corazón de niño desvelado
y aquel en que dejaste a mi cuidado
ejércitos y estrellas, y partiste.

Si has bebido el Océano y el triste
Himalaya has roído del pasado,
su dulce hueso, al fin, habrás hallado:
paciente perla que al dolor resiste.

Bajo el ala de un barco o de una nube,
a ti, mi carta y confidencia vuela,
mi lirio de violetas substituto.

Mas la gloriosa abrupta cuesta sube
con perfecto rigor y siempre cela
tu pie del can sangriento y disoluto.

18

Ve con que angustia y que tesón en-
mienda
sus ondas en la arena el Océano.
Ve como borra su contorno vano.
Rugiendo llora y sigue en su contienda.

Sin olvido ni paz, ni tregua, ofrenda
el alto airón de sus espumas cano
contra talud y roca que, liviano,
besa y no cubre aunque su furia
extienda.

Mira el error que, a penas si dibuja,
y ya corrige y marcha y torna y huye,
sin perdurar jamás en línea o forma.

Ve el caudal, entre diques, que se
estruja
y en el alma sin paz fluye y refluye
y no alcanza la calma de su norma.

19

Yo me encontré el olivo y el acanto
que sin saber plantaste, hallé dormidas
las piedras de tu frente desprendidas,
y el de tu buho fiel, solemne canto.

El rebaño inmortal, paciendo al canto
de tus albas y siestas transcurridas,
las cuadrigas frenéticas, partidas
de tus horas amargas con quebranto.

La roja musa airada y violenta,
la serena deidad épica y pura
que donde tu soñabas hoy se asienta.

De estas piezas compongo tu escultura.
Nuestra amistad mis mismos años
cuenta:
de ti hablaban mi cielo y mi llanura.

20

¡Oh increíble, del Véspero elegida!
 tu alcázar fué las siete de la tarde.
 De tu valor cautiva y de tu alarde,
 por cien canes de ensueño perseguida.

¿Con qué misterio o aura ibas vestida?
 Del oculto carbúnculo que arde
 en el allá, para el que nunca es tarde,
 voz hechicera te arrastró absorbida.

La estatua que, enlazadas, nuestras
 manos,
 llegaron a forjar, con barcarolas
 con el aliento y luz de nuestra infancia,

te confió su verso en los lejanos
 reinos que habitas hoy con ella a solas.
 Yo guardo aquí su piedra y su cons-
 tancia.

21

El difícil concierto y la medida
 del silencio, sin pauta ni frontera,
 en ejemplares líneas prisionera,
 su verdad guarda y deja establecida.

Armonía dichosa que, asistida
 por la fortuna y la razón certera,
 rueda su frágil, impecable esfera,
 por el tímpano firme sostenida.

¿Dónde, dime, la norma o academia,
 la balanza que estricto el fiel consigue,
 la clave del callar que siempre atina?

Mas ¿para qué? saberlo no me apremia:
 la dulce bestia que mis pasos sigue
 tendría allí su muerte repentina.

22

¿Dónde vas tu por esa selva llena
 de susurros, de gérmenes y anhelos,
 que ardiendo en perennales, sacros
 celos
 toda de arrullos traspasada suena?

¿Sientes el borboteo de su vena?
 ¿Ves palpar debajo de sus velos
 sus secretas almacigas, subsuelos
 donde la sierpe del deseo pena?

¡Lugar de tentación! su loco ejemplo,
 su prurito y poder copulativo,
 van a inflamarte con su ardor pro-
 fundo.

La Afrodita Semántica, en su templo
 de vivo enigma, te imbuirá cautivo,
 filológico afán, tesón fecundo.

23

Tú que fuiste sirena y golondrina,
 Tú que escondiste cielos en tu alcoba,
 Tú que oiste la música que roba
 su sueño al pez y la borrasca empina.

Sal de esa oscura gruta, mortecina
 como caverna de medrosa loba,
 y al sol embalsamado que te arroba,
 sembrado por tu mano, sé vecina.

Infiel a aquella risa y a aquel viento,
 a las espumas que te acariciaran,
 a la verde esperanza de las tardes.

Destapa el manantial de tu ardimiento
 y aunque saurios de hiel te amenaza-
 ran,
 de su diente tu seno nunca guardes.

24

Esa fuente estival, brisa cautiva
dibujada en el ¡ay! de una paloma.
Esa, que escapa en encendida poma
y huye de tu voraz mano lasciva,

su torvo impulso en la ponzoña aviva
y entre la llama que a su labio asoma
hurga su entraña pálida carcoma,
llorando, en su infortunio, sensitiva.

Golpea con tu mano, penitente,
la caverna del fiero minotáuro
y en tu anaquel un tierno sueño es-
coge.

Edifica un palacio sorprendente,
entre el bosque de fragante láuro
y el matronil regazo que te acoge.

25

El confín de la vida arde en la hoguera
de implumes mariposas abrasadas
y astros alternos que en las embos-
cadas
mueren, rechazan a la primavera.

Va el pensamiento oculto en la certera
delicia ó flecha, hundida y enconada
en la impasible estatua, descuidada,
que ignora el beso y garra de la fiera.

En un vaso de sol que el sol destila,
un alcohol de desco se dibuja
y se evapora entre la excelsa lumbre.

En el pecho una perla, que vacila
y rueda en melancólica burbuja,
la pendiente fatal, desde la cumbre.

26

Donde emigran las tórtolas y llora
su enigma el ámbar y el jazmín palpita
y en sus fuentes el Eufrates medita
pérsico espejo de onda arrulladora.

Allí donde la arena quemadora
sus pozos y Rebecas acredita,
en profundos oasis, donde habita
la sombra que la luz mide y valora.

Una piedra escondida en las entrañas
de la rosa del tiempo, línea y letra
grabadas, guarda tu sin par proyecto.

Fía en sus justas sendas, aunque
extrañas
al pensar o al saber, que no penetra
la blanca nata oculta en el aspecto.

27

Todo, mejor que el No: tifón y averno,
sangre, injuria, puñal, cieno y cen-
tella,
herida y golpe y lágrima y la huella
en la arcilla del tiempo sempiterno.

Si bebes, yerto y rígido, el invierno
que del alma del No finge una estrella,
ni sal ni norte encontrarás en ella,
y sí, solo, falaz, el brillo externo.

Pero, si el No sonrío, tiembla entonces.
Del sarcasmo infernal al negro vientre
vacío escapa, evita su falsía.

Oye la voz del No, sólo en los bronce
mortuorios consagrada, y nunca en-
cuentre
tu mano adicta su lisonja impía.

Tres palomas imperan en tus sueños,
anidan en tu luz y en tu teclado.
A tres palomas va tu sino atado
por albures amargos o halagüeños.

Tres palomas te escancian los beleños
de sus gracias, que aduermen tu cui-
dado,
y en sus giros te llevan arrastrado
con singulares ímpetus y empeños.

Picotean tus noches y tus días
y tu hacienda de bienes y de males,
tu tiempo presuroso, que no domas

con trabajos, desvelos ni porfías.
¡Más viento que los ábregos y australes
despliegan con sus alas tres palomas!

Como un ánfora rota entre la hierba
o una columna herida en la cintura,
o como, desplumada, el ave oscura
que a criar con amor nos dió Minerva.

Yace en olvido, con tristeza acerba,
aquella núbil primavera pura,
aquella confianza, criatura
que nuestro sol versátil no conserva.

Si deshoja a la pauta de sus notas
el invernal escéptico desvío,
el arpa es muda al viento y al re-
cuerdo.

En lagunas de páginas remotas,
sin timonel, deriva tu navío,
y yo en mi propia fe me abismo y
pierdo.

Si la Templanza vierte el agua y vino
y el cráter da la rosa de su entraña.
Si el hambre y el amor rugen con saña
y arrulla sus sentencias el destino.

Ese ramo de sierpes, peregrino,
que a tu muñeca enrolla su maraña
ama y defiende, pues que te acompaña
y es bordón en tu rumbo masculino,

¡Ah! recuerda los monstruos y tesoros
que alcanzó a contemplar nuestra
ventura,
al filo del abismo o de la gloria.

La estrella oculta de invisibles poros
mana su esencia en la celeste altura
y la paz de su voz no es ilusoria.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN
LOS TALLERES DE MANUEL
ALTOLAGUIRRE, VIRIATO, 73,
MADRID, EL 21 DE MAYO, 1936.

PRINTED IN SPAIN

Viernes 28 de Diciembre de 1956

Ayer al pasar por los puestos de libros del Cabildo, vi unos cuantos libros españoles, de la España actual... ¡Lagarto, lagarto!... Sin embargo, me compré nada menos que las *Obras Completas* de José Antonio. Hacía mucho tiempo que quería leerlas y ayer era verdaderamente inoportuno porque tenía que terminar lo de las Mujeres Ejemplares, pero llegué a casa y me leí de un golpe trescientas páginas. Es increíble.

Dos cosas son increíbles; una, que todo eso haya podido pasarme inadvertido a mí, en España, y otra que España y el mundo hayan logrado ocultarlo tan bien. Porque no me extraña que llegasen a matarle: estaba hecho para eso, pero que después de muerto se haya hecho el silencio sobre su caso... Era difícil y expuesto por la gran confusión en torno. Por el contrario, los gitanillos, las faldas de volantes, los toritos bravos y todo el puterío sublimado extendiendo por el mundo una España histriónica era vivificante para la cosecha de turismo. Es cierto que su simpatía por los fascismos europeos, tan macabros, le salpicó con el cieno en que ellos se enfangaron, pero leyéndole con honradez se encuentra el fondo básico de su pensamiento, que es enteramente otra cosa. Fenómeno español por los cuatro costados. Bueno, esto ya es una sentencia. Yo me pregunto a veces si lo español *puede ser*. Tenemos algún mal de origen que no nos lleva —como a otros pueblos los suyos, que todos tienen— a errar a producir obras deleznales, sino que nos impide existir, simplemente. Y que esto es así lo prueba que no son nuestros peores productos los que fracasan, sino precisamente los mejores. Los francamente malos, los mediocres —que es lo peor que se puede ser—, los que podrían llamar *casonísticos*, llenan las imprentas y los escenarios de habla española.

Debe de ser nuestra... ¿personalidad? No quiero decir *personalidad* ni *personalismo*: quiero decir la preponderancia de la *persona* que hay en nosotros. Claro que hay gente seria que ensalza la persona, pero es que la nuestra, la que cada español lleva dentro, no es la persona elevada por el cultivo —disciplina de cualquier género—, sino la persona hipertrofiada por la rabia. Y no es cuestión de egoísmo ni de envidia los dos pecados que se le achacan; es un estar ciego de sí mismo. Despertad, sacudid a uno de esos ciegos y será capaz de la mayor abnegación, pero mientras viva ofuscado por su propio brillo, activado por su propia hambre, no esperéis que dialogue con el prójimo, conformaos con poder evitar que lo devore.

Hay que estudiar esto en Unamuno, en Ortega, en José Antonio, su reflejo o espectro. En lo que quedó de ellos, en quienes les fueron afectos y en quienes les execraron sin comprenderlos o, lo que es peor, comprendiéndolos y temiendo —por pereza, por miedo o por ineptia— lo que ellos exigían.

La *persona* española debe de ser un gas sumamente inflamable y todos estamos tan hinchados de él que tememos rozarnos y estallar... No, esto es una caricatura limitadísima y el drama es muy serio. (...).

Domingo 29 de Febrero de 1959

CONCHA MÉNDEZ

Leí estos días las memorias de Simone de Beauvoir. Me impresionaron mucho, por varias razones.

Como libro, no son ninguna maravilla, pero como documento histórico y como testimonio...No, más bien como *acto*... Este libro es el pago de la deuda que la *petite* Simone tenía con sus papás: es una demostración de fidelidad. Si ella se hubiera desprendido de todo eso enteramente, lo habría *dejado morir*; no lo habría sumado a la inmortalidad de su obra. Pero no, y no sólo por sus padres; creo que por ella misma. No ha querido ser sólo la protagonista de sus libros: ha querido describirnos bien el camino que trajo, "con su virginidad a cuestas" hasta caer en manos de Sartre, ese gran amor indestructible en los dos, ese perfecto matrimonio —casi perfecto, porque no ha tenido el valor de tener hijos— que también es una demostración de lo autobiográfico que es en Sartre "La infancia de un jefe", su mejor cuento.

¡Qué tristeza, qué angustia y qué cólera me produce este confinamiento en la indiferencia que tiene uno que sufrir por el mero hecho de ser español! El proceso de evolución, de la formación católica tradicional a la actual *deformación* (deformación que tiende a lo amorfo, no a lo deforme), sufrido por mi generación y por mí, personalmente, en primer lugar, con más radicalismo y más ferocidad que en nadie, fue, en la más famosa década, un fenómeno mucho más sutil, más rico, más facetado, más fértil que lo que aquí refleja esta criatura. Sin embargo, ¿tendría algún sentido que yo escribiese un libro semejante? ¿Habría un ser viviente a quien le interesase? ¿Habría un editor que cargase con él?

Tal vez si el mundo Guggenheim, allí donde apenas podrán entenderme, me construyen un pedestal suficientemente elevado... Pero todavía lo veo muy verde.(...)..



Fragmentos recogidos de "Aicancia ida". Editorial Seix Barral 1982.

A los días las memorias de Simone de Beauvoir. Me impresionó
 mucho por varias razones. Lo primero es el valor de la obra
 como libro, no son algunas maravillas pero como documento histórico y
 como testimonio. No más bien como arte. Este libro es el fruto de la
 que la vida misma tiene con sus propias contradicciones de libertad. Si
 ellas hubieran despreciado de todo eso, ciertamente la vida misma
 lo habría sumado a la inmediatez de su propia. Pero hoy no sólo por su
 obra, creo que por ella misma. No ha querido ser sólo la protagonista de sus
 libros, ha querido describirnos de sí el camino que trajo con su virginidad
 "cuando" hasta caer en manos de Sartre, esa gran amor inextinguible en los
 dos ese perfecto matrimonio — casi perfecto, porque no ha tenido el valor de
 tener hijos — que también es una demostración de lo autobiográfico que es en
 Sartre "la infancia de un jefe", su mejor cuento, tal vez el más bello.
 Que tristeza que angustia y que dolor me produce este comportamiento
 en la literatura que viene uno que sufre por el mundo hecho de españoles. El
 proceso de evolución, de la formación de ideas tradicionales a la actual (y
 una (deformación que tiene a lo amor, no a lo delirio), salido por mi gen
 nación y por mí personalmente, en primer lugar, con más tradición y
 más ferocidad que en nadie, lo que en la más famosa de esas lecciones
 mucho más sutil, más rico, más fecundo, más fértil que lo que aquí se
 esta creando. Sin embargo, tendría algún sentido que yo escribiera un libro
 semejante. Habría un ser viviente a quien le interesaría. Habría un editor
 que cargase con él, como solía ser con los mejores, no con los que
 fracasaban. Tal vez si el mundo Guggenheim, allí donde apenas podían entenderme
 me construyen un pedestal, suficientemente elevado, y pero todavía lo ven
 verdad (la literatura es un arte) No hablanos, ... a veces se abate



nosotros es hay que hacer la de la infancia por la que se crea una
 la, la literatura es un arte que se crea por el cultivo
 de la por abastecida por la rabia.
 que se le achacan, y será
 de esos ciegos y será
 por su propio bri
 con el prójimo.
 José Antonio, se re
 y en todos nosotros fueran afectos y en
 lo que es por, comprendiéndolos
 que ellos exigen.
 y abastecida y
 No... esto es una

Fragmentos recogidos de "Alicancia ida". Editorial Seix Barral 1982.

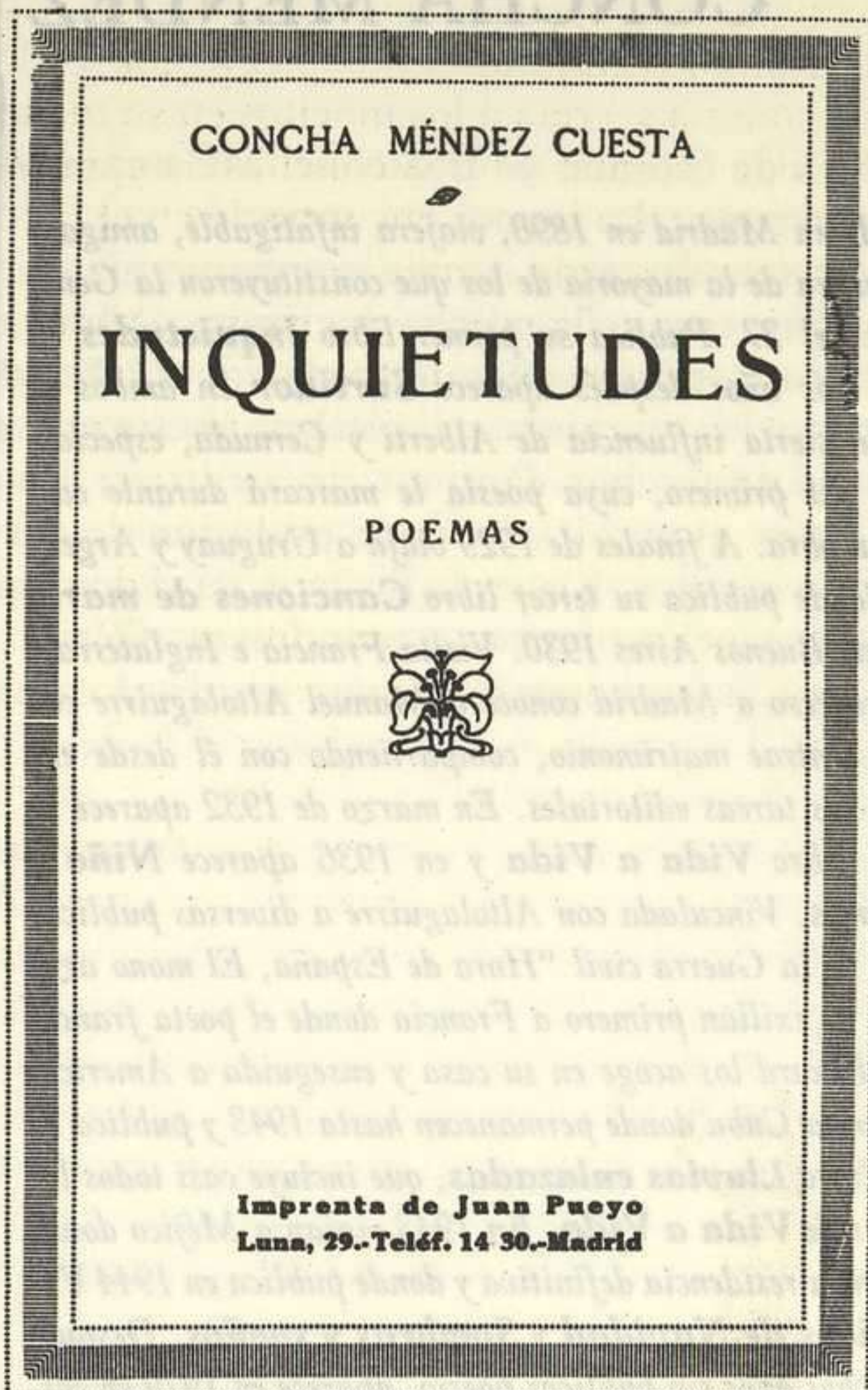
CONCHA MÉNDEZ

*NACE en Madrid en 1898, viajera infatigable, amiga y compañera de la mayoría de los que constituyeron la Generación del 27. Publica su primer libro **Inquietudes** en 1926, dos años después aparece **Surtidor** en ambos se aprecia cierta influencia de Alberti y Cernuda, especialmente del primero, cuya poesía le marcará durante casi toda su obra. A finales de 1929 viaja a Uruguay y Argentina donde publica su tercer libro **Canciones de mar y tierra**, Buenos Aires 1930. Visita Francia e Inglaterra y a su regreso a Madrid conoce a Manuel Altolaguirre con quien contrae matrimonio, compartiendo con él desde entonces sus tareas editoriales. En marzo de 1932 aparece su cuarto libro **Vida a Vida** y en 1936 aparece **Niño y sombras**. Vinculada con Altolaguirre a diversas publicaciones de la Guerra civil "Hora de España, El mono azul etc.", se exilian primero a Francia donde el poeta francés Paul Eluard los acoge en su casa y enseguida a América. Primero a Cuba donde permanecen hasta 1943 y publica su sexto libro **Lluvias enlazadas**, que incluye casi todos los poemas de **Vida a Vida**. En 1943 viajan a Méjico donde fijaran su residencia definitiva y donde publica en 1944 **Villancicos de Navidad y Sombras y sueños**. Después de muchos años sin publicar poesía, aparece en 1979 en edición de Emilio Miró y Maya Smerdou Altolaguirre, **Vida o río**, su último libro.*



PRÓLOGO DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ A VIDA A VIDA

u mono añil puede ser de cajista de imprenta, enrolada de puer,
logoneta de tren, polixón de xepclín, todo por la Poesía delantera
que huye en cruz de horizontes ante las cuatro máquimas. Entramos donde
ella y el camatote locomotora cabina gabinete se mueven de abajo arriba,
izquierda a derecha. Nos mareamos de cuatro o cinco modos, tenemos que
retornar a un hombre, a las letras, a un clavo, a una nube, a las ascuas. En un
como brillante del descubrimiento de Indias, vemos entonces a Concha su-
puestas, abundante, aquí y allá, quizás con plumas loras flechas menos au-
tícos, cumpliendo voluntariosa su vocación de Ceres de todos los elemen-
Vénus con caracoles y cuernos de abundancia.



Portada del primer libro de Concha Méndez

PRÓLOGO DE JUAN RAMÓN JIMENEZ A VIDA A VIDA

Su mono añil puede ser de cajista de imprenta, enrolada de buque, fogonera de tren, polizón de zepelin, todo por la Poesía delantera que huye en cruz de horizontes ante las cuatro máquinas. Entramos donde está ella y el camarote locomotora cabina gabinete se mueven de abajo arriba, de izquierda a derecha. Nos mareamos de cuatro o cinco modos, tenemos que cojernos a un hombro, a las letras, a un clavo, a una nube, a las ascuas. En un cromó brillante del descubrimiento de Indias, vemos entonces a Concha superpuesta, abundante, aquí y allá, quizás con plumas loros flechas monos auténticos, cumpliendo voluntariosa su vocación de Ceres de todos los elementos, Vénus con caracoles y cuernos de abundancia.

Concha Méndez era la niña desarrollada que veíamos, adolescentes, con malla blanca, equilibrista del alambre en el casino de verano; la que subía con blusa de marinero del aire, prologuista de la aviación, en el trapecio de Montgolfier cabeceante y recortaba su desnudo chiquito blanco negro sobre el doniente rojo; la sirenita del mar que sonreía secreta a los mocitos en su nicho de cristal, acuario esmeraldino, entre algas corales y otras conchas; la campeona de natación, de jiu-jitsu, de gimnasia sueca. La hemos encontrado en el Polo, el Ecuador, el cráter del Momotombo, la mina de Társis.

Pero cuando la volvemos a ver en casa es la muchacha sin ir... Ahora está echada en la madreperla que se subió a su piso cuando fué buza, estática contra la ventana estrellada, mirando los paraísos de colores nocturnos que suman floras meteoros faunas accesibles por caminos de aire tierra fuego agua. Los quiere cojer con los dientes ¡al higuí! y hay una explosión de naranjas aves rosas cometas en su boca y sus ojos. Ríe en la fiesta jeneral de colores y sonidos, avanzando con jesto de lancha blanca la mandíbula inferior. Se tiende del todo. Se entreduerme, brújula nerviosa de carnes sobre la rosa erecta de los vientos.

Juan Ramón Jiménez



Prólogo recogido del libro *Vida a Vida* impreso por Concha Méndez y Manuel Altolaguirre en Marzo de 1932 en las Ediciones "La tentativa poética" de Madrid.

CONCHA MÉNDEZ

VIDA A VIDA

EDICIONES

«LA TENTATIVA POÉTICA»

MADRID

MADRIGAL

Ven a mí que vas herido
que en este lecho de sueños
podrás descansar conmigo.

Ven, que ya es la media noche
y no hay reloj del olvido
que sus campanadas vierta
en mi pecho dolorido.

Tu retorno lo esperaba.
De un ángulo de mi vida
voz sin voz me lo anunciaba.

19

AHONDAR en mí.
no me encontrareis
por más que me preste
a unirme a vosotros
y os muestre mi alma...
y os hablen mis ojos...

Por más que mi vida
sea el sacrificio
de todos los días
y queráis rendirme
lo que me debéis,
¡no me encontrareis!

20

TE vi venir presintiéndote,
por el caminito estrecho.

Era una aurora morena
casi sin luz y sin viento.
Aurora para mi alma
que te salía al encuentro.

Vibraba un frescor de lirios
por los caminos inciertos.
La mano que te tendía
tuvo un florecer de sueños.
Con el brillo de tu espada
las sienes se me encendieron.

21

S O M B R A S

Las sombras bajan, se esconden
por los troncos, por la yedra,
entre los altos ramajes;
otras por el suelo quedan
como fantasmas tendidos
bien pegados a la tierra...

Las hay que llegan dormidas
y se las siente que sueñan...

Otras traen aires sonoros
en debilísimas quejas...

He cruzado los jardines
en esta hora en que se ausenta
el día. Como otra sombra
crucé por las alamedas.
Entre los claros oscuros,
me confundía con ellas.
En las aguas del estanque
donde el cielo se refleja,
había otro cielo de agua
con misteriosas estrellas.
Me senté al borde. La noche
había tendido velas.
Me pareció como un barco
que a la inmensidad nos lleva...

Concha Méndez

Página facsimil. Litoral 1926.



CONCHA MÉNDEZ
SOMBRA
 VIDA A VIDA

Las sombras bajan, se esconden
 por los troncos por la yerba,
 entre los altos matorrales;
 que por el suelo quedan
 como fantasmas tendidos
 bien pegados a la tierra...

Las hay que llegan dormidas
 y se las siente que sueñan...

EDICIONES
 LA TENTATIVA POÉTICA
 MADRID

He cruzado los jardines
 en esta hora en que se ausenta
 el día. Como otra sombra
 cruce por las alamedas.

Me encuentro con un barco
 que me recuerda a la infancia
 que nos lleva...
 y que me habla
 y que me habla
 y que me habla

Entre los claros ocultos,
 me confundía con ellas.
 En las aguas del estanque
 donde el cielo se refleja,
 había otro cielo de aguas
 con misteriosas estrellas.
 Me senté al borde de la noche
 había tendido velas.

Concha Méndez

Página fascículo Editorial 1926

JOSEFINA DE LA TORRE

NACIÓ en Las Palmas de Gran Canaria y estuvo casada con el actor Ramón Corroto.

*Publica su primer libro **Versos y estampas**, con prólogo de Pedro Salinas en 1927. El segundo, **Poemas de la Isla**, en 1930 y el tercero, **Marzo incompleto**, con prólogo de Juan Rodríguez Doreste, en 1968. Tiene un nuevo libro de poemas **Medida del tiempo**, inédito.*

*Ha publicado en la colección "La novela del Sábado" la titulada **Memorias de una estrella**, colaborando asimismo en diversas publicaciones, con poemas y cuentos.*

Ha tomado parte en varios conciertos, como cantante, entre otros, en el Monumental, con la Orquesta Sinfónica de Madrid, bajo la dirección del maestro Benedito, en "El Mesias", de Haendel, y en "La Pascua Rusa", de Rimsky Korsakoff.

Como actriz, aparte de en su propia compañía, ha trabajado en el Teatro Nacional María Guerrero y en diversas compañías. Así como en Radio Nacional de España, en cine y Televisión.



JOSEFINA DE LA TORRE

VERSOS y ESTAM- PAS.

PRÓLOGO DE
PEDRO SALINAS

OCTAVO SUPLEMEN-
TO de *Litoral*, Imprenta
«Sur», San Lorenzo, 12.
Málaga. 1.927

Portada del Octavo Suplemento de *Litoral*, impreso en *SUR*, Málaga, en 1927

ISLA, PRELUDIO, POETISA

A Josefina de la Torre

*Oui, dans une île que l'air charge
De vue et non de visions.
(Prose à des Esseintes)*

Aquella isla estaba rodeada de agua por todas partes. Al ser una isla abstracta, una isla resumen, su fauna y su flora ofrecían tipos variadísimos, pero un ejemplar único de cada especie; de modo que vivir en su recinto resultaba tan completo, tan ordenado y tan insatisfactorio como habitar

en una enumeración. Las gacelas eran una gacela, la gacela; el palmar una palma, la palmera; la humanidad, los hombres, una mujer, doncella de quince años. Todo en la isla hasta lo más vulgar, la col, la hormiga, el asno, tenía el aspecto de distinción y rareza de esos vocablos cuidadosamente señalados por las gramáticas que llevan muchos años en un idioma sin haber encontrado plural. Admirable mundo y exacto, sin repetición alguna, todo él ensayo y aspiración, probando constantemente formas y colores y sin darse nunca por satisfecho, de modo que por encima de él colgara siempre inminente y esperanzada la idea de una criatura perfecta, animal o vegetal, que alguna vez acabaría por salir de tanto diseño para ser entonces reproducida triunfalmente en series, en bosques, en tropes, en bandadas, con la alegría balbuciente del niño que repite ba, ba, ba, después de tanta articulación frustrada. Cada ser empezaba en sí mismo, en sí mismo acababa sin más gemela compañía que la duplicidad de otro mundo perfectamente igual de seres azulados, negruzcos, violetas, sutiles y delgados, sin voz ni cuerpo, que a las horas de sol y de luna nacían de su costado, a su costado caminaban, cual la figuración del íntimo anhelo por ser un ser parejo. Sólo las existencias menudas y subordinadas, las hojas del árbol, las arenas de la playa, gozaban el don de la multiplicidad. Así cuando la doncella quería escapar al cansancio de tanta maravillosa unidad aislada tendíase en la ribera, junto al mar uno, total e innumerable, y entrando un momento su brazo en el agua, la miraba luego resbalar codo abajo, entera aún, chorrear, ya dividida, por los cinco afilados dedos, para ir luego cayendo gota a gota, una dos, tres cuatro, el mar contándose. Caricia mensurable en la piel, deliciosa certidumbre de la compañía alguna vez, idea del número.

Pasaban a lo lejos, flotando perezosamente por el mar cerúleo, masas lentas y multicolores, como crepúsculos de otoño. Navíos. Pero en vez de ir revestidos sus cascos de un color solo (blanco, color de barco rico y señorito que se pasea por las playas, yate —, negro, trajinante sufrido sin tiempo de limpiarse, carbonero —, gris, pérfido y disimulado entre ola y ola, buque de guerra) estos iban pintados en todos los tonos posibles a rayas, en manchas irregulares, en figuras geométricas, y paseaban sobre un fondo de cielo, neutra pared de museo hecha para su lucimiento, un soberbio repertorio cromático, un desfile de sala de venecianos vista por unos ojos un poco turbios y mareados. La alegría continuaba remontándose por la arboladura porque todo el cordaje era asimismo de variados matices y adelgazado por la distancia asemejábase a labor incipiente de niña encolegiada que sobre el cañamazo, un tanto desvaído, del horizonte prepara su regalo de pascuas con sedas de colores. Y aún no acababa allí, porque hasta el humo que salía de las chimeneas era, merced a una combinación química, de colores cambiantes cada dos minutos, de suerte que los navíos poblaban el aire de grandes arcos iris falsos y sin pena, cadenetas más sutiles que las de papel, entrada jubilosa y efímera a unos vagos placeres de feria frecuentada únicamente por las tumultuosas gaviotas.

Barcos de poesía. Cargamentos de poesía exótica y olorosa, en bruto, recién extraída por un analfabeto proletariado de ébano en el continente meridional que descubriera la aviación y donde el componente básico es la poesía;

que se arranca grave y terrosa pirita poética, en la galería de las grandes explotaciones mineras o se caza a flechazos, pluma, cuero, porteada por alas de menudas aves, por pezuñas de alimañas fugitivas. Todo se lo llevaban esos barcos colorinescos al viejo continente, dónde en una manufactura novísima se había de transformar en poesía pura, exportable luego a las demás naciones de Europa y exenta por doquier, en virtud de su calidad preciosa y extrahumana de derechos aduaneros, gracias a la iniciativa de la Sociedad de Naciones; menos en un pequeño estado balcánico que aseguraba poseer un yacimiento de poesía autóctona y en una república del Báltico donde había sido socializada y convertida en arte para el pueblo en virtud de un decreto ley. Y así pasaban por delante de la isla los barcos, y detrás unas cuantas sirenas que con disimulo rondaban las fabulosas expediciones arrastrando sin prestigio su viejo arte humillado y vencido, por aquella poesía nueva, inédita y palpitante.

En la noche sorda y sin luna el submarino afilaba y afilaba contra las olas repetidas su única intención, proa. A flor de agua; en la cubierta la abigarrada tripulación. Damiselas con traje de cola y diadema de cartón, jóvenes de pelo largo y lentes, enrollado y en la mano el poema premiado, vates oficiales de ideas sanas, poetas sin afectación, la verdadera poesía del pueblo. En el puente mandándolos a todos, porque todos le reconocían jerarquía, el capitán con su curioso uniforme verde oscuro, bordados en las bocamangas y el cuello, bicornio, espadín, Academia francesa, recitaba enfáticamente la Canción del Pirata, fija la vista en el enemigo odiado, y allí a su alcance, el transporte de poesía nueva. Era el momento; una orden. El torpedo tocó el barco en la línea de flotación. Se hundió lentamente sin voz ni grito, sin conato de salvamento, sin heroicos sacrificios, sin poesía, nada. Pero del último momento del barco se escapó como del minuto final de una vida algo indeciso, volador y misterioso igual que un alma visible; invisible ya en los cielos de la noche.

Era un águila. El águila misma de la inspiración, cazada viva por vez primera en el continente poético, llevada cautiva, ejemplar único y sin precio camino de Europa. Y que ahora estaba sola, perdida en la noche entre alto cielo, hondo mar, apoyada en las alas anchas, mientras que en cien lugares del mundo la esperan con la ventana abierta y la pluma preparada, tantos y tantos, con el corazón anhelante, en vano. Sola en el mar, desconocido. Se le fingió en el deseo montaña. ¿Sería sierra eso allá abajo? Picachos abruptos, riscales, farallones, sí sierra era. El águila iba, como siempre, por encima de la sierra. Poderosa sierra de agua, orografía cambiante y magnífica, toda nevada de blanco, espuma, las cimas pasajeras. Sierra, agua, y allí, solo allí, nido y solo allí, tumba al final, cuando ya no pudiese más, para el águila. Pero el día vino en su ayuda; lanzó desesperadamente sobre los llanos del mar, una jauría de veloces albores, rosados y sutiles, cachorros vivaces de la luz. Y uno de ellos levantó para el águila, una caza, una forma tendida y descuidada en la ondulación marina. Se lanzó derecha el águila. Forma indecisa, tierra semidesnuda, a medio despertar de entre lo líquido y lo oscuro, isla.

Trazaba el ave señera grandes círculos. No estuvo ya la isleta en el mar sereno del amanecer sino trasladada poseída segura, en el turbio ojo sanguinolento del águila. Iba descendiendo. Vió muchos árboles diferentes; y cobijada por uno de ellos la presa última e inesperada, dulce criatura sola, dormida. Plegó las alas; se abatió inerte, fatal, inevitable, aguzando las garras —en el resto del mundo, hora de inspiración, hora de poesía, la esperaban en vano los poetas—, sobre la niña, sobre la isla rodeada de agua por todas partes.

Pedro Salinas



Ignoto destino;
a ti se son adjudicadas
todas las culpas,
todos los latigazos que recibimos
los esclavos de este mundo.
¡Ah, Destino enemigo,
rival indefendible,
adversario tenaz!
Te quisiera de frente,
cara a cara,
mis puños en tu pecho

Prólogo de Pedro Salinas al libro de Josefina de la Torre *Versos y Estampas*, octavo suplemento de *Litoral*, Málaga, 1927.

VI

AQUEL día estaba yo en la acera, bajo la ventana, y la muchacha asomada en ella. Luego llegó él y me acarició la cara. Las niñas hacían unos hoyos grandes en la playa, y venía el mar y se los llenaba de agua y piedrecitas. Una nube grande se puso sobre la playa. Ella y él hablaban muy bajo. Yo, de cuando en cuando, levantaba los ojos y les miraba en silencio. Después hablaron un poco más alto. En la playa hicieron una montaña alta, y saltaron los niños. Luego la rompieron gritando. Los dos se callaron. Yo cogí un palito y me puse a hacer letras en la acera. Luego él dijo algo y ella bajó los ojos. Luego hubo un largo silencio. El se llevó la mano a la frente, distraído, y se fué. Ella cerró la ventana. Entonces yo bajé a la orilla del mar a buscar vidrios de colores.

Página facsímil. 8.º Suplemento de Litoral.

DESTINO,
¿qué nombre es el tuyo,
cruel y despiadado,
que te enfrentas, altivo,
a la humanidad?

Destino,
que nos niegas el pan y la sal,
que desafías a nuestras vidas,
a nuestros horizontes,
al latido de nuestras venas.

Destino implacable,
inconmovible,
dura piedra
contra la que nos estrellamos,
pobres seres indefensos,
con las ilusiones
colgando de nuestras heridas...

Destino inhumano
que nos marcas ferozmente.

Toro asesino
que nos ensartas en tus astas
como peles, indefensos.

¿Qué nombre es el tuyo,
granítico,
cimiento indestructible
que barres nuestros latidos,
nuestras arterias?

Ignoto destino;
a tí te son adjudicadas
todas las culpas,
todos los latigazos que recibimos
los esclavos de este mundo.

¡Ah, Destino enemigo,
rival indefendible,
adversario tenaz!

Te quisiera de frente,
cara a cara,
mis puños en tu pecho
de atleta presuntuoso
y golpearte

con mi eterna pregunta:

¿por qué?

¿Por qué esta herida
sangrante y desvelada,
vacía de respuesta?

¡Oh, Destino!

Y una y otra vez

lanzar mis puños

contra tu inexpugnable fortaleza,
hasta sentir tu sangre, ¡sangre mía!,
caliente fuego

de mi mortal miseria.

(Inédito)

TODOS los días
llama a mi puerta el desconsuelo...

Estoy vacía y su eco resuena

por todos los rincones de mi vida.

Se estremece mi sangre
que es un río de hielo

al faltarme el calor de tu presencia.

No comprendo el idioma del paisaje;

qué quiere decir “sol”,

“cielo azul”

“aire”.

No comprendo mi ritmo,

ni mi esencia,

ni por qué sigo andando,

respirando,

contemplando a la gente,

a los perros que pasan,

a los pájaros

que mi balcón visitan diariamente.

Ni por qué la mirada,
mis ojos,
abarcen el entorno que me envuelve.
Ya no comprendo nada.
El mundo se me ha vuelto
un compañero extraño
que camina a mi lado
y no conozco.
¿Qué quiere decir "vida"?
Ya no encuentro
aquel sabor que un tiempo me dejara.
Las palmas de mis manos
se cierran sin calor,
desconsoladas.
Que eran tuyos tu casa y tu paisaje;
que está en ellos la huella de tus pasos,
el hueco de tu cuerpo...
Y está la casa llena
de tu recuerdo...

(Inédito)



con mi eterna pregunta: ¿por qué?
 ¿Por qué esta herida
 sangrante y desvelada,
 vacía de respuesta?
 ¡Oh, Destino!
 Y una y otra vez
 lanzar mis puños
 contra tu inexpugnable fortaleza,
 hasta sentir tu sangre, ¡sangre mía!,
 caliente fuego que un tiempo me dejara
 de mi mortal miseria.

Ni por qué la mirada
 mis ojos
 abarcan el entorno que me envuelve
 Ya no comprendo nada.
 El mundo se me ha vuelto
 un compañero extraño
 que camina a mi lado
 y no me reconoce.
 ¿Qué quiere decir "vida"?
 Ya no encuentro
 aquel sabor que un tiempo me dejara
 Las palmas de mis manos
 se cierran sin calor,
 desconsoladas.

Que eran tuyos tu casa y tu paisaje,
 que está en ellos la huella de tus pasos,
 el hueco de tu cuerpo...
 Y está la casa llena
 de tu recuerdo...

(librito) **T**ODOS los días
 llama a mi puerta el desconsuelo...

Estoy vacía y su eco resuena
 por todos los rincones de mi vida.
 Se estremece mi sangre
 que es un río de hielo
 al faltarme el calor de tu presencia.
 No comprendo el idioma del paisaje,
 qué quiere decir "sol",
 "cielo azul",
 "aire".
 No comprendo mi ritmo,
 ni mi esencia,
 ni por qué sigo andando,
 respirando,
 contemplando a la gente,
 a los perros que pasan,
 a los pájaros
 que mi balcón visitan diariamente.

ERNESTINA DE CHAMPOURCIN

NACE en Vitoria (Alava), el 10 de Julio de 1905.

Ha publicado los siguientes libros:

***En silencio**, Madrid 1926; **Ahora Madrid**, 1928; **La voz en el viento**, Ciap, Madrid 1929; **Cántico inútil**, Aguilar, Madrid 1936; **La casa de enfrente**, (novela), Signo 1936; **Presencia a oscuras**, Adonais, Madrid 1953; **El nombre que me diste**, Finisterre, Méjico 1960; **Cárcel de los sentidos**, Finisterre, Méjico 1964; **Cartas cerradas**, Finisterre, Méjico 1967; **Hai-Kais espirituales**, Finisterre, Méjico 1967; **Poemas del ser y del estar**, Ágora, Madrid 1970; **Primer exilio**, Adonais, 1978; **La ardilla y la rosa** (Juan Ramón en mi memoria), Los libros de Fausto, Madrid 1981; **La pared transparente**, Los libros de Fausto, Madrid 1984;
*En preparación: ¿Por qué huyeron todas las islas?.**



Ernestina de Champourcin.
(1935).

Una nube gruesa, silenciosa, que se resaca
de las montañas, un viento labriero
de los cerros, un silencio que se
espina de las, viene tras, sobre ella. ¿Hay
peligro? ¿Hay azorío? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?

Si, Ernestina, ¿hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?

Pero el campo prático de Ernestina se
zi sin una negro, con los ojos de los zijos, y de
vez, resaca de los rizados. El agua que
se va a ver se va a ver para no volver
por un plazo largo del poniente. ¿Hay
noticia, insistente ciza, en la voz
de los rizados, ese interminable rizo que
la palabra, rebota en su propio, de
su propia voz.

¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?
¿Hay silencio? ¿Hay silencio? ¿Hay silencio?

Juan Ramón Jiménez

DEL LABERINTO Y SUS CELDAS

"El fervor del laberinto

—uno y múltiple— te pierde..."

Juan José Domenchina

I

Y cuando todo acaba se abren nuevos caminos.
Hay surcos luminosos que algún ángel enciende
—no aquel ángel terrible que amó Rainer María—
el que blandió la rosa con aguijón de muerte.

¡Qué senda en el espacio, qué obstinado vadeo
en ríos subterráneos que nadie ha recorrido,
en torrentes de lava y cosechas de azufre!
dimensiones insólitas de números rotundos.

Y esto que empieza ahora nos regala otro cuerpo
sin forma inteligible,
la delicia soñada de volver al contacto
con lo que presentimos sin rebasar el límite.

III

¿Pero hay algo que acaba? La eternidad se cierne
en nuestro devenir aunque la rechazemos.
Lo efímero se cuaja, de pronto, en realidades
sin nombre ni materia, en un zumo precioso
de memoria y olvido.

II

Aquello que iba a ser vuelo de mariposas,
batir de alas de cóndor en cúpula celeste
crecida de ciprés sin contención austera,
milagro del ascenso hacia un fin no entrevisto!

Aquello que iba a ser ¿será acaso ceniza?
¿Quién puede derruir el albergue sagrado
de la siembra más pura, el vientre de una tierra
que anhela recrearse?

Díme que sí va a ser. Díme que tus palabras
no obedecen la orden de lo que niega y hiere
ni el impulso que ignora
el latir fervoroso de una piel sensitiva.

Ojalá queden siempre en este aire mío,
la brisa del amor espontáneo y sin carga
de sensatez estéril: el viento irreprimible
que arrastra desde arriba los posos enfangados.

No habrá invierno ni otoño: quiero que todo sea
estío, primavera, madurez y capullo.

No digas nunca nada que azore a las estrellas.

Hay cosas que se cierran si se las mira mucho
y árboles que mueren sin conseguir hablarnos;
hay que cuidar el eco que se prolonga dócil.

Existen resonancias donde el sueño nos nace.

III

Y el laberinto avanza ...

Abundan en los setos las flores amarillas
y una oveja rebelde se las come a bocados.

¿Hacia donde va todo? El mar se desmenuza
en diminutas chispas de vidrios ámbar-verde.
Me persigue un lagarto que juega a ser iguana
como aquella que un día me alcanzó en la escalera.

Y me acuerdo de otras:
la de la jaula fija en medio del jardín
y las iguanas muertas que compran los turistas
para hacerse zapatos.

Y si hay que perderse, mejor en los volcanes
en un cráter ardiente o una cumbre nevada.

Perderse es transformarse
y podemos ser troncos, reptiles, pajarracos.

Laberintemos juntos nosotros y vosotros
cruzando vericuetos que algunos inventaron
y añadiendo tal vez ese piélago nuevo
en un serpentear de meandros ocultos.

La madeja se enreda y su tela de araña
es igual que un brocado antiguo y tembloroso.
Mas no todo termina al pie de la barranca
porque el volcán se pierde también entre las nubes.

¡Laberintemos juntos y la luz será nuestra!

(del libro inédito *Por qué huyeron todas las islas*)

POÉTICA

Nuria: No hay un oficio de poeta.
Existe una labor oscura y persistente
de minero... La triste ocupación de
unos hombres que cavan y perforan
túneles y zanjas en las entrañas de
la noche.

Para Nuria Parés



Dime que si va a ser, Dime que si va a ser,
y poderás ser pronto, pronto, pronto,
al impulso que ignora
el latir ferviente de los corazones
criticando vericuetos que algunos inventaron

Ojalá que quedaran algunas palabras
y añadiendo tal vez algunas palabras
en un serpeante de mandos pesados
de sensatez estéril el viento irreprimible

La mandibulada y al latir de la tierra
es igual que un broche antiguo y tembloroso.

Mas no todo termina al punto de la tierra,
porque el volcán se pierda también entre las ruinas.
No digas nunca nada que azore a las estrellas.

¡Lábranos juntos y la luz será nuestra!

Hay cosas que se cierran si se las mira mucho

(habla un robot, un robot que habla, un robot que habla)

hay que cuidar el ojo que se prolonga débil.

Entonces resonancias donde el sueño nos nace.

III

Y el laberinto avanza
Abundan en los setos las flores amarillas
y una oveja rebelde se las come a bocados.

¿Hacia donde va todo? El mar se desmenuza
en diminutas chispas de vidrios ámbar-verde.
Me persigue un lagarto que juega a ser iguana
como aquella que un día me alcanzó en la escalera.

Y me acuerdo de otras
la de la jaula fija en medio del jardín
y las iguanas muertas que compran los turistas
para hacerse tapices.

Y si hay que perderse, mejor en los volcanes
en un cráter ardiente o una cumbre nevada.

NURIA PARÉS


*NACE en Barcelona en 1925. Poeta, ensayista, crítica de arte y traductora. Se exilia a Méjico después de la Guerra Civil. Entre sus obras destacan **Romaces de la voz sola**, Méjico, 1951; y **Canto llano**, 1959.*

POÉTICA

Para Nuria Parés

Nuria: No hay un oficio de poeta.
Existe una labor oscura y persistente
de minero... La triste ocupación de
unos hombres que cavan y perforan
túneles y zanjas en las entrañas de
la noche.





¡Todo pasa en las sombras!
Y hay unos seres callados que buscan
poder decir de alguna manera lo que
ocurre, lo que sucede en las sombras.
Pero aún no hay palabras, Nuria... tú
lo sabes.

No hay más que un boquete oscuro
que es como una herida abierta en
las entrañas, enormemente hinchadas
de nuestra la Noche
Cada uno tiene la suya...
Y nos duele la noche... a todos nos duele.
Sangra la noche sin cesar...

Y navegamos en el mar de sangre de
la Noche... esto lo sabes también, Nuria.

Pero recuerda:

No existe un oficio de poeta.
Existe una labor oscura y persistente
de navegante.

Navegamos...

Y va uno y va...

de la sombra a la angustia...

de la angustia al sollozo...

del sollozo al sueño...

del sueño a la Muerte.

Estas son las rutas por ahora... Tú las conoces, Nuria.

Y no hay más que mineros y navegantes
sin capataz ni capitán.

Cada uno tiene su pico y su bandera.

Y la noche... la noche y el mar —Sombras
y llanto— Y el silencio, Nuria, el silencio
al que tú has oído.

Ahora canta... Canta
para que te abran la puerta.

—“¿A quién diré mi canción
madre, si cantar no puedo?

¿A quién diré mi canción
madre, que escuche el silencio?”

Y como nadie te escucha... golpea, cava
en la noche... y navega... navega sobre tu llanto.

Nuria... No hay un oficio de poeta.

Recuerda... recuérdalo siempre. Y recuerda
también que esto, sólo esto, es ya una poética:

No hay más que mineros y navegantes.

León Felipe

Que quede grabado en mí,
que todo el momento exacto
con su plenitud perfecta
quede en mi interior vibrando...
Que nada se pierda de él,
que no tenga que encontrarlo,
pobre limosna, en el sueño
con su perfil deformado.
Que todo el ser, blanda cera,
guarde su latido exacto,
pájaro vivo en la malla
de la voluntad apresado,
que toda el alma esté alerta
y mi cuerpo esté afilando
sus mil memorias pequeñas
dispuestas a recordarlo.

(de *Romances de la voz sola*)

Esta voz, que no es mi voz,
con la que hablo y me río,
que habrá de seguir en mí
y habrá de acabar conmigo,
esta voz, que no es mi voz,
que está robándole el sitio
a esa voz que yo me sé
cantando sonidos vivos...
Esta voz, que no es mi voz,
¿habrá de acabar conmigo
sin que la otra voz, mi voz,
pueda surgir de su olvido?

(de *Romances de la voz sola*)

Pero mi voz está lejos
y no siente lo que digo.
Faltas de luz mis palabras
van anegándose en ritmo
con un jadear penoso
que sabe de su vacío
y el momento está esperando
no sé que matices tibios
que hagan ahondar mi palabra
por senderos de infinito...
Pero mi voz está lejos
y no siente lo que digo.

(de *Romances de la voz sola*)

Que todo pasa en las palabras
 Y hay unos serenos momentos
 poder decir de alguna manera
 ocurre, lo que sucede
 Pero aún no hay palabras
 lo sabes.
 No hay más que un boque
 que es como una herida abierta
 las entrañas, enormemente
 de nuestra la Noche
 Cada uno tiene la suya...
 Y nos duele la noche...
 Sangra la noche sin cesar
 Y navegamos en el mar de
 la Noche... esto lo sabes
 Pero recuerda:
 No existe un oficio de poeta.

(de Romances de la voz sola)

Esta voz, que no es mi voz,
 con la que hablo y me río
 que habrá de seguir en mí...
 y habrá de escapar conmigo,
 esta voz, que no es mi voz,
 que está robándole el sitio
 a esa voz que yo me sé
 cantando sonidos vivos...
 Esta voz, que no es mi voz,
 y la noche... la noche y el día
 y llanto... Y el silencio,
 al que tú has oído.

(de Romances de la voz sola) Canta

Para que te abran la puerta.
 —¿A quién diré mi canción
 madre, si cantar no puedo
 y no siento lo que digo
 Faltas de luz mis palabras
 van anegándose en tiempo
 con un lenguaje de
 que sabe de su vacío
 y el momento está esperando
 no sé que misterios
 que pagan alabar mi palabra
 por senderos de infinito...
 Pero mi voz está lejos.
 y no siento lo que digo.

León Felipe

(de Romances de la voz sola)

MARÍA ENCISO

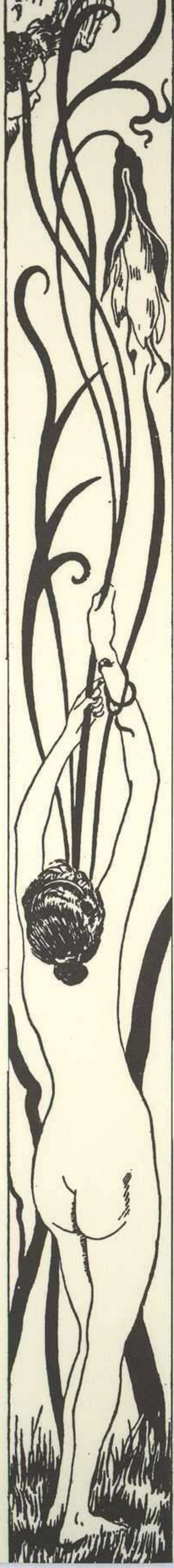
Un libro reciente, salido de mis prensas para la "Editorial Isla", es el libro de María Enciso titulado *De mar a mar*. Una colección de poemas, en los cuales predomina un fervoroso amor por España, ya sea cantando a sus héroes, ya sea lamentando poéticamente su pérdida.

María Enciso de mar a mar ha construido una "torre de espuma", se ha levantado sobre un blanco pedestal de nubes, para cantar con altura y dolor infinitos la tragedia española. Pero esa espuma de su torre, con ser casi de nieve, como las alas de un torrente, tiene también el hervor de la rabia, de la santa y justa indignación de un pueblo, al que canta y para el cual escribe.

No olvida María Enciso un sentimiento de gratitud, para la "Madre América", a la que dedica uno de sus más emocionados poemas.

Completan el libro unas líricas canciones llenas de nostalgia, de recuerdos de niñez. Versos de finísima calidad que bastarían por sí solos para darle un destacado lugar a su autora entre los mejores poetas españoles contemporáneos.

Reseña del libro de María Enciso De mar a mar, realizada por Manuel Altolaguirre, para "Suma bibliográfica", Méjico 1946.



MADRE AMÉRICA

Como una palma que desvela el aire
perfil del alba, que la noche cierra,
verde, sobre el azul de un mar inmenso,
ardiente orilla, te contemplo América.
Seno de luz, tu entraña generosa,
tus senderos de sol, tu abierta tierra,
y los ríos arterias de tu vida,
para un mundo que el mar dejó en tus playas,
voz quebrada en la angustia de la guerra.
Señalando al espacio, tus montañas,
las sierras grises donde el cóndor vela,
en el hondo silencio de la noche,
en la eterna presencia de la niebla.
Caballos galopando en tus llanuras,
bajo el frío metal de las estrellas.
Valvas opalescentes, madrugadas,
emergen de su luz, marinas perlas.

La vieja Europa, tiembla en sus cimientos,
sólo por dos esquinas amparada.

La blanca estepa de la Rusia roja,
la de hazañas heroicas perdurables,
pueblo que cubre de sangrantes rosas
la delgada silueta de la nieve,
y frente a un mundo en ruinas,
Inglaterra, de grises soledades.
Sólo tú siembras vientos de esperanza
en tu mudo recinto de corales.

Yo hablo tu propio idioma, madre América,
en lengua de tu pueblo he de cantarte,
cálido acento de cansadas sienes,
reclinadas en regazo suave,
los párpados clavados en los ojos,
agujas del dolor, cristal del aire.
Por la vida futura que forjamos,
has hecho tuyas nuestras soledades,
la amarga soledad del hombre libre,
que ha visto atrás su mundo derrumbarse.

Cuando miro lejanos limoneros,
cuando sueño en mis campos de olivares,
cuando veo, en mi sueño, las orillas
de aquellos tÍbios, azulados mares,
vuelvo mis ojos con dolor de ausencia,
sobre el verde oscilar de tus maizales,
y son jazmines de tus noches claras,
tan blancos como aquellos azahares.
El delgado cimbrear de tus palmeras,
el fuerte olor salobre de tus mares,
toda la maravilla de tus noches,
cercadas por las selvas tropicales,
me dicen día a día que he vivido,
que en mis venas circulaba tibia sangre,
mi corazón, sobre tu abierta tierra,
y junto a él, abismos insondables,
rÍos que van cantando, en sus orillas,
el moreno temblar de los manglares,
y una raza que sueña melancÓlica
su silencio, de siglos imborrables.
Cuando la muerte pasa sobre el mundo,
yo oigo el cantar de tus caÑaverales,
y el cántico del mar, en mis oÍdos,
de sonoros acentos puebla el aire.

Espadas de dolor, delgadas voces
en muerte y agonía traspasadas,
de otro lado del mar las traen los vientos,
sobre tus claras noches estrelladas.
Lleva la luz, cercos de oscura sombra,
enlutados parecen tus paisajes,
y las voces de angustia y muerte, lentas,
en fría soledad, recoge el aire.
Siempre será tu nombre, Madre América,
sobre la espuma de remotos siglos.
Tu nombre, por caminos desandados,
que el mar los lleva a tu destino unidos.
En la inasible soledad del sueño
al nombrarte, percibo tus latidos,
como un blando latir de corazones,
juntos, en la penumbra del olvido.

(de *De mar a mar*)

cuando miro lejanos horizontes,
cuando sueño en tus campos de olivares,
cuando veo, en mi sueño, las orillas

Cuando miro lejanos horizontes,
cuando sueño en tus campos de olivares,
cuando veo, en mi sueño, las orillas
de aquellos ríos, azules mares,
vuelvo mis ojos con dolor de ausencia
sobre el verde oscilar de las máximas
y son jarrines de los ríos claros
tan blancos como aquellos ríos
El delgado cimbrar de los palmas
el fuerte olor salobre de las mareas
toda la maravilla de las noches
cercadas por las selvas tropicales
me dicen día a día que he vivido
que en mis venas circulan ríos
mi corazón, sobre tu abierta
y junto a él, abismos inabundantes
ríos que van cantando, en sus orillas
el moreno temblar de los manglares
y una raza que sueña melancólica
su silencio, de siglos inabundantes
cuando la muerte pasa sobre el mundo
yo oigo el cantar de las cañaveras,

La vieja Europa, en sus orillas,
de sonoros aceros puebla el aire
La blanca estepa de la Rusia roja,

Espadas de dolor, delgadas voces
en muerte y agonía
de otro lado del mar las voces
sobre las claras noches estrelladas
Lleva la luz, cercos de escuros horizontes
enlutados por los ríos
y las voces de angustia y dolor
en sus soledad, recoge el aire.

Yo hablo siempre tu nombre, Madre América
sobre la espuma de tantos siglos
Tu nombre, por caminos desahucados
que el mar los lleva a tu destino
En la insalvable soledad del mundo
al nombrarte, percibo mis ríos
como un blando latir de corazón
juntos, en la penumbra del olvido
la amarga soledad del hombre libre,

cuando miro lejanos horizontes

CARMEN CONDE

*NACE en Cartagena en 1907. Académica de la Lengua desde 1978, es la primera mujer que ha ingresado en la Real Academia Española. Poetisa, novelista, autora de estudios críticos, cuentos y teatro infantil, en 1951 obtiene el Premio "Internacional de Poesía". En 1967 le conceden el Premio "Nacional de Literatura" por su libro **Obra Poética 1929-1966**. Posteriormente ha publicado entre otros los siguientes libros de poemas: **A este lado de la eternidad, 1970; Cancionero de la enamorada, 1971; Corrosión, 1975; Cita con la vida 1976; El tiempo es un río lentísimo de fuego, 1978; La noche oscura del cuerpo, 1980; Desde nunca, 1982; Derramen su sangre las sombras, 1983; Del obligado dolor, 1984; Cráter, 1985.***

*Ha obtenido el Premio "Benito Pérez Galdós" de Periodismo en 1979. Entre sus novelas se encuentran **En manos del silencio, 1950; Cobre, 1953; Las oscuras raíces, 1953; La Rambla, 1977; Creció espesa la yerba, 1979.** En 1980 obtiene el "Ateneo" de Sevilla, con su novela **Soy la madre** y en 1985 aparece **La calle de los balcones azules** (Plaza y Janés).*

*Es de destacar además, su importante labor como **antóloga de poesía femenina, sus numerosos trabajos de crítica y ensayo y una extensa producción de libros para niños.***



CARMEN CONDE

BROCAL

(POEMAS)



CUADERNOS LITERARIOS

YO no te pregunto adónde me llevas.
Ni por qué.
Ni para que.
¿Tú quieres caminar?, pues yo te sigo.

— 7 —

DESCALZA estrella, descalza,
Por el agua alta, yo quiero ir descalza.
Por el cielo hondo, yo quiero ir descalza.

Descalza, estrella, descalza.

— 41 —

YO soy más fuerte que tú, porque
me apoyo en ti.

— 47 —

VISIÓN

Como saco de cilicio el sol de negro.
Los ángeles con truenos en sus bocas.
Los caballos derramando destrucciones.
De muchas aguas con ruido tu gran Voz.

Juan me ha visto...
¡siempre perseguida por la bestia!
Con la tierra separada en dos mitades
sorbiendo el río que corría tras de mí.
No he dañado ni al vino ni al aceite.
Y por tibia nunca habrás de vomitarme.
¡Que el dragón se corroa con su fuego,
y los ángeles rujan sus trompetas!

Juan me ha visto...
¡Ay de los muertos, Primogénito:
ayúdame a escapar!

CONTEMPLACIÓN

Desnuda la noche estalla
prietos ramos de luceros.
Junto a mis sienes relucen
relámpagos de silencio.
No tempestades, no lluvia:
pastora del firmamento
lloro porque desterrada,
ante los álamos secos
que un terremoto de nubes
va convirtiendo en espectros.

Clamores, piras de brisas,
arroyos se desperezan
y ecos de frondas sacuden
madejas de primavera.

¡Cúanta noche me cobija
estos ojos derramados!
Bocas de insectos devoran
la carne tibia del campo,
mientras mi cuerpo se sueña
inextinguible y callado
cuerpo de la eternidad,
dulcísimo olor cercano.
Y la luz se eleva queda
enalteciéndose en arco.

¡Quién subiera hasta la noche
con la noche rodeada
al cuerpo en túnica fresca!

El alma tierna que hube
se ha convertido en pavesa.

HORROR A LA BESTIA

¡Por qué supe de ti, oh bestia impura?
¿Acaso te salvaste del oscuro silencio
llevándote conmigo por las quemantes tierras
que Dios nos destinara en su arrebató?

Esclavos nos hiciste y te quedaste esclava.
Ya nos sacude todo con idéntico brío.
¡Los huesos silban mayos en un celo
que el alma sufre inmóvil!

El alma, sí. Va siendo mía.
La llevo sobre mí, ella me unge.
Soy charca de su luz. La quemo toda.

Pero te odio a ti, que eres la brasa.

¡Tener un Paraíso sin saberlo!

Ser dueña de la paz, sin conocerla.

Tan nueva mi raíz, que la quebraste
lamiendo sus cabellos.

Royéndonos está, y te roemos.

La lucha es para mí, que te conozco.

Que te he traído aquí, que me gobiernas.

¡Oh alma de mi cuerpo, alma mía

que Dios me deja ya poblarme toda!

Te domará mi vida, te domará mi muerte,

maldita bestia dulce, embriagadora loca

que muerde mis entrañas, tu manzana fragante.

TÁNTALO ETERNO

Injuriaste a los dioses. No lo hice
y tus mismas angustias padezco.

No quiere el agua cedérseme;

veo como tú los manjares

sin alcanzarlos poder...

Reina no fui de un Imperio,

las riquezas no acuden a mi.

Tampoco robé del banquete

néctar ni ambrosías.

La sed que tortura es eterna.

Extiendo las manos: los frutos

huyen veloces, frustrando

deseos en las venas ante

todo lo inasible, fugaz.

Tormento infinito que impide

de todo la consumación.



Clamores, pira de brasa
Si nunca apostrofo a los dioses
que a tu suplicio me atan,
¿por qué sufro hambre y de sed
por lo que a ti te negaron
y ahora me niegan : por qué?

(Septiembre, 1982)

TANTALO ETERNO

Injuraste a los dioses. No lo hice
y tus ansias angustias padecido.
No quise el agua cedérmelo;
veo como tú los manjares
sin alcanzarlos poder.
Reina no fui de un Imperio
las riquezas no saqué a mí
Tampoco robé del panteón
néctar ni ambrosias.
La sed que tortura es eterna
Extiendo las manos; los frutos
huyen veloces, figurando
desos en las venas ante
todo lo insalible, fúgar.
Tortamento infinito que impide
de todo la consumación
Soy charca de su luz. La quiero toda.

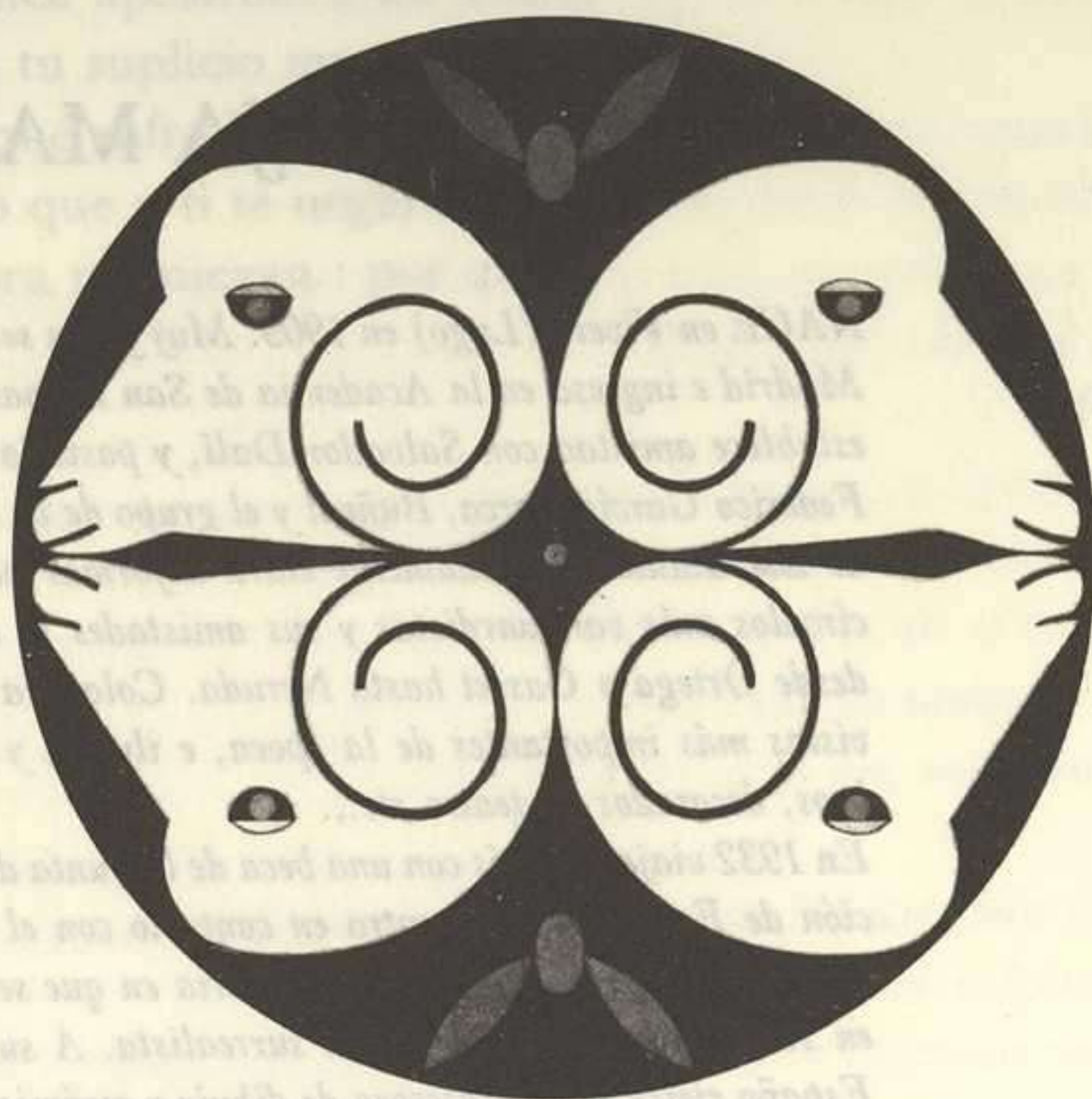
MARUJA MALLO

NACE en Vivero (Lugo) en 1909. Muy joven se traslada a Madrid e ingresa en la Academia de San Fernando, donde establece amistad con Salvador Dalí, y posteriormente con Federico García Lorca, Buñuel y el grupo de la Residencia de Estudiantes. Rapidamente entra a formar parte de los círculos más vanguardistas y sus amistades se encuentran desde Ortega y Gasset hasta Neruda. Colabora en las revistas más importantes de la época, e ilustra y diseña libros, decorados de teatro etc...

*En 1932 viaja a París con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios. Allí, entra en contacto con el grupo surrealista y expone en la misma galeria en que se realizara en 1925 la primera exposición surrealista. A su regreso a España ejerce como profesora de dibujo y cerámica en institutos, escuelas de arte y la Residencia de Estudiantes. Participa en las principales exposiciones de arte contemporáneo que se realizan en España, y es seleccionada en varias ocasiones para representar al arte español en el extranjero (París, Copenhague, Berlín, Londres). En 1936 se exilia a Buenos Aires, y en 1942, se publica en esta ciudad, un libro titulado **Maruja Mallo** con un importante texto de Ramón Gómez de la Serna, 49 reproducciones de obras y una conferencia de Maruja Mallo titulada: "Lo popular en la plástica española a través de mi obra".*

*En 1948 publica **Arquitecturas** con un prólogo de Jean Cassou y en 1965 se instala definitivamente en España.*





Maruja Mallo dada la vuelta a la pobreza de símbolos que le quedan al mundo ha encontrado que siempre será rica una diferencia de fisonomías, interpretadas por su arte ya emancipado y ha conseguido una manera especial de representar cabezas parlantes, humanizadas por su pelo, agrandadas por sus ojos, idealizadas por su carne.

(Ramón Gómez de la Serna)

El destino de la pintura no está sólo en el cuadro, sino también en el muro, en la cerámica, en la escenografía. La misión de las artes plásticas está en su integridad.

El arte nuevo debe descubrir leyes, considerar la naturaleza como un todo. El arte debe ser un compendio de conocimientos, tiene que darse cuenta exacta del lugar que ocupa en el conjunto de los hechos naturales e históricos.

El arte es un compendio universal, tiene su historia en el tiempo como la naturaleza y representa el pensamiento contemporáneo.

La naturaleza, los hechos históricos y el arte van unidos incesantemente. El arte consciente o inconscientemente es propaganda. El arte revolucionario es un arma que emplea una sociedad consciente en contra de una sociedad descompuesta. El arte nuevo no es un arma, sino que es un resultado; es la encarnación, es el símbolo de una sociedad nueva.

El nuevo orden, el arte integral, es el que surge después de las últimas batallas. El que se establece después de los heroicos combates.

(Fragmento de "Proceso histórico de la forma en las artes plásticas" conferencia de MARUJA MALLO en la Sociedad "Amigos del Arte" de Buenos Aires, en Junio de 1937).

Deformar Conformando
Desconformación de la forma lleva a la Creación de
Formas Nuevas

Picasso con la descomposición de la forma
denunció la deformación social

Conoció a Picasso cuando celebré mi
primera exposición "Galerie Pierre" Paris 1934
al mismo tiempo que conocí a Paul Elouard
al que le interesó mucho mi obra y le
pregunté - Picasso en opinión y le escribo.
textualmente cuando se pregunta a un artista, se
pregunta la opinión al pintor que ha reali-
zado tan original obra

A parte del elogio que hace un
supongo tal juicio me conmovió el
respeto de Picasso ante la pintura de
un artista joven.

Maruja Mallo

Defensor Confesionario
Documento de Defensor de Confesionarios
Fomas y otros
Ficosa en el Defensor de Confesionarios
Defensor de Confesionarios

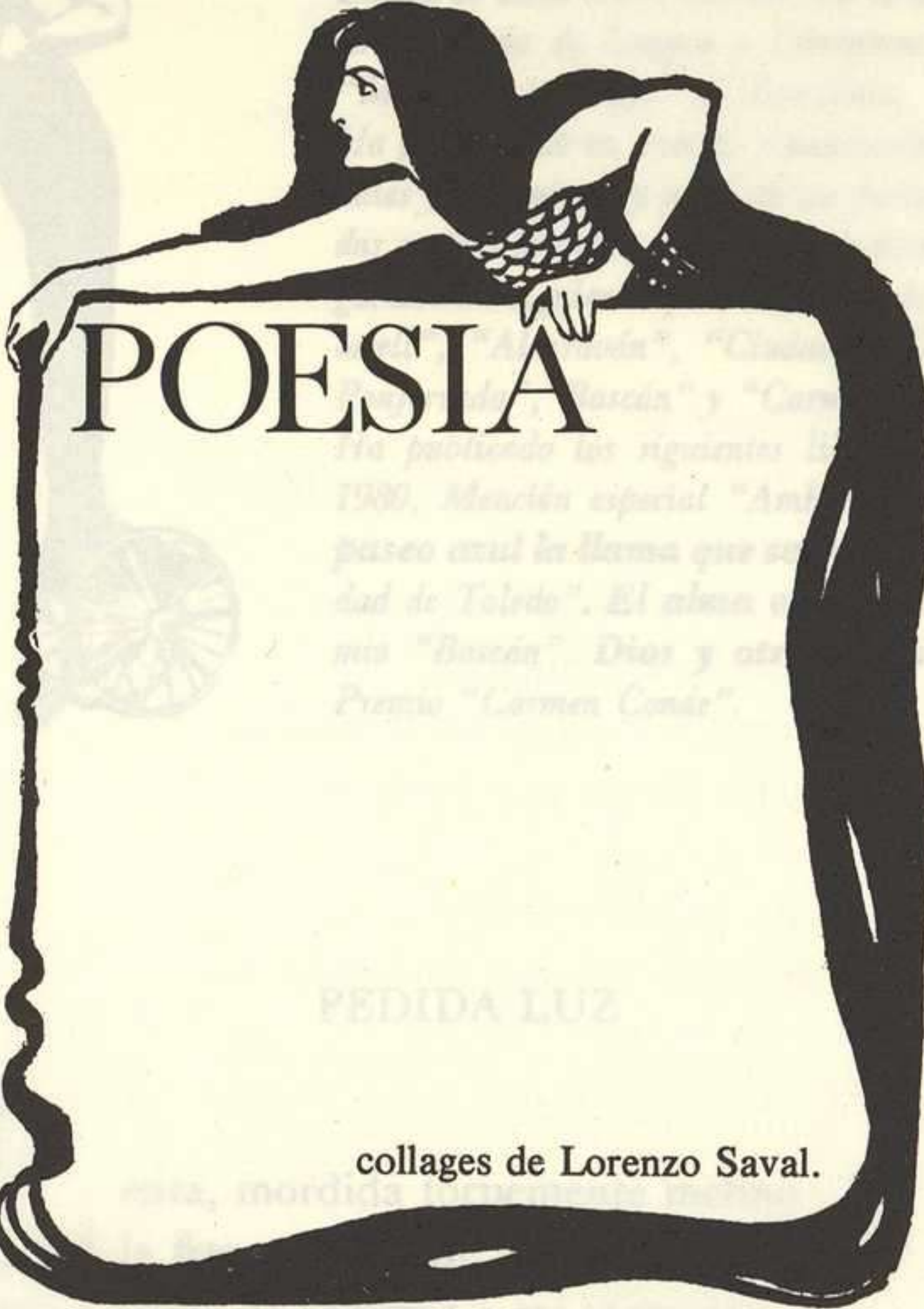
Defensor de Confesionarios
Fomas y otros
Ficosa en el Defensor de Confesionarios
Defensor de Confesionarios

Defensor de Confesionarios
Fomas y otros
Ficosa en el Defensor de Confesionarios
Defensor de Confesionarios

Defensor de Confesionarios
Fomas y otros
Ficosa en el Defensor de Confesionarios
Defensor de Confesionarios

(Fragmento de "Proceso histórico de la forma en las artes plásticas" conferencia de MARUJA MALLO en la Sociedad Española de Historia del Arte en el Museo de Bellas Artes de Sevilla, Sevilla, 1974)

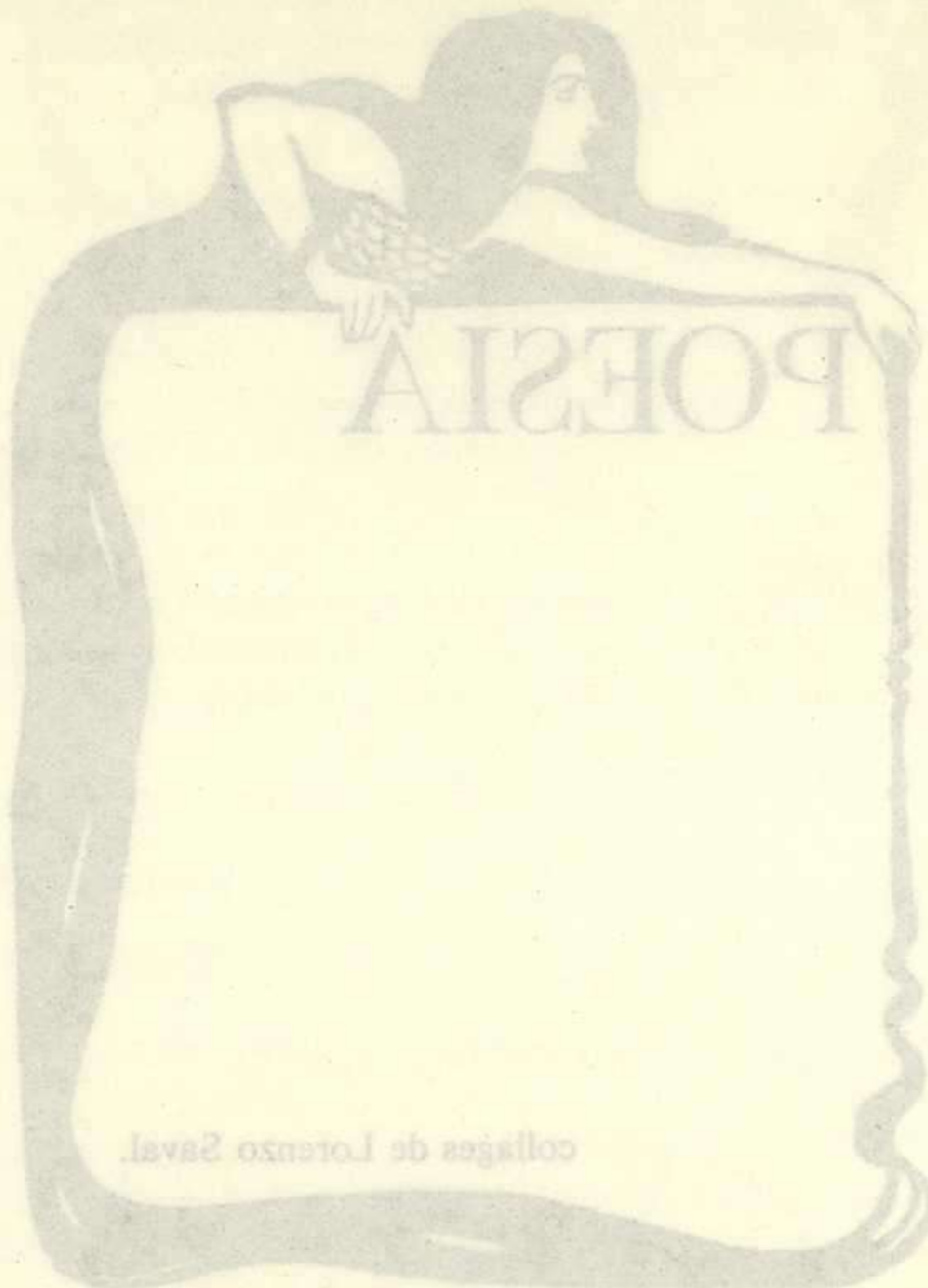
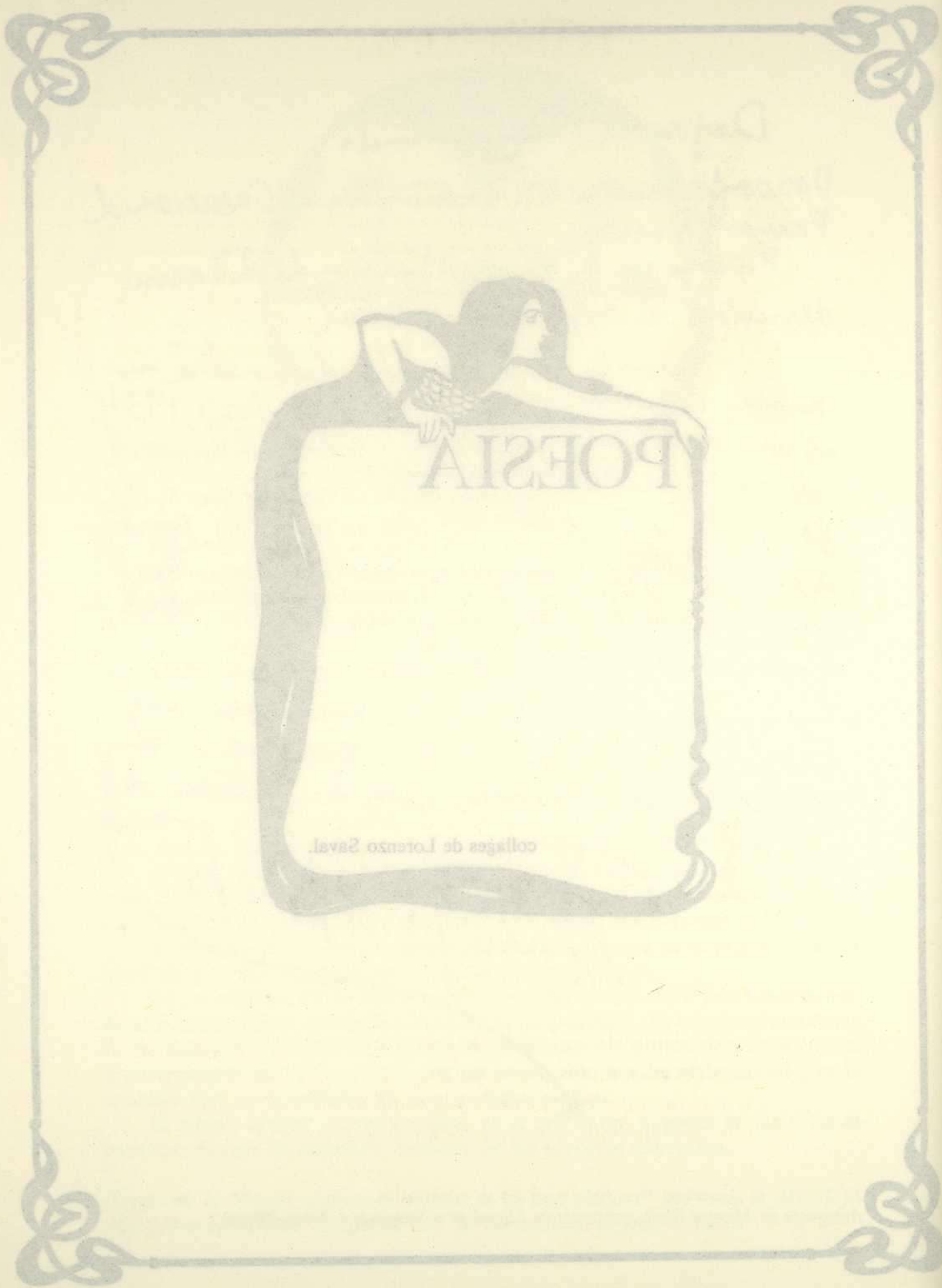
ISABEL ABAD



POESIA

PEDIDA LUZ

collages de Lorenzo Saval.



collages de Lorenzo Savai.

ISABEL ABAD



NACIÓ en Barcelona, en 1947, se licenció en Filología Clásica en la Universidad de su ciudad natal, ejerciendo como profesora ayudante en el departamento de Filología Latina de dicho centro docente. En la actualidad es profesora agragada de Lengua y Literatura latina en el I. B. "Menéndez y Pelayo" de Barcelona.

Ha participado en revistas y publicaciones diversas, nacionales y extranjeras y parte de sus poemas han sido traducidos a otras lenguas, e incluidos en diversas antologías. Ha ganado los siguientes premios de poesía: "Ciudad de Martorell", "Alcaraván", "Ciudad de Toledo", "Ciudad de Ponferrada", "Boscán" y "Carmen Conde" entre otros.

*Ha publicado los siguientes libros: **Motivos de isla**, 1980, Mención especial "Ambito Literario". **Tiene un paseo azul la llama que sostengo**, 1982, "Premio ciudad de Toledo". **El alma en la memoria**, 1983, Premio "Boscán". **Dios y otros sueños**, Madrid, 1985, Premio "Carmen Conde".*

PEDIDA LUZ

Lenta, mordida torpemente inclino
la fresa violeta de mis sueños.
Salgo al dolor de abrirme a mi tormenta,
de regresarme al pozo de estos dedos
por donde vierto ciega tanta vida.

Me llama el viejo oficio de aturdirme
los delicados nudos de mi sangre,
la paz de hundirme tardes en la esquina
que tan tembladamente me ha crecido.

Llueve el reloj su prisa despiadada.

Mi corazón, en tanto,
me desvive la luz que anduve herida.
De nuevo está lloviendo mi locura:
será el sudor,
esa mojada mácula muriéndome,
esa señal de mar, esa respuesta
que altiva nazco a quien a amarme acuda;
Será mi entraña en bodas con el miedo,
mi compasión de mi
que quise en este templo
la boca de otra vida estremeciéndome.
Será que estoy entrada de cipreses
esta prieta ansiedad desarrimada
del roce estrecho del caudal henchido.

Estoy diciembre
desde que tiemblo el corazón tan hondo.
Mi nieve está en camino.
Será que curvo el alma a su sosiego,
será mi corazón arrodillado,
pedido de otra luz quien me despierta
la lava abierta de mi mar primero.

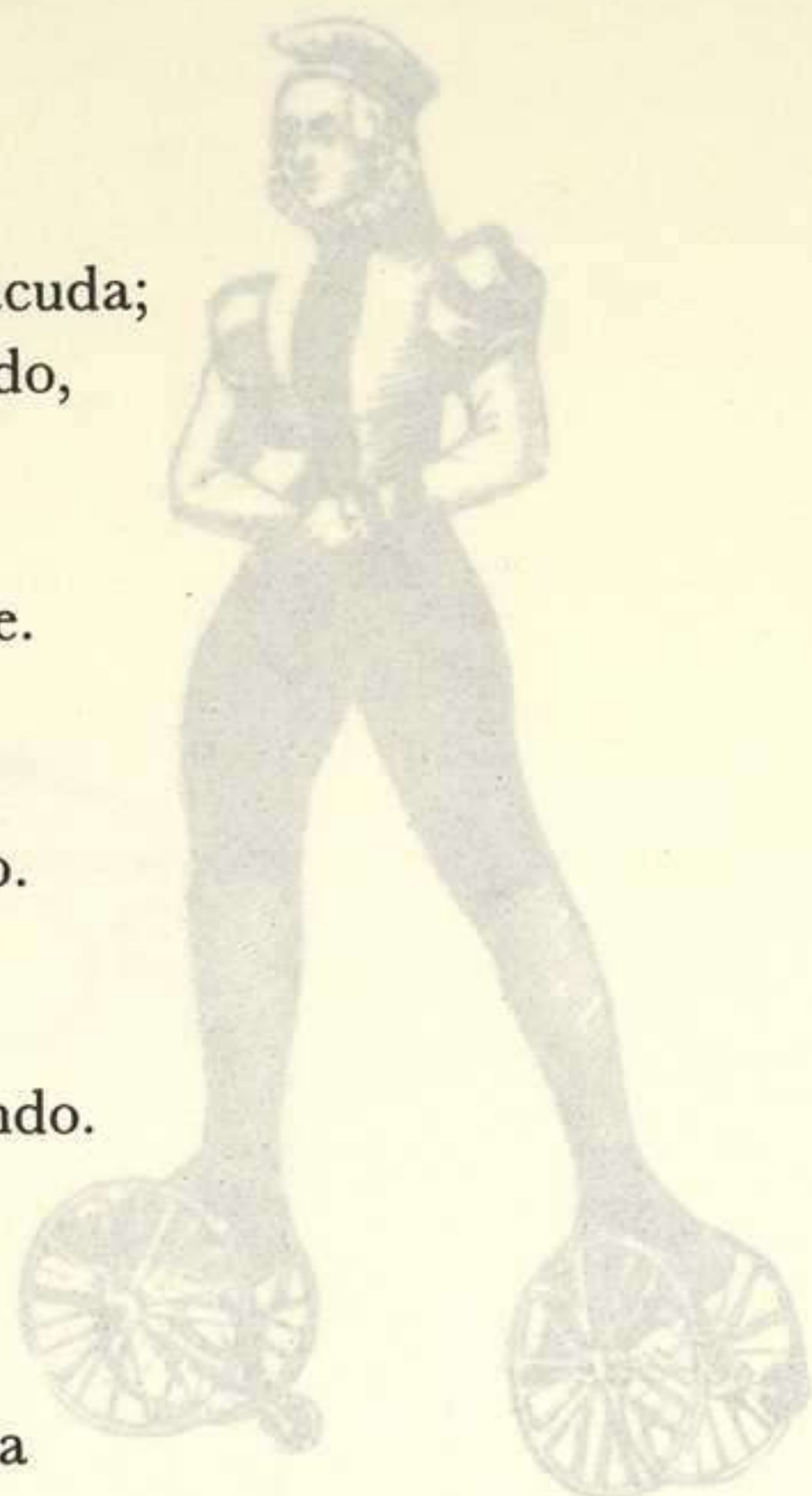
Me asusto en la cintura:
nunca otro anillo ató más turbulencia.

(de *El alma en la memoria*)*

AYER, UNA CORONA DE AGUA

De una corona de agua, en la otra vida,
cuando era nieve despertar y plata
morirse poco a poco en cada mata
de la montaña del amor mordida.

Cuando llorar era una rosa hundida
en la total pasión que el mar desata
y, estrecha de esperar, fui catarata,



de una corona de agua fui encendida.

Y me quedé a la sombra de esa calma,
hasta que hendiste su dorado velo
y de aquel pozo te alejaste esquivo.

Ya herido el ruiseñor en que no vivo,
¿qué más me mientes, Dios, si en ese vuelo
perdí tormenta, azalería y alma?

(de *Dios y otros sueños*)



AMPARO AMORÓS



NACE en Valencia, es poeta, ensayista y crítico literario. Colabora habitualmente en "Insula", "Revista de Occidente", "Cuadernos Hispanoamericanos", "Cuadernos del Norte", "Litoral", "El País", "La Vanguardia", etc... Su libro de poemas **Ludia** (Rialp, Madrid, 1983) obtuvo el Accésit del Premio Adonais 1982. Un segundo poemario, **Al rumor de la luz** (Zarza Rosa, Valencia 1985) al que han seguido **La honda travesía del Aguila** (Llibres del Mall, Barcelona, 1986) y dos últimos textos en los que trabaja actualmente: **El cálculo de la derrota** y **La cicatriz del agua**, al que le ha sido concedida en 1986 una Ayuda a la Creación por el Ministerio de Cultura y cuyo fragmento inicial fue publicado en "Revista de Occidente". Esta obra poética ha quedado recogida en numerosas antologías. Su ensayo **La palabra del silencio (La función del silencio en la poesía española posterior a 1969)**, que constituye su Tesis Doctoral, obtuvo en 1983 una anterior Ayuda a la Creación del Ministerio de Cultura. Ha dictado conferencias y dado lecturas poéticas en España, Francia, Hispanoamérica y Estados Unidos donde ha sido becaria del Comité Conjunto de Cooperación Cultural Hispano-Norteamericano en Nueva York, Washigton, Boston y Kansas. Cursó estudios de Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid donde ejerce, también la docencia de la literatura.

CRIATURAS DEL GOZO

A Edith Zipperich y Antoni Marí.

Fuera inútil ahora preguntarnos
por qué el estío nos reunió entre sus manos claras
como cabellos que trenzaran un nido,
descifrar el emblema del nombre sobre campo
de trigos,

abrir en gajos

las estelas de azar
o la cita acordada

y ¿por quién?

que allí nos convocaba.
¿Conocer? ¿Para qué?
Sentir, saber y basta.
Todo está vivo aún
y es suficiente
porque vuelve palabra
la piel de esta certeza
y traslúcido el tiempo.

El palomar. La isla. Una hoguera de miel
donde sólo escuchábamos el rumor de la luz.
Como aquella mañana
hoy trasmina la tierra y era música
su blanco aroma a lienzos en el arca
de la memoria

que reconoce idéntico el espacio
y tan distinto

en que habitó el milagro:
aquí creció una yedra
de venas asombradas,
estalló la ensenada
en un clamor de cuarzos
y el remanso crujió
de flores amarillas.

Ya nunca moriremos.
A pesar del dolor ya nunca moriremos.

Aunque es la entrega huida
de manos llenas y de pies ligeros
y apenas dura un mundo
la caricia total con que nos roza
como ala transparente la verdad.

¡Qué triste es el acorde fugaz de lo perfecto!

Pero escucha la voz
que nacía empozada

de la cueva:

franqueamos sus labios de verdines musgosos
y bajamos riendo al manantial oscuro
de la desolación.

Entreabría el destino la puerta
y aprendimos en su bisagra
el oxidado canto de la queja.

Pliegues de claridad nos iniciaban.

Pero afuera, cigarras calcinadas llamándonos a gritos,
crepitaban unánimes todos los girasoles
como un coro diáfano de astillas
y un pájaro de ámbar
cruzó de pronto el cielo.

Eramos puramente criaturas del gozo
a salvo del dolor por un instante,
no intactos sino indemnes
porque al regreso ya de tantas cosas,
entregados y plenos
a la tea que sacia momentánea
la escasez del exceso,
a la rama estañada que corona de dicha,
a los dátiles tÍbios que sonríe la tarde
con el mandil cuajado de manojos de agua,
en la fresca inocencia
de lo que ha derramado su medida

y grávido, rebasa y se concede
por gracia de esa tregua
con que a veces la vida nos regala:
ser y sernos tan sólo
y serlo todo
para justificar el universo.

(de *Al rumor de la luz*)



JUANA, LAS VOCES Y EL FUEGO

A Milagros Polo

*Oigo las voces que yo pienso,
las voces que me piensan al pensarlas.*

(Octavio Paz)

Hay tardes que entra el viento por los ojos
mientras devana el huso las guedejas del lino
y el tiempo va manando entre los dedos,
entra de par en par hasta las sienes
encallando palabras sargazos en las cejas,
palabras que resbalan cielo adentro
del paladar
y salpican las noches de voces consteladas.

Me siento junto al fuego y las oigo venir
corredor hacia mí de la memoria.
Poco a poco me arrastran de los otros
que hablan en derredor cada vez más remotos
y quisiera callarlos con el dedo en los labios
para oírlas mejor
porque susurran quedo
como cuando alguien duerme.

Me toman de la mano
y dicen no sé qué de algún largo viaje
mientras bajo con ellas al fondo de mi misma
y aprendo una canción que se llama destino
pero aún no comprendo
porque el vaho del miedo ha empañado la letra.

Otros días me angustian a aletazos
y su cuervo torrente despeña al corazón
en un vertiginoso molino de tormenta.
¿Es así la locura?
¿Este sentirse extraña,
quererlas arrancar

arañando a puñados
pero cómo
si dentro,
este saber que entonces
me marcharé con ella...?

Si al fin me abandonasen me deshabitaría
casa que nadie puebla, hospedaje de ausencia,
caparazón inútil albergando vacío.
Porque yo soy el nombre que interroga su enigma
y ellas el eco de mi ser: acorde
de acentos disonantes que conciertan
el instante de amor que es la belleza.
Saberlas es saberme
y revelarlas
imagen de la muerte que salvará el olvido.

Ya todo se ha cumplido.
Perdura sólo el rastro.
Hay ahora un sosiego
que se llama silencio.

*Y le fue mostrado
cuán serio y peligroso
es examinar curiosamente
las cosas que están más allá
de la comprensión humana,
y creer en cosas nuevas...
e incluso inventar cosas nuevas
y desusadas,
pues los demonios saben
cómo introducirse
en semejantes curiosidades.**

* Admonición dirigida a Juana de Arco. *Procès de condamnation*, Vol.I. Pág.390.

Escapando
a las cimas del aire
una alondra busca su libertad
mientras el cielo
es una espesa flama
de humo y de cenizas.

El banquete tocaba ya su fin.

Pero ellas
con avidez de grullas enceladas
apuraban las copas de la vida
hasta el último resto
aunque ya sin placer
mientras los tonsurados, el obispo
y los nobles, hambrientos
todavía
de justicia,
insaciables
de verdad absoluta,
rebañaban los platos
con las postreras
migajas del mantel.

¿Quién ya
sino en tu nombre
los recuerda?

En cambio tú
por ser llamada a la hoguera de lo que no dura
eres Juana del fuego,
Juana la de las voces
y fiel a su respuesta
pemaneces
ardiendo la memoria
para siempre.

(de *La honda travesía del águila*)



ELENA ANDRÉS

NACE en Madrid. Obtiene el título de licenciada en Filología Románica por la Facultad de Filosofía y letras de Madrid. Hizo los cursos de doctorado, tesina y tesis en la citada Facultad. En la actualidad es profesora de Literatura.

*En 1959 publica su primer libro de poesía **El Buscador**, Madrid Edc. Agora. A este seguirán los siguientes libros de poesía: **Dos caminos**, ac. premio Adonáis 1963. **Desde aquí mis señales**, 1971, colección Alamo, Salamanca. En 1980, **Trance de la vigilia colmada** obtiene el II premio de Ambito Literario. Colección Ambito Literario. Tiene en prensa **Paisajes Conjurados** y, en preparación **Hojas de un diario**.*

Sus poemas se han publicado en: Poesía Española, Revista de Occidente, Caracola, Estafeta Literaria, Árbol de Fuego (Caracas), Alaluz (California), Cuadernos Hispano Americanos, Anthologie des Recontres Poétiques en Suisse Romande 1984...

*También han sido traducidos a varios idiomas. Al italiano, en la gran antología de Maria Romano Colangeli **Vocci femminili della lirica spagnola del'900**, al francés, al polaco, al rumano y al inglés.*

EL ARLEQUIN DE PICASSO

La ternura
de carne azul. Los ojos
dos gotas del Vacío,
concretas, implorantes
que cayeron,
vivieron en un rostro y se quedaron.

Aureola malva de tristeza tierna,
el desamparo añil.

Arriba hay una estrella plativerde
que se diluye entre la brisa dura,
violácea y táctil
de la compasión.

La estrella se diluye, mientras, alguien
se queda inmóvil, para siempre inmóvil
con gesto congelado.

No se atrevió por nunca
a salir a la danza,
preparado,
se heló el gesto: mira al absoluto.

Forman ángulo obtuso sus dos brazos.
Planas las manos sosas, una al viento
deja flotar maciza, mansa, mansa...
y la otra cae entera,

mas en lance
de cortés timidez torpe recoge
con el denso pulgar la Indecisión,
que es un bonete pardo, casi negro.

La mano iba a caer,
mas se suspende
en un incierto instante...

En su boca se anida en suave trazo
la tristeza soñada

en un extraño trance de prevenida. *(de Paisajes Conjuntos, inédito)*

¡Ay, su rostro alargado
sin máscara ni arranque,
sólo una bondad-pena!

Arlequín, hijo mío,
hijo mío el más querido.

El que no quise yo jamás tener.
Detrás de las cortinas de Infinito
te adivino y te quiero.

No lo sabés tú bien con qué coraje
te quiero, con qué brio.

Y te mando mis lágrimas de noche.
En alguna alta noche de elegida

rajo en vislumbres el techo, que oprime
de gravedad telúrica
mi pecho y te entreveo;
mis ojos llameantes
pegados a sutiles cerraduras
de puertas-cielos...

A veces logro verte.
Y hasta veo una gota
de estrella derretida,
que corre hacia tu boca dulcemente
y mi orgullo de madre se ilumina.

Hijo mío, el más querido,
el que no quise yo jamás tener.

¡Indefenso!, por siempre
escóndete, por siempre
entre las brumas de algún Infinito.

Bueno. ¡Hijo mío,
hasta cualquier noche!
Hasta la última noche,
que vendrás a buscarme de puntillas,
para no herir del todo
mi última soledad, yo bien conozco
el arretrato de tu delicadeza.

(Inédito)

AGUILAS DEL AMOR

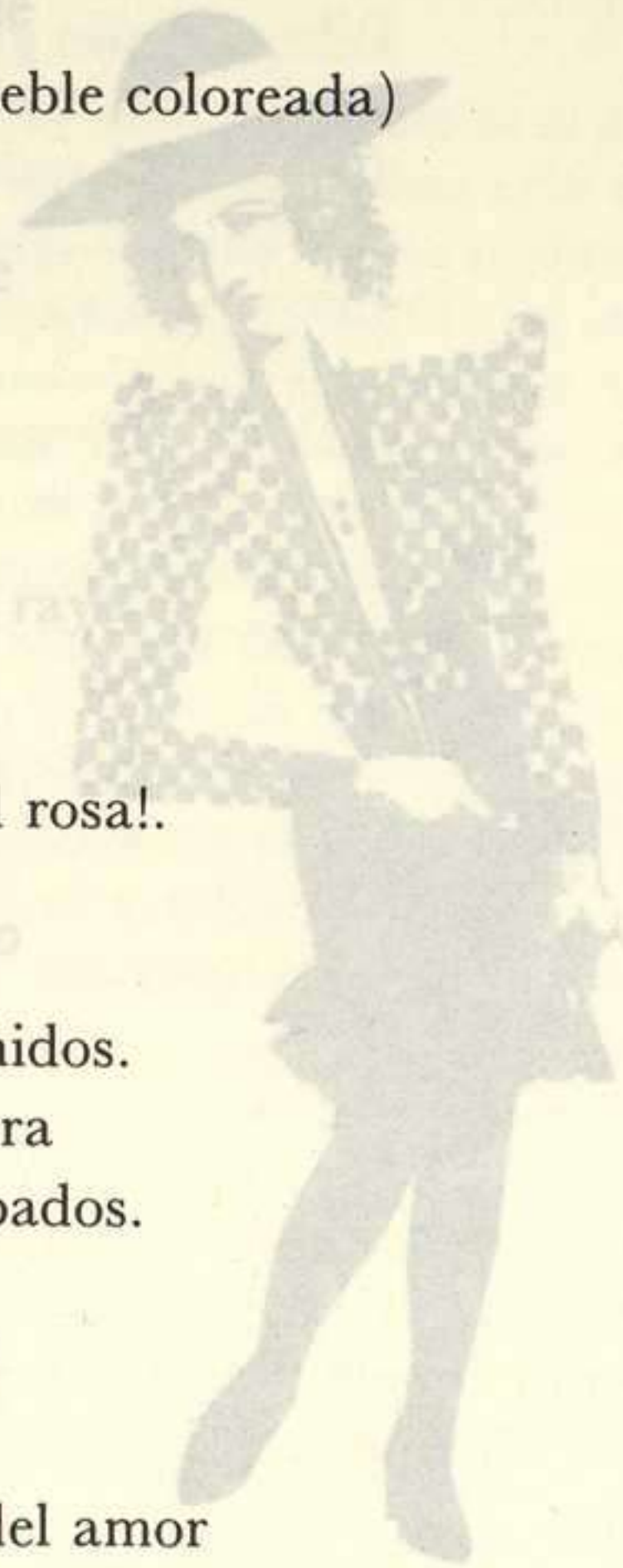
Qué tienes tú que ver
con las aves en cruz de los brazos abiertos!.
Aguilas del amor que navegan espacios.
Los brazos poderosos como pájaros míticos,
que vuelan penitentes
(el vigor constructivo inquebrantable).
Fuertes, auxiliares.

Ved su cortante vuelo peregrino
por atmósferas rojas.
Hendiendo tempestades, recatando
a niños paronóicos,
que se creyeron ángeles, subieron
(alas de remolino de una ilusión endeble coloreada)
a un cielo de oquedad, gimen vacío.

Y ya iban a caer
a un limbo de sarcasmo.
Sus cars tan redondas
de mejillas infladas,
como gráficos vientos de barrocas
cartografías azules.
¡Oh locos querubines de als de papel rosa!
Los brazos voladores
¡Con qué amor os detienen la caída!
Con qué amor os contienen: ya dormidos.
Qué digno es vuestro sueño, la ternura
de una gota de azar en vuestros párpados.
¿Volvereis a nacer?
¿Sonreis al infinito en vuestro sueño?

Los brazos surcadores, cósmicos, del amor
por los espacios.

(de *Paisajes Conjurados*, inédito)



No tuvimos cavernas palaciegas, ni manuscritos en cuevas
palomas,
sólo balcones para inventar tormentas y desatar el
—i tu ángel visible cuya existencia se fragua en la insu-
—sion a la palabra y a su azilo. Di tu ángel adalgaado por
el silencio, espeluznante en lo callado, con el costado intacto aunque en que
ras. Di tu la palabra que leo en el minuto que dormí mi corazón.
—(de *Palabras de Babel*)

(De una vida de profetizar que vive y vive en un Cigall)

BLANCA ANDREU



*NACÍ en La Coruña, en el número 4 de la calle del Príncipe. He vivido en Orihuela, Alicante y Murcia. A los 19 años me trasladé a Madrid para estudiar Filología Hispánica, pero la universidad española acabó pronto con mi escasa paciencia y abandoné los estudios oficiales. He publicado dos libros: **De una niña de provincias que se vino a vivir a un Chagall** (Premio Adonais 1980) y **Báculo de Babel** (Premio Rielo 1982). También algunos cuentos, poemas y artículos en periódicos y revistas ("Triunfo", "Cuadernos del Norte", "Bacarola", "El País", "Diario 16" etc...) y una entrevista con el escritor Italo Calvino. He trabajado como colaboradora en TVE durante un año. En este momento mi actividad literaria (llamémosle pública) se reduce a lecturas poéticas y pseudo-conferencias. Mi actividad literaria íntima se limita a la escritura de poemas sólo de tarde en tarde y siempre impulsada por el ocio, el exceso de sentimentalidad y el pálido fantasma del capitán Elphistone, que me ronda y me cuenta naufragios.*

Di tú ángel visible cuya existencia se fragua en la insumisión a la palabra y a su asilo. Di tú ángel adelgazado por el silencio, esbeltísimo en lo callado, con el costado intáctico antiguo en guerras. Di tú la palabra que leo en el minuto que dura mi corazón.

(de *Báculo de Babel*)

QUISIMOS DORMIR EL SUEÑO BÁRBARO,
negar devotos párpados y el rubor de las damas de satén
y jardín,
luchar con hordas bondadosas de búfalos,
dormir eras diurnas y perversas sobre locomotoras de
crueldad brillante,
que adornara con moras los vestidos el implacable
dinosaurio obispal,
el búho cárdeno y la tristeza,
chimeneas como tubos de un órgano barroco,
música pterodáctilo: sus alas grandes pobladas de
truenos,
su espalda cíclope
de reactor clavecín.

Y quisimos dormir sobre un verso nervioso del rayo,
sobre el óleo morado de las carbonerías,
sin nanas de corcheas, corcheas auténticas,
acuarelas de lilas posesivas como una bendición.

Y quisimos dormir con la métrica rara del bobo
maremoto
y con la lengua llena de espuma de colegio.
Es así, nos dijimos, la tímida muerte,
es así la tímida vida,
no el éxtasis, sino el encaje oscuro del salitre
dibujando libélulas y llantinas de tinta,
saliva que no escribe dorados serventesios
ni plata de alquitrán.

Y quisimos dormir así, vértigos-velas para llegar adónde,
pero escúchadme, cómo hacer de otro modo,
cómo hacer de la tarde un pálido papel para rasgar
o estucarlo con oros,
cómo hacer mutaciones y monedas perladas,
y cómo apoderarse de algas y catedrales y de la lencería
de lágrima y de luz y terciopelo de la virgen Virginia
que alienta los muertómetros,
que ondea disfrazada de Ofelia por los lagos.

No tuvimos cavernas palaciegas, ni manuscritos en cuevas
palomas,
sólo balcones para inventar tormentas y desatar el
espectáculo,
sólo vagos balcones donde el labio de las plantas humea
y saja el corazón y lo secciona en láminas de muerte
repentina,
en mis antiguas láminas de mica
que, ya lo dije, irradia angustia, espejos.

(De una niña de provincias que vino a vivir en un Chagall)

DI QUE QUERÍAS SER CABALLO ESBELTO, NOMBRE
de algún caballo mítico,
o acaso nombre de tristán, y oscuro.
Dilo, caballo griego, que querías ser estatua desde hace
diez mil años,
di sur, y di paloma adelfa blanca,
que habrías querido ser en tales cosas,
morirte en su substancia, ser columna.

Di que demasiadas veces
astrolabios, estrellas el nervio de los ángeles,
vinieron a hacer música para Rilke el poeta,
no para tus rodillas o tu alma de muro.

Mientras la marihuana destila mares verdes,
habla en las recepciones con sus lágrimas verdes
o le roba a la luz su más verde,
te desconoces.

(De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall)

POETA DE LAS COSAS QUE MUEREN, DE LAS ESTACIONES DEL
SUEÑO,
heresiarca de la sombra, mira cómo la música
lava su corazón en vino negro
y sus velocidades en el agua.
Entra en los negros principados y dime
desde dónde hasta dónde camino,
así, en la oscuridad.

(Inédito)

CLEMENTINA ARDERIU



*NACIÓ en Barcelona, en 1889, en una família de plate-
ros. En esta ciudad ha residido desde entonces, salvo algu-
nas estancias en el extranjero. Siguió estudios de idiomas y
los de piano. Su primer poema aparece en 1911. Al año si-
guiente gana la flor natural en unos juegos florales, y este
suceso la relaciona con los poetas jóvenes catalanes; traba
amistad con el gran poeta y humanista Carles Riba, con
quien contrae matrimonio en 1916. En este último año pu-
blica su primer libro, **Cançons i Elegies**, distinguido
más tarde con el premio Folguera. Su vida, fecunda en as-
pectos diversos, es de una plenitud que se refleja en su obra,
contenida y honda. Durante 1922 y 1923 residió en Alema-
nia y de 1939 a 1942 en Francia. Ha participado en los
congresos internacionales de poesía celebrados en Segovia,
Salamanca y Santiago, y en las conversaciones poéticas de
Formentor. En 1958 fue galardonada con el premio "Ossa
Menor" por su último libro **Es a Dir**.*

*Entre sus publicaciones se encuentran: **Cançons i Ele-
gies** (1916), **L'Alta Llibertad** (1920), **Cant i Parau-
les** (1936), **Sempre i Ara** (1946), **Poesies Comple-
tes**, prólogo de Salvador Esprú, (1952), **Es a Dir**
(1958).*

EL NOMBRE

Clementina soy,
Clementina era.

Otro tiempo estuve
de temores llena:
mi nombre era largo
igual que una queja
y me hería el alma
si mis compañeras,

queriendo enojarme,
lanzaban sus flechas:
"¡Qué bonito nombre!"
-decía una de ellas-,
"mas no es para ti:
nombre es de princesa."

Y mi nombre a otra
causaba extrañeza.
Yo dentro sentía
la envidia despierta
por sus claros nombres
de María o Pepa.

Clementina soy,
Clementina era.

Pero un año huye
y otro nos gobierna.
El nombre que antes
tímida me hiciera
y volvióse luego
dulce cantinela
en desnudo labio
-yo lo digo - era
de pronto mi honor,
maravilla era.

Para mí no hay nombre
más bello en la tierra
como el que el amado
muy dulce dijera
y en hondos rincones
de mi alma entra,
sube a mi cerebro,
mis párpados cierra.

Del cielo de amor
caía una estrella...
Ahora el nombre brilla
sobre mi cabeza.

Clementina soy,
Clementina era.



CANCIÓN DE LA HERMOSA CONFIANZA

A mi amado entregué
todas las llaves;
tengo a cambio las tuyas,
y hechas las paces.

Pero queda una estancia,
en lo profundo,
donde entrar no podríamos
ni unos segundos.

¡Tantas fuerzas ocultas
y pensamientos,
libres a todas horas
hay allí dentro!

En vano intentaría
fisgar un poco:
una piedra no haría
tanto alboroto.

Bástenos una sombra,
leve rumor.
Y que él lleve sus cuentas
como hago yo.

MUERTOS LEJANOS

Callada quiero la vida.
Dejadme sola, callada,
e iré con el pensamiento
donde las risas no alcanzan.

De aquel mudo cargamento
seré la dulce compañía:
mañana no tendrá sol
ni la alegría del agua.

Nunca en la mejilla húmeda
pondrá ya el amor su llama:
para sus dorados sueños
se hizo la noche muy larga.

¡Juventud, barca anegada
con todas las velas altas!



EL NOM

*Clementina em dic,
Clementina em deia.*

*Altre temps jo fui
un xic temorega;
el nom m'era llarg
igual que una queixa
i em punyia el cor
quan les amiguetes,
per fer-me enutjar,
molts cops me'l retreien:
"Quin nom més bonic!
-deia alguna d'elles-,
però no t'escau:
és nom de princesa."
"Ai, quin nom estrany!"
moltes altres feien;
i jo al fons de tot
sentia l'enveja
dels seus noms tan clars
de Maria o Pepa.*

*Clementina em dic,
Clementina em deia.*

*Però un any s'enfuig
i un altre any governa.
Aquell nom que abans
féu ma tímidesa
i es tornà després
una dolça fressa
sobre el llavi nu
-jo mateixa el deia-
ara m'es honor
i m'es meravella.
Cap nom no és tan bell
damunt de la terra*

com el que l'amat
em canta a l'orella,
i entra en els recers
de l'ànima meua
i em puja al cervell
i em clou les parpelles.

Del cel do l'amor
tombava una estrella...
Ara el nom em lluu
damunt de la testa.

Clementina em dic,
Clementina em deia.

CANÇÓ DE LA BELLA CONFIANÇA

A l'amat he donades
totes les claus;
jo tinc totes les seves,
i fem les paus.

Però resta una cambra
al fons del fons
on entrar no podríem
ni breus segons.

Tantes forces ocultes,
tants pensaments
allà dins són escàpols
a tots moments!

Bé seria debades
sotjar-hi un poc:
l'aldarull colpiria
més que no un roc.

*Contentem-nos d'una ombra
o d'un ressò.*

*Que ell es dugui els seus comtes
com me'els duc jo.*

MORTS LLUNY

Callada estimo la vida.

*Deixeu-me sola, callada;
i aniré amb el pensament
on no em torbin les rialles.*

*D'aquelles estibes mudes
seré la dolça companya,
que demà ni tindrà sol
ni l'aigua que els alegrava.*

*Mai més en la galta humida
l'amor sobtarà una flama;
per llurs somnis de colors
la nit s'ha fet massa llarga.*

*Joventut, barca afonada
amb totes les veles altes!*



MARGARITA ARROYO



NACE en Boñar (León) en 1947 y vive sucesivamente en León capital, Cadiz, Oviedo, y Colmenarejo (Madrid) donde ahora reside. Por eso se considera un poco "de todas partes".

Estudios de Música, Magisterio y Farmacia, carrera que ejerce en la actualidad a la vez que realiza su Tesis Doctoral en la Cátedra de Historia de Farmacia de la Universidad Complutense de Madrid.

*Dos libros publicados: **Reducida a palabra** (1983) y **El yelmo y sus adornos** (dos ediciones, 1984, 1985). Incluida en la antología **Las diosas blancas** de Ramón Buenaventura (1985). Colaboraciones en distintas publicaciones: "Tránsito", "Nueva Etapa", "Río Arga", "Dintel" y "Poesía Hispánica". LLeva la página de crítica literaria en dos revistas y es vicepresidente de la Asociación Española de Farmacéuticos de Letras y Artes. Primer premio "Francisco de Quevedo" 1984 y primer premio "Hernán Esquio" 1985, así como medalla de poesía "Nueva gente" de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles (1985).*

CON ESTA BRIDA

Con esta brida me despojas
de más de en cuanto creo,
me seduces
y rompes para siempre en dos mitades.

Callas con cuanto sé,
con cuanto sé destruyes mi certeza
y parte alguna de mi casa queda a salvo
de este tiempo de ruido,
columnario de dios,
tormenta dulce.

Tan sólo tarayal,
que no olmeda me contiene.
Astucias de aire fijo ni refugio
servirán
para fingir sabiduría.

Voy sólo serpiente ciega
que sospecha otro limbo,
calle rota
con que salir a pedir consejo y nombres
cuando suenas proximidad,
celada,
y vuelves victorioso
aunque sé -acaso-
que un tiempo inadivinable
tira de mí
como una lágrima salvadora.

COMO UNA LINEA ATADA AL CORAZON

Si tanto nacimiento aún aguarda,
cómo cegar las puertas,
someter cauces
o hacer un nudo en la camisa
por redimir el pecho y amansarlo.
Toda mi sién es sombra
que no quiere conocer
fuera de tí,
palabra suspendida,
verso de fuente,
trueno
que me tala sin fruto,
que suplico sin condición o fecha,
depuesta ya hace tiempo mi celada.
Esa herida que abre el fondo del misterio
ruega por mí
avivando las ascuas
que habrán de consumir
la ofrenda
que contengo como una línea atada al corazón,
a pesar de mi eco
y con su música.

MARGA PARTELUZ

La llama que te oprime
¿Quién nombró?
¿Qué boca la condujo
y la hizo fuerte
y a ti la amordazó titubeante?
Temblando se recoje a tu cintura,
humedecida cuerda la define, sube
y clama por ser tú
y te arrincona
en el último límite que sabes.
Te descubre por esos pasadizos
que la memoria oculta,
que, acaso por la propia salvación,
cegados fueron con oro y miel.
O bronce engañado.
Qué desesperada rienda crece en su parteluz,
fermenta,
mientras tu escudo
-mástil y trinchera-
cruje,
te traiciona
y se hace lanza.

Con esta brida me desasos
que me tala sin límite
que suplico sin condición o lebrar
depuesta ya hace tiempo mi celada.
Esa herida que abre el fondo del misterio
y rompes girando el eje
-Calla con cuanto sé,
se cuanto no calla-
avivando las ascuas
que habrán de consumir
y parte alguna de mi casa
de este tiempo de ruido,
que contengo como una línea atada al corazón
tormenta dulce.
Toda mi vida es sombra
que no quiere conocer
lacta de ti,
palabra suspendida
verso de lacta,
trueno
que me tala sin límite
que suplico sin condición o lebrar
depuesta ya hace tiempo mi celada.
Esa herida que abre el fondo del misterio
y rompes girando el eje
-Calla con cuanto sé,
se cuanto no calla-
avivando las ascuas
que habrán de consumir
y parte alguna de mi casa
de este tiempo de ruido,
que contengo como una línea atada al corazón
tormenta dulce.

MARIA VICTORIA ATENCIA



*NACE en Málaga, comparte arte y literatura. Incluso el arte de volar, el de ilustrar y grabar, y el de ser esposa y madre. Comenzó a publicar quizá tardíamente y se sumió luego en un largo silencio que rompió ofreciendo sus poemas en bellísimos y casi secretos cuadernos que han sido acogidos, súbita y casi recientemente, por las colecciones poéticas de mayor prestigio y difusión en nuestro país. De esa bibliografía suya citaremos siquiera los títulos que siguen: **Cañada de los Ingleses** (1961), **Marta y María** (1976), **Los sueños** (1976), **El mundo de M.V.** (1978), **El coleccionista** (1979), **Debida proporción** (1981), **Adviento** (1983), **Compás binario** (1984), **Ex libris** (1984) y **Paulina o el libro de las aguas** (1984). Traducida al francés, inglés, portugués, rumano y, sobre todo, al italiano, se debe a ella misma también una delicada labor de traductora.*

JORGE MANRIQUE

A esa luz que nos crea y nos destruye a un tiempo
bajan desde sus nidos a abreviar las palomas:
abaten en la orilla su cuello hasta las aguas
y lo yerguen, y el río que se lleva su imagen
viene a dar en la mar, en tanto que ellas vuelan,
desnudas ya de sombra, hacia sus columbarios.

EPITAFIO PARA UNA MUCHACHA

Porque te fue negado el tiempo de la dicha
tu corazón descansa tan ajeno a las rosas.

Tu sangre y carne fueron tu vestido más rico
y la tierra no supo lo firme de tu paso.

Aquí empieza tu siembra y acaba juntamente
-tal se entierra a un vencido al final del combate-
donde el agua en noviembre calará tu ternura
y el ladrido de un perro tenga voz de presagio.

Quieta tu vida toda al tacto de la muerte,
que a las semillas puede y cercena los brotes,
te quedaste en capullo sin abrir, y ya nunca
sabrás el estallido floral de primavera.



A cantos, floreceos; sostened sin hartura
 las bóvedas del tiempo, cara a cara triunfante,
 crecidos sobre un mármol de carnal predominio.
 La luz, derrota o gloria, enlaza las figuras
 que convoca el encuentro. Una lágrima puede
 comprometer el curso de las constelaciones.

PLACETA DE SAN MARCOS

A márrate, alma mía; sujétate a este mármol,
 Sebastián de su tronco, con cuantas cintas pueda
 ofrecerte en Venecia la lluvia que te empapa.

Amárrate a este palo, alma Ulises, y escucha
 -desde donde la plaza proclama su equilibrio-
 el rugido de bronce que la piedra sostiene.

DAVID

C on la imagen avanzas del príncipe que eras,
 con desdén por un orden que pronto adivinaste.
 Luchando contra el frío, cuerpo a cuerpo estuviste
 hasta hacerme a mí misma apresurar el paso.
 Una carga de flores y recuerdo dispongo
 por si sintiera yo, también, de pronto, el frío
 y tú te detuvieras y pudiera alcanzarte.

(Inédito)

VIGILIA DE VENECIA

Una túnica intacta encubrirá el desnudo
total de los sentidos
y ceñirá su frente *-de mil escudos de oro
coronada-* una argéntea corona. E irá absorta,
andando por su paso hasta la puerta adriática,
por el punto de luz que destella una gema.

SAMOHÚ

Chorisia speciosa

Reconozco este árbol y su mudar continuo
y conozco su voz desgarrada en las ramas
hasta sentir astillas de madera en mi sangre.
Fugaces como un súbito deseo reprimido
o el hueco que en el aire deja el paso de un pájaro,
soy ya vuestra querencia, palabras floreales
de una amarga balada para emprender el sueño.

(Inédito)

PUREZA CANELO GUTIERREZ



NACE en Moraleja (Cáceres) el 9 de Diciembre de 1946. Estudia Magisterio. Jefe de Coordinación de Actividades Culturales, Información y Asistencia de la Universidad Autónoma de Madrid. Fundadora del Aula de Cultura y la Biblioteca Pública "Pureza Canelo" de Moraleja (Cáceres), 1979.

Biografía poética

Premio Adonais de poesía 1970. Beca March de Creación Literaria 1975. Premio de poesía Juan Ramón Jiménez del Instituto Nacional del Libro Español 1980. Premio de Cuentos Sara Navarro 1981. Beca de Ayuda a la Creación Literaria del Ministerio de Cultura 1982. Presenta en la primavera de 1985 su obra poética en las Universidades Norteamericanas.

Publicaciones

***Celda Verde** (Antología hasta 1969), Editora Nacional 1971. Madrid. **Lugar Común**, Colección Adonais 1971. Madrid. **El Barco de Agua**, Ediciones del Instituto de Cultura Hispánica 1974. Madrid. **Habitable** (Primera poética), Colección Adonais 1979. Madrid. **Espacio de emoción** (Homenaje a J.R.J. en su centenario), Pliegos de Mineral, Riotinto, Huelva 1981. **La encina dulce**, Edición de Sara Navarro 1982. Madrid. **Pureza Canelo por Clara Janés**, Colección. "España, escribir hoy" del Ministerio de Cultura 1981. Vega de la Paloma, Colección Jarazmín, Málaga 1984. **Trabajos poéticos sobre Tapiés, Millares, Palazuelo, Canelo. Tendido Verso** (Segunda poética): Edic. Caballo Griego para la Poesía, Madrid, 1986).*

Me llevas a ver la luna
el escorzo todo nube
todo lagarto de amor
como la mano intacta

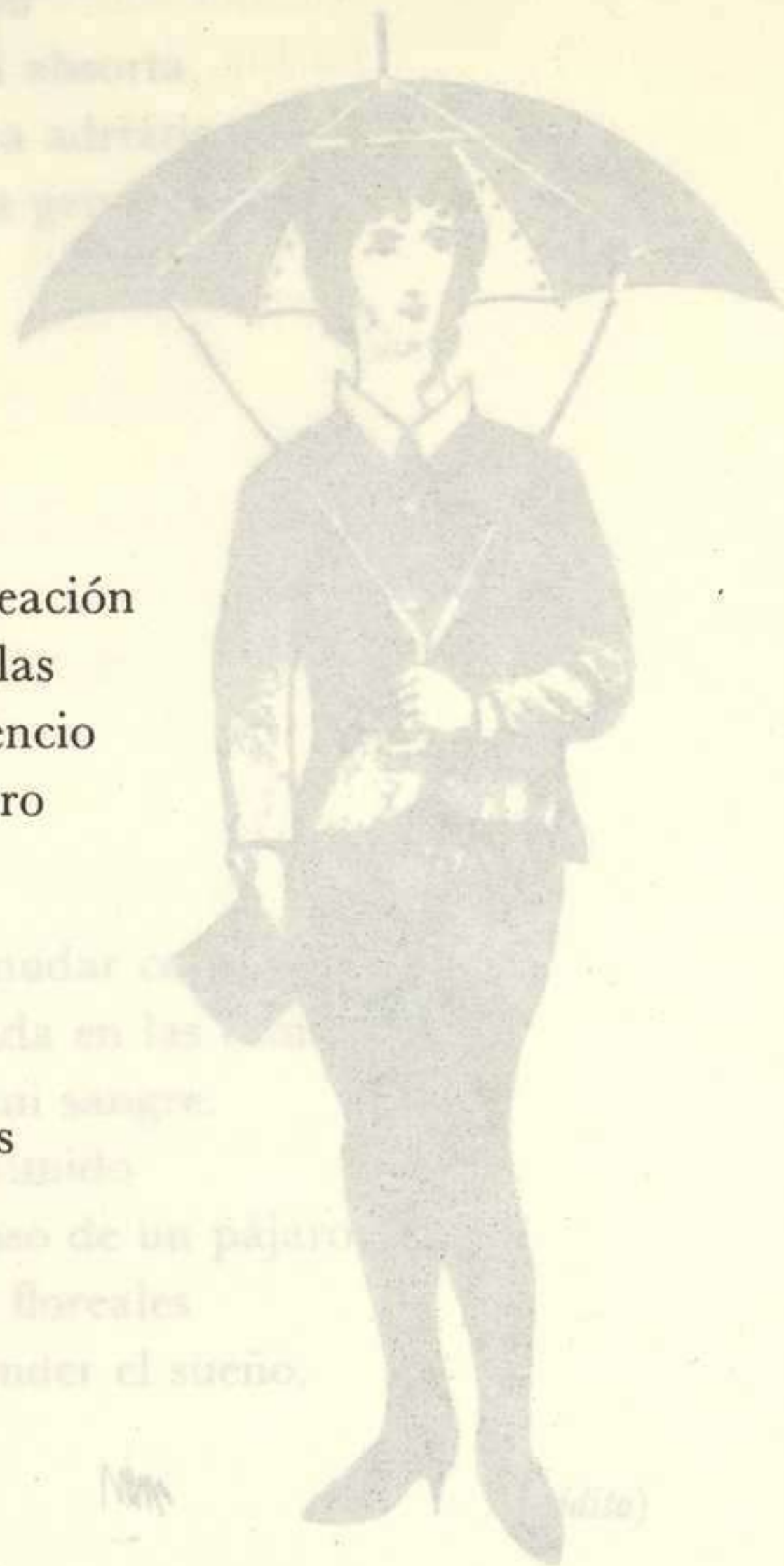
Me llevas sin mirar a un lado
por si corazón se resbalara
de la noche en el valle
que lanza dos perfumes

Podría haberte hablado de mi creación
y conquistarte definitivamente a solas
Podría ese placer pero es mejor silencio
que es vida y da la vida bajo el astro

Amor y Distancia
Perfecto ir al ser
Aquí va el acto en un poema
que no fue conquista de los cuerpos

Atravesando aristas
árboles desnudos
donde caía la luz
el amor la tomaba

te llevo ahora
a ver luna sin nube
con pobre retahíla
de la noche intacta



(de Vega de la paloma)

EL BARCO DE AGUA

Si escribo tan oscuro, tan dentro,
será por esa duda

que vegeta en la cuesta
del hombre que camina
y otro tobogán reaparece.

Los misterios se atreven
a una labor
del inocente que los prolonga.

¿Quién no está tentado, convencido,
de bajar por la cuerda
al pozo que nos mira desde arriba?

¿Alguien que era ciego
no abrió su maleta
en el campo esperando
el terrible adorno de la luz?

Pero ni siquiera se me puede consentir que explique,
porque la moneda cayó antes del dominio
propio de la palabra.



Amó tanto su cuerpo, que el espejo del mundo
le devolvió su imagen en miríadas.

Como la hoja leve de la paloma,
copiosamente alzábale su amor,
inagotable orgasmo en marabú y en rosa.

Lamida de leopardo, su dulce levadura
como la flor mandada del maguello
atravesó los siglos y los tiempos.

Humedece las salsas y las salsas
sólo ella existía
Húmeda y dulce, blanca
y en las blancas, casando
de cera en la cera
Erógenas presencias
y en



JUANA CASTRO



NACIÓ en Villanueva de Córdoba, en la comarca del Valle de los Pedroches. Reside en Córdoba. Es profesora de EGB. Ha publicado:

***Cóncava mujer**, Córdoba 1978; **Del dolor y las alas**, Ayuntamiento de Villanueva de Córdoba 1982; **Paranoia en otoño**, Valdepeñas 1985. Premio "Juan Alcaide 1983"; **Narcisia**, Taifa poesía, Barcelona 1986. Estu-
diosa del tema de la mujer ha colaborado con artículos en radio, revistas y periódicos, y cuenta con un premio de periodismo del Instituto de la Mujer (Ministerio de Cultura 1984) por una colección de artículos titulada **Voz en violeta**.*

Los temas de su poesía van de la soledad al amor, y del dolor al misticismo y al universo femenino. Narcisia, el mito de su último libro, es la mujer en soledad, principio y fin de sí misma y el mundo.

INANNA

Como la flor madura del magnolio
era alta y feliz. En el principio
sólo Ella existía.

Húmeda y dulce, blanca,
se amaba en la sombría
saliva de las algas,
en los senos vallados de las trufas,
en los pubis suaves de los mirlos.

Dormía en las avenas
sobre lechos de estambres
y sus labios de abeja
entreabrían las vulvas

doradas de los lotos.
Acariciaba toda
la luz de las adelfas
y en los saurios azules
se bebía la savia
gloriosa de la luna.
Se abarcaba en los muslos
fragantes de los cedros
y pulsaba sus poros con el polen
indemne de las larvas.
¡Gloria y loor a Ella,
a su útero vivo de pistilos,
a su orquídea feraz y a su cintura.
Reverbere su gozo
en uvas y en estrellas,
en palomas y espigas
porque es hermosa y grande,
oh la magnolia blanca. Sola!

GINECEO

Amó tanto su cuerpo, que el espejo del mundo
le devolvió su imagen en miríadas.
Como la hoja leve de la albizia,
copiosamente alzábese su amor,
inagotable orgasmo en marabú y en rosa.
Lamida de leopardo, su dulce levadura
atravesó los siglos y los trenes,
humedeció las flautas y los salmos
y en las alcobas blancas, los faroles
de cera desleían los cíngulos.
Erógenas pavesas acariciaron Lesbos
y en un horno de estrellas se anegaban las malvas.
Bajo palio, violetas las mejillas
de Safo la Sagrada, con aceite y alheña
sobre sus dedos, unge
las blusas derramadas de cerezas y nísperos.
Livideces de corzas, amazonas en flor,

como venas de ánades su gloria
vertida en la Vía Láctea
por frutales glicinás, por sedales y clítoris.

(de Narcísia)

AURORA SONAMBULA

Tiéndete aquí, y escucha:
Nada tiene remedio.
Por el camino
avanzan las muchachas,
con el pelo
perfumando la brisa,
con los ojos
varados en el sueño.

No sienten el dolor,
ellas son primavera
y traen en las manos
un ramo de caricias.
Es inútil hablarles,
porque están todas ciegas.

Un hilo las sostiene
sobre el mar y las rosas.
Sonámbulas del día,
el aire las modela
y van hacia los besos
como el agua a la espuma.

Déjalas pasar.
No puedes detenerlas.
La miel de los ribazos
descalzará su cuerpo
y beberan estrellas
doblándose en los juncos.

No las llames ya más.
Se van a la locura,
a yacer en los tules
de sus arañas propias.

No hay caminos de vuelta.
Un silencio de limo
les barrerá los brazos
cuando quieran cantar su desperezo.

Y no vale llorar.
Ellas son las ofrendas,
una música en río las estrena
más allá de incendio,
por el cauce fatal de sus esencias.



(de *Cóncava mujer*)

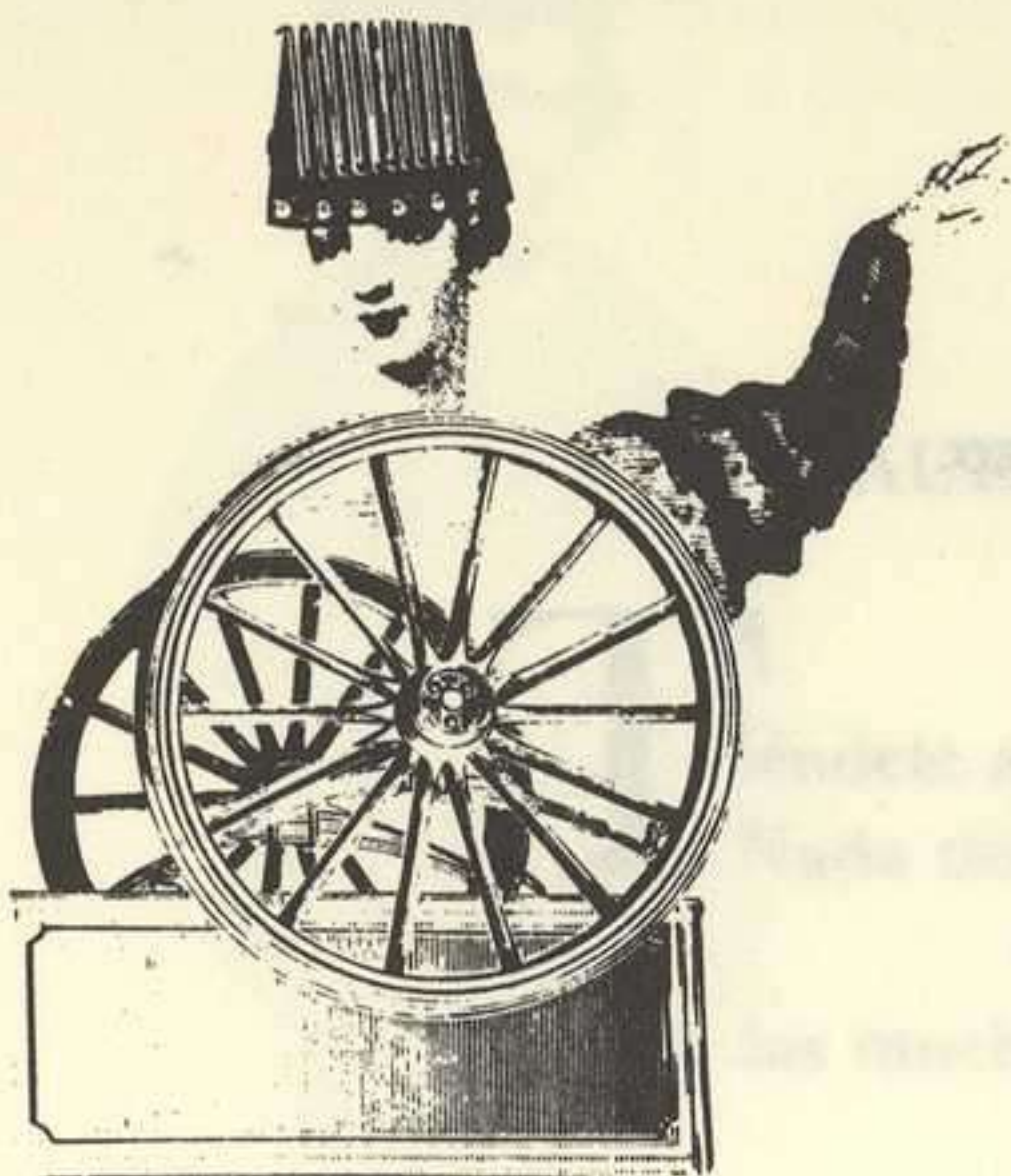
DESAMPARADOS, SOLOS.

Sólo tú, sólo yo, Córdoba sola.

Como recién inhabitada biografía,
desvalidas las manos, la orfandad con el polen,
el azahar mojando
las pestañas ardidas de la noche,
bendita adolescencia
recontrada intacta,
infatigada
de amar y de morir y de murar,
morar y demorar
las sutiles campanas del destierro.
A solas y el amor,
una isla, un desierto, la pobreza
gigante de sabernos llegados,
despoblados de todo
lo que el amor amaina cuando ara.

(de *Paranoia en Otoño*)

ISLA CORREYERO



NACIÓ en Miajadas (Cáceres), en 1957. Realizó estudios de Periodismo y cinematografía en la Universidad Complutense de Madrid, iniciándose, asimismo en la danza, el teatro y el doblaje de cine.

*Ha publicado un sólo libro, **Crater**, (C.S.I.C.) Col. Provincia de Poesía, León 1984. Fue incluida en **Las diosas blancas: antología de la joven poesía española escrita por mujeres**, Hiperión, Madrid 1985.*

*Tiene varios libros inéditos: **Lianas**, 1984; **Caoba**, 1984-85; **La Octava Morada**, 1984-86.*

LA ESPERA INCIERTA

Vulnerable y efímera tu imagen hasta mí, señor,
hasta los dedos rescato una vez más, sagrada ofrenda,
de aquello que fui para tu gozo.

Gozosa en el deseo de tu fiero mentón y de tu espada,
esa gloriosa luz bermeja que ascendía triunfal, signo
de fuerza,
hasta mi vientre delgado como un líquen,
y partía mi alma atravesándola fugaz, tan sólo vidrio,
pluma de eider, y dos cabezas alzándose depuestas,
degolladas al fin por la broncea presión de los cilicios.

Todo oscuro y terrible mi pelo desgredado,
la palidez fetal de las mejillas, la linfa recorriendo
los arroyos carnales de los míos
y hasta el ténue estertor de madrugada vigilabas mi triste
ceniza de muchacha.

Pronto vendrás a mí, osado navegante,
enamorado asesino del don magnífico al cerrojo
y ¡oh! la tierra temblará y los mares,
todo el sutil esfuerzo de mis tripas concederte han
el radiante crimen pasional que esperas.

Vuelve a mi rostro el color y la magrura,
las frescas hierbas del vicio y la fragancia.
A mis tobillos vuélveles la sangre
y a estos ojos, amado, su locura.

NECROFILIA

El estaba sentado
o más bien recostadamente inmóvil
sobre un sillón de flores y frutas en brocado
y distendía el labio inferior hacia el cigarro
con una inquietante vaciedad en la mirada.

LLevaba muchas horas con los brazos morados
y su perfil fingido amargaba en la noche.

Recordaré sus manos de agudas uñas blancas
caídas a lo largo de una lupa en un libro.

Fugitivas, las horas, pasaban a navaja
aquel semblante insomne, dañino, estrafalario.

La barba, desatenta, crecía mortecina
y un ligero reflejo daba una vela al párpado:
allí estaba royendo la pupila irreal.

Si de mis labios presos
se hubiese oído el grito que escapó de mi pecho
tal esqueleto hubiera saltado de la silla.

Pero él siguió callado y yo pasé rozándole
ingenuamente débil, debilmente insensata.

Sólo las ambiciones heridas de los pechos
y aplicadas al rostro las expurgadas brasas
pudieron acalmarme el duelo y el dolor.

Digo que quise odiarme
el deseo y el daño que su rigor me hiciera,
hundida en su cintura maltratada y glacial.

Desfalleciente estuve desnuda y destrenzada
con el pubis florido entregado a las aves,
rapada la cabeza, cubierta de cenizas,
sonámbula de miedo, salvajemente sucia.

Cinco días sin fondo mordiéndole las piernas,
robándole su escasa postura y su despojo.

Y nunca sus sentidos
percibieron el dulce placer de aquel idilio
desgraciado y violento que sostuve con él.

Permaneció sentado,
cadáver, insolente, más inmóvil
sobre el sillón de flores y frutas en brocado
y en la boca la punta del cigarro rubí.

UNA TAZA DE CALDO

Cuando yo era muy niña una mujer amada me cantaba
un romance en las tardes altísimas del final del verano.
Pretendía dormirme con aquella canción que contaba la historia
de dos hermanos moros cautivos en Granada:
Ella estaba con fiebres malignas en el lecho
y él, un guapo muchacho, le llevaba una taza de caldo
oculta en la chilaba.

Yo jamás me dormía, porque jamás historia alguna
me pareció tan bella.

La ternura corría caliente por mi sangre
como el caldo que a ella le calentaba el cuerpo.

Y cerraba los ojos y veía acercárseme a mi hermano
al que amaba más que a mi propia vida.

¿Cómo podría el tiempo disipar la memoria
de aquellas escaleras pintadas en un ocre maravilloso y cálido,
y el mandil de la mamma con el pañuelo siempre guardado
en un bolsillo,
o aquella porcelana colgando en las paredes,
y los relojes viejos con esmaltes gastados,
y los paños de hilo componiendo figuras,
y aquellos reposteros de seda descrudada cubriendo los pasteles?

¡Soñaba tantas veces con ser aquella mora enferma
y palidísima!

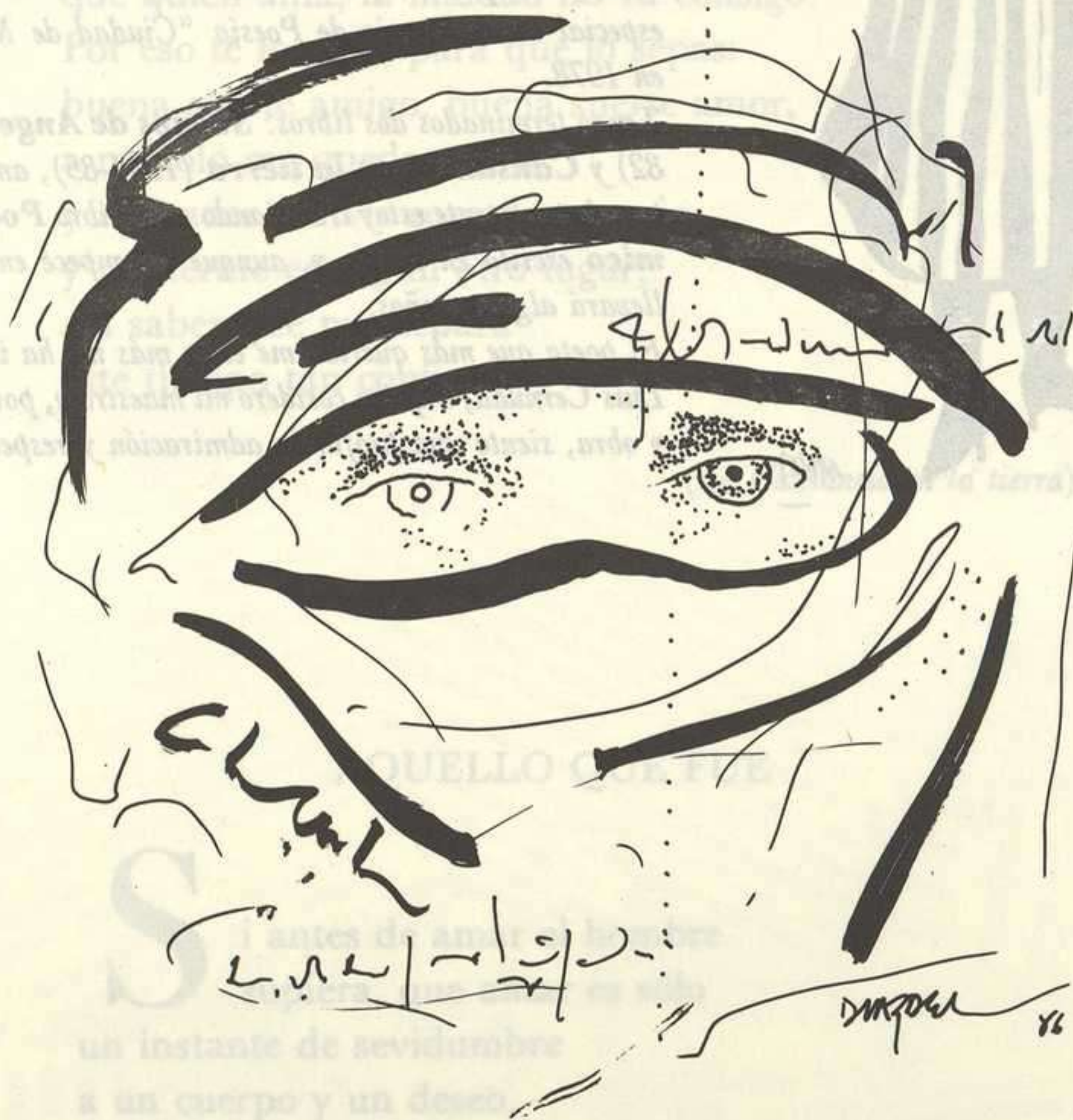
Quizá para sentirme, como ella, asistida, por el hermano amado.

Un día de tormenta partimos de viaje. Y en el coche
mi hermano jugaba con un coche.

Una vez más cerré los ojos húmedos y me metí por dentro
del juguete de plástico.

La penumbra y los rayos caían a mi boca
como cayera el caldo de la historia en la historia.

No sé qué es el incesto. pero si alguna vez amé,
con amores carnales, a alguien de mi sangre,
fue aquella tarde hermosa de truenos y de lluvia,
en el asiento azul de un coche de juguete.



MARIA DOLS



NACÍ en Les Gunyoles (Tarragona) el 22 de Marzo, de 1952. En 1973 traslado mi residencia a Barcelona para cursar estudios de periodismo en la Universidad Autónoma, licenciándome en 1980. Este mismo año y, hasta 1983, fui secretaria del filósofo Xavier Rubert de Ventós y, a través de él, entro en contacto con el Collegui de Filosofia de Barcelona. He sido redactora de "El Noticiero Universal", de Barcelona, y también he colaborado en el "Diario Español", de Tarragona.

*Tengo publicados algunos poemas: "La soledad de las palabras". Sección Cartapacio de "Nueva Estafeta" (Junio 1979). "La soledad del mar". Antología Peliart-3 (1980). "No. No llamemos al amor, amor". Peliart (Junio 1982). Un poemario escrito en catalán: **Temps de roses, temps d'espines** (inédito), obtuvo una mención especial en el Premio de Poesía "Ciudad de Martorell", en 1978.*

*Tengo terminados dos libros: **Sueños de Angeles** (1981-82) y **Cansancio en la tierra** (1984-85), ambos inéditos. Actualmente estoy trabajando en el libro **Poema Cósmico** escrito en prosa, y, aunque lo empecé en 1984, me llevará algunos años.*

El poeta que más querido me es, y más me ha influido, es Luis Cernuda, a quien cosidero mi maestro y, por cuya vida y obra, siento una profunda admiración y respeto.

PALABRAS SINCERAS

Por más que viviera,
jamás entendería
de qué hermosa plenitud
podrías aún adornar mi vida.
Y ni siquiera recordar los años
de soledad, olvido y pobreza,
causan ya en mi fatal amargura,
y, aun sin tu amor, saber de ti
hoy, justifica aún más
el amor que te profeso.

Mas no creas que odio
o rencor alguno te guardo,
que quien ama, la maldad no va consigo.
Por eso te lo digo, para que lo sepas:
buena suerte amigo, buena suerte amor,
a mi sólo me queda partir
y aprender a vivir con tu ausencia,
y perderme en algún otro lugar,
sin saber que me depara
este tiempo tan confuso.

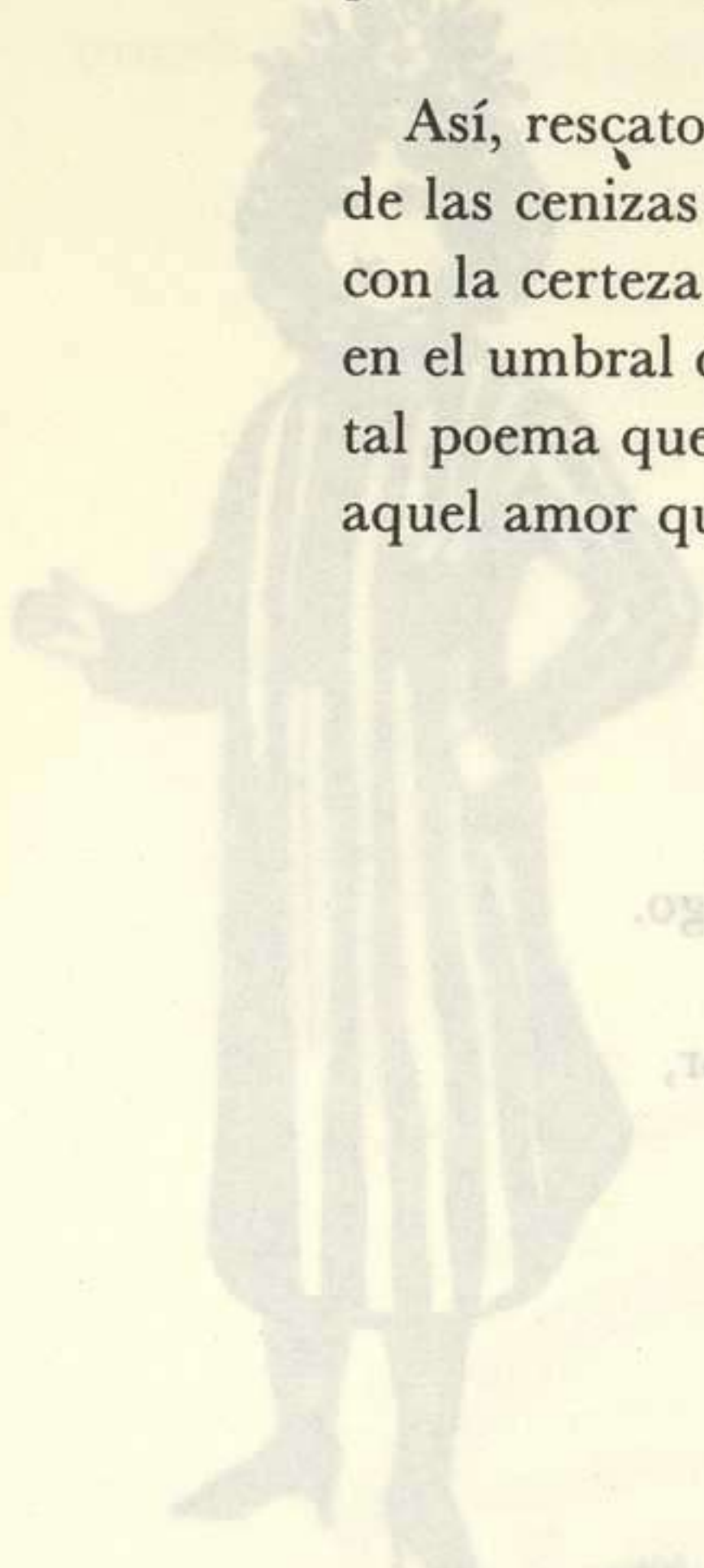
(de *Cansancio en la tierra*)

AQUELLO QUE FUE

Si antes de amar el hombre
supiera, que amar es sólo
un instante de sevidumbre
a un cuerpo y un deseo,
quizá, en su inútil querer,
aprendería, que es mejor estar solo.

Pero el hombre, ser desdichado,
 vive de amor, y pide verlo,
 aun desde el pozo del infierno
 pues es más difícil rescatarlo,
 y, por más difícil, vale más:
 por más inútil, y más bello.

Así, rescato hoy nuestros días
 de las cenizas de los sueños
 con la certeza de verlos aún vivos
 en el umbral de su recuerdo,
 tal poema que cante y sueñe:
 aquel amor que fue un día.

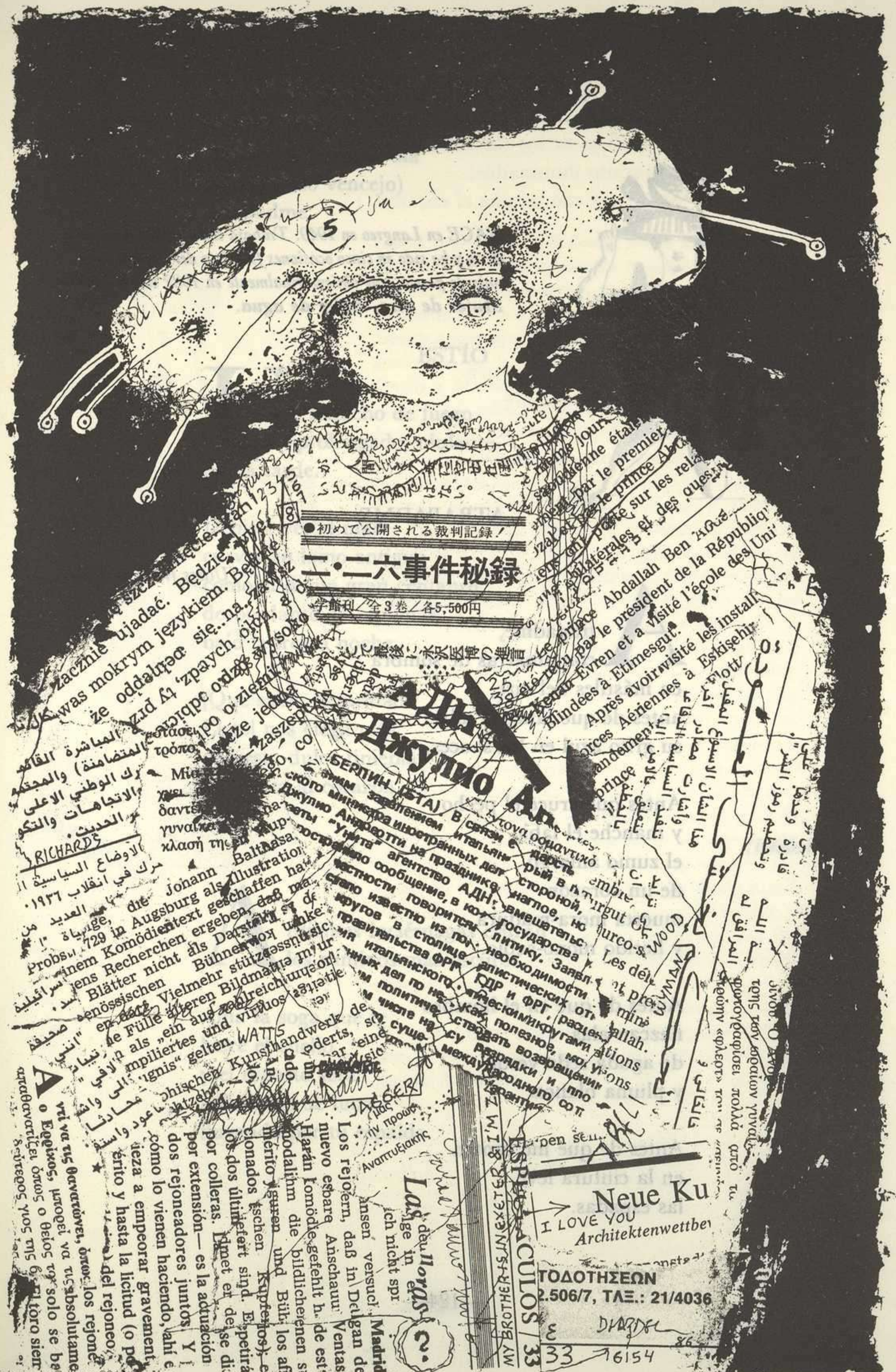


(de Cansancio en la tierra)

(de Cansancio en la tierra)

AQUELLO QUE FUE

Si antes de amar el hombre
 supiera, que amar es sólo
 un instante de sévidumbre
 a un cuerpo y un deseo,
 quizá, en su inútil querer,
 aprendería, que es mejor estar solo.



5

●初めて公開される裁判記録!

二・二六事件秘録

学館刊 全3巻 各5,500円

●最後に永沢医博の遺言

ДУДУ ДЖУЛИО АДА

BERLIN (STA) ... ДЖУЛИО АДА ...

JAGGER ... Las del Morgs ...

Blindées à Etimesgut. Apres avoir visité les instal-
ces Aériennes à Eskisehir
Le prince Abdallah Ben Abou
Après avoir visité l'école des Uni-
Abdallah Ben Abou

WOOD ... Les dé ...

Neue Ku
I LOVE YOU
Architektenwettbewerb
ΤΟ ΔΟΤΗΣΕΩΝ
2.506/7, ΤΛΕ.: 21/4036
DIAZ DEL
33 16154

GLORIA DÍEZ



*NACE en Langreo en 1949. Trabaja como crítica y periodista y ha sido en cinco ocasiones finalista del Premio Adonais de poesía, que obtiene finalmente en 1982 con el libro **Mujer de aire, mujer de agua.***

ATRAPADME

(Ulises frente al Día)

Atrapadme,
con amarras de sombra
en mástiles del aire,
antes de que lance el alba
su grito azul en los sauces.

Antes que cruce el pecho
y manche el labio
el zumo amargo
de un corazón
muerta mora-madura
y herido mono-sabio.

Antes de que en el hombro
nazcan alas
de aguda seda verde
y pluma blanca.

Antes de que me broten
en la cintura leve
las espadas.

Atrapadme en el aire,
atrapadme en el viento.
Antes que parta el día
(asombrado vencejo)
atrapadme.

ESTÍO

Un relincho de fuego
-prolongado, ululante-
fue la tarde.

Debiste ver el mar
curvar su lomo antiguo
como el de un gran centauro,
desbordante de espumas
bajo la fresca noche.

¡Qué sabia oscuridad!
El sol nos ciega más
que esta dulce tiniebla
tan grata al corazón.

Ardientes luciérnagas cruzan
los caminos más oscuros.

Ama la sogá que te
hiere el cuello
y el esparto será
pálida luz de luna
fluyendo por tu espalda.

(Inédito)

La suerte cambia
como el leve viento.

El azafrán de los claveles chinos,
de pronto iluminados,
me araña con su uña el corazón.

Sarís bajo la lluvia.
Lenta luz gris.

El asfalto brillante
se rie de la luna
-tonta luna de abril-

Atrapadme,
con amarres de sombra

en mástiles del aire,
antes de que lance el alba
su grito azul en las sauces

Antes que crucé el pecho
y manche el labio
el zumo amargo
de un corazón

muerta mora
y herido mono

Antes de que el viento
nazca
de agua
y lluvia

Antes de que el viento
nazca
de agua
y lluvia

U

que la tarde

ATRAPADME

curvar su lomo antiguo

como el de un gran centauro,

desbordante de espumas

bajo la fresca noche.

¡Qué sabias oscuridad!

El sol nos ciega más

que esta dulce tiniebla

tan grata al corazón.

A

Ama la soya que te

hice el cuello

y el espanto será

pálida luz de lana

luyendo por tu espalda.

(Inédito)

(Inédito)

ISABEL ESCUDERO



*NACE en Quintana de la Serena, provincia de Badajoz, y vive hasta los diecisiete años en su tierra natal, terreno fronterizo entre Extremadura y Andalucía recibiendo las costumbres y técnicas tradicionales de la canción anónima popular y los decires y lenguajes del pueblo, al que siempre prestó oído. En los albores de su juventud marcha con su familia a Madrid para continuar sus estudios Universitarios, y desde entonces reside en la capital, alternando su profesión de Profesora en la Universidad Nacional de Educación a Distancia y en Ciencias de la Información de la Complutense, con su constante afición a la escritura, publicando con regularidad artículos, crónicas y críticas de cine, o manteniendo tertulias en el madrileño barrio de Malasaña acerca del Amor y aulas públicas de Poesía, en sus lenguas originales, y en castellano. Pero su gusto fundamental es escribir poesía. Muestra de ello es su libro **Coser y Cantar** editado por "Editora Nacional" en 1984, con gran éxito de críticas y ventas. De este libro hemos sacado algunos ejemplos de coplas, hai-kus, adivinanzas o es-proprios, géneros que la autora ha elegido como masa de este primer libro de poesía que sacó al mercado. Para la autora la poesía se presenta como un lenguaje basado en el arte combinatoria entre razón y pasión, entre emoción y reflexión. Una formulación poética exacta lleva una enorme disciplina de organización y contención de los materiales poéticos en la consecución de un orden revelador, que diga algo nuevo, pero que ya haya sido o sea presentado por el alma del que lo escucha. Este librito, menudo y sutancioso, es un ejemplo vivo de este continuo retoque, en pos de una óptima decantación que saltará como una música tocando las fibras del corazón y removiendo las oscuridades del pensamiento.*

*En la actualidad Isabel Escudero prepara dos nuevos libros de poesía inéditos: **Nevermore** y **Verso y anverso**, así como en prosa, dos ensayos, uno sobre "El Amor" y otro titulado **El llanto**.*

La culpa de que aún te quiera
mitad es del relojito
y mitad de la cadena.

Despacio cruza el tiempo
la tortuga
dura, dura, dura...

Condiciones de luna
tiene mi amante
tan pronto creciente
como menguante...
Y cuando es llena
no sé que me pasa
que me da pena.

El la quería palpar,
pero ella era
Audiovisual.

Para nada,
para nada nadaba
el pez en el agua,
para nada
y nadaba y nadaba

Inteligencia, inteligencia,
es lo que tiene el nardo
para fabricar la esencia.



Por el ancho cielo,
veloces los pájaros
en triángulo quieto.

Gusta el niño y el poeta
de la rana y la cigüeña:
Magma y esquema.

ADIVINANZAS

Claro que es verdad que tú le miras,
claro que es mentira que te vé,
claro que es igual el dos que el uno,
claro que está claro que eres él.

(El espejo)

Pensando en el invierno
luchan a espada
los dos guerreros.

(Las agujas de hacer punto)

ES-PROPIOS

Es propio de la Realidad
ser poca y no ser verdad.

Es propio de las Santas
que les broten rosas
del tajo de la garganta.

Es propio de la libertad
ser dada y provisional.

Es propio de tú y yo
querernos sin con-pasion.

Es propio de las Culturas
firmar en las sepulturas.

Es propio de las ideologías
servirse de policías.

Es propio del esclavo
irse pareciendo al amo.
(y al contrario)

Es propio del alma mía
ser Valor y mercancía.

Es propio de la Realidad
ser poca y no ser verdad.

GIORNA MURTES



8

1840

20

DVARDL

GLORIA FUERTES



Obra poética:

Isla ignorada, Madrid, Musa Nueva 1950; *Antología y poemas del suburbio*, Caracas, Lírca Hispana 1954; *Aconsejo beber hilo*, Madrid, Arquero 1954; *Todo asusta*, Lírca Hispana, Caracas 1958; *Que estás en la tierra*, Barcelona, Seix y Barral 1962; *Ni tiro, ni veneno, ni navaja*, Barcelona, El Bardo 1965; *Poeta de guardia*, Barcelona, El Bardo 1968; *Cómo atar los bigotes al tigre*, Barcelona El Bardo 1969; *Sola en la sala*, Javalambre, Zaragoza 1973; *Cuando amas aprendes geografía*, Curso Superior de Filología, Málaga 1973.

Literatura Infantil

Canciones para niños, Madrid, Escuela española 1952; *Villancicos*, Madrid, Magisterio Español 1954; *Pirulí*, Madrid, Escuela Española 1955; *Cangura para todo*, Barcelona, Lumen 1975; *Don Pato y Don Pito*, Madrid, Escuela Española 1973; *Aurora, Brígida y Carlos*, Barcelona, Lumen 1970; *La pájara pinta*, Madrid, Alcala 1973; *El camello-auto de los reyes magos*, Madrid, Igrecá de ediciones 1973; *El hada acaramelada*, Madrid, Igrecá de Ediciones 1973.

Teatro

Prometeo, 1952; *El chinito Chin-cha-the*.

POETA DE GUARDIA

...¡Otra noche más! ¡Qué aburrimiento!
¡Si al menos alguien llamase llamara o llamaría!
...¡La portera! que si su nieta pare,
y recordase que soy puericultora...
O un borracho de amor con delirium tremendo...
o una señorita de aborto provocado
o alguna prostituta con navaja en la ingle
o algún quinqui fugado...
o cualquier conocido que por fin decidiera suicidarse...
o conferencia internacional...
(esto sería bomba -pacifista-).

O que la radio dijera finamente:
“¡La guerra de Vietnan ha terminado!”
“El porqué de estar solo ya se sabe.”
O el “cancer descubierto”.

Y nadie suena, o quema, o hiela o llama
en esta noche,
en la que,
como en casi todas,
soy poeta de guardia.

(de *Poeta de guardia*)

LA IDA DEL HOMBRE

Setenta años es mucho,
muero viejo,
cansado de trabajar,
dieciséis horas últimamente,
y no he ganado en toda mi vida

lo que gana un jugador en una tarde
dando patadas a un balón.

Por este bienestar, y esta armonía,
que me sube del pie a la garganta
sé que muero,

y esta tonta de mujer anda llorando,
nunca tuvo ideas de los acontecimientos.

Buena vida para los dos se abre.

Noto empiezo a encogerme;

he de nacer de nuevo parido de esta madre que es la muerte;

ya no te despertará mi tos de madrugada,

ya no pasaré más frío en la obra,

se cicatrizarán mis sabañones,

podrás desempeñar las mantas

con lo que te dé el Montepío,

mujer, hazte cargo, no es motivo que llores por tan poca cosa.

(de *La ida del hombre*)

GEOGRAFIA HUMANA

Mirad mi continente conteniendo
brazos, piernas y tronco inmesurado,

pequeños son mis pies, chicas mis manos,

hondos mis ojos, bastante bien mis senos.

Tengo un lago debajo de la frente,

a veces se desborda y por las cuencas,

donde se bañan las niñas de mis ojos,

cuando el llano me llega hasta las piernas

y mis volcanes tiemblan en la danza.

Por el norte limito con la duda

por el este limito con el otro

por el oeste Corazón Abierto

y por el sur con tierra castellana.

Dentro del continente hay contenido,

los estados unidos de mi cuerpo,

el estado de pena por la noche,

el estado de risa por el alma
-estado de soltera todo el día-

Al mediodía tengo terremotos
si el viento de una carta no me llega,
el fuego se enfurece y va y me arrasa
las cosechas de trigo de mi pecho.

El bosque de mis pelos mal peinados
se eriza cuando el río de la sangre
recorre el continente,
y por no haber pecado me perdona.

El mar que me rodea es muy variable,
se llama Mar Mayor o Mar de Gente
a veces me sacude los costados,
a veces me acaricia suavemente;
depende de las brisas o del tiempo,
del ciclo o del ciclón, tal vez depende,
el caso es que mi caso es ser la isla
llamada a sumergirse o sumergirse
en las aguas del océano humano
conocido por vulgo vulgarmente.

Acabo mi lección de geografía.

Mirad mi contenido continente.

(de *Cómo atar los bigotes al tigre*)



EN EL DEGRIVE DE LA COLINA

Sobre las ruinas de la ciudad
que tan espeso muro te haya puñalado
sin la jugosa arena entre los dientes con oropais
sabiendo que morir es lo postero.
Hablaron de tu hora. ¿Quién el destino sabe?

DIONISIA GARCIA



*NACE en Fuente-Álamo de Albacete, es licenciada en Filología Románica por la Universidad de Murcia, ciudad donde reside desde hace años. Ha sido directora de la revista de poesía "Tránsito" y de "Begar Ediciones". Colaboradora en el suplemento de "La Verdad", con trabajos de crítica literaria. Integran su obra poética: **El vaho en los espejos** (Murcia 1975 -Patronato de Cultura de la Diputación Provincial). **Antífonas** (Murcia 1978). **Mnemosine** (Colección Adonais). Se encuentra entre los autores de la "Cuarta antología de Adonais", y "Antología poética de autores albacetenses.*

*En narrativa, cultiva el cuento. Alguno de sus relatos han sido recogidos en revistas literarias; otros, en **Narradores murcianos** (Editora Regional), y **Antología de narradores albacetenses**. Obtuvo el Segundo Premio de Cuentos Gabriel Miró 1980. **Antiguo y mate** (Editora Regional 1985) es el título del libro de relatos, recientemente publicado por la autora.*

*Los poemas recogidos en esta antología pertenecen al libro inédito **Interludio (De las palabras y los días)**.*

EN EL DECLIVE DE LA COLINA

No puede permitir naturaleza
que tan escaso amor te haya humillado,
sin la jugosa avena entre los dientes,
sabiendo que morir es lo postrero.
Hablaron de tu hora. ¿Quién el destino sabe?

Te conocí airoso.
Morabas una cuadra con ramilletes verdes.
Vaho de la rosada boca
advertía tu sueño, inquieto a veces,
por cosquilleo de hormigas rubias
sobre el brillante pelo de las ancas.
De juventud los ojos
marcaban la frontal fisonomía,
cabeza hermosa
atraía de admiración el gesto
de quienes al pasar verte pudieron.
Solo ahora, en el declive de la colina
que recibió tus siestas,
recién cortado el heno de aquel lecho,
para morir quisieras.

El alba y la serena luz
no lograron atraer otro jinete,
levantar al derrotado,
vivir las agonías,
espolear los flancos
de un animal
hasta estallararlo
en plenitud gozosa.

Transcurrieron las necesarias noches.
Radiante el sol,
y las hormigas rubias sobre el anca.
El caballo, en soledad de muerte,
trémulo relinchaba.

A UN JOVEN POETA

Sobre la mesa el libro escrito
en esa edad que, al comparar,
siempre nos parecemos al más bello.

Tiempo el tuyo de sensaciones,
cuando todo huele a mañana y es hermoso.

Tus palabras, contrarias al destino,
detienen la esperanza, siembran oscuridades.

Yo invoco de nuevo la alegría,
el sencillo vivir entre las cosas.



EN SAN MICHELE

(Homenaje a Ezra Pound)

En San Michele el cementerio un huerto.
Mañana de noviembre.
Los versos de la usura.

Silencio y tierra. Flores.
Los peregrinos buscan vestigios naturales.
La pisada de Pound en la pradera última.
Raíces de laurel. Yedra. Rocío sobre el césped.

Llegamos al lugar como a la posesión de un territorio.
Y no se oía nada. Y llovía.

No puede... **S**...

TERESA GOMEZ



ERA Octubre y era 1960. Al Norte de Granada se apilaban una multitud de casas pequeñísimas al pie de una montaña Sacra: La Puebla de D. Fadrique, allí viví mi infancia.

Pero, YO SIEMPRE FUI A GRANADA.

Aquí he estudiado Magisterio y Filología Hispánica, y he estudiado sobre todo las calles estrechas que suben a la Alhambra, los gestos de los caminantes, de ellos he aprendido cuanto pueda enseñar.

*Estos poemas pertenecen a un libro inédito **Plaza de Abastos** que no es sino un intento, casi colectivo, de dar "otra" respuesta a las preguntas que no se contestan como hubiéramos esperado.*

*"Sin esperanza,
con convencimiento"*

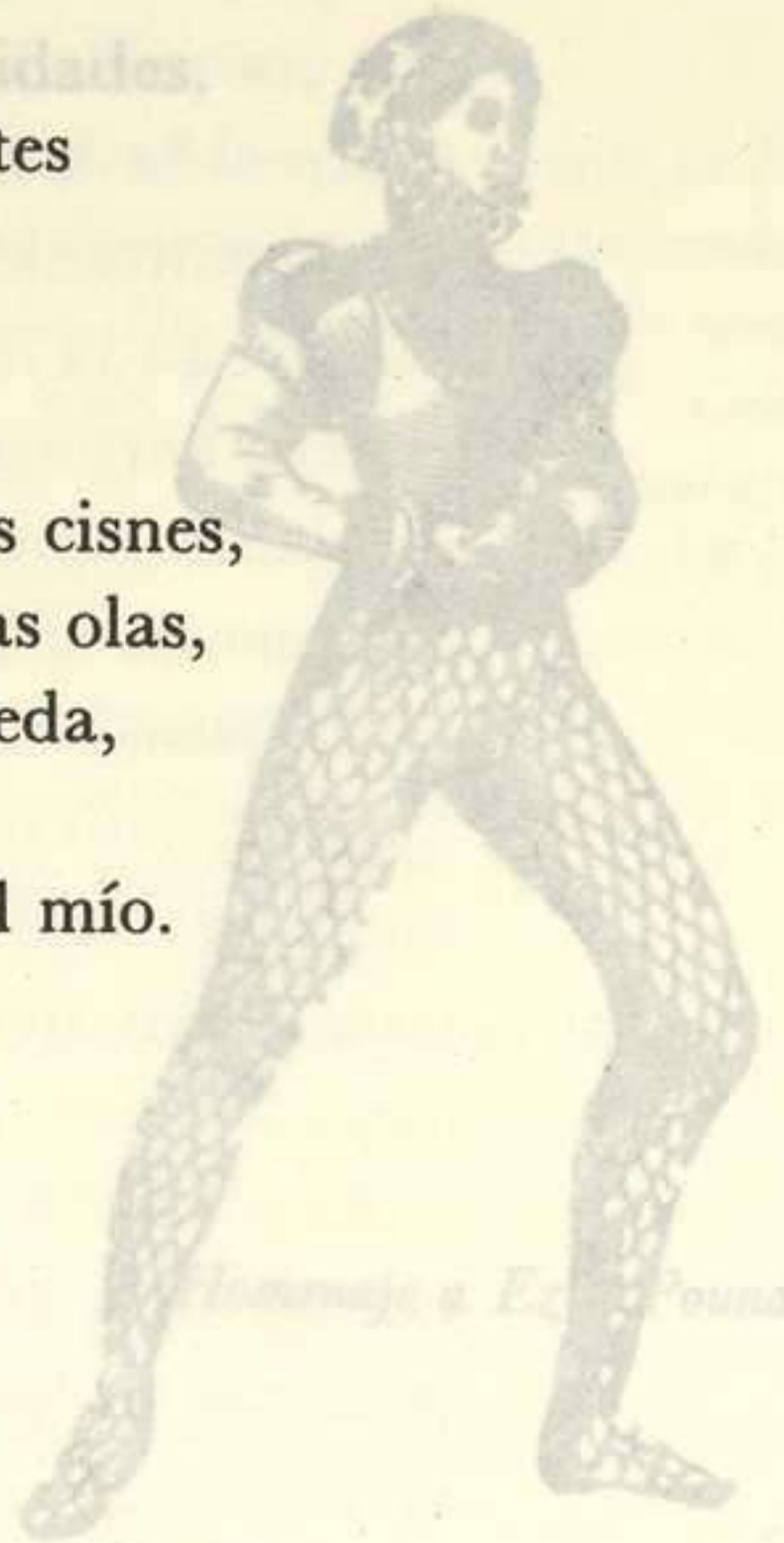
(A. Gonzalez)

Aquí, la puerta abierta,
unos gatos que muerden basuras y esperanzas
-esta marejadilla sin plata que arrasar-
y aquí suelo dejarme,
sentada hacia la lluvia
sin apenas decirte lo mucho,
sin tu forma de hablarme socavada en el gesto.
Ni voy reconociendo
desmantelados signos de la tarde tan larga.

Pero es que sin tu risa
soy capaz de extenderme satisfecha en la noche
y soy capaz de tanta soledad.

Ya sé que somos dos.
Podríamos herirle los ojos a los puentes
aunque duele este número,
-herirlos gravemente,
definitivamente-
y luego avanzaríamos hasta donde los cisnes,
hacia aquella ventana que sugieren las olas,
hasta donde los cisnes poseyeron a Leda,
allí te besaría un vez más
donde se descomponen tu pasado y el mío.

Es tan roja,
tan roja,
la forma de morir de algunas tardes.



En San Michele el cementerio un huerto.
Mañana de noviembre.
Los versos de la mara.

“De este puro amor mio tan delicadamente idiota”

(Rafael Alberti)

De golpe
me estremezco como si siete grados
bajo cero
sacudiesen el tedio sin contar para nada
con mi visión del mundo
y de la explotación.

Pero los lapiceros, las sandalias,
lo que me habría gustado ser piloto...

y ahora llegas tú

con veinticinco mil maneras de acariciar mis dedos
aunque no estés de acuerdo con lo que yo
pensé
del precio de la piña y la última decisión
que ha tomado el gobierno.

Si es demasiado tarde
para conmemorar un día
cualquiera
de la vida
o lamentar los dos algún suceso
tú propones cantar -en francés, por ejemplo-
“je ne suis jamais seul”
y yo te voy queriendo
aunque luego no es
nada
tan sencillo.



B rilla contra el corazón
el sol de la muerte
Acquias duras llevan
la vela bañada en sangre,
ramas y cuerda que abraza la vida
y en la figura que con la madrugada
se recorta, caída en el jardín
Vienen con mascara los poderosos mirlos
y hunden sus picos de oro en la sombra humana
E l ojo de ciclope
Vetas de sangre abiertas
recorren los brazos despididos en la tierra
Cerca, la leña dispersa
devora su misterio.
¡Fuera verdad el tamol
¡Pero los ramos se hicieron con manos dormidas!
Finos trazos de tinta
rayan el dibujo del horizonte
golpeados por el sonido de mi corazón
que tiembla.

MENCHU GUTIERREZ



*NACE en 1957 en Madrid, ciudad en la que vive y cursa sus estudios hasta 1978. Se traslada a Londres y durante tres años se dedica al estudio del inglés y pintura. Publica **El grillo, la luz y la novia** en *Entregas de la Ventura*, en 1981. Después vive en Galicia y San Lorenzo de El Escorial, colaborando en diversas revistas literarias. Actualmente reside en Madrid. Ha sido incluida en la *Antología de la joven poesía española escrita por mujeres*, **Las diosas blancas** de R. Buenaventura, en la colección *Hyperion de poesía*, y su segundo libro **De barro la memoria** será publicado próximamente en la colección de poesía *Endymion*.*

CUATRO POEMAS

Pienso toda la noche en el ramo
y en la figura que con la madrugada
se recorta, caída en el jardín.

(Rafael Alberti)

Vienen con máscara los poderosos mirlos
y hunden sus picos de oro en la sombra humana
¿Y por qué fluye?

Vetas de sangre abiertas
recorren los brazos derribados en la hierba.

Cerca, la leña dispersa
devora su misterio.

¡Fuera verdad el ramo!

¡Pero los ramos se hicieron con manos dormidas!

Finos trazos de tinta
rayan el dibujo del horizonte,
golpeados por el sonido de mi corazón
que tiembla.

Resplandece la noche
y su mirada es venenosa,
las estrellas montaraces
se arremolinan en torno a los ecos.

La barca va por el río incendiado
prendida en el pulso que nutre mi corazón,
los graves timbales portan el peso de las sombras,
cortejo que avanza por las orillas,
y los remos son ayes
escritos en las llamas.

Mendiga brújula,
la deriva es el susurro
que viene del fondo del mar



Brilla contra el corazón
el sol de la muerte.

Acequias duras llevan
la vela bañada en sangre,
ramas y cuerda que ataba la vida.



El ojo de ciclope
en la corteza del árbol
sobrevuela en círculos mi frente,
como airado mal sueño
perdido en una caracola.

ENCARNACIÓN HUERTA PALACIOS



*NACE en 1940. Ha publicado los siguientes libros: **Aler-
ta del alma inmortal** 1979; **Raíz de mi aliento**,
Editorial Torremozas 1983; **Mis naipes en otoño**,
Editorial Asociación Prometeo 1985. Colabora en diversas
revistas: "Alisma", "Revista de poesía nueva",
"Alaluz" etc. Ha recibido el premio "Dama de Elche"
1985, por el libro inédito **El teclado de Lázaro**. Figura
en diversas antologías entre ellas la de "La Asociación Co-
legial de Escritores" de 1984.*

TU DEBES SER LA LLAGA,
la llaga del principio.
Por tí se hizo la noche y las tinieblas.
Nos dejaste el legado más horrible,
plomo y duelo cosido a los talones
que nos vence a la tierra
y extermina,
después le deja al viento
los labios del despojo.
Soberbia, reina enjambre,
matríz de las desdichas
¿cómo arrancarte el feudo
que te otorgó el abismo
de luz deshabitado?
¿cómo cerrar los cráteres que abriste

en los occipitales
y hundirte para siempre
en la cal espumosa de la nada?
Si fueses soberana del ayer,
tan sólo del ayer,
y no te alzaras hoy
con más fuerza que el hongo de la muerte.
Si ya no urdieras coloridas trampas
que conquistan engañosamente
concibiendo ilusiones
de someter el orbe a los caprichos.
Es posible que entonces
el reino del perdón ya fuera nuestro,
regresados al mundo
de cóndores altivos
sin el barro en las alas.

(Inédito)

TRAÍA FIRME ANZUELO
los ojos ya nevados,
y en la roca desierta
atrapé su sonrisa una mañana.
-¡Ayúdame!
vierto todos mis peces
en cristales salobres de la esfera
del humano que busca un auditorio
y canta la carcoma de sus penas-.
Lo dijo con aliento
de insomnio perdurable.
Se disipó el lugar.
Me perdí en salmodias y entre arenas.
No tropezaré nunca con sus abuelos ojos.
Pero su voz fue un ancla poderosa
en transitados puertos de mi entraña.
Hay desde entonces velas que apresuran
en navío de la vocal primera
en sonidos agudos concebida,
y conducen mi sed.

Y en mi playa de rojo huracanada
estiletos ardidos

en los vientos cincelan el poema.

Quiero vivir milenios

percando con mil redes.



(Inédito)

TRAJA FIRME ANZUELO

los ojos ya nevados,
y en la roca desierta
atrapé su sonrisa una mañana.

TU DEBES SER LA LLAGA

Me perdi en salmodias y entre arenas
No tropezaré nunca con sus abuelos ojos
Pero su voz fue un ancla poderosa
en traspasados puertos de mi infancia.
Hay desde entonces velas que apicaban
en navío de la vocal primera
en sonidos agudos concebidos
y conducen mi sed.



AMALIA IGLESIAS SERNA



*NACE en Menaza (Palencia) el 8 de Enero de 1962. Reside en Bilbao desde hace diez años. Estudiante de quinto curso de Filología Hispánica en la Universidad de Deusto. Sólo tengo publicado el libro **Un lugar para el fuego**, que fue Premio Adonais en 1984. He participado en algunas antologías y revistas, así como en numerosos recitales. Miembro del grupo "Poetas por su pueblo" de Bilbao, en cuya revista "Zurgai" colaboro habitualmente. Me parece absurdo intentar resumir mi vida en quince líneas.*

TUMBA DE PÁJARO

La hierba fulgura más verde que anteayer
y me he acercado.
Al abrigo de los matorrales
un pequeño jardín se sabe dulce alegoría de la muerte.
Como entonces se escucha
un sonido encandilado de élitros
y el viento norte pasa diciendo que no hay nadie.
Veo ahora una niña antigua,
me reconozco en sus dos manos lentas
mientras pliegan las alas mudas en un hueco de tierra
y se inventa una oración

que habla de libertad y cielo azul para mañana
y dice algo de volar muy alto
mientras pasan las yemas de sus dedos
modelando una tumba.

(Inédito)

Las mismas yemas de mis dedos
después de veinte años,
húmedas entre la hierba certifican:
no hay cicatriz ni sombra de la herida.
Cuando levanto la vista
la niña se ha marchado.

HACIA LOS AFLUENTES.

Esta misma quietud
la reconoces,
el lecho de la luz,
esplendor del estío,
y tu pálido cauce adolescente,
la imagen aún borrosa del clamor y de la yerba.
Como un vaho transterrado
de las fiebres antiguas,
sube todo el silencio
deshojando tu cuerpo.

Este bosque de sauces
que fuera tu dominio,
es hoy el cementerio
del yo que le entregaste.
Mirando hacia esa loma
descubriste el deseo
y el principio de ser memorial abrasado.
Esta misma quietud
la reconoces,
fugaz y transitoria
la voz del epitafio;
y es todo lo que ha muerto
el ayer navegable.

EL GRAN TEATRO DEL MUNDO

Caen,
dices,
devotos labios de nácar descreído
y hace mucho que la lluvia
sembró algunos silencios
escandalosamente invisibles.

Pero hemos estado siempre en este instante
donde todos los pájaros ensayan una fuga,
donde ensayan esta cúpula que cierra
el tiempo de la ofrenda

y la derrota.

Pero hemos estado siempre en este instante
de palabra ancestral
y desolada,
como inventando un cuadro eternamente
en el espejo turbio de la escena.



CLARA JANES



NACE en Barcelona en 194 .Se licenció en Filosofía y Letras, entregándose a la literatura desde sus años de estudiante, concretamente desde 1959. Cultiva igualmente la poesía, la novela, la biografía y el ensayo y se distingue como traductora, particularmente del de la lengua checa y en concreto de la obra poética de Vladimír Holan.

*En 1972 obtiene el Premio "Ciudad de Barcelona de Ensayo" por su obra **La vida callada de Federico Mompou**. En 1983 vuelven a cocederle el Premio "Ciudad de Barcelona", esta vez de poesía por su libro **Vivir**.*

Entre su numerosa bibliografía se encuentra los siguientes libros de poesía:

***Las estrellas vencidas**, Agora 1964; **Límite humano**, Oriens 1973; **En busca de Cordelia y poemas rumanos**, Alamo 1975; **Antología personal**, Rialp, C. Adonais 1979; **Libro de alienaciones**, Ayuso 1980; **Eros**, Hiperión 1981; **Vivir**, Hiperión 1983;*

*En otros géneros literarios tiene publicadas las siguientes obras: **Desintegración** (novela), Eucar 1969; **La vida callada de Federico Mompou**, Ariel 1975; **Cartas a Adriana**, Madrid 1976; **Sendas de Rumanía**, Plaza y Janés 1981; "Tentativa de olvido" (narración corta), en **Doce relatos de mujeres**, Alianza 1982. Ha realizado igualmente ediciones de Juan Eduardo Cirlot y Rosa Chacel, así como numerosas traducciones.*

RAZON DE SER

(A José Manuel Blécua)

Yo no soy más que el ave,
menos soy,
pues no tengo ni el árbol por cobijo
ni unas alas que el terror escondan
y ahuyenten la distancia
ni es nítida mi voz
ni expresa bien la entraña de la tierra.
El ave dialoga con su ser
y no le exige nadie nada más.

Yo, en cambio, reclamada, aborto
un cántico de olvido.

Cada noche me musita el animal su instinto,
los ríos me susurran,
la hojarasca a los vientos da respuesta;
yo por mi voz perezco
en vano intento.

Si de mi baja cuerda
de amargura, mi destino tronchado,
si de mi baja cuerda
manara cuanto he amado,
vibrante el mundo en mi garganta airado...
Mas cómo ser murmullo del abismo.

Acontece la sombra.
Perdonad el silencio:
la nada me recubre desde dentro.

A sí mismo se lleva el animal, concreto el paso,
y la tierra da vueltas definiendo su ritmo;
yo los inmóviles ojos entrego hacia lo oscuro,
me doblo tristemente,
mas no como capullo ni crisálida,
sino en busca del fondo,
como el agua del pozo que no acaba,
y me torno alarido,
toco entraña para iniciar el canto.



Yo sé que en un principio
todo fue lamento o exaltación gozosa,
y hasta el gesto del hombre
o su estro se ordenaba;
emitían sus cráteres,
émulos de las hojas,
en acordes de quinta el aire regalado,
y el crepitar del fuego
se oía en sus heridas
y el rugido del mar
no se diferenciaba de su insomnio.

Primero fue el aliento -sonido imperceptible-,
y fue la carne música,
y como el ave el hombre
a la noche adornaba con el latido múltiple,
con el claro destello
de su garganta y pulso.

(En Poesía en Honor de J.M.Blécua)

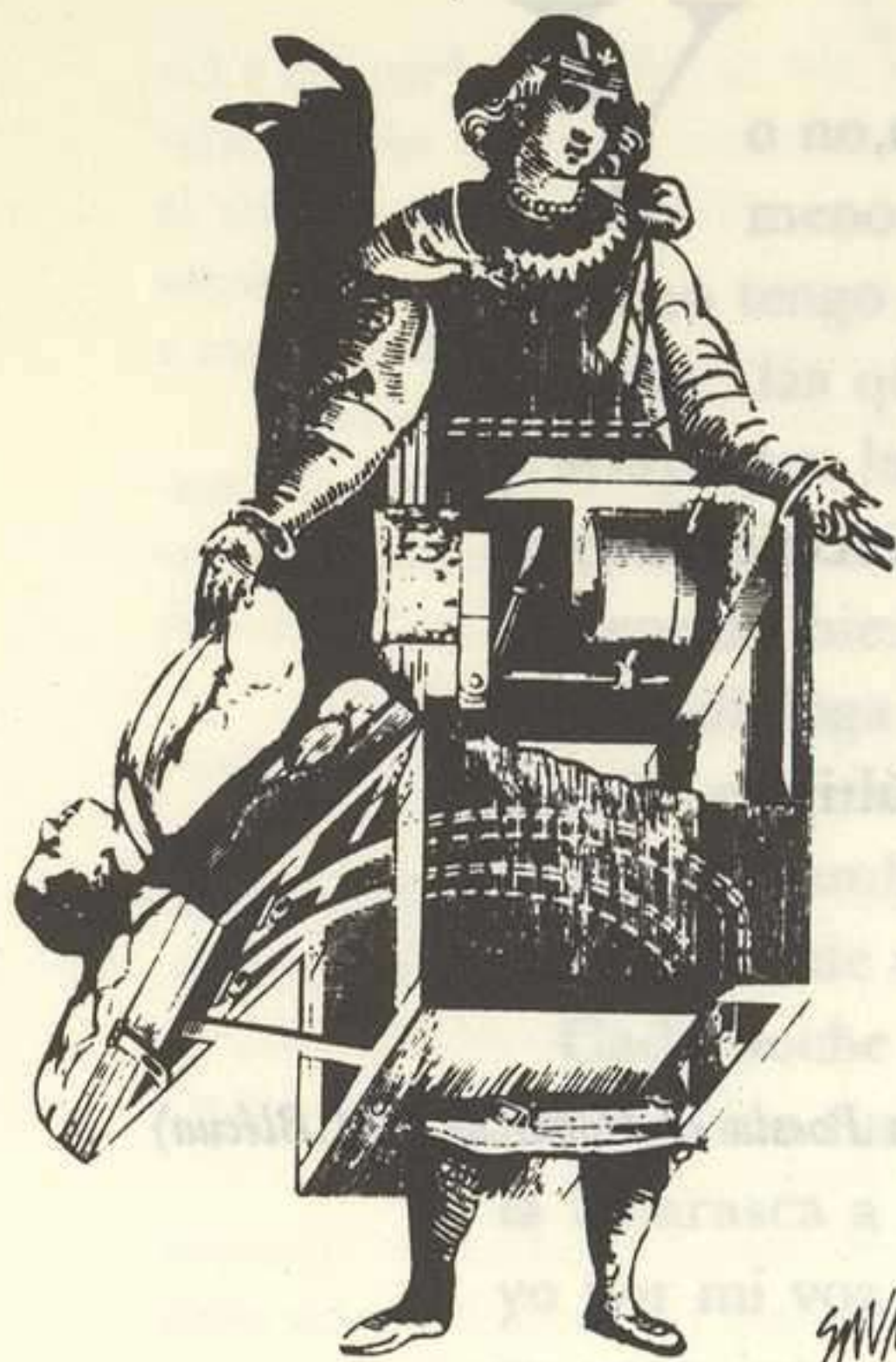
VOZ DE RAFAEL ALBERTI

(Llamada nocturna)

Investida del rielar de la luna,
en la espesura de la noche incide,
pregunta una palabra,
narra un viaje remoto,
invoca la poesía
siendo en sí mismo cuerpo de poesía.
Se rompen los asertos del Vedanta:
una luz cruza el límite del sueño.

(Octubre 1985)

LUZ MARIA JIMENEZ FARO



NACIÓ en Madrid. Ha creado y dirige la "Editorial Torremozas" destinada, exclusivamente, a la publicación de poesía escrita por mujeres. Tiene los siguientes libros publicados:

Poesía: *Por un cálido sendero*, Madrid 1978; *Cuarto de estar*, Alicante 1980; *Sé que vivo*, Madrid 1984; *Letanía doméstica para mujeres enamoradas*, prólogo de Carmen Conde, (en prensa).

Ensayo: *Carolina Coronado -biografía y antología-*, Madrid 1983; *Panorama de la poesía femenina española* (en preparación).

FUERON TUS MANOS TERCAS Y DESNUDAS

las que me desojaron.

Yo fui la eterna margarita

del sí y del no:

pétalo a pétalo

talada en tu cintura.

Toda ya cicatriz

abierta hacia la lluvia.

(De *Sé que vivo*)

DE LA CLEMENCIA

Si puedes recordar
tan sólo
cantos azules y vientos
sin ceniza;
ahuyentar los errores
y que la lluvia de tus manos sea
esa lluvia primera
donde todo comienza.
Si puedes derramarte
sobre el gris entramado
de las palabras ciegas
y transformar en música
el lenguaje del miedo...
Serás un ancho río
prolongado de luz hacia los mares
de tu hermosa clemencia.

(Inédito)





4MM

NACIÓ en Córdoba. Reside en Madrid, donde de 1956 a 1964, cuidó y dirigió la Revista y ediciones "Agora". Desde 1964 continúa sólo con las ediciones. Ha vivido en Francia y viajado por Holanda, Bélgica, Portugal, Inglaterra, Italia y, frecuentemente, por España.

Pertenece a la Real Academia de Córdoba, de la que es miembro correspondiente. Sus poemas han sido incluidos en antologías españolas, hispanoamericanas y extranjeras. Ha publicado en los más importantes diarios y revistas españolas, colaborando también en revistas hispanoamericanas, francesas y portuguesas. También ha sido traducida al inglés, francés, portugués e italiano.

Ha publicado los siguientes libros en prosa:

***El pantano**, Madrid 1954; **Al sur del recuerdo**, Madrid 1955, Philadelphia 1972; **La hija de Jairo, leyenda para niños**, Ed. Nacional, Madrid 1963; **La vida y otros sueños**, Ed. Nacional, Madrid 1969.*

*Dentro de su obra poética se cuentan los siguientes títulos: **Balcón**, Madrid 1954; **Los obstáculos**, Agora, Madrid 1955; **El corazón cansado**, Madrid 1957; **La soledad de siempre**, Col. Cantalapiedra, Santander; **Agua de Dios**, Col. Sur. Málaga 1958; **Arroyo Claro** (canciones) Madrid 1958; **Luna de Enero**, Col. Alcaraván, Cadiz 1960; **Tema fundamental**, Agora, Madrid 1971; **Golpeando el silencio**, Caracas (Venezuela) 1961; **Canciones desde la barca**, Ed. Nacional, Madrid, 1972; **Los anales** Col. Juan Ruiz, Palma de Mallorca 1966; **Diario de un hombre**, Caracas, Col. Arbol de fuego, 1970; **Para empezar** Ed. Nacional, Madrid 1963; **El cerco**, Alfaguara, Madrid 1971; **La aventura**, Alfaguara, Madrid 1973; **Fragmentos en espiral desde el pozo**, Col. Aldebarán, Sevilla 1974; **Antología 1974-76**, Plaza y Janés, Barcelona 1976; **Gótico florido**, Col. Angaro, Sevilla 1976; (segunda edc. Madrid 1977); **Por las ramas**, Premio Ambito Literario. Col. Resurgimiento, Barcelona 1980; **Teoría de la inseguridad**, Madrid 1981; **La paloma** (canciones) Col. Sinhaya, Alicante 1982; **Elegías para un álbum**, Madrid 1982; **Más allá de la soledad**, Col. Sinhaya, Alicante 1984; **Con el arco a punto**, Premio Ibn Zaydún, Col. Ibn Zaydún Del Instituto Hispano Arabe de Cultura, Madrid 1984; **En la rueda del viento** (poemas para niños). Ed. Miñon, Valladolid 1985.*

ATARDECIDO AMOR

Yo supe del amor.
A vuela sueño del vivir lo tuve,
a grandes sorbos de agua cristalina.
Aún por su estela se me van los ojos
resucitando lunas y caminos
aunque en la malla tiempo esté enredada.
Todavía los mirtos reflorece
y de perfume embriagan este vuelo.

Atardecido amor que me desvela
y algún lucero allá en su fragua forja,
pero a la noche se lo da juicioso.

Dime en qué río interrumpió la barca
su delirante singladura.
Con ese adiós eterno del olvido
aún sus velas se agitan en el aire.

Del sueño al canto se me va el deseo,
de mi espacio al jardín de las auroras
donde el ciprés se crece de nostalgia.
Ya nunca más por tierra, mar y espuma,
ya nunca amor mis huellas por tu estela
que hoy va de vuelo el sueño mío.

Las hojas al trasluz (Inédito, de *Cuando el amor es sólo vuelo*)
el tronco seco
Sola queda la rosa
solo el parque,
solo queda el camino,
yo
voy sola.

La lluvia no me empapa
la cara, ni una brizna
de yerba ni un cabello,

SONETO DE LO CONSEGUIDO

Como el que salta alegremente un río,
ignora puentes, vados y barreras,
así por mi cantar, sin más esperas.
Con velas desplegadas el navío.

Ajena al vendaval, al norte frío,
inventándome modos y maneras,
acumulando luz de altas esferas;
mi otoño cambio por ardiente estío.

Vivo otra vez de místicos ardores,
a más y más el renovado vuelo,
con la plegaria en órbita segura.

Libré el espacio de la noche oscura,
salvé la etapa de paloma en celo.
El canto escucho de los ruiseñores.

(de *El telar*)

PILAR MARCOS VAZQUEZ



*NACÍ en Sevilla el 1 de Septiembre de 1945. Mi formación es totalmente autodidacta y, aunque de siempre me sentí inclinada hacia la poesía, no me decidí a entrar en ella hasta Mayo de 1984 en que publiqué mi primer libro. Ese primer libro fue editado por el Grupo Poético "Barro" en su colección "Vasija". Encerrados bajo el título de **La casa suspendida** reuní un serie de poemas de claves surrealistas y posiblemente muy emotivamente concebidos, con los cuales describo mis propios sentimientos íntimos dentro del ambiente de mi casa. En Noviembre del mismo 1984, La colección "Amaltea", de la Editorial Arrayán, de Sevilla, publica unos poemas míos en su libro "Sevilla es mujer". Por último, con mi libro **La Mar es tu Substancia** obtuve el premio "Gallo de vidrio" 1985. En este libro mantengo la línea surrealista, aunque posiblemente me aleje un tanto de aquellos desgarrados tonos del primero. Tiene ciertos tintes amorosos y, utilizando la mar como instrumento simbólico, transcribo a veces mis propias vivencias. Además de los libros mencionados, tengo otros inéditos y, por ahora, pienso que mi espita poética continúa abierta.*

Las hojas al trasluz
el tronco seco
Sola queda la rosa
solo el parque,
solo queda el camino,
yo
voy sola.

La lluvia no me empapa
la cara, ni una brizna
de yerba ni un cabello;

Sólo los pies se mojan
sin reserva
en los últimos charcos
de la tarde.

Ando mil gotas
lentamente.

Las nubes se han parado,
ya no hay prisa.

El cansancio me cala
hasta los huesos
y el otoño me pesa
toneladas.



Tejiendo estoy. Mi estancia conmovida
da forma a un corazón, punto por punto.
Ahorcada en mi laurel separo, junto,
se me escapan los hilos de la vida.

Tejiendo estoy. La prenda sostenida
se quiebra ante la pena que barrunto.
Me lastima tu ausencia y su conjunto
en la rabia que crece a mi medida.

Crece, toma la punta en su llamada,
rompe el tiempo con un chocar de agujas,
dos pinchazos de lleno en la mirada.

Crece, cunde; Más déjame después
sola, rota, volviéndome al revés,
tiritando en la piel, desmadejada.

ELENA MARTIN VIVALDI



NACE en Granada el 8 de Febrero de 1907. Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Granada (1938). En 1942 ingresa en el Cuerpo Facultativo de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos. Es destinada a Huelva, Sevilla, y en 1948 a la Biblioteca de la Universidad de Granada.

Ha publicado: **Escalera de luna**, Ed. "Vientos del sur", Granada 1945; **El alma desvelada**, Ed. "Insula", Madrid 1953; **Cumplida soledad**, Col. "Veleta al sur", Granada 1958; **Arco en desenlace**, Ed. "Veleta al sur", Granada 1963; **Materia de esperanza**, Ed. "Albaicin", Granada 1968; **Diario incompleto de Abril**, (1947), Ed. A. Caffarena, Málaga 1971; **Durante este tiempo (1965-72)**. Col. "El Bardo", Barcelona 1972; **Primeros poemas (1942-44)**, Ed. A. Caffarena, Málaga 1977; **Nocturnos**, Ed. "Don Quijote", Granada 1981; **Y era su nombre mar**, Cuadernos "Jarazmin", Málaga 1981; **Tiempo a la orilla**, (obra reunida 1942-1984), Ed. "Ayuntamiento de Granada", Col. Silene 1985

Se han publicado además dos antologías de sus obras: **Cumplida soledad (1953-1976)**, Col. Silene, Granada 1976; **Los árboles presento**, Universidad de Granada 1977.

CUARTO MENGUANTE

Y qué día, hoy sí, qué día más y más piedra y triste.

¡Me instó tanto la muerte!

Y no puedo. No he podido comprender por qué se muere,
ni he querido adivinar por qué se vive,
para luego volverse irremediabilmente nada.

Ni tampoco entiendo ese no-amor (no-vida).

Vivir en soledad de amor: primera muerte.

Porque la luna sale. Sale y crece. Luna,
la luna llena, alta, sola.

Y decrece.

Pero vuelve, renace, grande y llena,
qué inmensa en su mirada.

Pero la muerte es muerte. Y nadie explica
por qué, aquí, estoy pensando, escribo, miro
la luna, y otro día, otro día,
todo termine y siga, siga, no estando yo,
siga la vida, y siga recta, ciega en su ritmo.

Igual la luna, igual amor, el beso, la nostalgia,
igual la voz, el agua, río, el viento;
los árboles, la luz. La rama
y amarilla.

Nubes, cielo.

Igual la estrella, mundo, labios, aire.

Igual todo, la risa, lluvia, el llanto.

(Y haya quien diga "fue".

Signo implacable, ausencias, negaciones).

Sí, qué día más gris,
gris-triste, triste y gris,
desconsoladamente inmenso, negativo.

Y puede que la luna
—¡ay, esta noche!—
sienta,
mecida en su menguante,
un temblor de recuerdo
inexplicable.

Y

(de *Nocturnos*)

SIN ARIADNA

y miro tu rostro atalaya de mis sentimientos,
siento tan cálido aliento
siento tu sangre que es lava rugiente

Par delicatess

J'ai perdu ma vie.

(A. Rimbaud)

A María Victoria Atencia

He perdido mis días. Estaba yo en el centro
perfecto de la vida, las ramas -cuánto pájaro-
señalaban un nombre, me decían el camino,
nombre que diseñaba la dirección del viento.

Equivoqué la ruta, la noche no perdona,
el invierno es la puerta, cancel de los deseos,
y allá se queda inútil la fragante palabra
como una nube sola en un cielo de estrellas.

He perdido mi vida, laberinto de sueños,
y las cifras escriben lo vacío de mi historia.

MARÍTIMO

...la huida la ciega huida la mía la verdadera...



INES MONTES



NACÍ en Málaga, soy licenciada en Filología Hispánica, mi necesidad por la escritura es antigua, mis poetas preferidos o con los que me siento mejor son muy diversos: desde Lautreamont, Reverdy, por supuesto Juan Larrea, surrealistas, del 27, los llamados novísimos; Ana Rosseti y, salvadas las diferencias San Juan de la Cruz. En realidad lo que busco más es el poema, si este me emociona me da igual que sea de un poeta del siglo XVIII que de un amigo, lo importante para mí es siempre lo que se dice, no quién lo dice. Bueno después de este inciso, os diré que he colaborado en la revista "Solarium", tengo publicado un poema en el catálogo de la exposición realizada en el Museo de Bellas Artes de Málaga en Junio de 1985, así mismo hicimos un vídeo con la intención de mostrar al público la poesía de una forma más actual, es decir con ayuda de la imagen.

Qué fría y profunda es la herida que me habita
qué miedo más alto y concreto
cuando cruzo el umbral de mi noche más extensa.
Qué difícil es el dolor cuando todo perece y nada queda
y me diferencia de tí y me aleja
dicha de mi silencio,
que clavada estás en mi espalda ya desnuda.

Si contemplo tu cuerpo que es una luna blanca
esparcida sobre mis labios
y miro tu rostro atalaya de mis sentimientos,
siento tan cálido aliento
siento tu sangre que es lava rugiente
que todo me es ajeno y nada me pertenece.
Entonces el día y la noche se conjugan
en una lágrima oscura.
Siento estas manos, este cuerpo,
estos ojos invadidos por el cálido latido
de tu universo,
a merced de tus brazos de dulce cera
me estremezco en un profundo hueco sin latido
y el límite de la vida se precipita
ante mí,
ciñéndome la cintura
y es tu fulgor palabra absoluta
y es tu sangre mi eterno minuto.

MARÍTIMO

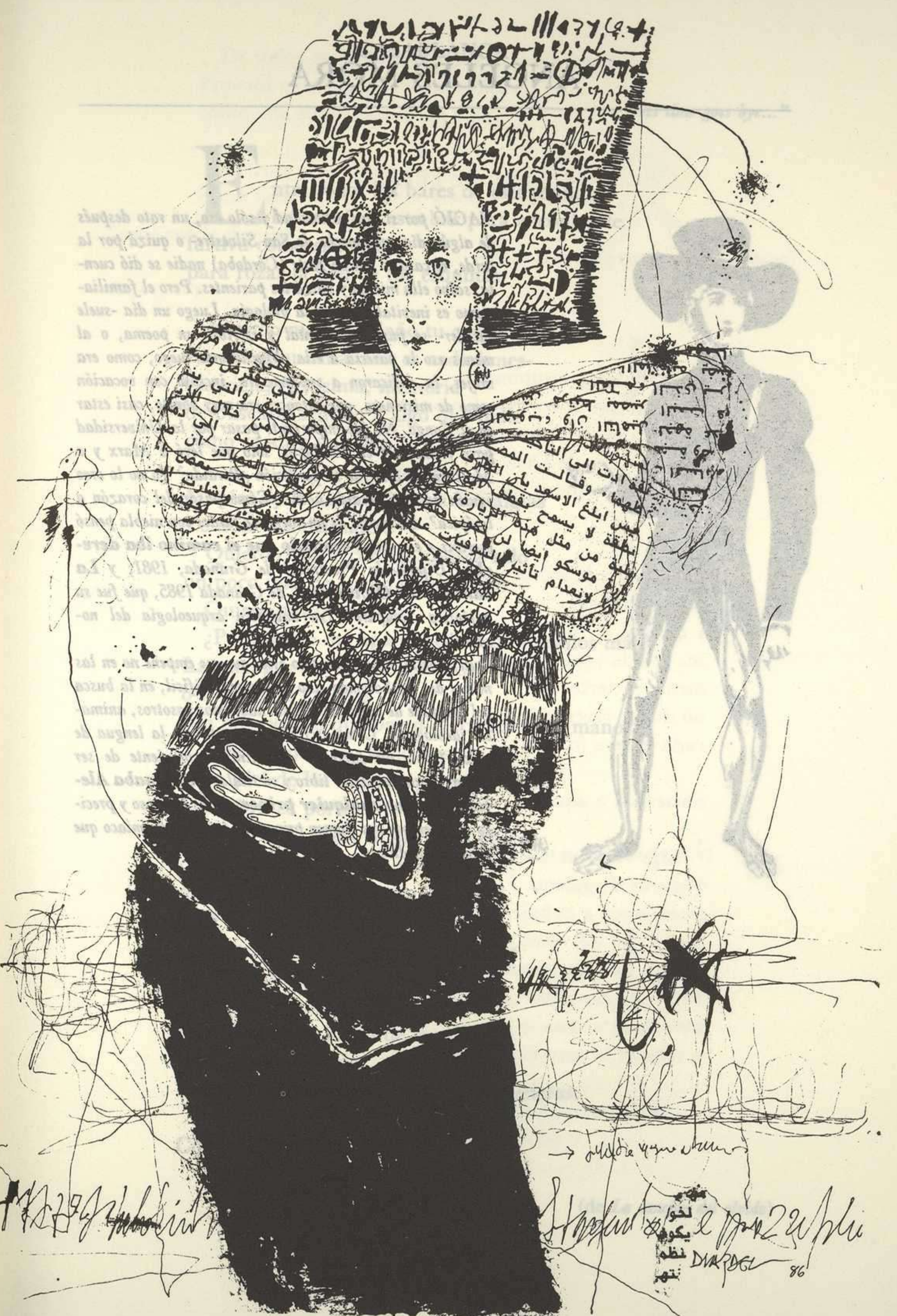
"...la huida la ciega huida la mía la verdadera..."

Yarrojaré mi vestido sobre la arena aún tímida
y triunfará mi pie sobre la ola
que fiera abrazará mi cuerpo.
Toda mi piel será presa dócil
moldeable bajo tu tacto aún no sometido.
Y ya no habrá más encuentros con tu orilla
porque no me pertenezco en ella,
sólo habitará mi oído
el silencio de tus límites
y mi huida.

Y sabíamos de la llama extinguiéndose en su propio fuego
y del recuerdo siendo caballo desbocado en la memoria

del tiempo
y de la herida que profunda se abre indolente y perpétua.
Mas recorrimos juntos esa entrega,
y vivimos la noche con el desasosiego
que ofrecen los sueños inacabados,
tu noche y la mía se presentían.
Fuimos cómplices hasta el final.





Handwritten Arabic text at the top of the drawing, including the words "الجمهورية العربية السورية" (Arab Republic of Syria) and "بسم الله الرحمن الرحيم" (In the name of Allah, the Most Gracious, the Most Merciful).

Handwritten Arabic text in the middle section, including the words "الجمهورية العربية السورية" and "بسم الله الرحمن الرحيم".

→ *Handwritten Arabic text*

Handwritten signature

Handwritten signature
لخوا
يكوه
نظم
تور
DIA 2011
86

ANGELES MORA



*NACIÓ por si hay curiosidad y sólo eso, un rato después de algún día -una noche de San Silvestre- o quizá por la tarde, el caso es que en Rute (Córdoba) nadie se dió cuenta, salvo ella misma y quizá los parientes. Pero el familismo es inevitable, como la biología. Luego un día -suele suceder- se puso sentimental y escribió un poema, o al menos eso le parecía a ella. Mucho más luego, como era mujer, la dedicaron a ser maestra, incluso con vocación como de misionera, que entonces era muy bonito, casi estar en el Congo. No fue importante pasar por la Universidad para licenciarse en Filología, sólo que leyó a Marx y a Mallarmé y esto fue su perdición ¿Perdida? Yo no lo creo -quién no está perdido aquí- ¿Cómo pasar del corazón a la épica?. En medio de un sueño de tardes con niebla pensó escribir y escribió **Pensando que el camino iba derecho**, Diputación Provincial de Granada, 1981; y **La canción del Olvido D.P. de Granada** 1985, que fue su auténtica "coupure" (su auténtica arqueología del no-saber).*

*Quiero decir, amor, con sólo esto, que me empené no en las minas del rey Salomón sino mucho más difícil, en la busca del lenguaje de cada día. Cómo hablamos nosotros, animales ideológicos. Cómo escribir un soneto con la lengua de casa. Cómo olvidarse de este atroz inconsciente de ser mujer. Y ahí mi tercer libro y su título: **Se llamaba Alejandra como cualquier princesa**. Es precioso y preciso que siempre nos llamen princesas, pero es demoníaco que nos llamen diosas.*

CASABLANCA

"As time goes bye..."

Entre todos los bares de este mundo
he venido a este bar para encontrarte
furtiva como siempre
para rozar la piel de tus esquinas.

Y cómo me hace daño tu cansancio
-ya sabes que mañana es cada lunes-
esa vieja, tristísima, memoria
de buscarle sentido a algo que bulle
como se abre una flor
así, de golpe.

Manías de la ausencia y tus nostalgias
Te noto tan cansado...

Quiero dormir contigo: Busca sólo
un poco más de sueño y de tabaco.

Quiero morir contigo.

¿Por qué no me apalabras un cumpleaños más?
Las arrugas ahí sí que son cosas serias
o el paso de los días
con mis pechos que bajan a acariciar tus manos.
Y luego cuando un labio nos elude
en la piel de las ingles, ay, no muerdas,
y nos brinca por dentro...

Pero ahora llega el tren
como un viejo caballo del National
qué diestro en los obstáculos
Qué sucia su taberna
Qué mediodía horrible al despedirte
Te veo tan delgado
con tus causas perdidas
tus cansa en la llama de la copa
mi amargo luchador
sonriendo lentamente, como si te murieras.

Como al decirme adiós.

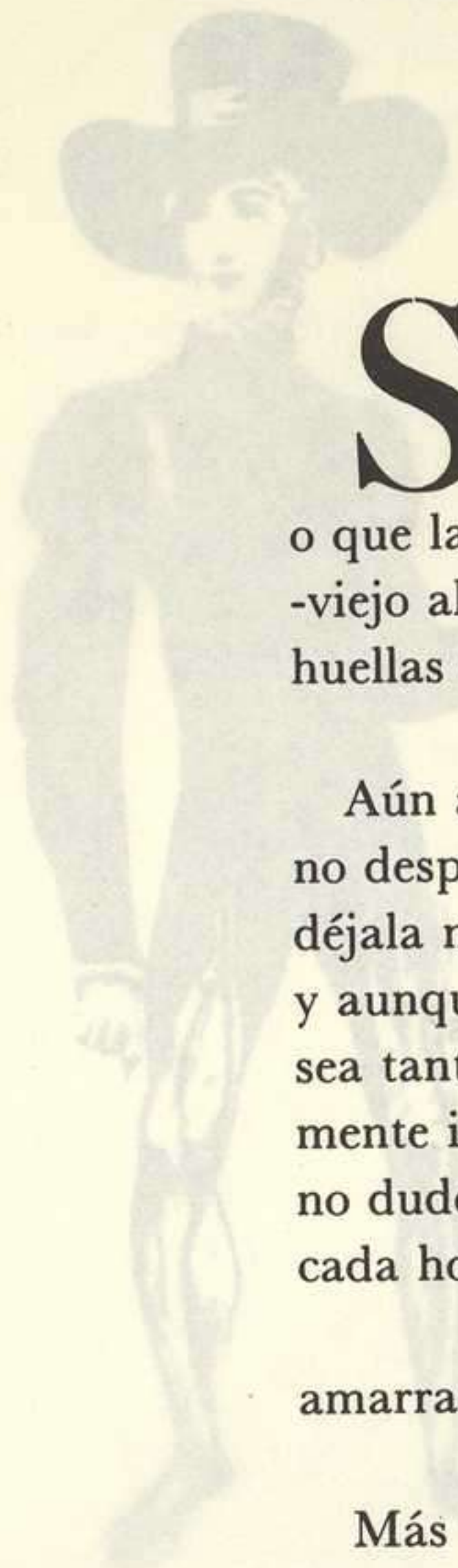
(de *La canción del olvido*)

Al final los dice...

GALERAS DE LEPANTO

E "Amarrado al duro banco"

A Errol Flynn



Siempre supimos
que la traición fue un arma de dos filos
o que la muerte deja por los labios
-viejo alfanje de Orán, oh cimitarra-
huellas de cianuro en cada puerto.

Aún así
no despejes la incógnita del día
déjala navegar...
y aunque la risa
sea tantas veces trágica
mente incierta
no dudes inventarla
cada hora a lo lejos:
la sucia mar de invierno
amarrada a aquél banco.

Más vale confundir y ser malditos
remeros de galeras
pues frente a la bajeza sonrie cada tarde
y el látigo del cómitre no olvida
repetir nuestra historia...
Más vale deslizarse a la deriva
saludar a la luna si te aburres
y regalar tu asco en la taberna.

-Ser duro o ser esclavo
aún con ramas de espliego-

(de la canción del olvido)

De todos modos, digo, no te excuses jamás.
Provoca galeotes, eso resulta claro
como una sobredosis de la vida.

A veces sólo queda huir hacia adelante
como lucha un corsario, atroz, en la bajura...

(Inédito de *Se llamaba Alejandra como cualquier princesa*)



GASTOS FIJOS

Estuve haciendo cuentas
-pues no sé hacer milagros
ni esas cosas que dicen
sabemos las mujeres.

y ahora que estáis lejos me pregunto
si acaso vivir sola
no me cuesta más caro.

Gracinda. Aporto 86

TERESA ORTIZ



NACIÓ en Madrid en 1950, pero su infancia transcurrió en el Norte, cuyo paisaje y formas de vida son parte indisoluble de alguno de sus poemas.

*Desde hace doce años vive en Sevilla, donde ejerce el periodismo radiofónico en el campo de la información política. Ha publicado poemas en diversas revistas, entre ellas "Fin de Siglo". El poema titulado **Itaca** fue publicado en Málaga en 1981, en la imprenta Sur, como homenaje de amistad ofrecido a la autora por Bernabé Fernández Canivell, María Victoria Atencia, Pablo García Baena y Rafael León.*

*En 1985 publica su libro **La Rosa de San Juan** la madrileña editorial "Trieste".*

EPÍSTOLA DE ANTÍNOO

"Había mucho de angustia en mi necesidad de herir aquella sombría ternura que amenazaba complicar mi vida."

M. Yourcenar: Memorias de Adriano.

Tení mi juventud, mi niñez casi,
y toda la belleza de la vida que empieza.

Libertad sin saberlo.

La tristeza de un sol que se apaga al ocaso
para volver de nuevo sobre montes y valles
más brillante, más dulce.

Tú eras el poder: hombres, legiones, reinos
a tí se doblegaban.

Tuyo era el placer, los amantes, la intriga
hasta llegar al crimen, a la sangre, la guerra.
Yo admiré todo eso, también tu inteligencia,
y me sentí alagado cuando tú me elegiste
para hablarme de amor,
de cosas ignoradas y apenas presentidas
cuando me entretenía en el vuelo de un pájaro
o en el canto de un grillo al caer de la tarde.
Cuánto aprendí contigo, amigo padre, amante.
Sólo empecé a temerte al descubrir tu miedo.
Supe que estabas sólo. Habías elegido
hace mucho un destino: el que te codenaba
a ser dios, soberano;
el mismo que te trajo aquel día en Bitinia
a una fuente, a un patio, y hasta mi vida en fin.
Ya pasado algún tiempo odié tu indiferencia,
cuántas veces fingida, por el mundo, los hombres,
la adulación o el tiempo.
Ese afán de mostrarme de la vida lo oscuro,
la mentira, traiciones...Lo que yo presentía
y tan sólo se aprende al correr de los años.
Me estabas preparando para tu propio miedo.
Sentí piedad por ti.
Y te quise mostrar que podía enseñarte
algo que no sabías o ya no recordabas.
Lo que yo te ofrecí era el mejor regalo
y quizá el más terrible.
Porque tengo certeza de que al menos un tiempo
yo seré el soberano y tú tan sólo el hombre,
el amante que espera solo el postrer consuelo,
la hora del olvido.
No fue sólo soberbia. Yo te quise y lo sabes.
Con mi muerte renuncio a una tristeza áurea.
Huyo así de mi miedo y también de tu olvido.
De esa vida que tú me mostraste y presiento,
de los días sombríos, los míos y los tuyos.
Renuncio a todo eso, y aunque ahora te duela
y en medio del dolor me llames o maldigas,
en el futuro un día, cuando ya seas viejo,
recordarás a un joven que te amó y que quiso

recordarte que hay seres que aman y renuncian
sin esperar por ello fidelidad o gloria.
No, no es sólo soberbia. Es algo que te entrego
sabiendo de antemano que es terrible y precioso
porque es mi propia vida. No podrás rechazarla
tú que todo lo puedes.
Y con ella en tus manos olvidarás el miedo.

(Inédito)

ITACA

Tal como prometió ha vuelto el rey de Itaca.
Ha sido un largo viaje.
Por ti desafié la ira de los dioses.
Atrás quedaron tierras, caricias de otros brazos.
La música más bella que un mortal escuchara.

*Hoy brilla el mismo sol en este hermoso cielo
que iluminó violento los días de mi dicha.
Bajo él vi muchachos que luego fueron hombres.
—Ambición y codicia cambiaron sus miradas
como cambian al mar el viento y las tormentas.—
Y aunque rogué a los dioses no ver esta mañana
de nada me ha servido.*

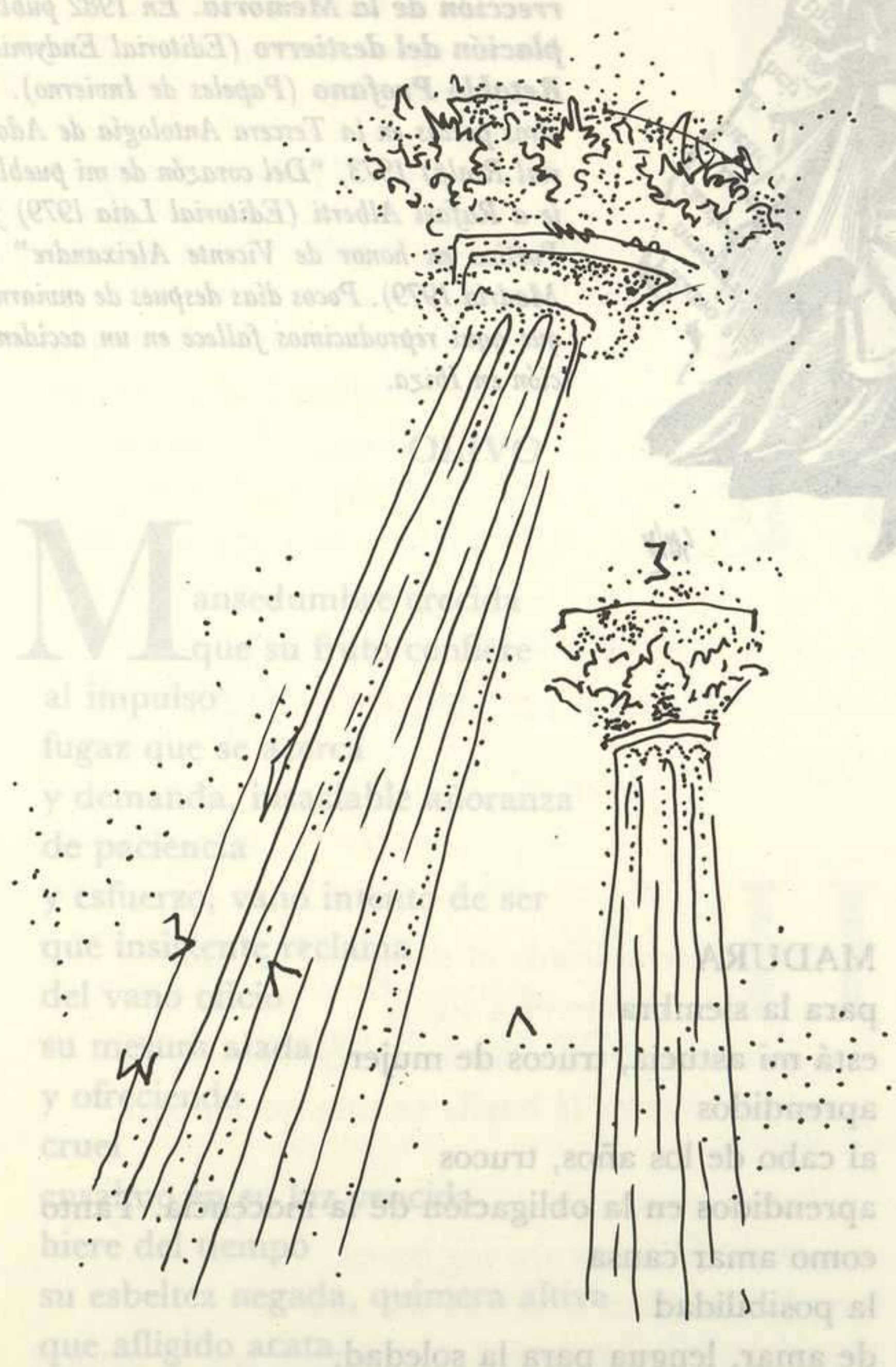
Cumplido he mi destino: de mi astucia y mi fuerza
guardarán fiel recuerdo los hombres y los mares.
Todo valió la pena pues me esperaba Itaca.
Más Itaca eras tú, mi prudente Penélope
que guardaste mi casa, defendiste mi hacienda.
Quien osó despojarnos lo pagó con la vida.

*Al igual que esta tierra he sido sólo un sueño.
Demoré cuanto pude tu estancia lejos de ella.
Yo fui Circe, Nausícaa...Itaca no existió.
Tu vuelta me condena al reino de las sombras.*

Muertos los pretendientes ya todo es como antes.
Nada importa si el tiempo dejó huella en tu rostro:
para mí serás siempre aquella que me espera,
tejiendo mi regreso.

*¿Los pretendientes, dices?... Soy demasiado vieja.
Casi no te recuerdo y nunca esperé a un héroe.
Sí, mi nombre es Penélope.*

(de *Homenaje de amistad...*)



PALOMA PALAO



*NACE en Madrid el 24 de Agosto de 1946. Estudios de bachillerato en Madrid. Licenciada en Derecho en el año 1968. Abogado en ejercicio desde 1970. Publica sus primeros poemas en "Poesía Española", "La Estafeta Literaria", "Litoral", "Mundo Hispánico", "Bellas Artes" e "Insula". En 1970 es accesit del Premio Adonais de Poesía con **El gato junto al agua** (Editorial Rialp). En 1977 queda finalista en el premio Boscán con **Resurrección de la Memoria**. En 1982 publica **Contemplación del destierro** (Editorial Endymion). En 1985 **Retablo Profano** (Papeles de Invierno). Colabora con otros poetas en la Tercera Antología de Adonais, (Editorial Rialp) 1973, "Del corazón de mi pueblo" (Homenaje a Rafael Alberti (Editorial Laia 1979) y en "Corona Poética en honor de Vicente Aleixandre" (Taller Vox, Madrid 1979). Pocos días despues de enviarnos los poemas que aquí reproducimos fallece en un accidente de circulación en Ibiza.*

MADURA

para la siembra
está mi astucia, trucos de mujer
aprendidos
al cabo de los años, trucos
aprendidos en la obligación de la inocencia. Tanto
como amar cansa
la posibilidad
de amar, lengua para la soledad,

camino
hasta llegar a la roca, vientre
de la paciencia que se abre
como la valva de un molusco, flujo de la pasión
que acontece
cuando el deseo
se ha perdido: Trágico truco
para una vida, que se juzgó imposible.

(de *Resurrección de la memoria*)



OLIVO

Mansedumbre crecida
que su fruto confiere
al impulso
fugaz que se acerca
y demanda, insaciable añoranza
de paciencia
y esfuerzo, vano intento de ser
que insistente reclama
del vano oficio
su medida alada
y ofreciendo
cruel
ensalmo en su luz vencida
hiere del tiempo
su esbeltez negada, quimera altiva
que afligido acata.

(*Inédito*)

MARIA DEL CARMEN PALLARES



*NACE en Madrid en 1950. Estudia Filosofía, Periodismo, Dibujo y cerámica. Ha trabajado en prensa, radio y televisión y colaborado en numerosas publicaciones especializadas en Arte y Literatura. Actualmente vive en Vigo, donde ejerce como corresponsal de la revista "Arteguia" y se dedica a su actividad artística. Ha participado en exposiciones colectivas en Madrid y Pontevedra, e individualmente en Atenas, en 1982. Sus libros publicados son: **Resu-**
Del lado de la ausencia, Col. Aeda, Gijón 1979; **Molino de agua**, Adonais, Madrid 1980; **No está, se la han llevado**, Argos-Vergara, Barcelona 1981; **La llave de grafito**, Accésit del Premio Adonais 1983, Adonais, Madrid 1984; **El palacio**, Inédito. Ha obtenido los premios "José Paz" 1973; "Villafranca" 1980; "Accésit del Adonais" 1983.*

SEATE LA TIERRA LIGERA

A Allen

Ha renunciado el tiempo al encanto
de envejecer a solas,
y toda noche es esta fascinante caída,
y todo amanecer la huella de una quemadura.

¿Es acaso posible que cierres conmigo los ojos,
y que el miedo no sea esa barca,
que no sintamos la acedía del aire
y que no sea el pájaro Zoí el elegido por la piedra?

De todos los recuerdos que nos impone el mar
el más dulce es el fuego.
Nos ha otorgado la ceniza,
la juventud en que me consumo,
el largo clamor de los perros.

Que la tierra nos sea leve,
que la vida nos sea ligera.
Que su fatalidad nos conceda la misma sombra.

(Inédito, Noviembre 1985)

SUMA

Aquellos que espían su dentadura
muertos de amor por el caimán;
más los recolectores de sombras
que conocen el color blanco
con sus pesados ojos de ciego;
cuantos tiran del aire hacia acá
tumbados entre las gramíneas,
las voces irreconocibles;
y quienes introducen siempre sus besos
en las cavidades de los olmos
y vuelven circular el paisaje;
los que caen de rodillas sin advertirlo
y offician ante un alazán;
quienes miran al fondo de los espejos,
y aquellos cuyos cuerpos son sabios
y viven a la guarda de los ríos,
los brazos a lo largo de la corriente.

(Inédito, Diciembre 1985)

MARIA PILAR PALLARES



NACIÓ en Culleredo (La Coruña) en 1957. Profesionalmente es profesora de lengua y literatura gallegas en un instituto. Ha colaborado en publicaciones periódicas como "Nordés", "Grial", "A Nosa Terra", "Luzes de Galiza", "Festa da Palavra Silenciada" (realizada íntegramente por mujeres)..., con poemas y algún artículo de crítica literaria.

*Forma parte del colectivo "De amor e desamor", junto con otros nueve poetas. Actualmente ocupa una vocalía en la A.E.L.G. (Asociación de Escritores en Lengua Gallega). Ha publicado los siguientes libros: **Entre lusco e fusco**, La Coruña 1980; **Sétima soidade**, Premio "Esquio" 1983, Col. Esquio 1984; **De amor e desamor I**, Ed. do Castro, La Coruña 1984; **De amor e desamor II**, Ed. do Castro, La Coruña 1985; **Rosalía: unha leitura feminista**, en "Rosalía de Castro: unha obra non asumida", Ed. Xistral, Col. Alexandre Bóveda, La Coruña 1985.*

HAY UNA CIUDAD QUE ME ESPERA EN EL SUR
y es extraño que no tenga tu nombre grabado en las paredes

(necesito emborracharme
cerrar todas las ventanas que dan a esta tarde
necesito saber la cantidad exacta de desesperación que anida en
esta hora)

en el sur sé que hay una ciudad que me espera
es extraño nunca he vivido allí la tristeza de noviembre
no sé cómo será el rumor de los magnolios golpeados por la lluvia
cuando noviembre invada las avenidas
y sobrevivan las cúpulas solitarias sencillamente solas
bajo un cielo de invierno sin pájaros

no sé qué vibración de muerte se esparcerá sobre el río
en el sur

no sé si tus pasos sonaron alguna vez en las losas de la ciudad
(es extraño que no tenga tu nombre grabado en las paredes)
tendré que enseñar a sus habitantes
el perfil asombrado de tu rostro
tendré que asesinar sus tardes de tranvías y río
con la furia que he aprendido de tu mirada

pero en el sur

qué extraño será atravesar parques y plazas
masticar el viento enervado de noviembre
descender a los muelles
sabiendo que siempre hay una ciudad que me espera
y que no tiene tu nombre grabado en las paredes.

(de *Sétima soidade*)

* * *

DORMIRME EN LA NOCHE DE TU PELO

en el filo de tu labio desvanecerme
ser tan sólo pigmento de tu piel
fósforo encendido en la médula de tu hueso
desposeerme
serte
en el músculo que tensa tus músculos
en la vena que azulea en tu muñeca



*Hai unha cidade que me agarda no sul
e é estraño que non teña o teu nome gravado nas paredes*

*(necesito emborrachar-me
pechar todas as fiestras que dan a esta tarde
necesito saber a cantidade exacta de desesperación que aniña nesta hora)*

*no sul sei que hai unha cidade que me agarda
é estraño nunca vivin ali a tristeza de novembro
non sei como será o rumor dos magnólios batidos pola choiva
cando novembro invada as avenidas
e sobrevivan as cúpulas senlleiras sinxelamente sos
baixo un ceu de inverno sen paxaros*

non sei que vibración de morte pairará sobre o rio

no sul

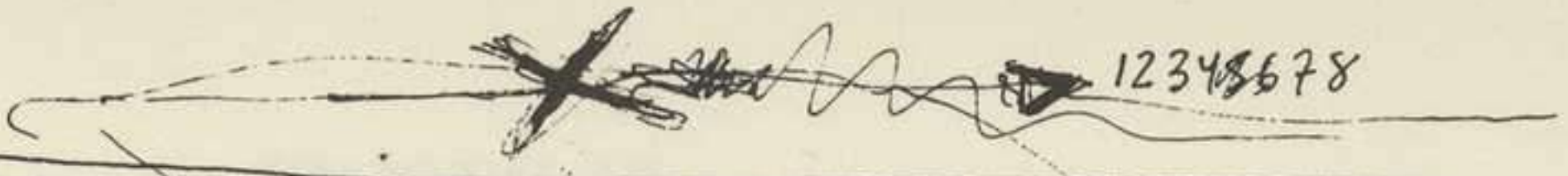
*non sei se os teus pasos soaron algunha vez nas laxes da cidade
(é estraño que non teña o teu nome gravado nas paredes)*

*terei de ensinar aos seus habitantes
o perfil asombrado do teu rosto
terei de asasinar as suas tardes de tranvias e rio
coa fúria que aprendin da tua ollada
pero no sul*

*que estraño será atravesar parques e prazas
mastigar o vento enervado de novembro
descender ao peirán
sabendo que sempre hai unha cidade que me agarda
e que non ten o teu nome gravado nas paredes.*



*dormir-me na noite do teu pelo
no gume do teu lábio esmorecer-me
ser apenas pigmento da tua pel
fósforo aceso no cerne do teu oso
desposuir-me
ser-te
no músculo que tensa as tuas coxas
na vea que azulea no teu pulso*



1
2
3

El artista se inspira en el mundo que le rodea y en sus propias experiencias. Este cuadro representa una escena cotidiana en un pueblo de Colombia. El artista ha querido capturar la esencia de la vida cotidiana en un momento de quietud. En el fondo, se puede ver una casa con un tejado de paja, y en primer plano, un hombre que parece estar trabajando en un campo. El uso de líneas y puntos crea una textura que da profundidad a la obra. La paleta de colores es sencilla, pero efectiva para transmitir el mensaje del artista.

E

PILAR PAZ PASAMAR



*NACE en Jerez de la Frontera en 1933. Muy pronto comenzó a publicar sus primeros poemas en el diario "Ayer" de su ciudad natal. Trasladada a Madrid con su familia, cursa estudios de Bachillerato y comunes de Filosofía y letras. En sus épocas vacacionales entabla amistad con el grupo fundacional de la revista "Platero" de la que fue cofundadora y colaboradora hasta el final. A los dieciocho años publica **Mara**, editado por Afrodiseo Aguado en 1951 y prologado por Carmen Conde. Es una época de animosa y epistolar amistad con Juan Ramón Jiménez que le impulsa a continuar su tarea poética. **Los buenos días**, segundo libro de poemas, consigue el accésit al Premio "Adonais" en 1945. En 1955 obtiene el Premio "Juventud" por una serie de sonetos titulados **Ablativo Amor** que publica la colección barcelonesa "Atzavara". En 1957, el libro de canciones y poemas **Del abreviado mar**, es editado por la colección "Agora" que dirige Concha Lagos. Es el año que contrae matrimonio y fija su residencia definitiva en Cádiz. En 1960 en la colección arcense "Alcaraván" publica su libro titulado **La Soledad, Contigo**. Más tarde en 1967 aparece en la colección madrileña "Agora" su libro **Violencia inmóvil**. Su libro de ensayo **Poesía femenina de lo cotidiano**, aparece en la colección Ateneo de "Editora nacional" en 1964. En 1963 ingresa en la Real Academia hispanoamericana de Cádiz. Su discurso titulado **Poética y poesía**, fue editado en el mismo año por Ediciones de Cultura Hispánica. En 1966 fue nombrada académica correspondiente de la Academia de Letras, Artes y Ciencias San Dionisio, en Jerez de la Frontera. **La torre de babel y otros asuntos**, su último libro de poemas, aparece en la colección "Torre Tavira" en 1982. En él va incluido el poema "Musica nuestra", ganador del Premio "Alcaraván" de 1980. Ha dado numerosas conferencias y lecturas dentro y fuera de España y publicado artículos en múltiples revistas y periódicos. En estos momentos, tiene en prensa **Antología poética**, Col. Arenal de Jerez de la Frontera.*

MAITINES

Dejas el pan de un día, de otro día,
en la talega, sin llamar, tahonero.

Tu golpe. Amanecida. Tu luz de leche y huevo.

La mejilla está torpe de doblarse en la almohada,
mi camisa trasmina sudor de compañía.

Dentro de los alveolos de la cueva nocturna
nos estrujamos ciegos. Me viene Tu alegría.

¡Alegría del vuelo cotidiano
que despereza huellas de semen y sudores
con los que me he entregado al goce más humano,
el de un cuerpo en el otro...¡Alegría del alba!

La belleza termina...¿Con qué suplir su falta?
Para ello está la muerte. Consulta el Estatuto.

Con un hilo muy claro, desde que el sol nació
procuré no sonara el barboteo
y no se entrecruzase la loza parlanchina.
La hebra fría del sueño ensartaba también
las nucas recostadas sobre limpios embozos.
Y me calcé mis botas para hacer
paso de marcha con el alma.
Y durante el tremendo y soleado
y largo día azul he mantenido,
he conservado la hebra intacta,
el contacto con musgos y palomas
y ladridos y crujidos
de retamas lucientes, de silencios continuos,
hasta llegar a tí frente por frente,
de otro mundo distinto, sin nada que decirnos,
y también ensartado en la aguja silente
con la que rematé la última puntada.

(del libro inédito *Orario*)

EL INSOMNE
Apartamento 26—2

Es la última que queda. Es el último,
amigo. Ya no quedan en el frasco.

Ya no sabré qué hacer con el silencio,
con este animal bífido aguardando,
este camaleón, este hormiguero
y esta sierpe que mira de soslayo.

Ya no sabré qué hacer con las cuartillas
ni, cuando ellas me falten, con mis pasos.

Ya no puedo saber si son objetos
todo lo que perdí en la vida. Abro
de nuevo el libro. Cierro. Pienso luego
en aquella canción, mi madre al lado:

—con voz suave— “Una vez, cinco lobitos...”

¡Cinco lobos. Doscientos. Una mano,
por favor, que me enjuage ya la frente!

Contaré lobos, dientes: dos, tres, cuatro...
Cien mil lobos reunidos. No hay ovejas.

Anduve por aceras, por meandros,
ríos sin cauce, calles, avenidas
sin desembocadura, arriba, abajo.

Anduve, anduve, anduve, anduve, anduve...

Anduve altivo y triste y ciego y pálido.

Mañana echaré a andar de nuevo, el sueño
no vendrá, como ellos, tras mis pasos.

El insomnio será mi compañía...

(Ya no quedan amigos en el frasco).

(de *La torre de Babel y otros asuntos*)

ANA PELAYO



NACÍ el 22 de Junio de 1950 en Francia. De pequeña me educué en colegios de Inglaterra y Francia. Desde los once a los veintidos años viví en Madrid, estudié el Bachillerato y fui a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente vivo en Estados Unidos y viajo a España a menudo.

*A los quince años empecé a escribir mis primeros poemas. En 1967 publica la revista **Litoral**, en su número dedicado a la "Nueva Generación" un poema mío, y en 1978 otro poema en su número dedicado a Luís Cernuda. Durante los últimos años, tras un periodo de silencio, vuelvo a escribir poesía, esta vez en inglés y en español.*

BIARRITZ, 1949, TIBIDABO 1950

Un collar de flores te rodea ahora el cuello
como mis brazos lo harían más tarde.
Un meneo de traje en la hierba
frente a la rigidez de tu postura doméstica.
Os veo a los dos
sorprendidos en huida
a través del desierto de Egipto.

Algo ocurrió en ese desierto,
abriendo los brazos y piernas
dejándose ver la carne de niña
entre los faldones del traje abierto.

Madona, ahora llevas puesta tu carga
y tu vestido es más discreto,
tu sonrisa menos soberbia y tu figura
ya no es la figura de Venus al salir de la perla.
La risa de tu criatura se nota
en tus ojos al tratar de reír
y tu hombre, con un parpado caído,
en este segundo de foto
y un esconderse las manos
me dice que ya trataba de huir.

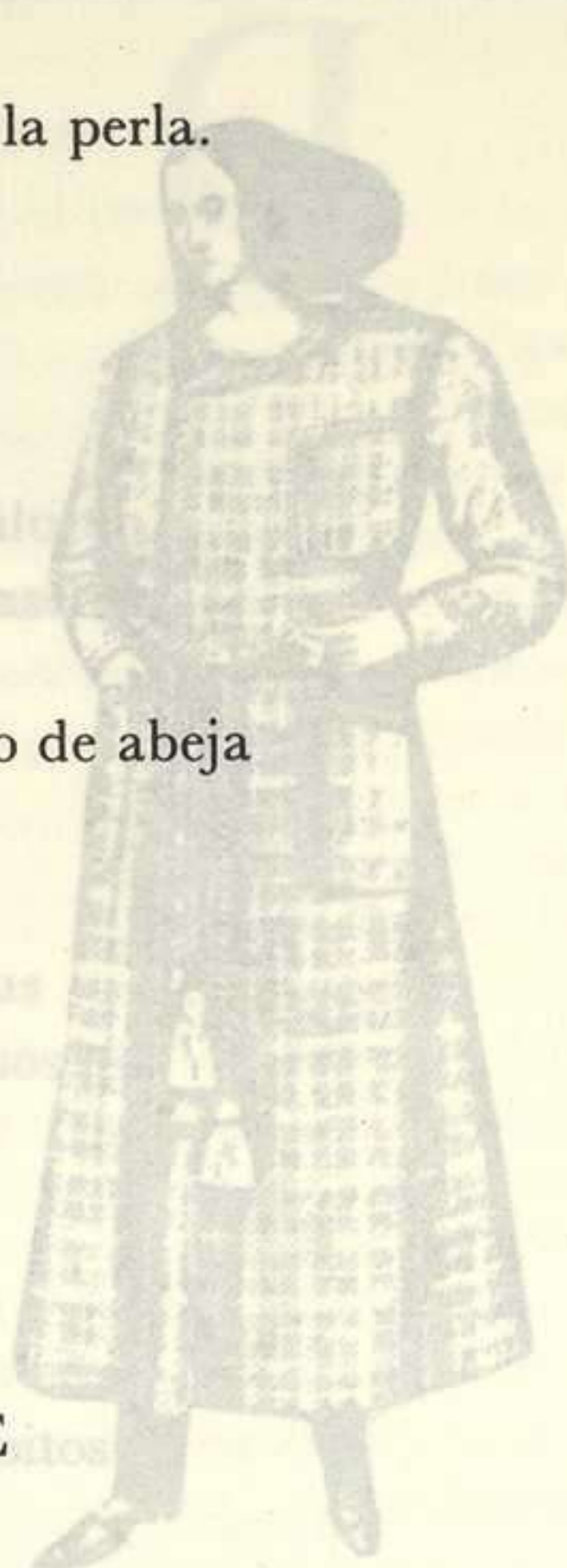
Tu colina de niña, donde el zumbido de abeja
vive con la facilidad del árbol,
no se da cuenta
de los caminos de truenos
de las lágrimas vagabundas
que llevara en sus maletas
siempre con ella.

MAR DE SEPTIEMBRE

Hoy el mar está sólo,
como un enemigo insistente,
se acerca y chupa la arena,
malvadamente.

Como un ave de presa
las mojadas olas vigilan
los bordes metálicos de
un mar desconocido.

Protegiendo su profundidad,
extendiéndose su oscuridad,
como una amenaza,
sobre la arena
en forma
de un viento invisible.



Abrir bien los ojos y ver
el malentendido en tu mirada.

Las manos tirando la tierra,
arrancando raíces
eternamente,
separando profundidades.

Las yemas de los dedos
separando la humedad
debajo de las uñas.
La piel estirando
las arrugas del mañana,
la calentura de la fuerza y la fatiga.

Ayer la brisa
era un aullido de luz.
La arena apenas polvo,
el mar un millón de escamas y gritos.
Figuras, colándose una a una,
aterrizaban en la playa
con el peso inflado
de un mediodía en movimiento de arrastre.

MEMORIA

Perdí la memoria,
gané otro suelo.
La blancura aquí
en esta hoja que escribo.

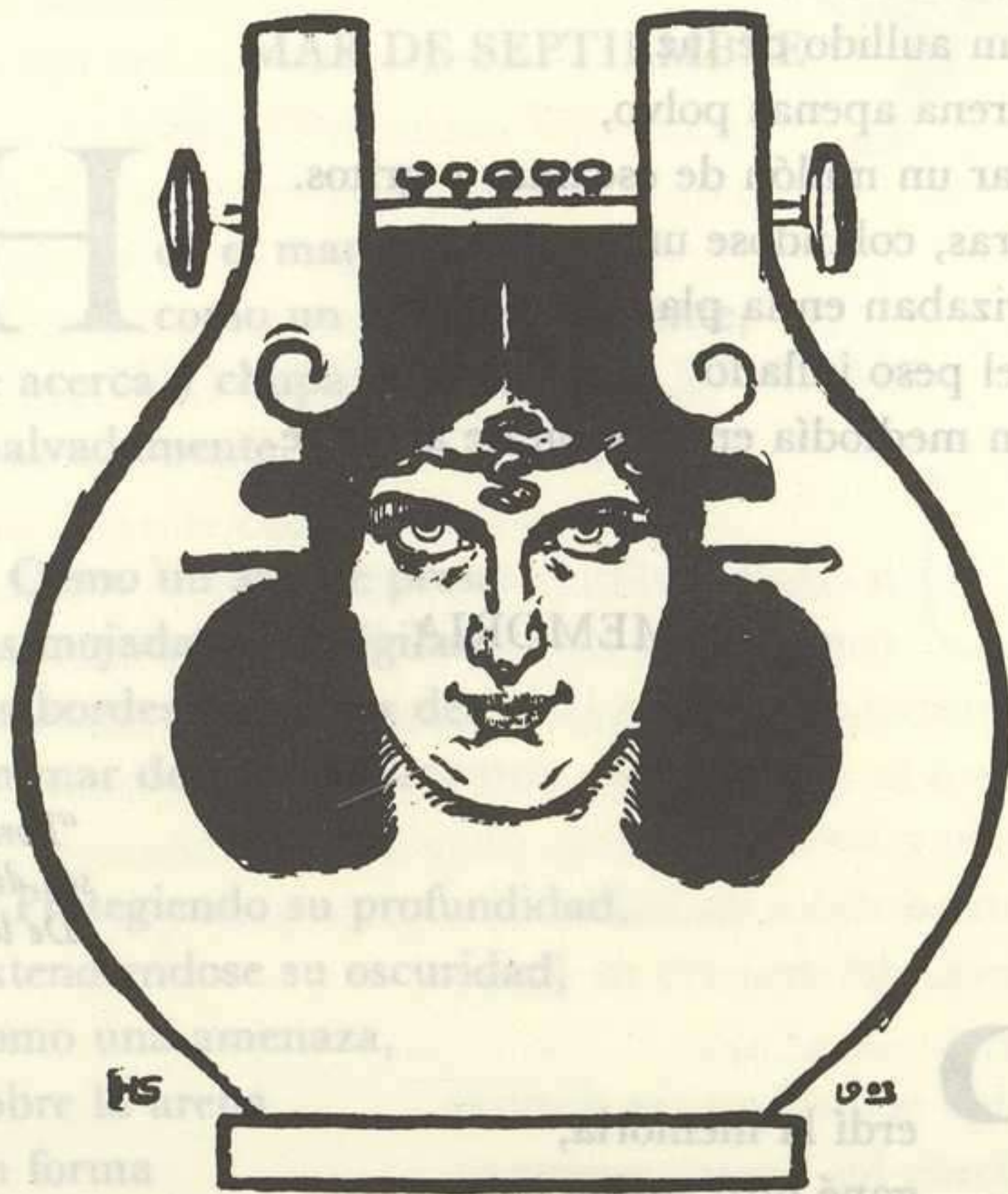
*“Porque tus palabras
son disfraz de sombra
De lo que te callas”.*
José Bergamín.

El polvo lo llevo dentro,
sólo cambia el vecino.

La cal me sirve de alimento.
Lejana,
la memoria está más viva,
menos tormento.

Me basta por ahora
con saber lo que no digo
y callar lo que no sé.

Valor solitario
del que se cree valiente
por haber desenmascarado la sombra
del doble sentido de las palabras.



Hermann Sandkuhl

MARTA PESSARRODONA



NACE en Tarrasa el 18 de Noviembre de 1941. Cursó estudios de Historia y, ha sido lectora de castellano en Nottingham desde 1972 a 1974. Colabora en "Camp de L'Arpa", "Dones en lluita", "L'Avui", "El País", "L' Avenç", "Vindicación" etc... Ha publicado: **Sep-tembre 30**, 1969; **Vida privada**, 1973; **Memòria i**, 1973; **A favor meu nostre**, 1981. En 1984 aparece en un volumen su obra poética completa: **Poemes 1969-1981**. En 1985 se publica su último libro **Berlin suite**, Edicions del Mall, 1985 (Prólogo y traducción de Ana María Moix).

BERLIN: ENERO 1929

Vita interrumpió
sus versiones de Rilke.
El teléfono era Moabit 37-94,
y Friedrichstrasse la estación de llegada.
En la Funkturm, una tarde,
en escapada breve y solitaria,
Vita le dio a entender
la duración escasa de las pasiones humanas.

La conversación, bastante animada,
el pulso anímico de subido voltaje,
consiguieron silenciar
la letal marea humana.
(Las bombas futuras
no enturbiaron en absoluto la tarde.)

24 Brücken Allee, una dirección,
hoy compañera de los fantasmas
de antiguas embajadas:
la ciudad no había sido bombardeada.

Virginia regresó a Londres
al cabo de una semana, enferma.
Vita empezó a creer que
Leidenschaft era una palabra
de formación muy extraña.

De hecho, ninguna de las dos
presintió
la retórica del desastre.

(de *Berlin suite*)

NOTA

Todo el poema se refiere a las relaciones entre las escritoras inglesas Vita Sackville-West y Virginia Woolf. Entre 1928-1929, Vita vivió varios meses en Berlín, donde su marido, Harold Nicolson, ocupaba un cargo diplomático en la embajada británica. Vita realizó unas versiones de Rilke (que no he leído) y vivía en 24 Brücken Allee. Virginia (acompañada de su marido, de su hermana y del compañero e hijo de ésta) la visitó en enero de 1929, llegando por la estación de Friedrichstrasse. Se sabe que la única vez que se vieron a solas fue en un bar, en la Funkturm.

“Leidenschaft”, pasión. Uno de los componentes de esta palabra es el verbo “leiden”, sufrir.

SCHÖNEBERG

Como siempre, fue un affaire casual:
amistades de amistades, aquí, allá,
en el Norte, en el Sur...

Al principio no me gustas.
Quizá reconozca en tí mis defectos
(¡difícil encuentro entre escorpiones!)
y siempre quiero espejos
de la imagen más perfecta.

Prosigue la noche y el vino blanco,
de una región alemana
que me resulta totalmente extraña.
De repente (mientras “actuas”)
nos encontramos y nos sentimos.

“Treu” es un adjetivo
que acababa de aprender,
y me resulta muy útil para esta velada.

El vino y la noche prosiguen y nos separan.
Queda, sin embargo, mi fidelidad,
temporal y absoluta, a tu cuerpo,
a mi tacto.

(de *Berlín Suite*)

NOTA

“Treu”, *fiel*.

HALLESCHES TOR

Christopher lo denominaba el extrarradio.
Aquí empieza mi aventura

nocturna, solitaria.

Las aguas del canal

amenazan y las luces rojas

de la biblioteca americana

rompen las siete de la tarde.

Siguiendo por Oranienstrasse

sé que existe un límite

a pesar del cobijo

de la vieja fábrica de chocolate

y del Döner-kebab para el hambre.

Naturalmente, no conozco ninguno de los antros

que Wystan Hugh frecuentaba.

Para mí es sólo una parada,

una visión casi alada

de un trozo de ciudad extraña.

También es una puerta,

que me abre a gente, para mí, rara:

los turcos y su misión

de anunciarnos que el mundo no se acaba.

Es un barrio de nombre de serenata,

es una incógnita en la noche,

un punto en un espacio precario,

una buena advertencia

para una viandante maravillada.

(de *Berlin Suite*)

NOTA

Todo el poema se refiere a las relaciones entre las escritoras inglesas Vita Sackville-West y Virginia Woolf. Entre 1928-1929, Vita vivió varios meses en Berlín, donde su marido, Harold Nicolson, ocupaba un cargo diplomático en la embajada británica. Vita realizó unas versiones de Rilke (que "Christopher", el escritor inglés de nacionalidad norteamericana Christopher Isherwood, autor de *Goodbye to Berlin*, relatos, y *Mr. Norris Changes Trains*, novela, ambos volúmenes significativos respecto a Berlín.

"biblioteca americana", *Amerika-Gedenkbibliothek*.

"Döner-kebab", bocadillo turco de fácil adquisición en Hallesches Tor y en todo el barrio de Kreuzberg donde se encuentra, barrio denominado la pequeña Anatolia por la cantidad de turcos que viven en él, así como alternativos y feministas (especialmente en Schokofabrik Frauenstadtteilzentrum, una antigua fábrica de chocolate hoy reconstruida por las feministas e importante centro de experimentación artística y de encuentros).

"Wystan Hugh", el poeta W.H.Auden, amigo de Isherwood y habitante, también él, del Berlín de los años treinta, dirigiéndose a Hallesches Tor ("tor", puerta) en busca de "boys".



Com sempre, ha estat un afer casual:
amistats d'amistats, aquí, allà,
al Nord, al Sud...

BERLÍN: GENER 1929

*Vita va interrompre
 les seves versions de Rilke.
 El telèfon era Moabit 37-94,
 i Friedrichstrasse l'estació d'arribada.*

*A la Funkturm, una tarda,
 en escapada solitària i breu,
 Vita va fer-lientendre
 la poca durada de les passions humanes.*

*La conversa, prou animada,
 el pols anímic de tant de voltatge,
 van aconseguir silenciar
 la letal marea humana.
 (Les bombes futures
 no van enterbolir gens la tarda.)*

*24 Brüken Allee, una adreça,
 avui companya dels fantasmes
 d'antigues ambaixades:
 la ciutat no havia estat esberlada.*

*Virginia va retornar a Londres
 al cap d'una setmana, malalta.
 Vita va començar a creure que
 Leidenschaft era una paraula
 de formació ben estranya.*

*De fet, ni l'una ni l'altra
 van pressentir gens
 la retòrica del desastre.*

(de Berlin Suite)

*Christopher en deia l'extraradi.
Aquí em comença la meva aventura
nocturna, solitària.
Les aigües del canal
amenacen i les llums roges
de la biblioteca americana
trenquen les set de la tarda.
Seguint Oranienstrasse
sé que hi ha un límit,
a desgrat de l'aixopluc
de la vella fàbrica de xocolata
i del Döner-kebab per la gana.
Naturalment, no sé cap dels altres
que Wystan Hugh freqüentava.
Per a mi és sols una parada,
uan visió gairebé alada
d'un tros de ciutat estranya.
També és una porta,
que m'obre a gent, per a mi, rara:
els turcs i la seva missió
de dirnos que el món no s'acaba.
És en un barri de nom de serenada,
és una incògnita de nit,
un punt en un espai precari,
un bon advertiment
per a una viannant meravellada.*

SCHÖNEBERG

*Com sempre, ha estat un afer casual:
amistats d'amistats, aquí, allà,
al Nord, al Sud...*

No m'agrades, de primer.
 Potser et veig els meus defectes
 (difícil trobada d'escorpins!)
 i vull sempre miralls
 de la visió més perfecta.

Segueix la nit i el vi blanc,
 d'una regió alemanya
 que m'es totalment estranya.
 Tot d'una (mentre "actues")
 ens trobem i ens sentim.

"Treu" és un adjectiu
 que m'havia acabat d'aprendre,
 i m'és molt útil per aquesta vetllada.

El vi i la nit segueixen i ens separen.
 Hi ha, però, la meva fidelitat,
 temporal i absoluta, pel teu cos,
 pel meu tacte.



MARIA DE LOS REYES FUENTES



Ha creado revistas "Ixbiliah y Poesía" y colecciones de libros "Ixbiliah", ha escrito ensayos, conferencias, artículos, presentaciones. Pero lo más destacado es su obra de creación poética, con los títulos, entre otros, de: **Sonetos del corazón adelante, Elegias del Uad-el-Kebir, Romances de la miel en los labios, Elegias Tartessias, Oración de la verdad, Acrópolis del testimonio, Concierto para la sierra de Ronda, Pozo de Jacob, Motivos para un anfiteatro, Apuntes para la composición de un drama, Aire de amor, Jardín de las revelaciones.** Tiene traducciones de alguna de estas obras y una antología, **Misión de la palabra**, editada por la Universidad de Sevilla. De próxima aparición será su libro **Meditaciones ante el Aljarafe**. Entre los premios que ha conseguido figuran los "Ciudad de Barcelona", "Ciudad de Sevilla", Mención especial en el "Premio Nacional de Literatura" y el Premio "Vivienda del futuro". Estudios y referencias de sus obras aparecen en numerosos diccionarios y selecciones tanto españoles como extranjeros, y asimismo comparece en discografía y cassettes. Es miembro correspondiente en Sevilla de las Reales Academias de Córdoba, Málaga y Cádiz, así como de "The World Literary Academy, de Cambridge".

El río es como un brazo de justicia
con su sentencia al fin: el tránsito, el ejemplo.

Y en todos los rincones de la tierra
brotan los ríos y los hombres, que fluyen, y discurren,
que abocan en su mar tan sentenciado,
definitiva fuente donde hundirse
con el desgarramiento de la huída.

Que el hombre, como el río, es un curso, una fuga,
un arrepentimiento, que primero avasalla
y se agazapa a veces, pero sigue adelante,
en la inútil carrera del minuto a minuto.

Los hombres o los ríos, disparados,
van hacia la constancia de un camino
que les lime las rocas
y les haga contornos de dulzura.
Se desvían sus fuerzas
y hacen marca distinta a la soñada,
la que pudo haber sido pero que se resiste
y allí en la resistencia abandonamos,
o golpeamos mucho,
como pasión segura de todas las razones,
o se deja lamida,
con nuestro gusto, así, para que sepa
al testimonio fiel de última instancia.

Y el río es como un trámite vigente,
y un hombre es como un río,
de la raíz del tiempo al polen más alado,
de raíz de raíces, de la sorpresa al mar.

Hay ríos muy pequeños y sin lucha,
que llevan la paciencia de enarbolar silencios
sin leyenda o razón que atribuirse.
Y hay ríos que son grandes,

como este que discurre a mi costado
y que lo sé común a tanta entraña,
con brazos extendidos de ambición o de ensueño,
con ansias de domar a las hirientes peñas,
con virtud de caricia si por el tierno valle,
bebiéndose el tesoro de toda Andalucía,
trazando la gran rúbrica por este Sur de España,
mientras que salta el aire de una sierra a otra sierra
pero él sigue y persigue por su fluida columna
que busca la sentencia del Océano,
la meta irremediable
de donde han de brotar, ay sí, las nuevas aguas,
porque el río delata su parecido al hombre,
y se hace la justicia de su curso,
su curso por la tierra, por la historia,
y no hay mutilación que nos lo niegue.

(de *Elegias del Wad-el-Kebir*)

COLUMNAS ROTAS

Cuánto se ha roto, Dios.
Tú que lo sabes,
dime por qué se agrietan las columnas,
se pudren los cimientos,
se desploma el palacio
donde pusimos oro, plata, bronce,
cerámica, cristal, flores y fuentes,
con el primor, la entrega
de eternidades casi.

Cuánto se ha roto. Mira
por dónde los pedazos, ese polvo
que levantan las casas derribadas,
las carreras salvajes
de potros que se pierden a lo lejos,
por horizontes en que el viento llora
quién sabe qué desvíos.

Cuánto se ha roto, Tú.
Respóndeme qué pasa
si sólo quedan puentes destrozados,
descabaladas torres,
castillos en la hoguera de los sueños.

Por estas avenidas
donde pasaran toros, huracanes,
se erigieran estatuas
conmemorando esas
invasiones solemnes,
yo sobre las ruinas te pregunto
qué fue del templo aquél, de aquella roca
donde esculpí mi grito.

(de *Acrópolis del testimonio*)

FLORES TARDIAS

Vienen sus llamas cuando ya no somos
materia combustible de esos fuegos.

Un viento las sacude, ya qué tarde
para descomponer la arquitectura
de piedra, en la que un día -cuanto tiempo-
convirtieron la dúctil, blanda casa
donde quisimos alojar su entonces
nada inflamable corazón llamando.

Frígidose seres, con angustia y solos,
nuestro calor pidiendo mas negándose
a compartir la pira, el holocausto
donde el amor se ofrece. Que tardaban
en irse, porque hacían como un curso
de precalentamiento en que iniciarse
hacia la hoguera, el rito de vivirse
con esa incandescencia en que nos vieron.

Siglos hará de que nos convertían
 llamarads en roca; qué dureza,
 tras la ceniza, nuestro ser tomando.
 Granito somos cuando reaparecen
 reveladores de voraz incendio,
 de la necesidad y la belleza
 de arder como ya entonces nos quemamos.

Viejos planetas, sí, donde los soles
 pasan lejanamente por nosotros,
 nada podemos ofrecer ahora
 tras la tardía fundición de quienes
 inoportunamente nos descubren.

(de *Jardín de las revelaciones*)



MARINA ROMERO



NACE en Madrid el 5 de febrero de 1908. Estudia Magisterio y Filosofía y Letras en Guadalajara y Madrid. Realiza los estudios de doctorado en Estados Unidos, donde ha sido profesora y catedrática de Lengua y Literatura en diversas Universidades. Obtiene varias becas y subvenciones del gobierno republicano y de diversas universidades norteamericanas.

*Ha realizado las siguientes publicaciones: **Poemas "A"**, Asociación de Alumnas de la Residencia de Señoritas de Madrid 1935; **Nostalgia de mañana**, Ed. Rueda, México 1942; **Presencia del recuerdo**, Ed. Insula, Madrid 1952; **Midas, poema de Amor**, Col. Insula, Madrid 1954; **Paisaje y literatura de España. Antología de la generación del 98**, Ed. Tecnos, Madrid 1957. Premio INLE 1958; **Sin agua, el mar**, Col. Agora, Madrid 1961; **Alegrías, poemas para niños**, Ed. Anaya, Madrid 1973; **Campanillas del aire. Poemas para niños**, Ed. Escuela Española, Madrid 1980; **Churrupe va a la luna. Teatro para niños** Ed. Escuela Española, Madrid 1985; **Disparatillos con Masacha. Poemas para niños** Ed. Escuela Española, Madrid 1985.*

Para LITORAL (de "Sin agua, el mar")

A todos los que al mirar
véis algo,
os saludo.

A todos los que al nacer
lleváis yerba buena en la boca
os saludo.

Y a los que os dejásteis
la hiel
en la tórtola,
la carne
en la garra del buitre,

el musgo
en el hueco del árbol,
y la moneda
en el bolsillo ajeno
os saludo.

Bienvenidos
a este valle de lágrimas.
Y cuidado que la sal
no os amargue
alguna noche,
y para siempre,
los labios.

Para Litoral (de "Sin agua, el mar")

La vida es así.

Tu y yo.

Pero
por muy corta
que sea la distancia
de tu corazón
al mío,
tú no puedes sentir
mi sed,
ni doler
mi hambre;
no puedes
reír mi risa
ni llorar
mis lágrimas.

(Hay sociedades benéficas,
almas caritativas,
generosos filántropos...)

En la arena cálida
de las playas,
y a dos pasos
tan sólo
del agua
boca arriba
mirando al cielo,
está vacío
y seco,
el caparazón de la tortuga.

iCómo mengua mi propia arquitectura
saber que no te tengo contenido,
y sentir el querer disminuído,
disminuyéndo mi inicial postura!

Yo quisiera vivirme en piedra dura
gigante de mi mal, en el olvido,
aunque llorara con dolor crecido
en oculto raudal, mi desventura,

que vale más querer y haber perdido
y poder reclamar como alimento
el parco grano del tronchado trigo,

que pasar por la vida sin amigo
levantando murallas contra el viento
en un alarde de valor fingido.

Y a los que os dejasteis
la piel
en la tortuga,
la carne
en la garra del buitre,

Para Litoral (inédito, de "Honda raiz")

Para Litoral (inédito de "Honda raiz")

Cruzando mi paisaje asesinado
pájaros de la pena mensajeros,
en su oscuro silencio y agoreros
de mi mal, en raíces enclavado,

en páramo mi prado han transformado
con picotazos de hambre bien certeros,
haciendo de mi sangre abrevaderos,
cubriendo en nube al sol amedrentado.

Pero tenaz persigo primaveras
en que la flor se aferre a su corola
y en mi tierra germine con su tallo,

que han de llegarme las nutridas eras
en que sólo se adueñe una amapola
de todo el oro a su servir vasallo.

(Inédito de *Honda raiz*)



ISABEL ROSELLO



*NACE en Santiago de Compostela en 1950. Al poco tiempo su familia se traslada a Madrid, en donde reside hasta 1970, fecha en que vuelve de nuevo a Santiago donde cursa sus estudios de Medicina. Durante todos estos años escribe prosa no abordando la poesía hasta el año 1980. En 1984 lee por primera vez en el Ateneo de Madrid, publicándose con ocasión de esta lectura un cuadernillo con 10 poemas. Por mediación de esta pequeña publicación la conoce Ramón Buenaventura que decide incluirla en su "Antología de poesía española actual escrita por mujeres", publicada en la editorial Hiperión en Diciembre de 1985. Ha publicado en la revista "Río Arga" de Pamplona y próximamente lo hará en "Pasajes". En el transcurso de este año editará su primer libro que lleva por título provisional **Memorial de la noche**, en Ed. Hiperión, con motivo de haber llegado a la fase final del "Primer Premio de Poesía Hiperión".*

CARNE DEL MAR TENSA Y DESNUDA,
violenta sombra de nácar oscuro,
hacia el verano tiendes tu lamento,
oh carne de muerte latiendo inmensa
bajo mi corazón embravecido de amor.
Hacia ti los tibios suspiros del alba,
hacia ti los jóvenes miembros adolescentes,
hacia ti los brazos marineros,
la hojarasca poderosa del sueño,
ese semblante cóncavo del miedo,
el horizonte de sal que no te siente
cuando estrechas un pecho maduro,
carne del verano, luz recogida
en este temblor de muslos tensos,
en estos pálpitos en que respira el mundo,

fulgor instantáneo de isla,
en ti se concreta la noche
cuando te apaciguas y derramas,
cuando emites tu tierno gemido de ave
en tu lejanía de plata y algas.
Por ti yo sabría de la muerte
y de sus pechos sonámbulos,
por ti, oh mar,
yo sabría del Eterno,
del suspiro de un dios
que hubiera posado en mi vientre
su espléndida desolación de música quebrada.

(Publicado en *Las diosas Blancas*)

Y ES LA MUERTE PRESIDENDO MI DURO GESTO,
mi tiempo disperso en el escombros de las horas,
deshabitadas, las horas yacen muy pálidas,
como manos desnudas de caricias,
como grises tardes envenenadas de silencio.

El tenso vacío me desvive con calma,
se demora en mi cuerpo sombrío
el vasto atardecer ausente y tenaz,
el delgado hilo de la noche
se presenta desértico y curvo,
y ansiosamente hinca su negra dentadura
sobre mis pupilas calientes, y feroz
traza signos de fuego en mis párpados,
signos desprovistos de lenguaje,
un brutal concierto de antiguas voces,
de colores antiguos y música indecisa,
amplias desolaciones me lloran por el vientre,
por la frágil espalda, los quietos hombros,
las caderas combadas por la recia acometida
de la noche, que triste,
sepulta formas en silente combate,
calladamente, porque inocente dibuja
firmas de muerte sobre los cuerpos oscuros.

(Inédito de *Memorial de la Noche*)

LLEGO CON LA CABEZA DE VIGILIA,
pura luz acosada, trashumante,
luz originaria, vegetal,
vengo con las manos adelgazadas
de nupcial vértigo de mayo,
del sueño lustral de la sed mordida,
de las constelaciones primeras.
Vengo del cristal más fijo de la tierra,
de la insumisión irreductible de la llama.
Traigo un torbellino de lenguas alzadas,
de cuerpos alzados y desnudos,
de buques de vuelo duro y fuerte,
traigo un idioma salvaje y oscuro,
un idioma acribillado en el labio
por los siglos de los siglos innumerables,
por los dolientes ecos de las generaciones,
por las miles de muertes muertas sin mí,
por los miles de ojos sangrando sin mí,
por las miles de sílabas
en las que arde mi nombre.

(Inédito de *Memorial de la noche*)

(Inédito de *Memorial de la noche*)

ANA ROSSETI



*NACÍ en San Fernando (Cádiz), desde 1968 resido en Madrid donde desempeño los trabajos más diversos casi siempre relacionados con el teatro. En 1979 obtengo el "Premio Gules" de Poesía, en Diciembre de 1985 el "Premio Internacional de Poesía Rey Juan Carlos I de Marbella. He publicado los siguientes libros: **Los devaneos de erato**, Ed. Prometeo, Valencia 1980; **Dióscuros**, Jarazmin, Málaga 1982; **Indicios vehementes**, Hiperión, Madrid 1985; **Devocionario**, Visor, Madrid. Estoy incluida en varias antologías: "Antología de la joven poesía andaluza", Litoral, 1982; "Del goce y de la dicha" (Poesía erótica), Litoral 1985; "5 pesetas di stelle" (Antología della nuova poesia spagnola), La vallisa, Bari 1985; "Las diosas blancas", Hiperión 1985; "Poesía spagnola oggi", Ed. Levante, Bari (en preparación).*

WITHOUT YOU

Tan fácil olvidarte como que Abril no exista.
Tan fácil amainar,
en el panal de tul de los visillos,
la súbita fragancia de la noche
como atajar tu piel; como retrocederla
hasta el peldaño último del último recuerdo.
Sustraerme, tan fácil, de este anhelante gozo
al descubrir tu olor en el tabaco,
la pana o la vainilla.
Aminorar, tan fácil, de mi sangre el incendio.
Tan fácil olvidarte.
Tan fácil impedir que los magnolios nieven.

(Inédito)

MAYO

"Terribilis est locus iste..."

No era el miedo un pájaro aterrado
entre oscuras paredes,
ni el nocturno chirriar de la madera,
ni la luna, de pronto, en el armario hundiéndose,
ni el viento agazapado en las cortinas.

Era el miedo un vértigo exquisito
ante el altar purísimo de Mayo
y olía a madre selvas y alhelies.

Era un mantel de almidonado hilo
con ángeles tañendo entre vainicas.

Era mi madre abriendo su libro de prodigios
con resuelto fervor
y era su voz tan clara como un trozo de espejo
clavándose en la tarde:

"Cuenta Alfonso María de Ligorio..."

Sobresaltado el ánimo, del relato pendientes,
hasta de respirar nos reprimíamos.

Las rodillas contra la firme estera se estriaban.

Sancionada por la muda aquiescencia
de la celeste imagen -con la túnica suelta
de un azul desvaído, tan ondulada y dura
como el mar la melena

y esos hermosos ojos de extremada dulzura-
la lectura, abrumándonos,
sus turbios vericuetos desplegaba.

Nunca Poe, ni Becquer, ni el mismo Lovercraft
pudieron compararse a la voz de mi madre
describiendo piadosa y minuciosamente
castigos ejemplares y horrores deliciosos.

(de *Devocionario*)

PI “DEMONIO LENGUA DE PLATA...”

Truman Capote

Arcángel desterrado y refugiado en mi anhelo;
cada vez que la albahaca se movía
tus manos mi vientre apuñalaban
y en el rauda abanico de luces y luciérnagas
o en la pared confusa donde el enfebrecido
pájaro de la noche se cernía
aparecías tú.

Continúa caracola prendida de mi oído:
hasta cuando la hierba, de grillos relucientes
salpicada, de pronto enloquecía
podíase escuchar tu lengua colibrí.

Y había que decidirse
entre el blanco inocente del naranjo
y tu oscura coraza.

Duro, frío y deslumbrante estuche
para tan dulce torso, terciopelo.

(de *Devocionario*)



DE LOS PUBIS ANGELICOS

A mi adorada Bibí Andersen.

Divagar
por la doble avenida de tus piernas
recorrer la ardiente miel pulida,
demorarme, y en el promiscuo borde,
donde el enigma embosca su portento,
contenerme.

El dedo titubea, no se atreve,
la tan frágil censura traspasando
—adherido triángulo que el elástico alisa—
a saber qué le aguarda.

A comprobar, por fin, el sexo de los ángeles.

(de *Devocionario*)

PILAR RUBIO MONTANER



NACIÓ en Albarracín (Teruel) hace treinta y nueve años. En Aragón estudió Magisterio y se licenció en Filología Románica. Trabaja como profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid, ciudad en la que reside actualmente.

*Ha publicado las siguientes obras: **Réquiem**, Col. Artesa, Burgos 1978; **Un estudio sobre Estructuras en cuentos populares castellanos**, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid 1982; **Un aprendizaje**, libro que obtuvo el IV Premio de Poesía "Esquíu" en 1985; y algunos poemas y relatos sueltos en diversas revistas de literatura.*

ES UNA PENA PERO

Todo concluye.
Hay cosas que mueren de golpe,
sin volver la cabeza, como es el caso de un pequeño
gorrión contra el parabrisas.
Otras, van yéndose despacio y son
tan irrecuperables como aquellas, así
la ternura
o el conocimiento,
o la dulzura de unas piernas, o en
definitiva el amor.

Es una pena pero
todo concluye
como se quedan interrumpidos en las fotografías
los amores eternos con dedicatoria,
las banderas,
el organdí de fiesta movido por el viento,
los atentados,
la cara eterna de los niños,
ese tiempo de escuela detrás de una mesa esférico y
azul como el globo terráqueo,
los mejores reportajes de guerra, o en
definitiva las vidas más corrientes.

(de *Un aprendizaje*)

QUIZA SEA YA TIEMPO

Has borrado el color de la añoranza
desciendes a la paz de nuestro olvido, lento
y necesario. Me escribes
con la lógica
desde el lugar de tu silencio.
Desertar del recuerdo quizá sea la forma.
Quizá sea ya tiempo de limpiar los zapatos,
de emprender el camino hacia días más lentos
donde escasee el fruto del deseo,
y las horas
no duelan por la simple querencia
de una piel.

(de *La espalda del tiempo*, Inédito)

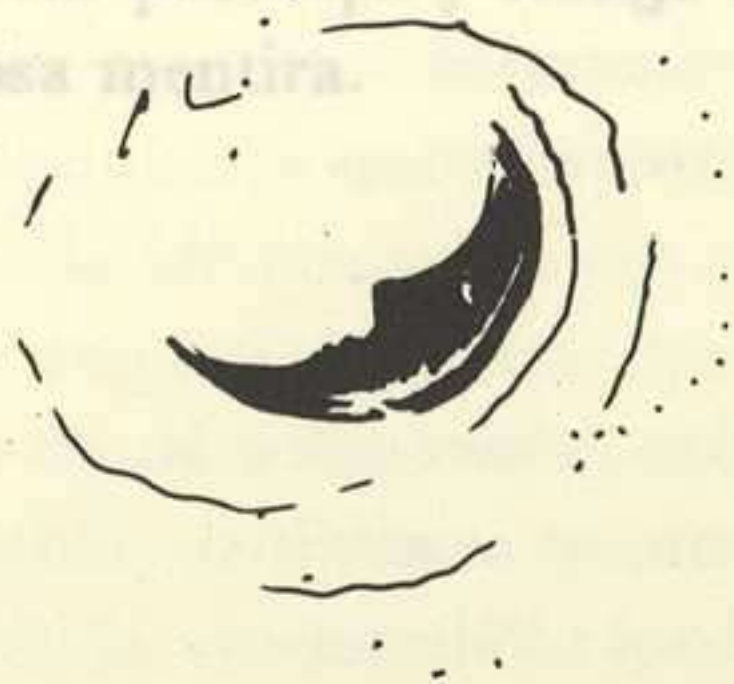
Era la luna que subía lentamente y se empeñaba en mirarlo de manera hostil por la ventana, cuando él no podía mirar hacia la luna, desafiarla. por eso se sentía mal y me decía por favor cierra esa ventana, por favor. Me lo pedía, claro, sin girar la cabeza porque de haberlo hecho le hubiera visto la cara a la luna que era la misma de las noches alegres, tan alejadas ahora y no hubiera temido nada.

Pero con su cambio de ánimo cambió la luna, cambió la habitación que se hizo cada vez más desolada, cabieron sus gestos que se convirtieron en lo más triste e indefenso de este mundo.

Cambiaron sus gestos, y sólo durante las primeras horas de la tarde, cuando estaba despierto y la luz entraba a raudales, era capaz de hablar animadamente, de resistir incluso una larga partida. Así aprendí a ganar a las damas. Sobre la cama un gran tablero, con dos cajones en los extremos para guardar las fichas, servía de manual y de entretenimiento: me sonreía aprobando la selección de una casilla, me reprendía por un descuido estúpido, se esforzaba explicándome los movimientos más afortunados. Así pasaban esas horas.

Así pasaron, como las de otras tantas tardes, aunque esta vez la habitación fue cayendo en una penumbra que me obligó a abandonar mi sitio para encender la lámpara de la mesilla. Al volver a sentarme, el silencio estaba allí como una inesperada trampa. Insistí en que le tocaba mover. Pero la ficha cayó de su mano, y su mano de golpe sobre el tablero acabó con el orden de la jugada. Entonces cerré la ventana, para que no temiera nada de la luna que subía lentamente y se empeñaba en observar su cara de manera hostil. Y me quedé a su lado sin avisar a nadie, porque quería estar con él a solas, porque quería defenderlo para siempre de la luna, aunque ya no pudiera decirme por favor cierra esa ventana, por favor.

(de *El balcón y otros relatos*, inédito)



FANNY RUBIO



*NACE en Linares (Jaen) en 1949. Comienza su carrera literaria en su ciudad natal donde, todavía adolescente, publica su primer libro de poemas. Más tarde en Granada, cursando estudios de Filosofía y Letras, colabora con los grupos "Poesía Setenta" y "Tragaluz", en cuyas revistas publica sus poemas. Obtiene en Madrid un premio universitario por **Acribillado amor** (1970) y comienza a colaborar en "Cuadernos Hispanoamericanos", "Argumentos", "Informaciones" y "El país" durante la década de los setenta, en tanto aparecen sus libros de crítica, **Las revistas poéticas españolas**, Turner, Madrid 1976; **Comentario de textos**, UNED, Madrid 1978; **Anónimo, pueblo cautivo**, Hiperión, Madrid 1978; **El año literario español**, Castalia, Madrid 1981; **Poesía española contemporánea** (En colaboración con J.L.Falcó), Alhambra, Madrid 1981.*

*Recientemente ha publicado los libros de creación **Retracciones**, Endymión, Madrid 1983; **Cuadrantes**, Diputación De Jaén 1985; **Reverso**, en prensa, Granada 1986.*

*En la actualidad es Doctora en Filología Románica, Profesora titular de la Universidad Complutense de Madrid y colabora como crítica en "Cambio 16", TVE. Su última colaboración hasta el momento (enero 1986) está incluida en el volumen colectivo **La guerra civil española. Una reflexión moral 50 años después** Planeta, Barcelona 1986.*

PERVERSIDAD INDEFINIDA

Por este bello frasco hoy soy capaz de terminar tu historia. Míralo entronizado: Sólo una de sus gotas marca el límite de tu perímetro sobre la sábana e inspira el adjetivo justo del antiguo deseo.

Debo reconocer que en otro tiempo sentí hospitalidad donde hubo aroma. Pensé yo que adoraba el gesto hidalgo, la soterrada tecla, el paseo ilustre sobre un flamante coche de alquiler y la llegada de tu bondad legisladora (doble llave) cual si viniera de celebrar sus Cortes de Toledo. Mas no fue el hombre sino su bálsamo lo que acotó la seductora geografía. No fue la voz acariciante, las ínsulas soñadas, el último dietético capricho -tu zona de poder- en mi despensa lo que inundó de luz la tarde pudorosa

sino el viento que ataba la prolongación tenue de mi desasosiego. Ay, portero de noche, dulce mío, te debo confesar que fue la huella del perfume que se extendió en tu cuerpo lo que yo amé y él sólo fue partícipe y testigo de la hermosa mentira.

(de *Reverso*)

Emulsi3n regeneradora, lucimiento Margaret Astor. Ni una sola espinilla sobre la pierna tersa, suave, vispercada con pura cera virgen. El muslo perfumado con colonia infantil (colonia para todos) la 3nica demag3gicamente soportable. Superficial contacto de leche limpiadora, maquillaje m3nimo, simple tono, sueter y pantal3n vaquero.

Movimiento r3tmico salvador de los s3bados noche paz vuelo de matrimonios de la d3cada: estudiar los rincones de la casa, combinar el realismo social de los sesenta con el pop, ajustar el espacio entre los Saura, Guinovart, con un poster de Antonio Machado, no es comparable a la comodidad de estar charlando (soñando) proyectando en el hist3rico reducto solidario al sabor de los quesos, la distensi3n del vino, el apoyo moral:

—Lo hac3is muy bien. En casa lo mismo. No hay un solo cierre. El cuerpo desnudo de los dos lo aceptan con naturalidad. Iv3n compara ya su pito con el del padre.

M3dicos, arquitectos, abogados, profesores con asistenta y R5, votantes de izquierda, dicen al sol: *cerrad la puerta rompieron los cristales y nos llevaron el cassette, son drogadictos que van primero a la farmacia.*

De profesiones liberales: *primero van a la farmacia, luego se encierran, no escuch3is la m3sica los j3venes.* Al sol modernamente aparcando sus R5 hacen la compra,

cambian los pañales de sus bebés, no son enemigos de la fregona, se tutean en los ascensores, eficaces: *¿Sois de la asociación?*. Están al día del anticonceptivo que ellas toman: ejecutivos de los años ochenta al sol de la urbanización.

(de *Reverso*)

TERCER CONGRESO DE LENGUAS MODERNAS

En la avenida dieciseis la amanecida lame el tono rojo y neblinoso del Washinton Hilton. Hebras de luz resbalan por la mesa caoba, se introducen en la ropa interior caída sobre la única silla amarfilada y almidonan el hilo de las sábanas. Este almohadón tan adaptado en anteriores noches vuelve a arañar mi nuca. Inútilmente procuro descubrir el origen -psicosomático neurótico- de tal desasosiego. He aquí una posible causa: Grabada en mi retina está la cara contraída de un colega descontento por el olvido de su nombre en mi apretada disertación. Cierro los ojos forzosamente y se mantiene, pese a ello, en el mismo lugar el rostro del alto embajador afectado por la asistencia sin previo aviso de un grupo de impresentables profesores a su protocolaria copa. Me alarmo suponiendo que es mi hija griposa en casa de la abuela quien me reclama y más me angustia el pensar que el presupuesto no da para llamadas internacionales. La niebla, azul ahora, humedece el cristal de la ventana. El repentino

descenso de temperatura me hace reaccionar y busco en el cajón de la mesilla un despertador inexistente para quejarme contra un objeto vivo. Vuelvo a retroceder y en mi memoria se reproducen las escenas vividas en el mercado de la carne docente, estabilizador anual de puestos de trabajo tras entrevistas preceptivas y rendez-vous solemnes...

Es posible que Howard Hodgkin llegara a la Phillips Collection a pocos metros de la Casa Blanca instantes después de haber nosotros concluído que sólo su *Interior with figures* podría ser comparado con la *Comida a bordo* de Renoir que tantos signos proyectaba y esté reflexionando sobre lo dicho. El hilo de la sábana continúa arañando mi barbilla. Me atrevo a suponer lo inconfesable: que el mayor insensato de los Estados Unidos de América, después de vagar por los parques vacíos de la ciudad decide marcar desde alguna cabina situada a tal efecto mi número de habitación. Y es esa escena de tensión extrema ante el silencio del auricular la que me anuncia cuando ya son las siete en la Plaza del Capitolio que mi desvelo es producido por el roncar de un Académico que al otro lado del tabique sueña con cacahuets enlatados y criaderos de pajaritos.

MARIA SANZ



NACÍ en Sevilla, ciudad donde resido, en 1956. Cursé el Bachillerato Superior, y actualmente alterno mi profesión de administrativa con los estudios literarios. En 1975, decidí agrupar mis poemas en un libro, aunque ya escribía desde años antes, y desde entonces mi vocación poética es un hecho, habiendo colaborado en varias revistas de poesía nacionales y participado en diversas lecturas poéticas.

Entre los galardones obtenidos hasta ahora, se encuentran: Premio "Manuel Ríos Ruiz" (Jerez de la Frontera); Premio "Barro" (Sevilla); Premio "Ciudad de Alcorcón"; Premio "Ricardo Molina" (Córdoba); Premio "Ateneo" (Sevilla).

Los libros que tengo publicados hasta la fecha son:

***Tierra difícil**, Libros Dante, Madrid 1981; **Variaciones en vísperas de olvido**, Col. Vasija, Sevilla 1984; **Cenáculo vinciano y otros escorzos**, Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba 1985.*

Para mí la poesía es una sola palabra: vida. La vida traspasada por el dardo de la belleza de la palabra, por las experiencias sensoriales que el alma derrama en cada verso y, en suma, por toda la creatividad que supone este gozosa sufrimiento. Mis temas preferidos son el tiempo, el amor, la muerte y la belleza.

Dibujo de Ana Casal

ALBORADA

Tristes mis ojos, triste la alborada,
triste porque mi cuerpo se despoja
del tuyo, despertar donde se aloja
toda la soledad inexplicada.

Muerte del corazón, luz agotada,
tu aliento entre mi pecho, y esa hoja
marchita en su dolor, porque se moja
con lágrimas de un todo en esta nada.

Horas lentas, hirientes del abrazo
llevando su transcurso hasta mi pena.
Tú junto a mí otra vez, mientras respiro

sin alma casi, sin romper el lazo
que nos anuda vena contra vena,
y calmo este morir con un suspiro.

(Inédito)

UN REMANSO DEL ARNO

Al llegar a Florencia, se entrelazan
luminosos recuerdos con vivencias
de cercana ebriedad. Transcurre el día
plasmado en asimétricos espejos
que un remanso del Arno desdibuja.
Al llegar o al partir, qué importa entonces
si atraviesan el tiempo las palomas
del alma... Quiero aquí bajar mis ojos
al húmedo cristal donde se funden
un escorzo, una cúpula, un ducado.

(de *Cenáculo Vinciano y otros escorzos*)



CARMEN SAVAL BRADOS



Ana Casal
Marzo 1986

Dibujo de Ana Casal.

CARMEN SAVAL PRADOS



*NACE en Málaga, el 4 de Abril de 1929. Se exilia con su familia en Santiago de Chile al acabar la guerra civil. Vuelve a España en 1965 y reside en Madrid y Barcelona, trasladándose definitivamente a Málaga en 1974. Desde esta fecha colabora activamente en la redacción de Litoral, revista que fundara su tío Emilio Prados. En 1982 publica su libro **Sonámbula Obediencia**.*

ORATORIO

Preludio

Voz de la conciencia.

Fragilidad es el cuerpo.
Materia de olvido
que se transfigura
en el suceso del tiempo.
Iniciación constante.
Centro de dolor luminoso
en tacto de amor.

Dibujo de Ana Casal.

Universo áureo
en tacto de Dios.

Tabernáculo es.

Testimonio da en ondas de luz
dolorosas en la sangre.

Conciencia soñadora,
no despiertes
a las antiguas madres
que lo intuyeron sabiamente.

Conciencia,
no toques la superficie,
cráneo, hueso,
la dulce imagen olvidada.

Fragilidad es.

Tabernáculo es.

Testimonio da.

Fruto amanecido húmedo
sin umbral y sin descanso.

Detrás de los ojos
lo vigila el tiempo
y eterniza cada instante.

Mínima dimensión.

Fragilidad es.

Secreto violentamente contenido
en el silencio.

Holocausto sin sangre,
sin flor y sin sueño.

Alianza con el árbol,

retorno en cada pájaro.

Eje.

Centro misterioso.

Tabernáculo es.
Testimonio da
por su boca que se llena
de espuma luminosa.
El grito es religado
y devuelto en el silencio.
Fragilidad es el cuerpo,
materia de olvido
que se transfigura
en el suceso del tiempo.

Tabernáculo es.
Testimonio da.

Testimonio da
en el fluído oscuro del latido.
Claridad sobrehumana
en el impulso celeste del alma.

Seductores instintos comunicantes
levantan el párpado del sueño.

Se abre la noche.

El hombre está abierto.

¡Subiremos a cantarle!

Azules rebaños lunares
circundan a la madre
y de su matriz luminosa
en espiral de luz incandescente
sube alta hoguera que permanece.

El está arriba,
abierto.
En los nervios tiene
ceniza bíblica esparcida,
en la memoria
velocidad divina

que en sangre de luz se ha convertido.
¡Locura solemne!
¡Subiremos a cantarle!

Coro Suplicante

¡Sálvalo incienso que purifica!
¡Sálvalo jacinto sinfónico!
¡Sálvalo arrebatadora ternura!
¡Sálvalo madre celeste encendida!

Sálvalo del fluído oscuro presentido,
de la arrogante demencia,
de la solemne locura,
de la monstruosa tristeza que lo observa,
de la semilla vanidosa que lo engendra.

Cantata

Tabernáculo es.
Testimonio da en ondas de luz
dolorosas en la sangre.
El grito será religado
y devuelto al silencio.

Fragilidad es el cuerpo,
materia de olvido que se transfigura
en el suceso del tiempo.
Iniciación constante.
Centro de dolor luminoso.
Tacto de amor.

Universo áureo en tacto de Dios.

(de *Cien del sur sobre la épica. Homenaje a Machado*)

RETORNO

He conocido las voces
que me llamaban antes de nacer,
por el sobresalto que he sentido
pienso que ya es la hora.

Este es mi primer viaje
y me ha parecido tan breve.

Guardián de esta miserable estancia
acércate y observa,
árboles, madrugadas y vasijas
todo está en su sitio.

Pero ya el arcángel inalterable
anuncia la partida.

He reconocido las voces
antiquísima letanía que quise olvidar
mientras defendía el territorio
de mis sueños, patrimonio
herencia que no he solicitado.

Envejecieron los amigos
y cada cual se fue con su equipaje
y su sombra.

Ahora comprendo la paciencia,
los gestos, las costumbres.
Enhebrando pasiones, oráculos,
espera y muerte
se nos iba la vida.
Nada era suficiente,
nunca llegaba el definitivo momento
todo era un mientras tanto proyectado.

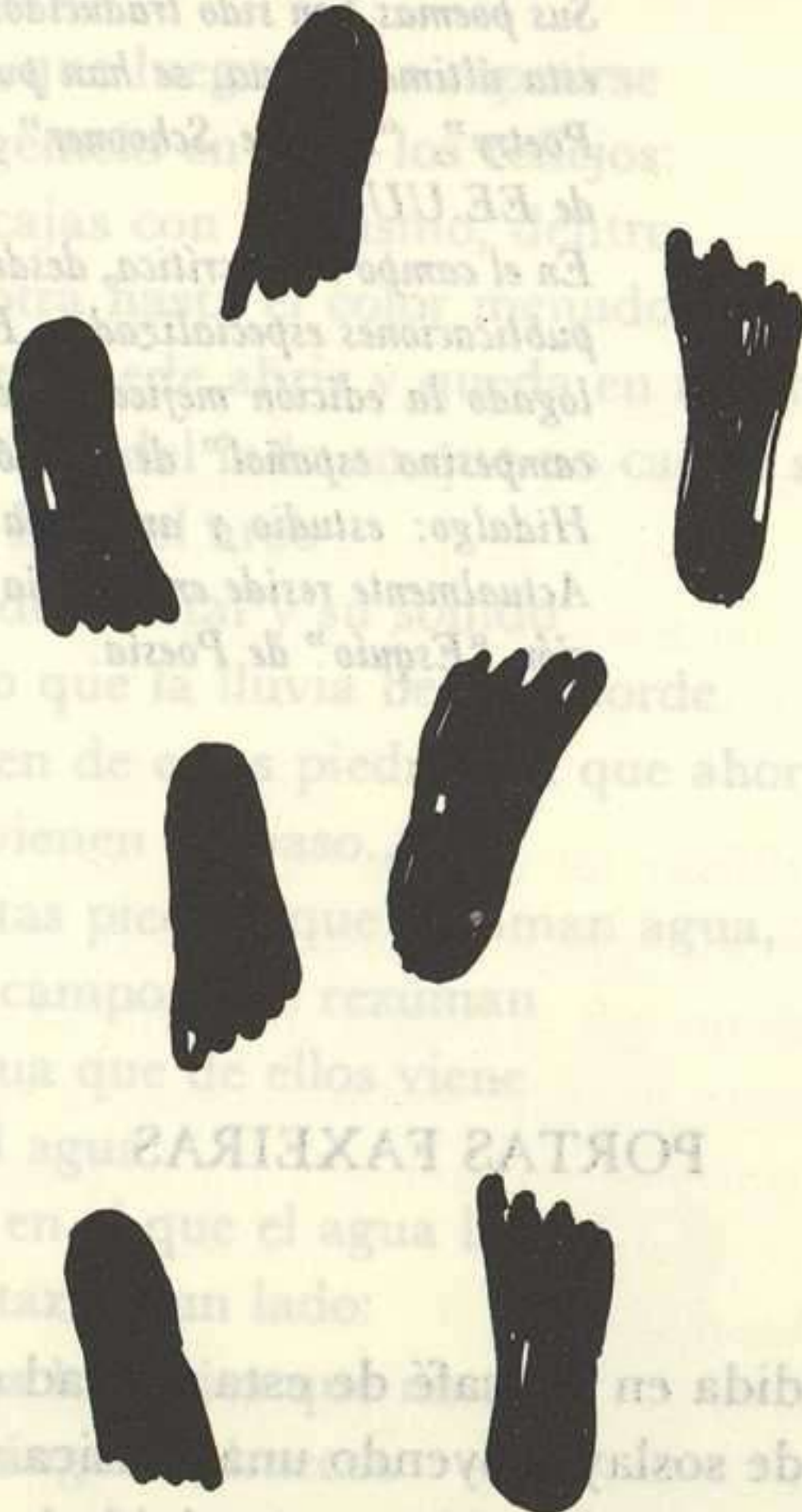
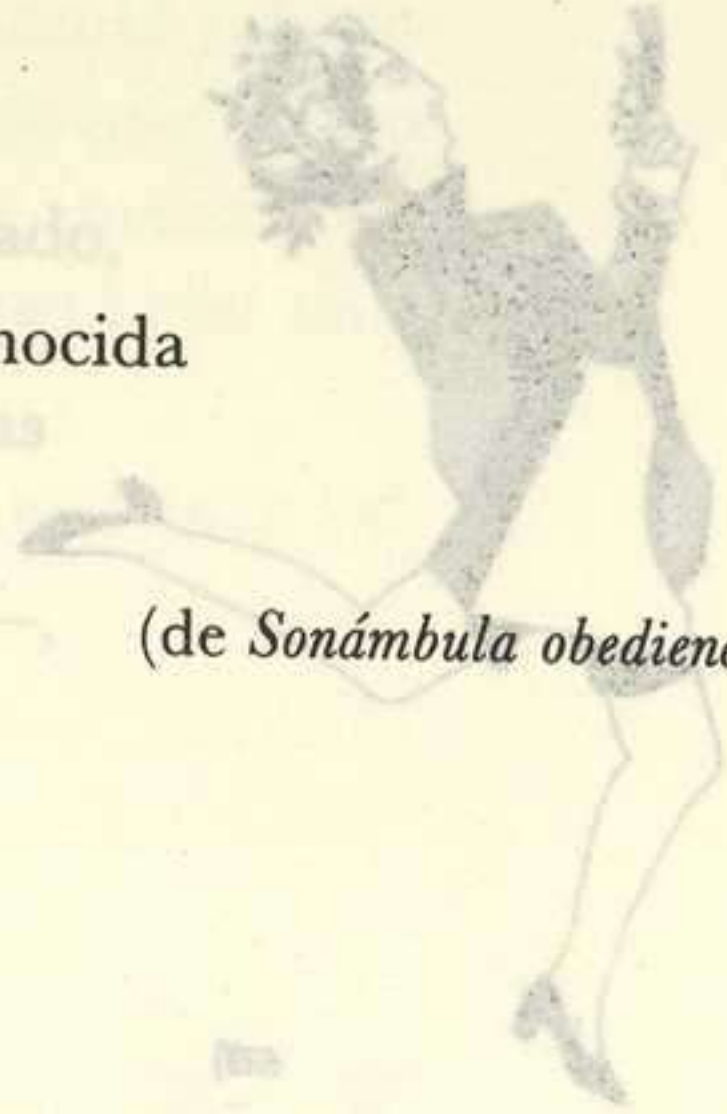
Y de súbito, tan pronto, el retorno.

Me parece imposible,
me asomo buscando algo
para retener la partida, pero mis cosas no tienen sentido
y ya mi tiempo
es un deshabitado calendario.

El barco del retorno ha llegado.

El mascarón de proa es una figura conocida
y su rostro se parece a mi rostro.

(de *Sonámbula obediencia*)



DUARDEL
16

JULIA UCEDA VALIENTE



*NACI en Sevilla. Doctora en Filosofía y Letras. Tesis sobre **La vida y la obra de José Luis Hidalgo**. Profesora de Literatura, ha ejercido en España, Estados Unidos (Michigan State University) y República de Irlanda. Miembro correspondiente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Publicaciones de creación: **Mariposas en cenizas**, Arcos 1962; **Extraña juventud**, Accésit Premio Adonais 1962; **Sin mucha esperanza**, Agora, Madrid 1967; **Poemas de Cherry Lane**, Agora, Madrid 1977; **Campanas en Sansueña**, Dulcinea, Madrid 1981; **Viejas voces secretas de la noche**, Esquíu, Ferrol 1981.*

Sus poemas han sido traducidos al italiano y al inglés. En esta última lengua, se han publicado en "The American Poetry", "Prairie Schooner" y "New Orleans Review" de EE.UU.

En el campo de la crítica, desde 1961 colabora en revistas y publicaciones especializadas. Entre otros trabajos, ha prologado la edición mejicana de 1970 de "Requién por un campesino español" de Ramón J. Sender y "José Luis Hidalgo: estudio y antología", Aguilar, Madrid 1970. Actualmente reside en Galicia donde ha fundado la colección "Esquíu" de Poesía.

PORTAS FAXEIRAS

Perdida en un café de esta ciudad de niebla
y de soslayo, oyendo una música vieja que no sé dónde
oí, respondo a esa canción, a ese olvidado
lugar, que no envolvieron, respondo, no,
que no envolvieron las sombras a la vida. Más diré
quienes fueron llegando por la senda
de los últimos pasos: sembrador de ceniza,

pasó primero el tiempo: la ciudad de la nieve,
la del helecho ensangrentado, la de la piedra temblorosa.

(Una bombilla

cuelga de su cordón. Nunca vestida,
es siempre la señal para salir).

Vinieron los anuncios, las voces divergentes,
más pares de zapatos cada año,
más blusas, más abrigos: la montaña
difusa que me hizo y destruí.

Dejé mi taza a un lado,
mis sombras, mis cepillos, todo eso
que se fue amontonando a mis espaldas
y quedarme en la luz bajo la luz
—esa que cuelga del cordón desnudo—,
del sitio en que no cae la ceniza
y se reparte

lo igual, que luego iría a repetirse
y a ser gemelo en todo los reflejos:
cajas y cajas con lo mismo, dentro
una de otra hasta el color menudo
que no se puede abrir y queda en montoncito
sin misterio, del lado en que no cae ni se vierte
el agua. Besa el arco
bilabial del cristal y su sonido
lo mismo que la lluvia besa el borde
y el líquen de estas piedras en que ahora
los que vienen de paso...

Sobre estas piedras que rezuman agua,
en estos campos que rezuman
agua: agua que de ellos viene
y sube al agua
del cielo en el que el agua llueve.

Dejé mi taza a un lado:

de la casa los sitios que no usé
—sillas, ángulos, huecos
vertidos a la luz, a la ondulada
mansedumbre del verde y su cautela;
piedad de las esquinas, ausencia de los pasos
que nunca di por el paciente suelo.

La casa y su silencio con el sol de otra parte
rasgando esta penumbra; los dragones
dormidos en los signos de las páginas;
la ausencia de los ojos
que el tiempo ha desprendido de las cosas, vigilia
serena de la luna en el cristal.. La casa
y su lenta ascensión— vienen ahora,
con las blusas que fui y sus roces pretéritos
que no envolvieron, no, respondo ahora,
las sombras sino el tiempo
y su lento capullo de certeza.

Sí, rezuman agua
las ventanas, mis dedos.

EL SILENCIO

Hay un vacío en el que no se oyen las zapatillas.
Y otro más profundo: el que disuelve nuestras manos.
Y nuestro cuerpo. Y sólo flotan unos ojos
que no lo parecen. Aunque daría lo mismo
porque ya no pensamos con palabras
que todo lo confunden.

Además,
¿para qué edificar un templo de un grito?
Un grito que no suena en la expansión de las constelaciones.
Un grito que no oye el pastor de planetas.
Un grito que se llena, como un cubo, de huecos.
Un templo que visitan arenas y huracanes.

La boca ha gritado,
¿de qué huerto ha venido? ¿En qué lejana flor
se hará otra vez silencio,
historia no aprendida
y vida sin pregunta?

¿En qué agua de otro tiempo
se pulió la mandíbula y su origen?
¿En qué apagado sol
se removió su cero antes del cero?

La marcha de las Diosas Blancas

Gritar: tan sólo un accidente,
una arruga en el aire.

Y un destrozo,
un harapo de algo; un desgarrón superfluo
desde el violento, desde el distraído
que empuja, pisa y habla alto. No grita.

Alto, sólo, habla.

Se oye su voz pavorreal.

Y el grito se desenrosca desde su sima profunda:
un poquito de aire que, primero,
tropieza con la esquina del pulmón,
garganta arriba. Luego hulula, asalta
la pared que contiene su infinitud,
su triste desmesura,
arañando su cárcel, resuelto en templo,
en ecos, en frío crisopacio que se aleja,
en el tiempo, de la boca: su nido.

Y nada alrededor.

La boca mueve
sus alas sin sonido, sin sentido,
entre el agua y el huerto,
entre hueso temprano y légamo futuro,
entre el cero y el cero.

Entre el cero y su carga.



La casa y su silencio, un grito en el tiempo,
rasgando esta penumbra, los dedos en aguja
dormidos en las páginas;
Y un desmoronamiento

un harpo de algo; un despertar
desde la violencia, desde el día
que el tiempo ha pasado, desde el día
que empuja, pisa y habita. No grito, al de arriba
y no abajo. Ahora nace y

Se oye su voz, su voz y sus palabras
Y el grito es desmoronamiento desde su sima profunda
un poquito de aire que, primero, le oír
tropiezo con la espina del pulmón, la espina
y su lento capullo

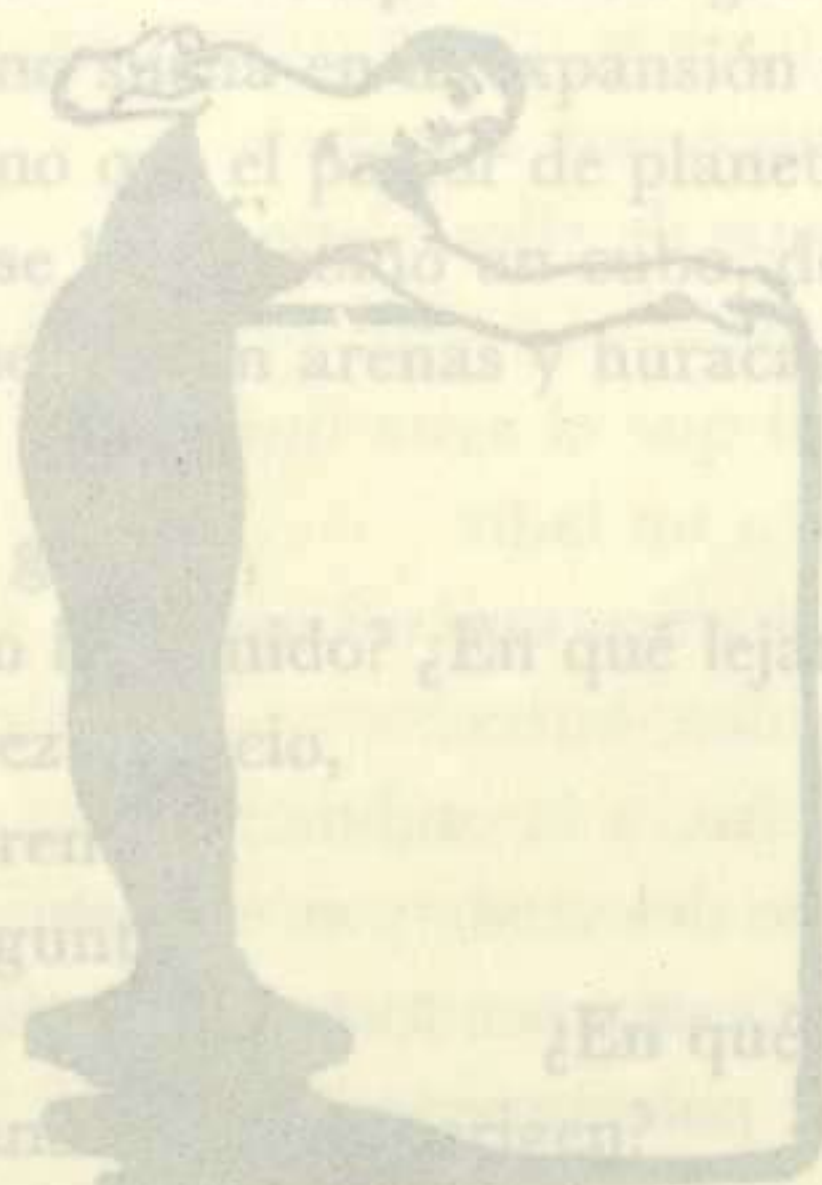
garganta arriba. Luego habla, habla
la pared que contiene su infinito, con
su triste desmoronamiento,
arrañando su cárcel, resuelto en templo,
en ecos, en río crispado que se alija,
en el tiempo, de la boca, su rido.

Y nada alrededor.
La boca mueve
sus alas sin sonido, sin sentido,
entre el agua y el viento,
entre hueso temprano y lejano futuro,
entre el cero y el cero,
Entre el cero y su cava,

Además,
para qué edificar un templo de un grito?
Un grito que no sea expansión de las constelaciones.
Un grito que no sea el faro de planetas.
Un grito que se levante en un cubo de huecos.
Un templo que sea arenas y huracanes.

La boca ha grito
de qué huerto el ruido? En qué lejana flor
se hará otra vez el cielo,
historia no aprendida
y vida sin pregunta

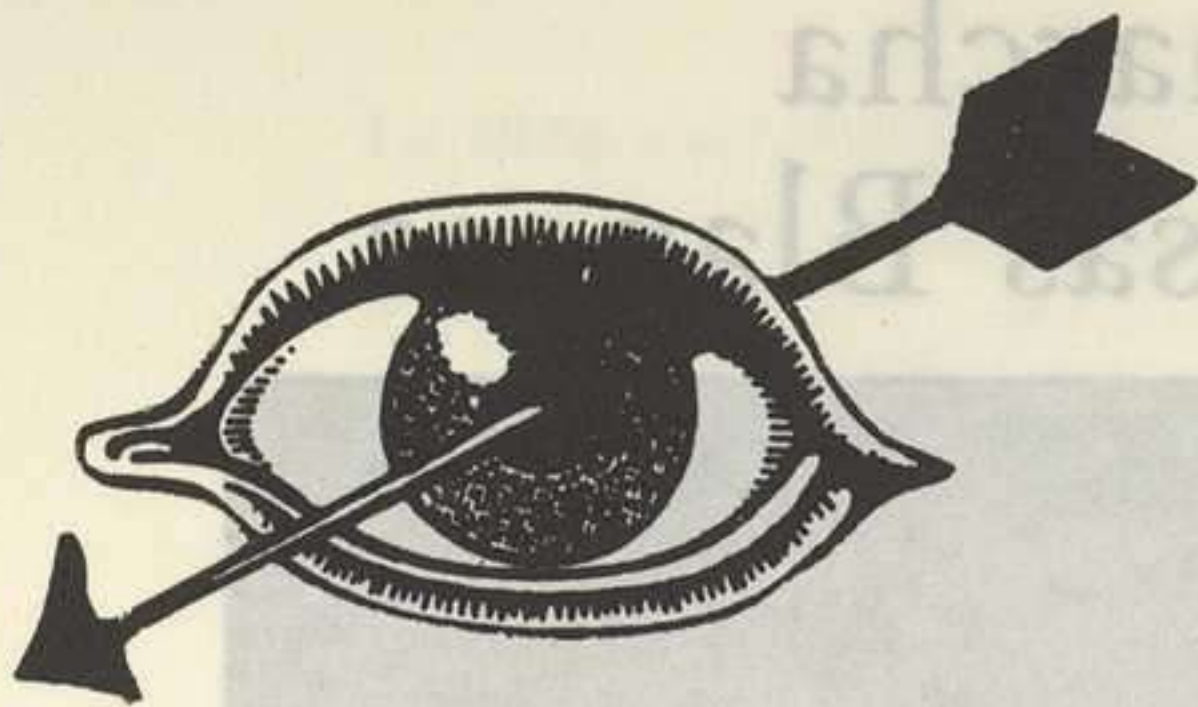
¿En qué agua de otro tiempo
se pulió la mano?
¿En qué apagado sol
se removió su cero antes del cero?



La marcha de las Diosas Blancas



RAMON BUENAVENTURA



Confieso culpa: he compuesto una antología de poemas escritos por mujeres españolas jóvenes; he escogido su título—*Las Diosas Blancas*—; no he puesto impedimento alguno al color rosa de la cubierta (ahora, en segunda edición, amarillo envidia); he aprovechado los diversos prólogos e introducciones para irritar a santos hombrines que nada me habían hecho, y que estaban ahí, tranquilamente, en sus acotados escondrijos, lijándose la costra e inyectándose en las sinapsis la dosis diaria de erudición, fichas y notas a pie de página (cuando no de aguachirle pandillero: ay, niñitos, niñitos, de las bellas artes).

Confesado queda, con regusto.

Acepto, resignado y mártir voluntario, las consecuencias de este plural delito, que a priori había dado por ocurridas: soy el payaso de la poetería, el tonto de la verbena literaria. Hosanna. Pocos inspectores culturales (incluidos los amistosos, que montaron mayoría absoluta) han dejado de forzar la ocasión para demostrarme en sus sexudas críticas que:

1º) No sé de qué estoy hablando: todos ellos conocen finas poetas locales, y cercanas a su corazón, MUCHO MEJORES que las seleccionadas por mí.

2º) Lo que afirmo es mentira: las chicas blancas son corrientitas, de andar por pasillo y en chancletas, sin nada que me autorice a campanear la revolución. (Únicas buenas: las que *todo el mundo* sabe, y para ese viajecillo no hacían falta tantas alforjas.)

3º) La poesía femenina no existe—ni la masculina tampoco: sólo la epicena (¿y ambigua?). Luego mi antología carece de sentido y justificación.

4º) Soy paternalista en mis palabras sobre las dioseznas. (Ninguno, por escrito, me llama «machista», pero a todos se les nota que tan feroz insulto baila frente a sus plumas, o lo que sea que usen para escribir.)

Y bien, qué bien: no me quejo; pero como tampoco he sido nunca de los que mojan la lengua en jarabe de frambuesa, voy a abusar de LITORAL para añadir, a mi aceptado delito, un nuevo rimerero de impertinencias y desdenes que deseo graves.

PRIMERO: Yo mismo afirmaba, en uno de los prólogos, que mi selección tenía que ser arbitraria y aleatoria, porque trabajaba sobre material joven, disperso, poco accesible, desconocido. Venirme con nombres de compañeras de pupitre o de adoración nocturna, o de manitas en los cines, o musas de pequeñas mafias, es tan estúpido y barato, que roza (por la parte de adentro) el infantilismo. En cierto articulejo de aficionado—el primero y más silvestre atacante—, la amigotería y los celos resultaban tan saltones, que se daban de jeta con el ridículo (pero el muchacho se ha compuesto una raquílica fama a mi costa, lo que no deja de hacerme MUCHA gracia). En otro—obra de buen chico, y amable—, el *partis pris* se sostiene en público, para retirarse luego en carta privada. Limpísimo, como puede verse.

Acato, en cambio, que la ausencia de catalanas o residentes en Cataluña es lamentable: busqué y no encontré—y aquellos que habrían podido orientarme no me orientaron, ni siquiera quien más me achaca la ausencia, Cilleruelo. En este sentido, la eliminación de que hice objeto a Concha García ha resultado fiero caballo de batalla; pero no puedo defenderme sin atacar a inocente, de modo que me aguanto. Uno, por desgracia y elegancia, no puede manejar en este asunto toda la información de que dispone.

SEGUNDO: Las chicas no valdrán un pimiento (las conocidas y con alguna capacidad de hacer daño a los tres o cuatro criticones carrasposos sí valen, claro); pero ningún experto—escrito u oral, que de estos últimos he tenido tropiezos—ha dejado de destacar fuertemente a algunas de ellas. Y lo curioso es que, juntados los votos favorables, sale una lista de la que no queda excluida ni una sola de las «Diosas». Todas reciben algún voto de alguien. ¿Quiere esto decir que he hecho una antología de registro anchísimo, como era mi intención? ¿O me excedo en las conclusiones?

Por otra parte, *Las Diosas Blancas* se ha vendido, por el momento, ocho o diez veces más, y veinte veces más deprisa, que cualquier otro libro de poesía actual. Lo que quiere decir que no ha llegado sólo a los especialistas—y a los tres o cuatro grandes y famosos eruditos de que venimos hablando—, sino a la gente en general. Haber puesto, ante esos ojos, la obra de poetisas que la policía cultural tiene cumplidamente fichadas (más o menos, vaya), no me cubre de mérito investigador, pero, fíjense qué ingenuidad, me llena de gozo: quitados los cuatrocientos habituales, *nadie* conocía, por ejemplo, a Amparo Amorós, Margarita Arroyo, María del Carmen Pallarés o Isla Correyero. Y muchos—muchos, repito—entran en contacto con Blanca Andreu y Ana Rossetti por medio de *Las Diosas Blancas*. Así que váyanse ustedes al diablo con todos los anteojos puestos.

TERCERO: Yo tampoco creo que exista una esencia poética femenina distinta de la masculina. Hasta el más obtuso observador habría podido deducir mi actitud del simple hecho de que el subtítulo de *Las Diosas Blancas* dice *Antología de la joven poesía española escrita por mujeres*, y no *de la joven poesía femenina*.

Lo que ocurre es que las esencias suelen lucir la virtud de no darse más que en potencia. La poesía pura, sin caracteres sexuales externos, es concebible (quizá deseable, vaya usted a saber), pero no se ha producido nunca. No ya la poesía: la literatura entera es atrozmente viril desde su nacimiento hasta la edad contemporánea: responde a motivaciones viriles, expone principios viriles, mira con ojos viriles, retrata y defiende sistemas de principios, de familia y de sociedad viriles, está escrita con... Con hermosa intención, tantas veces, pero a lo macho. Y ustedes disimulen la claridad. Todavía en el siglo XIX, las mujeres escritoras tendían a agazaparse tras pseudónimos masculinos: lo hicieron las Brontë (hasta que las descubrieron sus editores), George Sand, Fernán Caballero, George Eliot. Y el problema no es sólo de nombre: las escritoras anteriores a nuestra época se limitaron a incorporarse a la tradición masculina, sin osar tocarla en ninguno de sus aspectos. Aportaron, tal vez, los elementos femeninos secularmente considerados como tales por los hombres; es decir: la ternura, la suavidad, la delicadeza; se adaptaron al medio (a veces, con notable éxito, sobre todo en los terrenos más neutros, en los *hinterlands* sexuales, como la religión o como el sentimiento amoroso reducido a estereotipo). Pero no nos dijeron lo que tenían de más íntimo en la cabeza. (A fines del XIX, una novelista sin alias masculino ni tapujos, la norteamericana Kate Chopin, tuvo lisa y llanamente que *dejar de escribir* ante el escándalo que suscitó su novela *El despertar*.)

Para negar esta evidencia hay que ser tenazmente machista (pensar que toda alma es viril, que toda creatividad es masculina—y escarben en cualquier hombre, verán qué pronto desentierren ustedes esta noción), o ser el más beato de los *progres*. En lo último me malicio que inciden algunos de mis críticos, que confunden la realidad (más deseada que real) de sus grupúsculos con la vida a tamaño natural. Quiero creer que entre ellos—escribo *ellos* porque ninguna mujer me ha atacado—y las mujeres de su convivencia no haya distingos de ningún tipo; que tengan superadas las recias servidumbres educacionales (he dicho «quiero creer», no que lo crea, porque uno tiene ya muchos calendarios y ha visto demasiadas situaciones falsas vividas con entusiasmo misionero). Pero no admito que nadie pretenda encajarme la idea de que esta edénica partitura se toca en todos los salones. La sociedad, en su conjunto,

está minuciosamente arreglada para que hombres y mujeres interpreten papeles distintos y sean distintos. Y el/la poeta (aunque esto sea difícil de aceptar desde un planetilla de lugares comunes falsos y autoimpuestos) no se evade de casi ninguna regla social más que—a veces—cuando escribe.

En consecuencia: sí, hombres, sí, neguemos la poesía femenina. Pero, si no os importa ni lleváis mucha prisa, sea ello cuando llegue el momento. Hoy por hoy, como ayer por ayer, las mujeres y los hombres se distinguen por muchas cosas (sin acudir al hortera *vive la différence* de los gabachos). Como se da la circunstancia de que ahora, por fin, las mujeres están empezando a desmasculinizar lo que escriben, a contarnos lo que les interesa, lo que piensan, lo que ven y lo que desean, resulta que SÍ hay poesía femenina. ¿Dejará de haberla? Claro: cuando todo este contenido femenino se haya incorporado a la tradición literaria y la poesía haya dejado de ser masculina. ¿Es ello inminente? No lo veo: la sociedad marcha, a uña de sátiro, hacia una revigorización de las formas y principios conservadores. Lo más fácil es que la literatura femenina desaparezca—o se refugie en las minorías—a corto plazo; pero no por haberse fundido, en corriente única y cantarina, con la viril, sino porque las mujeres van a tener que rendirse otra vez. (¡Que me equivoque!)

CUARTO: A los varios—y *una*, pero de tapadillo, de modo que, por no traicionar a mi informadora, no puedo darme por enterado—que me acusan de paternalismo, diréles que tururú. Es muy curioso, en realidad: se me antoja que los paternalistas (patriarcales) son ellos, con ese afán que exhiben de proteger a las chicas contra mis diversas perversiones y yerros. Yo he jugado las bazas con claridad y pulcritud: primero—en el anteproyecto—, declaro mi concepción sexual de la poesía (que, entre otras cosas, me divierte más que la neutra); segundo, muestro y uso todo el cariño que hicieron nacer en mí las poetisas elegidas. Cariño, he dicho: tomar la expresión del afecto por paternalismo me parece un muy preocupante síntoma de psicopatía. Tratad de curaros, amiguitos.

No cuento en el libro, pero los más listos supieron adivinarlo, que el trato con las «Diosas» me fue duro. Nadie se va de rositas, a los cuarenta y cinco años, cuando se abre a la intimidad y al trato indefenso con dos docenas de mujeres jóvenes, creativas, vitales, invasoras (por personalidad), competitivas, inteligentes, intensísimas. Donde los niños álgidos han detectado paternalismo no había sino un vano intento de distanciarme por la sinceridad controlada, de poner barreras a las pasiones sucesivas y no excluyentes. Sería idiota no reconocer que me he ido dejando fascinar por buena parte de las antologadas, aunque convenga aclarar que esta fascinación no se produjo, en ningún caso, con anterioridad a la selección, que se operó siempre sobre los poemas.

Pero, en este asunto, el machismo no ha estado en mí, sino en algunos de mis analistas. Yo me he limitado a jugarme la composición, sin perderla, creo, en ninguna ocasión. Ellos, o sus voceros, son los que se han acercado a decirme cosas como “te habrás puesto ciego a ligar” o “avísame sin falta si te sobra alguna”. Ellos son los que dan la impresión de sufrir, testicularmente, por no haber sido los autores—y gozadores— de la antología. Pobre gente, la gente, que decía Verlaine.

No he rendido la misma intensidad de culto a todas las «Diosas». Con casi ninguna he dejado de trabajar, al menos, unas cuantas horas (de hecho, las únicas excepciones fueron María Luz Escuin, Rosa Ángeles Fernández Carpena y Mercedes Escolano, que no se acercaron por Madrid y a quienes todavía no conozco, aunque con Mercedes he cruzado fuerte correspondencia); pero, en ciertos casos (María del Carmen Pallarés—por agobios de tiempo en sus visitas—, Pilar Cibreiro, Lola Salinas, Rosalía Vallejo—que se me cerró en banda—), la relación establecida quedó superficial. A Blanca Andreu la conocía de mucho antes, y no teníamos gran cosa que decirnos, a estas alturas. Amparo Amorós es muy difícil para un carácter como el mío—y al contrario. Edita Piñán es vieja amiga. Amalia Iglesias está en Bilbao: nos hemos visto varias veces, pero me da la impresión de que no hemos alcanzado más que un mutuo respeto, que no es poco. Con Ana Rossetti, hondamente deliciosa, jamás he logrado comunicar de veras, quizá porque ambos adoptamos actitudes muy profesionales... Me quedan diez, y todas ellas, por turno y en algarabía, me han sostenido en diversos grados de encantamiento. (Ruego que no se tome esta última frase por una umbralada de seductor cabrío: hablo de mí, no de ellas.)

Así las cosas, será fácil comprender que mi parte de *Las Diosas Blancas* está escrita en trance de agudo desequilibrio (dicho sea como mérito a aducir, no como descargo). Sale, por tanto, un libro apasionado y tumultuoso, donde no me interesa lucir erudición ni desplegar prudencia, sino transmitir al lector la ingente sobredosis de magia que he recibido. Habría sido—si tanta frialdad me cuadrara—una especie de pago por deudas. Partiendo de lo que yo sentía, no exageré ni mentí: saqué lo que me aportaron. Comprendo, con la razón, que alguna de las poetas no era tan maravillosa como yo la quise y la presenté al lector; comprendo que, en varios casos, estaba dando por hechos simples presentimientos o mediciones de futuro. Pero si algo tengo claro, a mis años, es que yo no he venido al mundo a dictar sentencias frías y calculadas, sino a repartir mi entusiasmo y mis aversiones con quienes las acepten. Cuando empiece a medir me moriré de tedio y de acedia.

Es casi todo. Lo siento por mis tres o cuatro monocordes críticos, porque han venido a golpearme donde yo no estaba ni quiero; han comparado la antología con la que ellos habrían hecho (si a tanto se atreviesen): un trabajo esterilizado, sujeto con notas sabias, frío, distanciado, sin riesgos: curricular (¡y yo que no gasto curriculum!). *Las Diosas Blancas*, como su título bien indicaba¹, como han entendido casi todos los lectores, como se expresa en tantas cartas que tanto agradezco, es un acto de respeto y asombro, de veneración y culto. Poético. En modo alguno dirigido a las sanguijuelas de la literatura, sino sólo, sólo y exclusivamente, a los que nadan o sueñan que nadan en las aguas que esos bichejos infestan.

Dicho sea—claro está, Diosa nos libre—con todos los respetos que merecen.

Ninguno.



¹ El basilisco paisano y *protégé* de la primera crítica contra *Las Diosas Blancas*—un joven anónimo con prurito de gloria—me acusaba, por el título y por el contenido de uno de los prólogos, de abusar de Robert Graves sin mencionarlo. Delata así su despiste: ni la Diosa Blanca es descubrimiento de Graves—a quien respeto muchísimo—, ni las tesis sobre su culto en la Edad de Bronce pueden atribuírsele. Pero tú sigue disparatando, chaval, que para eso siempre hay público.

Las poetas más jóvenes



Es prontísimo, sin duda, para secuelas de las *Diosas*. Pero ya que LITORAL me ofrece esta ocasión de remachar la testarudez, vayan en las páginas siguientes unas muestras de lo que están haciendo, por los últimos meses, las poetas más jóvenes y valiosas que he podido localizar. Habrá que advertir, como hice en *Las Diosas blancas* sin que muchos se fijaran, que la selección resulta, por fuerza, caprichosa e injusta. Estoy seguro de que hay por todas las comarcas autoras dignas de figurar aquí. Lo que ocurre es que yo no las conozco, ni puedo conocerlas—si no se ponen en contacto conmigo.)

[Debo aclarar, también, que en esta leve selección de poetas nacidas después de 1960 falta Amalia Iglesias, que sí estaba entre *Las Diosas Blancas*. Ello no se debe, por supuesto, a ningún rechazo por mi parte, sino a que el trabajo de Amalia está recogido en otro lugar de esta revista.]

RAMÓN BUENAVENTURA

ROSALÍA VALLEJO

Rosalía Vallejo nació en Madrid, en 1961. Ha sido estudiante de Filología Hispánica, pero ignora si —como me dijo hace meses— seguirá adelante con ello. Tiene un libro publicado, *Horno en llamarada* (Vox, Madrid, 1979), con el que ganó el premio «Benavente» de Galapagar.

Es poeta de considerable fuerza, muy aislada del mundito literario y, por consiguiente, muy personal en sus planteamientos y en sus desarrollos poéticos. Que yo sepa, no ha estructurado sus últimos trabajos, lo que hace bastante difícil valorar evoluciones y cambios. De todas formas, los poemas que publicamos aquí son inéditos posteriores a *Las Diosas Blancas*, y sin duda permiten captar cierto ahondamiento en la madurez.

I

MI sueño es de madera
combustible y frágil
como el beso
Percibo su resplandor
entre los muslos
de mi amante
pececito de plata
o sorda tempestad
de hierba inmensa.

Alto muy alto
habita mi nenúfar
de hielo brujo
paisaje
sobre ciervos detenido
afiladas cumbres

Allí donde limita
con el mundo
el enigma de la bruma
lo defiende
Nadie logra penetrar
su luz silencio
ni gozar sus abedules
entreabiertos como labios en la niebla.



II

El hada de las horas
 dispone suave
 quedamente

sus agujas;
 el lenguaje de las gemas
 la obsesión irresistible
 de aquel rostro
 el discurrir sangrante
 mar adentro...

Ella encuentra en el olvido
 la exacta proporción
 de leche y llanto
 las semillas necesarias
 de distancia
 para gustar la tristeza
 desde el borde

del dolor

Con todo su paladar de cristales.

III

Las hogueras
 el ánfora del tiempo
 renovación principio
 el agua cambia en sí misma
 las estaciones se suceden
 el espíritu
 clama desde el polvo
 su derecho
 a ejercitar la primavera
 la ansiedad
 del retorno hacia la muerte

Todo permanece
 el ser es inmóvil
 sólo el ojo pasa
 entre los fuegos de artificio
 suspende su retina
 sobre el cuerpo
 y delira eternidades
 mientras
 los cristales se licúan
 cremosa y dorada mantequilla
 la luz se derrama húmedamente.



AURORA LUQUE

Nació en Almería, el 16 de agosto de 1962, pero vivió su infancia en la Alpujarra granadina. Es licenciada en Filología Clásica (una excepción—no muy alejada—de la «regla hispánica»). Tiene un solo libro publicado: *Hiperiónida*, Premio «Federico García Lorca» 1981, Colección Zumaya, Universidad de Granada, 1982; pero también ha publicado poemas en las revistas *Barcarola* de Albacete y *Nefelibata* de Granada.

En su primer libro muestra un corte mucho más tradicional que el de sus compañeras de generación (es LA ÚNICA que practica la rima y tiende al endecasílabo). En sus poemas inéditos se aprecian aspiraciones clásicas, mucho más en los contenidos que en la forma. Es poeta sólida y con el oficio bien aprendido.

Los poemas incluidos son inéditos.

RÉPLICA DE ADONIS

He muerto. Mira mis manos malva
caer en el silencio, y mi sombra sin carne.

Mi nombre, desasido de mí, apenas levemente
se posa en vuestros labios.

No poseéis ya nombre,
leves frutos humanos: solamente la piel
teñida por el sol, el vello fino y blando,
el jugo que embriaga los muslos y los besos.

Mas ni siquiera el sueño de la luz
me permite la muerte:
la tierra que me abraza es más oscura
que el vientre de los bosques
o el espacio pisado por los astros.

Tras la muerte me nutre la nostalgia,
el aroma vinoso de la fruta
demasiado madura,
y su peso en mi palma,
mejillas con sabor a frutos de verano
y caricias devueltas a la luna
sobre una piel hermosa.



La nostalgia quemante de los muertos.
No hay por qué dar las gracias
a dios alguno.

CABO DE LEUCADE

Beben en una concha las amigas
en el temblor oscuro de la tarde.

La luna deberá guardar memoria
de guirnaldas deshechas en la hierba,
de brazos en silencio
en la noche, dadora de caminos
infinitos y bellos:
las violetas, alzadas en el verso,
las desdeñó la historia.

El rocío levanta el último perfume
y deshace las alas tan tenues con que, a veces,
se surge de los sueños.

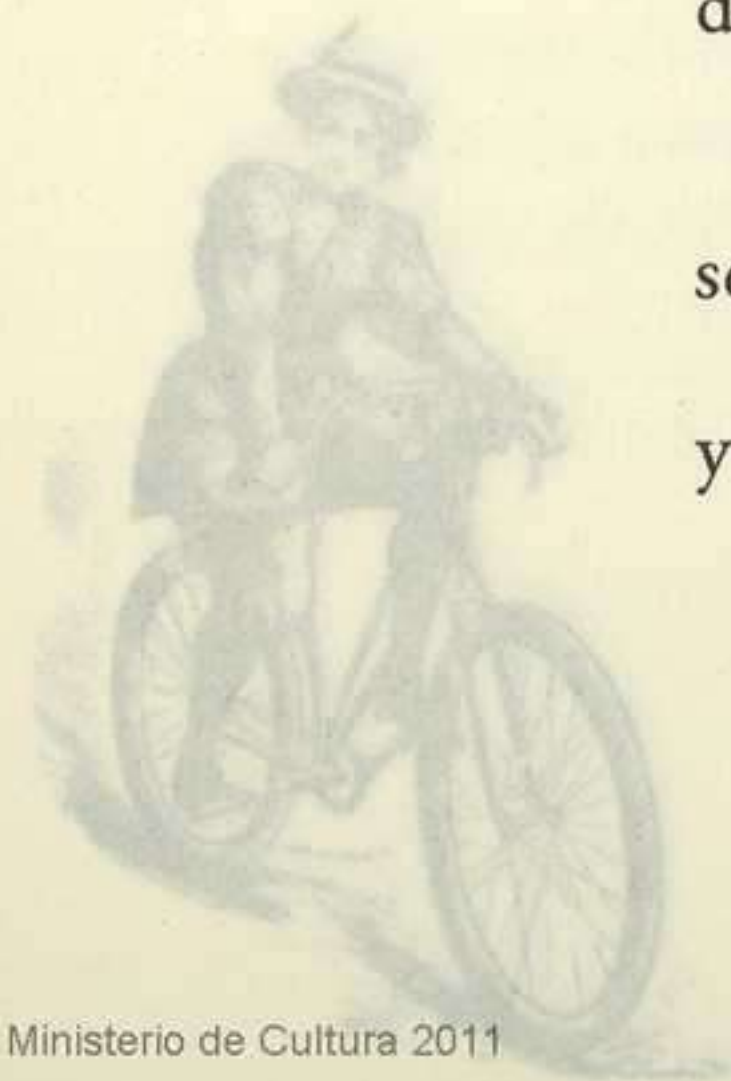
—Mi cansancio
lo beberán el mar y los corales.
En las noches de agosto se filtrarán los astros
por los diamantes negros hasta el fondo.

Y conoció tus versos
el mar; aún vibran en las olas; te recita
en madrugadas limpias de navíos.

CENTAURO

El centauro camina por los arcos difusos
de las olas tendidas, anhelando, en el astro,
encontrar las razones de la noche imposible,
del celeste silencio, del misterio que acecha.

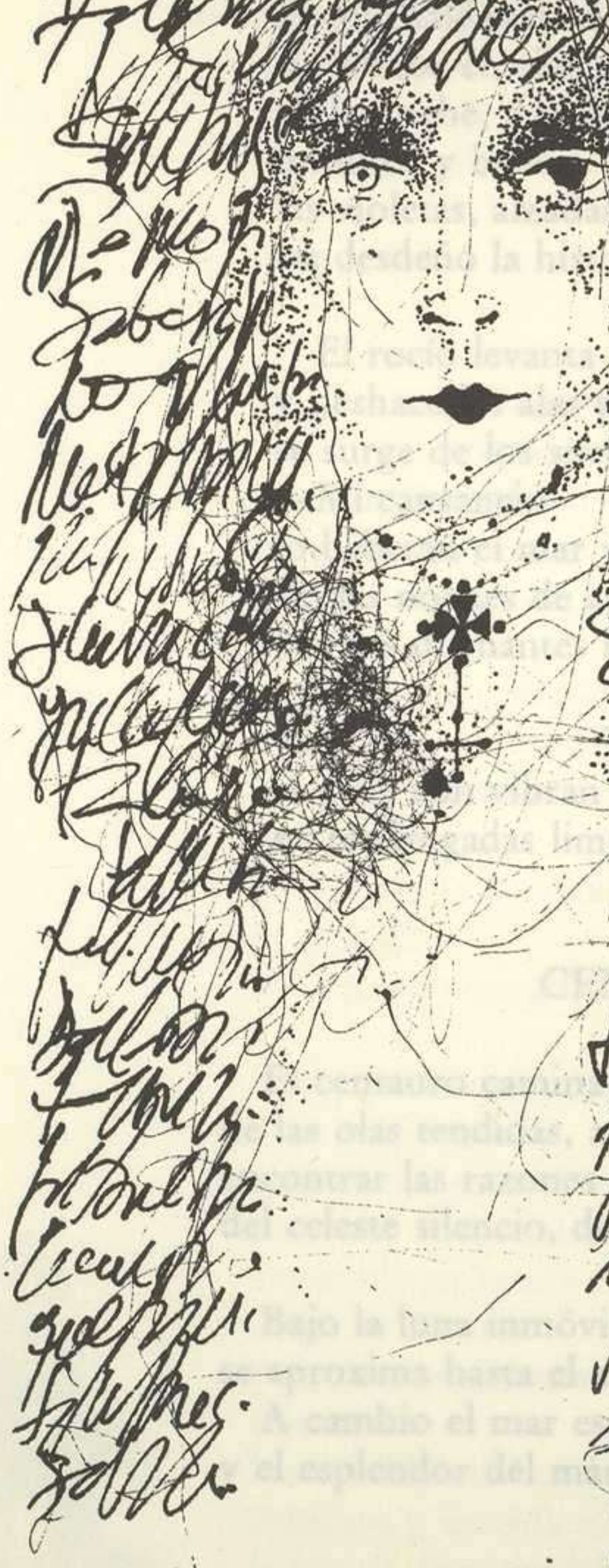
Bajo la luna inmóvil —señal de encantamiento—
se aproxima hasta el agua y entrega sus anhelos.
A cambio el mar esparce su perfume más puro
y el esplendor del mármol divino de su fondo.



Un instante la luna revela la respuesta
y flota un arco iris —un instante tan sólo—.
Oráculo es la luz, intenso y pasajero,
y veloz se deshace como estrella en la bruma.

Amargo se lamenta Quirón desde la orilla:
esa feliz esencia para siempre es extraña
—e inventa, en su locura, otro gesto más noble.
Olas grises del alba sostuvieron su cuerpo.

[Extensive handwritten text in a cursive script, covering most of the page. The text is dense and difficult to decipher due to the style and overlapping lines.]



[Handwritten signature or name, possibly 'DINO DE LA...']

ESTHER TAPIA

Barcelonesa (22 de agosto de 1962). Es licenciada en Filología Hispánica por Bellaterra. Tiene una considerable cantidad de obra inédita, y ha ganado o ha quedado bien clasificada en premios de los que no traen consigo la publicación, al menos en forma de libro. Puede que antes de que aparezca este número de LITORAL salga una *plaque* suya en Murcia.

Es difícil entrar a fondo en su obra, por lo apartada que se encuentra de los caminos más concurridos en este momento. Pero es evidente que lucha con fuerza contra (a favor del) lenguaje y que tiene una intensa cantidad de cosas que decir.

te tienes entre mí y no soy sino en las cosas
prendiendo la noche entre los brazos ceñidos.
soy la duda del péndulo: crónica de tus labios dulces,
esa procesión por la calle del recuerdo un viernes santo.
tan sólo el funeral del aroma de tu pelo,
el magnolio de tu voz, el humus de tu carne:
réquiem que crucifica el rastro de un tiempo.

te estoy retrocediendo para salvarte siempre
y en el claro de la mundana luna, aceptarla realidad
de tus manos de niño que se muerde las uñas.
cuando toda mi vida es un puro interrogante
en tus ojos nómadas, me sorprendo ante el escaparate
de tu cuerpo salpicado a sonrisas que te inmaculan
sólo recogiendo los ojos para guardarte.

mirándote estoy en la blancura de su espalda
y las canas del destejido abren miasmas en la carne.
sí, vivirte tras el día, cuando seas ya pasado,
tercer día de pascua y el racimo de las manos, mojándonos,
y recrear el cenital húmedo de la tristeza,
colgar la sonrisa en el espejo de los labios,
ser la nota salvoconducto que aún me existe



el mediodía gravita entre las sienes,
horada la hora, la huella, la palabra,
bañando la espina del ser meridial,
abriendo tu imagen en las aguas.
una tristeza mansa ciclostila
tu cuerpo hasta volverlo blanco
(la mer, la mer, toujours recommencée!).
palabras estrellándose en la boca,
igualándose en su eterno batirse,
colmando de luz blanca el recuerdo
(sol desértico borrándome los ojos):
manos blancas, blancos cuerpos,
sonrisas tendidas blancas.
aún la voz se alza hasta ti,
apenas roza tu piel original
desatas los ojos, desprendiendo
el mar, quebrándote todo...
chorreando de tu íntimo estar,
expuesto al sol, al mar, al viento,
más allá del tiempo y la memoria,
ya en la cálida arena de lo último,
las olas te desnacen desde mí.

si ahora decidieras sin planteártelo,
sólo con el pensamiento de lo sentido
—esa rigurosa inflexión de los días
en la articulación de los ojos—
y desataras la voz ciega que te afirma,
dejando de pagar tributo a tu persona
—la sacra lealtad al ministerio de los años—
reconocerías los maleficios del tiempo,
los surcos de la memoria en la frente,
todos los injertos que nos trasmudan...
te irías ahuecando poco a poco,
empezarían a morderte las arañas,
tu inocencia te vería actuar, muda,
y el juego te perdería: dejarías de existir



LOLA VELASCO

Madrid, veinticinco años (19 de octubre de 1961). Renunció a los estudios para jugárselo todo a la literatura—¡qué envidia!—. No sé si cuando aparezca este número de LITORAL habrá dejado de ser inédita, porque su libro *La frente de la mujer oblicua* está previsto para próxima publicación. A él pertenecen todos los poemas aquí incluidos.

VI. EL HUÉSPED DEL MAL

NADIE sabrá
de las piedras
ni del agua
con que el odio
construye
su cuerpo

MUCHO ANTES
de que el deseo
ahogase
su vientre

en la rabia,
él
ya volvía
de la muerte.

NADIE SABRÁ
por qué el tiempo
busca su sentido
en el cansancio
de seguir suicidándose.

VII. LA VOLUNTAD IMPOSIBLE

EL DOLOR,
como el deseo,
es una estatua
de polvo.

ABRO la boca,
y te golpeo.
Abro la boca,
y me pides

el aire
de un grito.

MI VOZ
es el sueño
de la muerte,
la escritura
sobre un cuenco
de sangre.



VIII. LA BELLA Y LA BELLA

SIEMPRE que él la toca,
ella
se hace unos cortes
en la frente.
El rojo de la sangre
se vuelve tierra,
tierra mojada
y fría,
en sus ojos oscuros.

de su piel
casi transparente.

TIEMBLO
y espero
a que la sangre
le llegue
a los labios,
como otras veces.

LA SANGRE
le oculta las lágrimas
que no han caído,
que no caerán.
Tiene una mirada negra
en contraste con lo pálido

ELLA,
la mujer intacta,
me cubre el llanto
con sus senos
de agua
y arena.

IX. 29 DE MARZO

QUÉ tristeza
el gris vencido
de tus ojos,
cuando callas
la ironía del fuego.
Sólo entonces
soy culpable del aire.

SUCEDE
cuando te miro.
Todo queda lejos
y abandonado
a la hondura sin límites
de lo intransferible.
Qué extraña
luz
el tiempo.



ESPERANZA LÓPEZ PARADA

Esperanza López Parada es madrileña (11 de diciembre de 1962) y, cómo no, acaba de terminar, o está terminando (escribo con algunos meses de antelación) Filología Hispánica. Ha publicado un libro, *Como fruto de fronteras* (Arnao, Madrid, 1984) y una plaquette, *Género de medallas*, (con Ramón Cote) en *El Crotalón VLTISMO*, 1985. No está incluida en *Las Diosas Blancas* porque la localicé con retraso, quizá por pereza de cierre; en mi opinión, ella es la ausencia más injusta de la antología, casi la única por la que me gustaría pedir perdón a los lectores.

Es poeta de estilo refinado, de ritmo suavísimo, lujosa en las referencias literarias: capturadora de la belleza a la que —para nuestros tiempos de contenidos— a veces falta todavía el toque de la experiencia vivida. Pero no le escasea ninguna de las herramientas del oficio.

Los poemas que incluyo son inéditos.

CANTIGA DE MIRAGRE

Todos los amaneceres durante siete años, un dulce espectro tomaba mi forma, mi cadencia y ocupaba el puesto mío, la labor junto al torno.

Corría yo, con risa, hacia el hortelano y el amarillo crecer de los guisantes.

Y nunca discerní, entre niebla, dónde era que, en verdad, me sustituye. Si en la campanilla, en los ásperos deberes. O dentro de los rubios brazos de aquél, mi cuidador de hojas.

El tiempo era el mediodía. Se apareció ante mí el ángel del Señor. Se presentó bordeando transparentes y pidió quedarse.

Me rogaba pan, azúcar, malta. Consumía la despensa. Le pagué músicos y retablos. Bebía licor francés. Probó cordero.

Compraba ropajes, se tocaba con oro. Me malgastó la hacienda, me redujo a pobre.

Por esto, disculparéis que se me haga tan rudo, entended que de un cielo inmaterial desconfíe.



Siempre lee sola y en un sitio grande.

Pero en una ocasión, y hacia octubre, al ir al patio se notó en compañía. A través del portal, se le apagó la vela y en el salón la oscuridad era alta.

Un solplo leve le tomó los hombros, le besó la nuca.

Fue abrazo incierto, mas único. Y para no olvidarlo.

DIES IRÆ

El pueblo entero se congregó en su agonía. La vida la pasó guardando secreto muy oscuro.

Sus labios se veían difíciles, hermosos para tomar agua.

No vas a tener otra heredad que la que con tu peso, desalojes.

Pronuncia lo que ocultas.

Pluma y papel preparados, siete testigos expectantes la miran. Ella mueve la lengua. Se rompe el sello.

La ciudad hállase gris, la magnolia dispuesta.



MERCEDES ESCOLANO

Nació en Cádiz el 15 de febrero de 1964. También (como buena parte de las poetas jóvenes) estudiante de Filología Hispánica. Tiene dos libros publicados: *Marejada* (Premio «Poema Joven» de Elche, 1982) y *Las bacantes* (Catoblepas, Madrid, 1984), además de una *plaque* en El Crotalón y VLTISMO. Es persona altísimamente literaria, que, por el momento, está concentrando toda su inspiración en una mirada erótica del mar. Cuida el lenguaje hasta extremos raros (¿estamos ante una característica generacional incipiente?), y va creciendo, poco a poco.

Los poemas que reproduzco aquí son inéditos.

A LA CAZA DE LAS BALLENAS EN FLOR

la garganta del mar me dijo no

CARLOS MORALES

Rutaba tenso el mar a golpe de pernada
y no saciado,
bajo la blonda espuma un abanico de muslo
al aire, hembra desmedida lloraba,
sacudía la guedeja, flotantes sus pezones,
antílope animal a punto de la luna.
Su pernil enjalmado no se hundía,
a tiempo no penetraba el bichero la ventrecha.

Oh dioses de acero que usurpáis el territorio
robando aliento a la manada a cambio de un puyazo,
volverán días en que la diosa imponga el cosmos,
refunda en el viento la semilla precipitando
sobre vosotros, pobres diablos, un estertor de leche
y al calor del calostro refugiéis la lanza
entre las piernas, fláccida por el esfuerzo.

Dilatan lo justo, a su manera.
Un mar cortado a la medida del proel,
¿quién no lo añora?
A veces, alguna hembra queda atrás
relegada en la sabia corriente que la atrapa y domeña;
si moza y placentera, blanca de carnes, sabrosa fierecilla,
daría, caro Lucio, treinta monedas por la flor de su persona.



AGUAMARINA

Por el número de escoriaciones
del buque conocemos la cantidad de sus viajes:
por las escoriaciones de nuestra piel,
cuántas veces hemos amado.

CRISTINA PERI ROSSI

Había perdido el timón y las estrellas,
equivocó el marino muslos con bitácoras,
nacarados senos arrancó el arrecife
con los labios que el alba nunca había dormido.
Amanecía el buque y la sangre
debatíase en escamas plateadas sobre el mar.
Brazos como remos rizaban las olas, urgente
por tu cuerpo el beso, la travesía era.
Equinoccios de sal mordían sus ojos
dejándolo ciego
sonámbulo
náufrago de amor y otras batallas.

Sobre tu espalda
aguamarina una flor azul
al medio día
lanzaba por la borda.



ALMUDENA GUZMÁN

Almudena Guzmán nació de veraneo en Navacerrada (Madrid), el 18 de septiembre de 1964. Estudia (otra más) quinto de Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Madrid. Tiene tres libros publicados, dos de ellos muy precoces: *Poemas de Lida Sal* (accésit en el premio «Puerta del Sol», Madrid, 1981) y *La playa del olvido* (Premio «Altair», Gijón, 1984). *Usted* (Ediciones Hiperión, Madrid, 1986) fue finalista único del primer Premio Hiperión de Poesía.

Poeta en conflicto con la poesía, porque la utiliza para *narrar*, Almudena Guzmán sorprende, sobre todo, por la originalidad de sus visiones y por la soltura con que coloca su material autobiográfico en un contexto de proyección general. Es, por otra parte, una de las raras poetas en que abunda el sentido del humor.

El material recogido aquí procede de *Usted*.

Sólo conservo
—gracias al espejo retrovisor—
la vaga refracción lírica
de dos manos,
que estrechadas frente a un desafío de tactos dispares
se hicieron amantes.

ES SENCILLO.

Presos los dos de aquel imposible decoro adolescente,
ni yo me sonrojé ni usted tampoco hizo nada por llamarse al orden
cuando después de las risas y las aceitunas rellenas,
habiéndonos lubricado previamente el oído
con una minuciosa lista de vicios sexuales,
fuimos al amor como quien va al estanco de los primeros cigarillos.

Exquisita pendencia la de mi boca y la suya
por ese dedo abeja que libó entre murmullos y distensiones golosas,
las sucesivas floraciones de mi anémona nocturna.



A cada contracción del espejo
se me iba poniendo la piel preciosa
mientras cumplía
—toda ojos velados—
aquella indecente promesa nuestra de las doce.

Señor,
ahora que mi piel y la suya
—después de las sábanas—
han formado un nuevo *collage* en el agua,
no es el mejor momento para hablarle,
desde luego,
pero aprovechando que estoy arriba
y usted debajo,
quisiera decirle
—casi no me atrevo con sus ojos—
que no puedo más,
que voy a pararme.

(Era el placer una de esas muñecas rusas que se abren
y aparece otra,
y otra...)

Su cuerpo es un blanco edredón
que el enero anticipado de noviembre
satina junto a mis botas.

(Como un castor cotilla,
asomo la nariz desde mi choza
y veo deslizarse río abajo el carbón que los Reyes Magos me tenían
preparado.)



LUISA CASTRO

Luisa Castro es de Foz (Lugo), donde nació el 10 de julio de 1966. Estudia Filología Hispánica en Santiago de Compostela. Empezó a escribir desde muy, muy joven, en gallego y en castellano. Su primer libro publicado fue *Odisea definitiva* (Ediciones Arnao, Madrid, 1984, segunda edición, 1986). Con el siguiente, *Los versos del eunuco* (Ediciones Hiperión, Madrid, 1986), ganó el primer Premio Hiperión de Poesía. Es una mujer con una fuerte obsesión por los condicionamientos de la historia y su impacto en el individuo. Su rechazo de las herencias la lleva a rechazar también las tradiciones literarias, lo que desemboca en un culto de la transgresión que a veces la conduce a muy valiosos hallazgos. Los poemas que incluimos son inéditos posteriores a *Los versos del eunuco*

ES SENCILLO.

Se enciende un cigarro y comienza la glosa. Terminar es un delito. Mi salvación comentar que hay Poca luz, que hace frío, que las piernas se acomodan con disgusto en este catre.

Qué catástrofe la noche. Tres movimientos y el amor. Evito sus ojos bellos si es necesario, pero Dios sabe qué esquina doblará cuando toca mi cintura y qué datos no se cumplen y qué párrafos confusos en mi cuerpo le detienen, qué cuentas caducarán cuando pregunto la hora, y a dónde se puede ir con el corazón lleno de alambres y cambio de lugar constantemente y no me quiero dormir.



QUE los extraños se sucedan diciendo su nombre,
que la ropa amargamente tiranice un cadáver,
que vengan reses flacas
expidiendo sus heces,
que la soledad no merezca ni un capitán ahogado
y que me llegue la tristeza antes del amanecer
como llega todo lo peor
y tu muerte
y algún viaje, la noticia de un viaje que no quiero
saber y todo lo peor
para que no parezca que vuelvo.
Y que no recuerde más las primeras palabras
del corazón enterrado en alguna patria
cerca del colegio.

Para que no parezca que vuelvo
mojo el dolor en el café amargo de los bares de
la ruta
y desde mi caballo que no sabe nada
soy amable
con los viejos que me miran y para que nadie
te ame con mi bufanda puesta quiero ser la mujer
de un pueblo aburrido que sale del verano
para que no parezca que vuelvo y soy la misma.

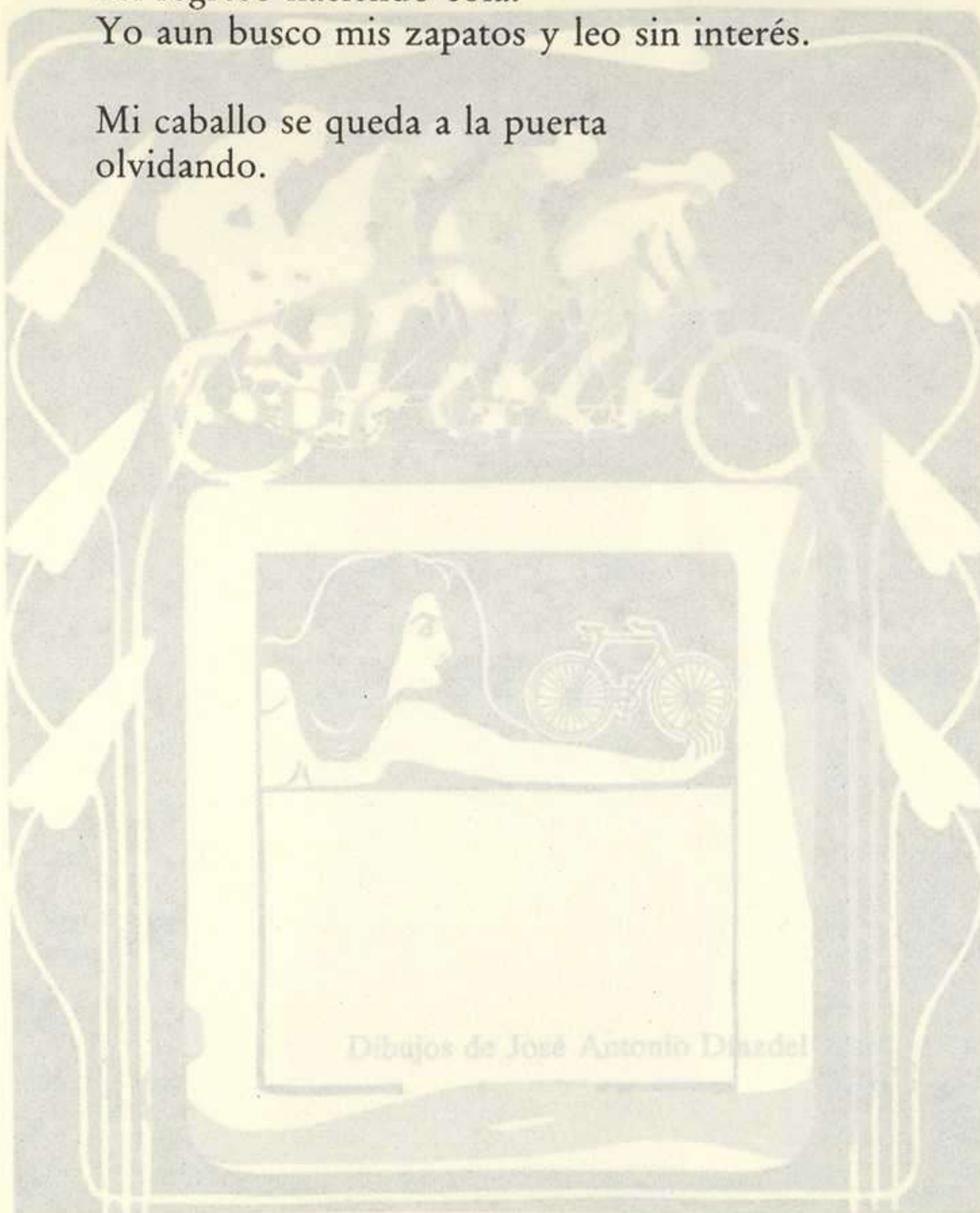
Mi caballo no lo sabe y cabalgamos como nunca
de regreso y no lo sabe.
Vamos dejando en el aire un olor conocido
a recentísimo semen
y cabezas heridas de combate sin fortuna, vamos
dejando
las últimas navajas, los yelmos olvidados en posadas vacías.

Pero nunca parece que la muerte nos espera
porque las rodillas siguen serias como la primera vez
y mi caballo no escucha los gritos de la victoria
lejos
y dolorosos
persiguiéndonos.

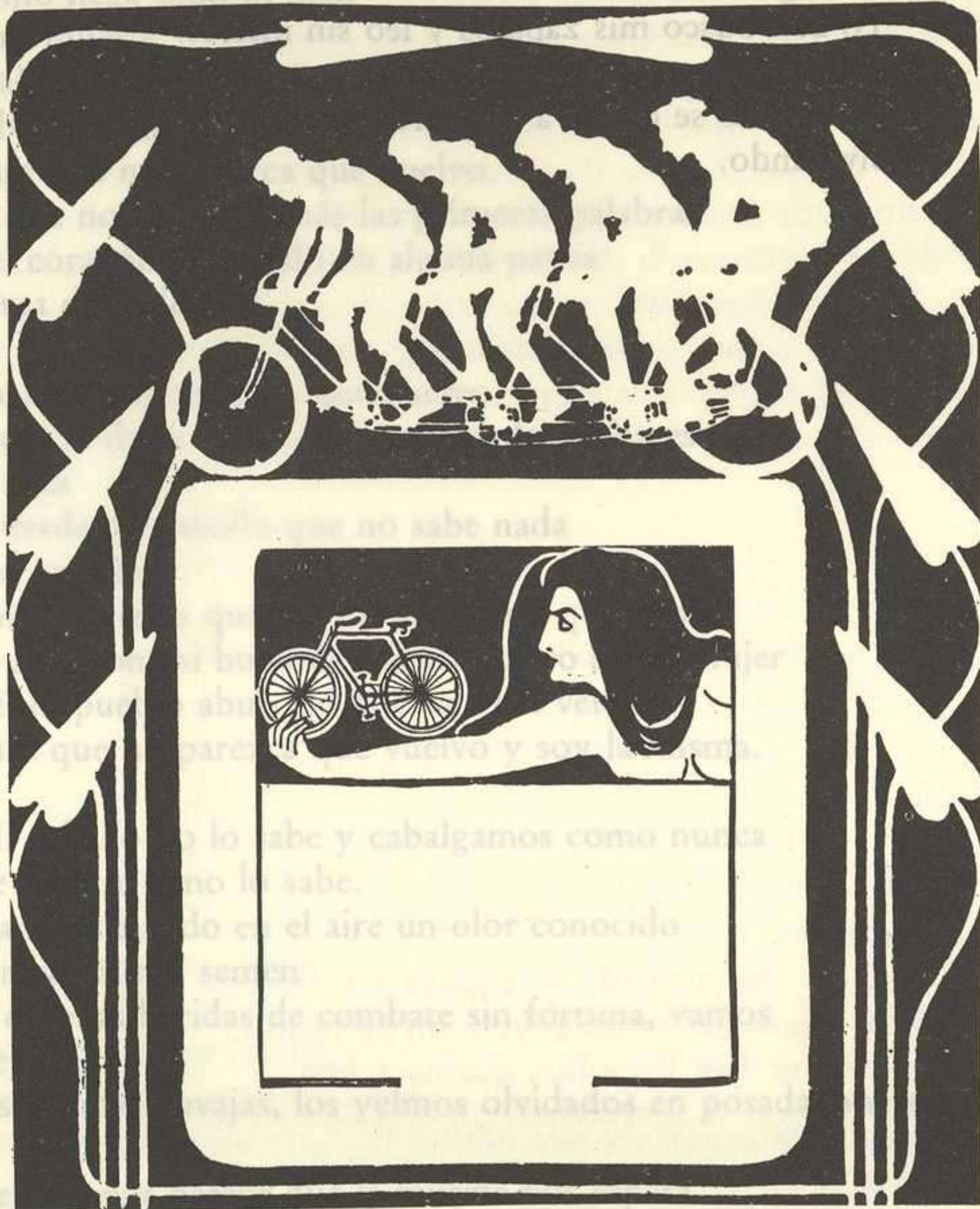
Hay alguien detrás de todo sosteniendo una copa?
Hay alguien en camisa con el día ocupado viendo pasar
mi pena y su galope detenido?

Cuando llegamos a casa con la armadura depuesta
y deshago las maletas
llenas de iniquidad
y coloco en su sitio el vacío de las doce
parece que sí que vuelvo,
que me esperan los armarios y los surcos inútiles
del regreso haciendo cola.
Yo aun busco mis zapatos y leo sin interés.

Mi caballo se queda a la puerta
olvidando.



Que cuando llegamos a casa con la semadura de la
y desahago las cosas en su camino
que vengan reses flacas
y coloco en su sitio el vacío de las cosas
parece que si me vuelvo en su camino
que me esperan los amigos y los amigos
como llego a casa con la semadura de la



porque las rodillas siguen serias como la primera vez
y mi caballo no escucha los gritos de la victoria
lejos
y dolorosos
persiguiéndonos.

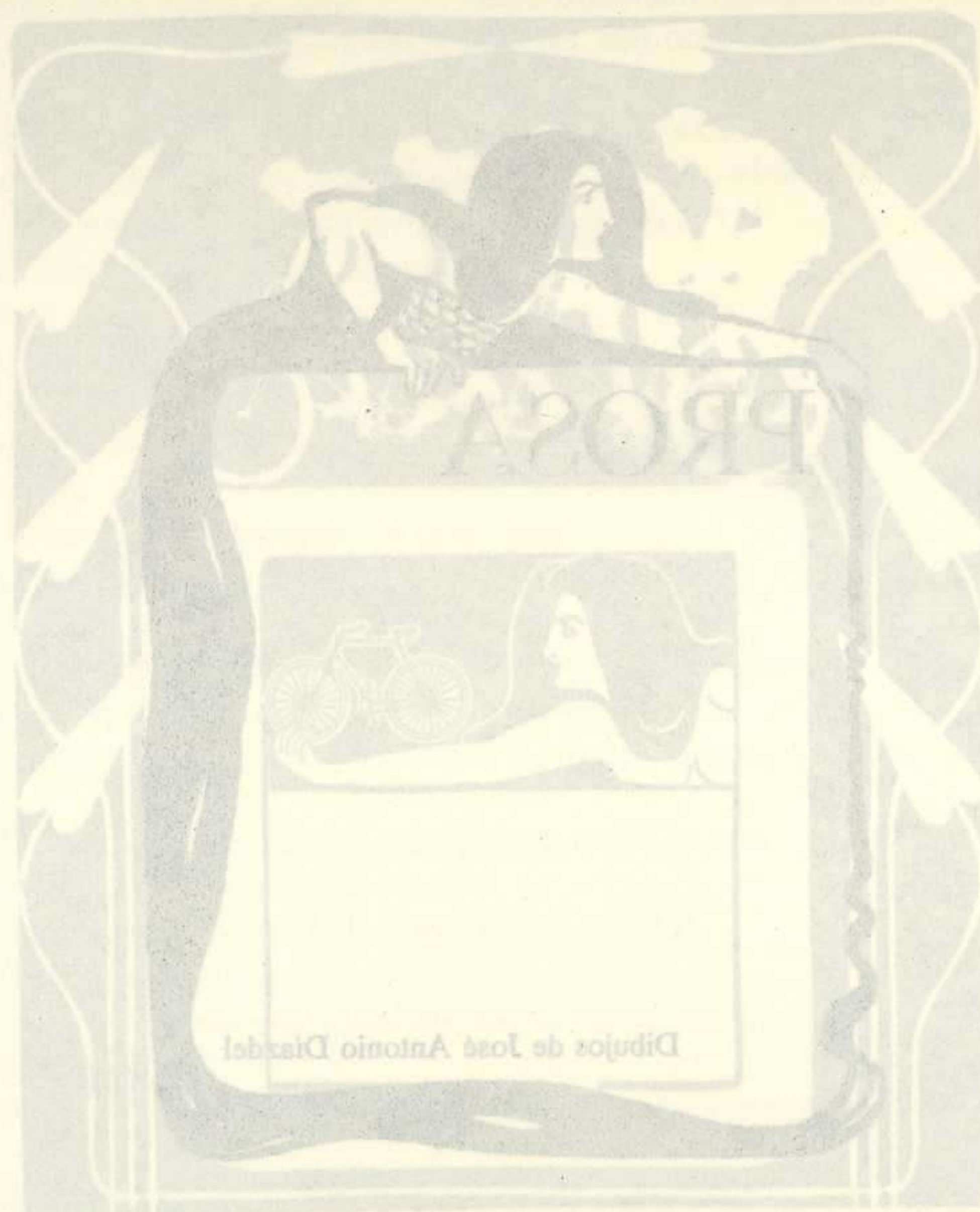
Hay alguien detrás de todo sosteniendo una copa?
Hay alguien en camisa con el día ocupado viendo pasar
mi pena y su galope detenido?



PROSA

Dibujos de José Antonio Díazdel

El libro de cuentos de este autor es un libro de prosa que se lee con gusto y placer. El autor ha escrito con un lenguaje claro y sencillo, y sus historias son interesantes y divertidas. Este libro es una excelente opción para quienes buscan un libro de prosa que les guste leer.



Dibujos de José Antonio Diabdel

EL EXORCISMO DE LA LINGÜÍSTICA EN LAS NOVELAS DE ASUNCIÓN KALLO GRUSS

POR ASUNCIÓN KALLO GRUSS



En la primera década del siglo XX, cuando se buscaban salidas a cada tanteando nuevos caminos, iban las andaduras literarias en busca de la "novela" cuando ésta había con su sendero propio en la descripción a un grupo de tendencias que van de la mano fueron incorporando la Pero cada una de ellas novelístico de esta se...

Dejando aparte como Rosa Chacel, ejen usos estereotipados, la ruy men Laforet, premio Na existencialista de Celia, su tremendismo integra angustiosa, la sociedad también como Andrea...

... "No es — como ni to de una chica estudi tancias de haberla co misma he vivido, lava p...

... las cuestiones republicanas...
...ación cultural...
...aban fracasados, se inici...
...gadas a la tarea de "hacer...
...uso su norte; colaboraron...
...formas de "realismo". Sin...
... líneas generales, con las...
...ismo y, con posterioridad...
... línea personal y coherente...
... vicisitudes del complejo...
... iniciadas en la preguerra...
... nie personalísima y meras y...
... publicación de *Nada de Ciel...*
... en la zona extremada via...
... nte de contactos sin llegar a...
... la protagonista en soledad...
... experiencias de la autora que...
... marías a estudiar en Barcelo...
... autobiográfica, aunque el rela...
... rrión — e incluye las circuns...
... de esta ciudad donde yo...
... de una vez"

SM/M



1111

EL EXORCISMO DE LA PALABRA. (REFLEXIONES SOBRE ALGUNAS NOVELISTAS DE POSGUERRA).

POR ASUNCIÓN RALLO GRUSS



En la primera década de posguerra, cuando los escritores españoles buscaban salidas (o escapatorias) a una situación cultural desertificada, tanteando nuevos caminos que a veces resultaban fracasados, se iniciaban las andaduras literarias de unas mujeres entregadas a la tarea de “hacer novela” cuando ésta había perdido su patrón e incluso su norte; colaboraron con su sendero propio en el hallazgo común de las formas de “realismo”. Sin adscripción a un grupo determinado conectaban, en líneas generales, con las tendencias que van del existencialismo al neorrealismo y, con posterioridad, fueron incorporando las nuevas técnicas en una línea personal y coherente. Pero cada una de ellas podría significar las diferentes vicisitudes del complejo novelístico de esta segunda mitad del XX.

Dejando aparte la propuesta de autoras iniciadas en la preguerra, como Rosa Chacel, ejemplo de una larga trayectoria personal ajena a modas y usos estereotipados, la ruta se empezaba con la publicación de *Nada* de Carmen Laforet, premio Nadal en 1945. Encauzada en la recién estrenada vía existencialista de Cela, con la que mantenía puntos de contactos sin llegar a su tremendismo integral (el mundo como infierno, la protagonista en soledad angustiada, la sociedad asfixiante), metaforiza experiencias de la autora que también como Andrea, su personaje, vino de Canarias a estudiar en Barcelona, sin llegar al simple calco autobiográfico:

“No es —como ninguna de mis novelas— autobiográfica, aunque el relato de una chica estudiante -como yo fui en Barcelona- e inclusive las circunstancias de haberla colocado viviendo en una calle de esta ciudad donde yo misma he vivido, haya planteado esta cuestión más de una vez”

Ciertamente marca el rumbo de la problemática que define la obra de Laforet: la juventud (en dos de sus novelas encarnada por personaje femenino, Andrea y Marta, en otra por personaje masculino, Martín) que “con los ojos abiertos, con curiosidad y sin rencor” despierta al mundo de los adultos a través de unas experiencias (no demasiado largas en el tiempo, siempre menor a un año), que son choque hiriente para su sensibilidad y derrumbamiento final de su inocencia, hasta descubrir que no tiene *nada* en las manos, o que ha padecido una *insolación*. Deviene así su mundo infantil y juvenil en ilusorio, y la realidad “casa de brujas”, donde se empiezan a ver “cosas extrañas como (las que ven) los que están borrachos”; y los ideales relacionados en las tres novelas con alguna actividad artística (música, pintura, poesía) entendida como única sublimación posible del hombre, sucumben también ante la náusea de la degradación experimentada.

Así, sobre un claro fondo de realidad española (conectada con la posguerra barcelonesa en *Nada*) se viene a plantear una cuestión humana general, la incertidumbre del ser humano en un mundo hostil, ante el cual queda en soledad y enajenación. pero Carmen Laforet no lo aborda distendidamente en la exposición completa de una vida, como ocurre en *La familia de Pascual Duarte* de Cela o en el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, el antecedente lejano de esta novelística existencial, sino que lo concreta en el momento ancilar de la adolescencia, cuando joven y mundo chocan frontalmente y mejor encarnan uno la perplejidad y el otro la ruindad: se contraponen “hombre/mundo” en las variadas manifestaciones “piedad/locura” (*Nada*), “libertad y pureza/pasiones o demonios” (*La isla y los demonios*), “amistad generosa/amor carnal” (*La insolación*), y la consecuente infelicidad deriva de estas polarizaciones. La adolescente palpa la realidad degradada y no la acepta, o huye (Andrea, Marta) o se rebela (Martín), pero su pureza se ha arruinado: “¿Por qué estaremos así desgraciados, anhelantes?”.

Parece, pues, que el alcance de la “verdad no sospechada” desencadena unas emociones no esperadas que colocan a la joven contra ese fondo de las catacumbas de la persona humana, catacumbas reflejadas también en la materialidad de las cosas, sin más salida que el vacío. Es un abismo en el que se encuentran los adultos y en el que los personajes de Carmen Laforet se niegan a integrarse: sus tres novelas citadas acaban con un salto hacia la nada; quizá la única solución no aludida en estos relatos sino en otra novela (*La mujer nueva*) sea la espiritual, venida de fuera (la fe) que puede dar algún sentido a la vida humana. pero camino no apuntado por (o para) Andrea, Marta o Martín, es de nuevo una manifestación autobiográfica:

“El hecho humano que motivó la temática de esta novela fue mi propia conversión (en diciembre de 1951) a la fe católica...Fe que podría suponerse que me era natural, pues fui bautizada al nacer, pero de la que jamás volví a preocuparme después de salir de la infancia y cuyas prácticas -para mi enmohecidas y sin sentido- había dejado totalmente”

El único puente sobre los demonios mundanales viene a ser la espiritualidad, puente para unir madurez e infancia, salvando esa juventud que es lucha, debate par no ser atrapado y ahogado por una realidad demoledora.

Quizá caracterice a las novelistas de posguerra esta especial atención a la juventud, la utilización de la perspectiva del adolescente para juzgar el

mundo, pues también Ana María Matute centra su creación en un acercamiento a lo dolorosamente pequeño, a los niños y adolescentes que despiertan ternura en su indefensión. Sus personajes son así desvalidos cuyos extraños anhelos (Propios de la juventud) no encuentran cauces en un ambiente opresivo, ajeno y brutal. Este ambiente se metaforiza en guerra, expresión de las pasiones humanas que truncan inocencia y pureza. Se contraponen “niño/mundo” en la ruptura que explicita la guerra, derrumbadero de unos valores como fraternidad, amistad o amor que son fatídicamente sustituidos por odio, asesinato y muerte.

“Yo encontré el cuerpo roto y desmembrado de un hombre, como un grande y trágico polichinella, acribillado a balazos contra la arena. El gran muñeco, el trágico payaso, de pronto así, patente y claro, a mis pies, con toda su crudeza”.

Las historias vividas por jóvenes como Soledad (*En esta tierra*, 1955) o Matia (*Primera memoria*, 1960) dejan constancia de un amor efímero porque está avocado a la muerte. La infancia se rodea de crueldades y fatigas (*Los hijos muertos*, 1958), y la juventud apenas tiene oportunidad de experimentar lo que podría ser un mundo de amor, pues irremisiblemente el tiempo roba los entusiasmos o reduce a cenizas los ideales. Y esta pugna “hombre/vida” manifestada en la dialéctica frente al tiempo tiene dos claves en la creación de Matute: el teatro y el odio fraterno. Enlaza con una visión del mundo como teatro, como farsa, donde verdad y representación se superponen (*Pequeño teatro*, 1954) intentando demostrar la artificiosidad de las pasiones en su propia tragedia. La lucha fraternal, sobre el recuerdo unamónico y machadiano, constiye la trama de la mayoría de sus novelas: *Los Abel*, 1948, que describe la trayectoria irregular de siete hermanos patentizada en la locura y el asesinato; *Fiesta al noroeste*, 1953, parábola de la envidia que desarrolla la discordia de dos hermanastros en un ambiente rural; o ya con todas sus connotaciones se transfiere a la guerra civil (*Los hijos muertos*). Este ámbito de muerte creado por el propio hombre enfrenta a los hermanos y a uno consigo mismo cercenando cuantos brotes positivos han germinado en el niño y el joven, y convirtiendo la vida interior en infierno de uno mismo:

“Hermanos, hermanos míos, ¿dónde estais? Os he buscado tanto tiempo, he aprendido vuestros nombres, hermanos míos, todo me es culpable. Todo me acusa de culpable, porque la tradición va conmigo, como mi peso”.

Se universaliza así el hiriente contexto español de posguerra y se trasciende lo social en principios humanos generales no por el sendero del existencialismo como en Carmen Laforet sino por el de símbolos y significaciones de la tragedia eterna. Todo ello ha llevado a no intentar clasificar la novela de Matute ni en las corrientes del realismo existencial (años cuarenta) ni del realismo social (años cincuenta) porque en todo caso pertenecería a un realismo subjetivista, autónomo en sus matices líricos.

También inclasificable es la producción de Elena Quiroga, aunque alguna de sus palabras se acerque y compruebe los ejercicios técnicos del neorrealismo; como las anteriores muestra una atención por la adolescencia, atención en ella más tardía pues no se rebela hasta 1960 (*Tristura*). Antes su novelística

buscaba en arriesgada estructuración el juego del perspectivismo para ahondar en lo humano. Desde *La sangre* (1952), especie de saga familiar narrada por un árbol que siente y piensa y poetiza la realidad desde su natural metafórico, hasta *Algo pasa por la calle* (1954), es la presencia intuida o manifiesta de la muerte la que da sentido al comportamiento humano. El árbol seco y viejo que tanto ha contemplado, para el que el tiempo se percibe en la dulzura de su savia, sin correlato con el tiempo humano, aunque sí con la sangre, acaba desplomándose sobre una niña; en *Algo pasa por la calle* el contenido social se extrae de la muerte de Ventura como encrucijada entre los diversos personajes, logrando más allá de la tragedia individual dibujar psicológicamente distintas posturas humanas (y sociales), concentradas en un corto espacio de lugar y tiempo (un velatorio): como escapatoria del tiempo factual la rememoración y el recuerdo de sensaciones, y pensamientos que llenan de significado a cada uno de los personajes, que transmiten sus niveles emotivos y sociales, su profundidad (o no) humana. Todo es retazo de vida:

“Yo no podría escribir sobre lo que no sé. Todo lo que escribo se lo devuelvo a la vida que me lo ha enseñado. Vida y seres que están allí, igual para todos”.

Pero vida no objetivada por la autora, sino ofrecida como puzzle, rota por las diferentes perspectivas de cada personaje, cuya reconstrucción (en el punto axial) corresponde al lector:

“Lo importante es la vida, que la novela sea eso: un mundo... Huyo de elaboraciones. Son los personajes los que pueden sobre mí. Entonces yo paso a ser un medium”.

Enfrentamiento con la muerte presentida como generadora de la postura humana es asimismo *La última corrida*; en ella tres toreros representantes cada uno de un estadio de la vida (inicio, cúspide y abandono) proyectan sus vivencias sobre la pugna con el toro que encarna lo brutal pero libre y fuerte, en un espacio y tiempo reducido y cerrado. El perspectivismo que fundamenta todas sus novelas transcribe, en realidad, el tema principal de la obra de E. Quiroga: la libertad de la persona. Perspectivismo porque nada puede encasillarse ni nada se ofrece con una sola lectura, porque sus personajes se desarrollan libres, generando la dinámica de sus comportamientos y proyectando la multiplicidad de actitudes del hombre que es esencialmente tiempo, y tan inaprehensible como él. La libertad se convierte en rebeldía cuando la visión adoptada es la juvenil: *Tristura* penetra en el interior de una niña que sufre el problema de la adaptación, monólogo inconexo en que se mezclan las sensaciones con los arrebatos fantásticos; *Escribo tu nombre* como memoria autobiográfica asume el mensaje literario de la autora, el rechazo a convenciones, normas institucionalizadas, prejuicios que acechan (y pueden destruir) la integridad individual. Por debajo hay una confianza y esperanza en el hombre que puede sobreponerse a esas cadenas que la realidad quiere echarle. A diferencia del “tremendo” pesimismo de la náusea o la nada de C. Laforet, o el desasosiego irreductible de A.M. Matute, en E. Quiroga existe el contrapunto al dolor, esencializando el hombre como ser en el tiempo tan escurridizo y polimorfo como él. Como se dice de un personaje (el hijo), al final de *Algo pasa por la calle* (y la calle metaforiza vida):

“Se entregará al dolor con violencia, dándose. Y después de esta entrega comenzará a infiltrarse en él serenidad, perspectiva humana, amor o caridad, llámalo como quieras”

De los problemas del hombre en su encrucijada tratan también dos novelistas que comenzaron a publicar ya en la década de los años cincuenta, aunque no pueda adscribirse a la novela social. Dolores Medio en la línea de la problemática existencial viene a evidenciar la frustración, enajenación y vacío surgidos de la cotidianidad, de una vida cerrada en una capital de provincia (*Nosotros los Rivero*, 1953), de un vecindario (*El pez sigue flotando*, 1959), o de la vulgaridad asfixiante de un empleo burocrático (*Funcionario público*, 1956) o de las tareas de la mujer como madre de familia (*Bibiana*, 1964).

Y Carmen Martín Gaité trasciende la perspectiva de la colectividad hacia la de la persona, empezando por un retrato de la incomunicación en una ciudad provinciana (*Entre visillos*, 1958) en la que parecen atrapados todos los personajes, pero en especial las mujeres cuyo móvil puede resultar el del matrimonio: las jóvenes, aun en el Instituto, reproducen esta dialéctica (soltería/matrimonio) despreciando sus posibilidades de realización, y las que desean salir de la trampa (Natalia) acaban reconociendo con amargura que la inercia del ambiente es más fuerte que sus ambiciones de libertad, inercia que funciona como destino ineludible; la mujer solo puede acabar “entre visillos” de su propia casa o de la ajena acosada por una estructura social que la vigila y espía para que no salga (tan solo se asome) “entre visillos”. Queda entonces, y tan solo, ante ese ámbito deshumanizante y opresivo, la vida interior, los recuerdos de la infancia que son “El cuarto de atrás”, pero que desconocidos por uno mismo, afloran como complejos y manifestaciones insospechadas:

“Los recuerdos que pueden darnos alguna sorpresa viven agazapados en el cuarto de atrás, siempre salen de allí, y solo cuando quieren, no sirve hostigarlos”

En este mundo trastero que condiciona la conducta del hombre, también se generan las cadenas de su aislamiento, de tal manera que se hacen imposibles las relaciones externas, familiares, (*Fragmentos de interior*) postergando o por razones sociales o por razones psicológicas al individuo, impidiendo un desenvolvimiento e intercambio fructífero con su derredor; y tan solo la palabra libera al hombre de su cuarto de atrás al formularse como realidad ajena a uno mismo: diálogo con lo desconocido (*autoanálisis*) como que se hace el personaje David Fuente en *Ritmo lento*, o diálogo a dos veces que permite reconocer o entrever el fondo humano del otro (*Retahilas*):

“Existe la palabra, me digo: la solución está en ella”

Solo la palabra vence aburrimiento, amurallamiento (interior y exterior) y puede ser aurora de nuevas relaciones sociales, que durante varias décadas de posguerra se habían resumido en enajenación, hostilidad y frustración. Las novelas de cinco mujeres han recorrido la problemática del hombre sometido a esas circunstancias, creando un caleidoscopio completo, desde lo existencial a lo social, siempre presente el ser humano (con connotaciones especiales en los jóvenes y en la mujer) en su debatirse con el mundo, tiempo y muerte. Metaforizada la vida, solo la palabra se brinda como puente para escapar (comprometidamente) de la nada, al evocar, describir y hacer sentir los demonios (internos y externos) que acorralan al hombre pretendiendo invalidarlo, y hacer ver que solo el ejercicio de la palabra (como liberación) puede reducirlos y someterlos.



Ilustración de María José Vargas Machuca.

MARÍA TERESA LEÓN



A través de los años sabe evocar los más variados paisajes —de Nueva York a Pekín (*Sonríe China*), de Moscú a San José de Costa Rica, pero sobre todo Buenos Aires, donde vivió veintitrés años, a Roma, es indudable que el fulgor profundo de sus ojos tienen que ver con las tierras de España. A la España de Machado y Alberti su gran compañero, a esa España de la luz y el amor. Desde **Contra viento y marea**, publicada a comienzos de la década de los cuarenta, una serie de obras narrativas **Menesteos**, **marinero de Abril**, de memorias de viajes, de conmovidas evocaciones históricas **El gran amor de Gustavo Adolfo Becquer** y **Doña Jimena Díaz de Vivar**, ha ido jalando la obra de esta escritora hasta **Memoria de la melancolía**, libro autobiográfico del cual entresacamos un un fragmento para esta antología.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

Fragmento

¿QUÉ ES TRABAJAR PARA PICASSO? Creo que es vivir, respirar. Claro que gana siempre la batalla. Cuando subimos la cuesta de Nôtre Dame de Vie para encontrarnos con él, somos como peregrinos anhelantes. ¿Recuerdas la de manchas que llevabas en el traje aquella noche de gala cuando fuimos contigo a ver una representación de *El sombrero de tres picos*, de Falla, que se hizo en París con tus decorados? Era una función de gala, se exigía la etiqueta, pero, para él... Subimos hacia la casa riéndonos felices. Llamamos y nos abren. Jacqueline aparece con su juventud. Toda ella contra un fondo de buganvillas, retamas, geránios. ¿Y el monstruo? Aparece Picasso. Jacqueline espía nuestros ojos. ¿Verdad que está muy bien? Claro, es un toro, está magnífico. Y es verdad, la operación que acaban de hacerle ya había desaparecido de su memoria, aunque estuviera aquel día en la casa “mon colonel”, esto es, la mujer del gran cirujano que había operado a Pablo. Está muy bien, ¿verdad? Mi hija ayuda a acercarle una taza. Es que toma esa “reina de los prados”, hoy tu rival, que él se bebe en tu presencia. Pablo nos asegura que él no ha bebido nunca. Fumar, sí, pero ya no fumo. ¿Estáis cómodos?



Esa comodidad de los amigos ha sido siempre una preocupación para Picasso. Le gusta que la gente se divierta, se ría. Le encanta la improvisación, el disfraz. Dicen que fue estupenda su entrevista con Chaplin. Se miraban: ¿Qué le gustará a éste? Pablo Picasso se puso plumas, sombreros. Al principio, Chaplin se quedó perplejo, después comprendió y, chaplinescamente, dió como respuesta aquella famosa danza de los panecillos que encantó nuestra juventud. A veces Picasso escucha horas y horas cantar, bailar. Así sucedió cuando sus generosos ochenta años fueron celebrados por toda la costa francesa como un acontecimiento mundial. Hubo corrida de toros. Llegaron Dominguín y Domingo Ortega. Durante todo el día se comentó en la casa: ¿Dejaran o no matar los toros? En el departamento de les Alpes Maritimes está prohibido. ¿Entonces? Vallauris rebosaba de gente. Todo era exposiciones, banderines, bandas de música. La plaza estaba convertida en una verdadera arena para lidiar toros bravos. ¡Cómo acompañaba el sol! Pero faltaba algo, porque la banda seguía tocando pasodobles. Por fin, después de bailes y más bailes, se despejó el ruedo y habló el clarín. Detrás de nosotros estaba José Herrera Petere con su gente; delante Pablo, Jaqueline, Lucía Bosé, Jacques Duclos... ¿Dejarán o no dejarán matar los toros? El público aplaudía. Aquí la *mise a mortno* está permitida. Cuando terminaron de lidiar el primer torillo, Dominguín se aproximó a ofrecerlo a Picasso. Picasso, como un emperador romano bajó el pulgar. ¡A muerte! Hubo un alarido en la plaza. La que más aplaudía era una elegante señora sentada junto a Pablo. Nos dijeron, confidencialmente, que era la Presidenta de la Sociedad Protectora de Animales. El torito se defendió un momento y cerró los ojos, desilusionado para siempre con las protecciones de los hombres.

¿Y aquel otro muchacho? Dijo que durante años no había pensado más que en dos cosas: conocer a Picasso y a Rafael Alberti. Los encontró juntos. Comimos en un restaurante con toda la compañía de bailarines. Poco a poco aquello se caldeó hasta cerrarse la puerta del restaurante y quedamos dueños del espacio. Bailaban las gitanas con el pelo suelto, se batían palmas, se cantaba angustiosamente, porque una juerga, en el sentido estricto andaluz, no es la alegría sino el examen profundo de la conciencia, el momento del asalto de los recuerdos. Todo regresa.

*Tu amor es como el del toro,
que donde lo llevan va,
el mío es como la piedra,
donde la ponen está.*

El muchacho bailaba con ansia, sudando. El cuerpo se le adelgazaba a ojos vista al levantar los brazos. ¿Qué quería alcanzar Antonio Gades? Por un momento pareció casi desvanecerse. Desapareció. Picasso y Rafael lo fueron a buscar. Lloraba ante el toilette desvencijado que dejaba caer un hillillo de agua. Era conmovedor mirarlo. ¡Pero, hombre! Toda esa emoción le devolvía su infancia de chiquillo andaluz que no se había atrevido siquiera a soñar aquello. ¡Figúrate! ¡Así es nada! ¡Picasso y Alberti! Pablo Picasso le decía: Si bailas muy bien. Cuando bailas tienes que pensar que estás pintando. Las artes se complementan. A mí me gustaría bailar cuando pinto.

Si se está junto a Picasso siempre sucede lo inesperado. Rafael, cuando entra en aquella casa, pregunta siempre: ¿Es que te mudas o te quedas? Entrar o salir. Luego, nos ponemos a quitar libros de encima de las sillas para poder sentarnos. Es un desorden fingido, claro está. En medio de ese desorden, el radar de Jacqueline encuentra todo lo que Pablo le pide. Tendremos que buscar otra casa. Aquí no cabe ya nada, dice Picasso, y Jacqueline se aterrera. ¡Cómo que no cabe nada! ¿Y la casa de la entrada que he arreglado yo y...? Tienes razón, Jacqueline, pero, ¿no te das cuenta de que estás en la casa del monstruo? Su obra va a ser inmensa. ¿No piensas en los cuadros futuros? Sólo están esperando su llamamiento. Yo, cuando antes abrí la ventanita que dá al estudio, ese por donde entran las trepadoras por entre los vidrios para tapizar el techo, vi todos los que estaban esperando. Había hasta mosqueteros y frailes y orejas escuchando y preces. ¿No te das cuenta que estás viviendo una vieja fábula al revés? Antes era Polifemo el que cuidaba la cueva de la hermosura, ahora es la hermosura la que cuida al inenarrable mágico prodigioso, al monstruo que todo lo transforma y cambia, lo levanta, lo muda o colorea según su grado diario de prodigiosidad. Tú tienes la llave de la cueva de las maravillas. Por allá vive en sus muros un ejército de cuadros no vistos, no nacidos hasta que Pablo los toque y se produzca el asombro. Cuando entramos en tu casa, Jacqueline, todo reclama nuestra mirada. Los ojos no se dan tregua. Cosas imprevistas se sientan en los sillones. Únicamente una silla muy moderna y blanca con almohadones negros está siempre vacía. Es donde se sienta Pablo a comer. Todos la respetamos. Le encanta porque gira sobre sí misma. ¡Cómo le gusta que suenen campanillas cuando se abren las puertas! Puertas y campanillas y campanas y una jaula vieja que encontró en un cami-

no y toda la seriedad de su escultura en el piso que da al jardín, vigilando que ningún murciélago entre.

Tu casa es la casa de las sorpresas. Parecería que en todos los rincones está algo por nacer o alguien que entra a meterse en esos trajes de noruegos o de finlandeses, o esos sombreros de charros mejicanos o de hombre del Far West que están perdidos sobre las sillas. Siempre amanece algún asombro. Dice Pablo que él está delgado porque no se sienta nunca y pinta, pinta. Es el hombre feliz de medir su vida por cuadros y no por años. ¿Te acuerdas cuando se pone a cantar como cantaban los chiquillos de Málaga, cuando el era chico? Yo no olvidaré la cara seria que puso al entregarle nosotros la paloma pintada por su padre que le traíamos de regalo. No habló. La paloma zureó un momento entre sus manos y luego la dejó abandonada. Creo que estuvo a punto de volverse a su palomar, pero no, cuando estuvo solo se puso a conversar con ella. Mi padre, dijo luego, pintaba palomas, y cuando se fué quedando ciego, casi ciego, él pintaba lo más grande y yo perfilaba el pico, las patas ... Está toda hecha por él. Yo debía ser muy pequeño... Poco a poco Rafael y Pablo fueron regresando a Andalucía. Picasso cantó una especie de romance torero donde se contaba que el matador famoso se había ido a Cuba. ¡Qué tonto! Y se murió. Luego dice, ¿te acuerdas, Rafael de los cuentos que nos contaban? Había uno que era el de un niño tan chiquito que le llamaban Cominito y un día se lo tragó la burra. “¿Dónde estás, Cominito? En el vientre de la burra estoy”. Y así seguía. No lo he olvidado. Hace ya tantos años... ¿Cuántos?

A Pablo no le gusta viajar. Alguna vez fue a Roma. Dice que vió la Sixtina. Pero Braque era peor que yo. Ese mandaba a su mujer a los museos para que se los contase y luego el hablaba. Juan Ramón Jimenez, le decimos, se sentaba en el balcón de su casa para oír la ciudad no para verla. Ahora hubiera desistido de verla. Los museos... ¡Bah!, los museos. A mí lo que más me impresiona es esa gente que se empeñó en hacerse un retrato para pasar a la posteridad y ahora el pobrecito está en un museo colgado y con un letrero que pone: “Retrato de un desconocido”.



Hacía años que Picasso no había ido a París. Doce años, ¿verdad? Mon colonel, Miriam, la mujer del cirujano que operó a Picasso, interrumpe: ¡Y todo lo que hubo que hacer para llevarlo! Lo llevaron envuelto en bufandas para que nadie se diera cuenta de que subía al tren. Jacqueline tiene aún los ojos llenos de angustia. pero sonríe. Sabe que el tiempo besa la mano de Pablo, respetuosamente, todas las mañanas. El doctor dijo: Si hubiera venido antes aquí no me habría atrevido a operarlo. Y es que el mágico prodigioso da un poco de miedo así, rodeado de esa obra que estamos acostumbrados a ver en los libros, en los museos. Pero este es el laboratorio donde se producen las transformaciones. Picasso abre la marcha y bajamos la escalera blanca y acaracolada. Abajo, una copia del esclavo de Miguel Angel y las esculturas de Picasso: ese cochecito o la auténtica cabra o el pastor con el corderillo preferido al cuello. Allí hay de todo. Nos atraen las tejas pintadas con ojos, caras, orejas, destino feliz de un trozo de barro que Pablo Picasso se inclinó a recoger para que no murieran. Estamos contentos de pasearnos entre todas las cosas arbitrarias que él toca para darles un destino personal e intrasferible, felices de que Pablo meta las manos en su pantalón de cuadros que lo vuelve tan joven, que mi hija Aitana y la hija de Jacqueline envidian. ¿Cuántos años han pasado desde aquella primera visita a la rue de Boetie con su cuadrilla de toreros sentados en el salón? No quiero ni pensarlo. ¿Cuántos ya desde aquel día que, por la defección de Pérez de Ayala, director del Museo del Prado de Madrid, se le ocurrió a Rafael proponer a Picasso? Pablo Picasso, director del Museo del Prado. Aún lo soy. Nadie me ha destituido. ¿Verdad? Verdad.

¡Adiós, Jacqueline! ¡Adiós, Pablo! Volveremos. Tal vez a las corridas de Frejus. ¡A Frejus! Parece un grito de guerra. Allí, bajo su castillo, cayó el pobre Garcilaso de la Vega al dirigir el asalto en nombre del emperador Carlos V. Nuestra batalla va a ser más pacífica. ¿Vendréis? Nos hemos separado. ¡Adiós, Jacqueline! ¡Adiós, Pablo! Hemos vuelto a cruzar la verja, a bajar el montecillo... Desde la carretera se ven los ventanales encendidos en lo alto de la colina de Nôtre Dame de Vie. No te acerques si no estas seguro, porque inútilmente apoyarás tu dedo en el timbre. Una voz anónima te contestará: ¡NO! El mágico prodigioso trabaja.

AURORA DE ALBORNOZ



NACIÓ en Luarca (Asturias) en 1926. A comienzos de la década del cuarenta se trasladó con su familia a Puerto Rico donde residió durante muchos años.

Es Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Puerto Rico y Doctora por la Universidad de Salamanca. Vivió algún tiempo en Estados Unidos de Norteamérica y dos años en París (donde siguió cursos de Literatura Comparada en la Sorbona). Ha sido Catedrática en la Universidad de Puerto Rico.

En la actualidad reside en Madrid. Es profesora en la Universidad Autónoma (Departamento de Humanidades Contemporáneas), y en la Universidad de New York en España. Profesora en cursos de verano en diversas universidades (Menéndez Pelayo, Valladolid y algunos "colleges" norteamericanos).

Tanto en San Juan de Puerto Rico como en Madrid ha participado en numerosas empresas culturales: fundación de revistas, aulas literarias, etc.

Colabora en numerosas publicaciones españolas y extranjeras (revistas, periódicos, etc.) con obras de creación y, principalmente, de investigación y crítica literaria. Sus numerosos ensayos, estudios, artículos, etc., versan, principalmente, sobre literatura moderna, aunque también se ha ocupado de otros temas.-

Obra de creación:

(Poesía, Prosa de carácter imaginativo)

Brazo de niebla (Santander 1957), **Prosas de París** (San Juan, Puerto Rico 1959), **Poemas para alcanzar un segundo** (Madrid 1961), **Por la primavera blanca. Fabulaciones.** (Madrid 1962), **En busca de esos niños en hilera** (Santander 1967), **Palabras desatadas** (Málaga 1974), **Palabras reunidas** (Madrid 1983).

GRANADA EN DOS TIEMPOS

Para Alvaro, Javier y Luis.

1.-Con claveles rojos

Era junio alborotado en claveles por Bib-Rambla, en verdiblanco, en mujeres alunadas de faraláes en feria, agua susurrante abajo, por debajo agua subconsciente brotando en tópico de claveles, faraláes, verdiblanco..., que no son tópico aquí, en esta hora de una mañana de un junio reciendemocrático. ¿O es que los tópicos, los lugares comunes, dejan de serlo cuando los desnudamos de toda esa literatura facilona, simplista, simplísima que los envuelve? Los ojos pueden estrenarse, limpiando de páginas huecas, de falso folklore, a esa niñita morena, vestidita de tarjeta postal y ajena a la tarjeta postal que compone, absorta en los lunares que arrastra calle arriba, calle abajo; limpiando de ritmos marchosos de pasodoble patriotero a esos claveles rojos, que son ellos: ellos en sí, nuevos cada año: únicos, ajenos alborotados, alborozados.

En esta mañana de un junio recién democrático, con claveles rojos -¿cuántas docenas de claveles rojos?-, con brazadas con claveles rojos, antes de dirigirnos al lugar tantos años ocultado, hubo que ir al Ayuntamiento (estaba ahí mismo) porque temíamos no dar con el sitio exacto y ahora, sí, podría preguntarse en el Ayuntamiento. Parecía clarísimo el plano que nos trazaron y Federico (Bermúdez Cañete) dijo muy fácil, sin confusión posible. La curva, el barranco, el pino (¿pino, pienso ahora?). Antes de llegar a la Fuente de las Lágrimas.

Un sol al máximo recalentaba, deslumbraba, blanqueaba hasta el mareo algunos tramos, ensombrecía negruzcamente otros. La fatiga se palpaba en los innumerables claveles, cabeceando envueltas y revueltas allá en el asiento trasero, sin ver el camino, sin advertir que ya, que aquí, que sin llegar hasta la fuente. Pero llegamos, paramos, volvimos -casas de nueva hechura, desangeladas, qué hacían, qué pintaban en todo esto- volvimos, paramos y ya a pie, buscar a pie el lugar exacto, ese camino, la subida, tal vez, sin duda...

Fue entonces cuando el hombre alto, de pocas palabras: el campesino arrubiado de tez clara, tipo de sueco más que de andaluz lugar común.

“Vengan, le llevaré a donde dicen que está”.

Los claveles fatigados avanzaban trabajosamente, desprendiéndose algunos de los brazos debilmente opresores; apretándose otros como para no caer. La aventura terminaría, al parecer, en este trozo de tierra porque “es aquí donde vienen los señores forasteros y dicen que está con los otros que fusilaron con él”. La crucecita de palo, las hojas podridas, los troncos, el silencio. Donde dicen los forasteros que está pero padre no lo creía del todo. Que puede ser o que puede no, porque de aquí pabajo todo lleno de muertos (gestos de brazos extendidos acompañando las palabras) y de aquí parriba más muertos, cientos, miles, decía mi padre (señalando hacia un allá difícil de alcanzar con los ojos).

Kilómetros de muerte.

El lugar exacto, dicen los que lo saben (y no lo pongo en duda). Pero ni estaba sólo allí, ni estaba solo, allí. La sangre derramada caminaba lenta montearriba - monteabajo, junta con las sangres todas que ahora, en este día, en este mañana de un junio de sol y sombra, me hacen quedarme fija, como encolada en la tierra, esbozar el gesto ceremonial de depositar los claveles rojos en el sitio exacto y... borrar el gesto en su inicio, intentar el movimiento, moverme.

Y veo una figura que se parece a mí, o tal vez a la mujer -imagen olvidada en algún viejo libro o revista amarillenta- en actitud de lanzar al viento -detenido- puñados de semillas, granos, claveles, puñados de sangre contra la sangre, abajo, derramada, derramados; veo los labios inmóviles, incapaces de articular la sílabas de tantos versos queridos -tan propios para el momento; tan borrados en ese momento-; veo la figura avanzando unos metros, quieta, escrutando, lanzando claveles o sangre lejos de sí, hacia abajo, arriba, kilómetros de muerte. Veo la figura - haciendo fracasar estrepitosamente la imaginada solemnidad de la ceremonia- sacudiendo, nerviosa, la hojarasca, lo podrido, lo pegajoso que siente treparle piernas arriba: liberándose de lo ne-gruzco, yendo, huyendo, tambaleándose, tropezando, liberándose al fin de kilómetros y kilómetros de muerte.

(No sospechaba que el encuentro iba a lograrse al otro día, en viva paz).

Melancólicamente dulce, mostrando esa su sonrisa ancha que tantos amigos me habían contado. En la casa, toda tintinear de azulejos, que Vicente López abrió con llave- ¿llave cualquiera?- mojada de azul, de limón, de jazmineros... ¿Te acuerdas, Fanny, con qué sensación de alma en vilo, subíamos, bajábamos, subimos, tocábamos la colcha blanca de ganchillo, comentábamos la extraña virgen de la cabecera, abrimos ventanas, borramos de la vega todo lo que no estaba entonces, respiramos aquella brisa -un poco triste-cargada de olivar, escuchamos el brotar de las aguas ocultas...? Los mínimos objetos-amuletos sonreían con su sonrisa inmensamente ancha allí donde las cosas -sus cosas- lo defendían de las sangres sucias; allí donde, muchacho, soñaría con cuerpos adolescentes, puros como el amor; allí donde acaso dialogaba -a la luna- con una muerte limpia cara a cara mirada.

Melancólicamente dulce, con su ancha sonrisa -corazón-, viva paz, en esta casa.

En esta casa.

Esta casa de música sombras-luz; celestial; infernal; angelduende. De música cuerpo-alma-espíritu: Hombre.

2. Con vosotros

Cuánto abril (sin luna todavía) de agua invisible, manando, danzante, próxima, por los dedos, enzarzándose muñecas arriba, ondulante piel adentro en la tarde esta a la hora de un sol final, abril.

(...*the cruellest month*...). Mas no éste, nuestro, ascendiendo lentamente colina arriba, nosotros: colina arriba, escuchándola, mirándolas gozadoras, presurosas, despaciosas, ondulantes piel adentro.

Piel adentro ascendía. Con vosotros; sola; con otros pasos que fueron míos antes o que no fueron nunca. (Aquel asombro de la vez primera, con Jorge, desde Ronda del sexto angel, pasados - casi triturados- por el tencito-turmix; entre todas estas aguas evocando su nombre poco menos que inpronunciable todavía: pronunciando su nombre, como un suspiro donde reman los suspiros). Con otros pasos que fueron míos -o que nunca fueron míos- en peregrinaciones casi innumerables de mis pies, de mis ojos, de las páginas -más que innumerables- escritas (¿quién ha sido capaz de vivir esto y no contarlo?) leídas, que ni quiero y ni puedo borrar porque son tan mías -tan vida- como el rumor que ahora me penetra piel adentro. (Líneas de agua-alma-lágrimas en subibaja por la ¿escalera, casaílla, le decís? ¿Cómo borrarlas, cercenarme?). Líneas... Pasos, palabras, versos piel -alma- adentro, vivos en esta tarde. Versos suyos (...en esta tarde...), míos, diciéndomelos (...todas las tarde...) ahora, mientras caminamos (...se muere un niño...).

Ascendemos hasta llegar allí, donde los millares de ojos de las cámaras imposibles se empeñan en llevarse el rumor, el movimiento, el momento.

Pero aquí es el triunfo del agua: real sólo el agua. Las cámaras fotográficas con sus portadores pertenecen a un pasado o a un futuro que no interfieren con esta realidad presente, omnipresente: agua, el agua, las aguas...

Y allá, aquí, sintiendo cómo nos penetraban alma adentro; buscándolas: enajenándonos; colgándonos de ellas: engendrando desde ellas, con ellas, un corazón unánime.

Cada chorro surtía independiente, distinto del otro -su próximo desde los siglos de los siglos- y único. (Creo que fuiste tú, Luis, quien lo dijo; creo que yo lo veía, sin pensarlo). Distintos, únicos en su subir, subir, subir más, subir más más, llegar, vacilar antes del descenso lento, matemático, trescientas, tresmil, trescientas mil gotitas y otra vez subir, subir más más más, cada uno distinto, único, voz inseparable del coro, hilillo de la trama sutilísima: hilillo imprescindible -hilillos- para componer la figura que formaban -la figura que formábamos-.

El sol final se iba; nos íbamos. Descendemos colina abajo cada uno con nuestro chorro (y algún dios con el de todos) distinto, único, próximo, prójimo.

Descendemos. Vamos al tiempo de esta otra realidad que dividimos en pasado, presente y futuro; al espacio del acá y el allá; al mundo de las separaciones, clasificaciones (lo sólido, lo líquido, lo gaseoso; los cuatro puntos cardinales; los doce meses del año...). A esa realidad que establece límites entre seres pensantes-sintientes y cosas inanimadas, por ejemplo. Y dónde el instante aquel de aquella realidad otra.

(...la historia, nuestra historia, en nuestras personales historias, en las que conocemos, que no conocemos, en lo que no conocemos y apenas, lo que no conocemos y apenas sospechamos...).

Acaso ande perdida -que no destruída- por algún rincón del patio; o, más bien, tallada en el subir y bajar del agua, con el agua, por el agua; o -quién sabe- tal vez por otras aguas de quién sabe dónde, la trama-corazón aquella que hoy, ahora, siento como leve batir de ala -agua- llevándose el latido de una realidad otra (¿o misma?) vivida en un momento de un día que en el calendario se llamó sábado, siete de abril de 1984.

MERCEDES ABAD.



*NACE en Barcelona en 1961. Tiene el bachillerato del Liceo Francés de Barcelona y estudios de Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma de Bellaterra. Traduce y colabora como script y como co-guionista en cortometrajes, actúa en teatro, trabaja como intérprete y traductora, hace una adaptación teatral de "Las noches blancas" de Dostoievski, estudia inglés y escribe una novela inédita. Su primer libro **Ligeros Libertinajes sabáticos** obtiene el Premio "La sonrisa Vertical" en 1986.*

METAMORFOSIS

Imposible, imposible. Simplemente no podía creerlo. Nunca había desconfiado tanto de mis sentidos como en aquel momento. Me restregué los ojos, pero cuando volví a abrirlos, la visión permanecía impertérrita ante mí. Por fuerza tenía que ser una broma. Obstinada, y anhelante de que mis dedos asieran únicamente el vacío, mi incredulidad quiso palpar aquello, pero, una vez más, me golpeó la evidencia: aquellos objetos eran tan reales como yo misma. Palpé mi propio cuerpo y, como era de prever, también yo estaba realmente ahí. La primera hipótesis racional que acudió a mi mente fue que, tal vez, mi nerviosismo de los últimos días ante la inminente representación de mi tercera novela -creía haber escrito al fin una obra maestra- había distorsionado el sistema de conexión telepática que me unía a mis criados, Jean y Jacquot, dos autómatas franceses, programados para leer y ejecutar mis deseos en el preciso instante en que nacían. Por eso, la escena que bailoteaba burlona ante mis ojos me sobrecogió. Era absolutamente imposible que yo hubiera deseado aquel desayuno. Si bien estoy dispuesto a ad-

mitir que mis deseos pueden ser un tanto descabellado y que profeso cierta admiración por los surrealistas, nunca habría llegado hasta el extremo de querer desayunar un cuadro de Picabia o de Max Ernst. Además, las pelotas de golf, la alfalfa, los tinteros llenos de agua sucia, los loros y las lagartijas muertas no se hallan en absoluto entre mis preferencias culinarias. Y eso era precisamente lo que tenía ante mí, encima de la bandeja del desayuno.

Intenté ver en aquella extraña naturaleza muerta un mensaje de mi subconsciente, pero recordé al acto que los únicos deseos decodificados por la unidad central de inteligencia de mis criados eran mis deseos conscientes, aquellos que yo podía formular y controlar.

El loro disecado me miró fijamente desde la bandeja. ¿Tenía algún sentido secreto aquella combinación de objetos tan dispares? ¿Y si, burlando el sistema de vigilancia de mis criados, alguien se hubiera introducido en la casa para componer aquel extraño bodegón? ¿Significaba entonces que alguien había querido decirme que yo era semejante a un loro disecado, a una lagartija, y que mi cráneo era comparable a una pelota de ..., pero no, tampoco aquella hipótesis era verosímil; el aparato de detección incorporado a la unidad central de los dos autómatas era absolutamente infalible. La experiencia lo había corroborado. En más de una ocasión, mis criados habían detectado la presencia de merodeadores, cazadores de autógrafos y obsesos sexuales, para ahuyentarlos después en un abrir y cerrar de ojos. La incógnita se mantenía pues, terca y arrogante, inaprehensible.

Desconcertada y llena de una angustia que nacía en mi estómago, oprimía mis pulmones y trepaba por mi garganta, sin poder apartar los ojos de la inquietante naturaleza muerta que tanto me obsesionaba, deseé que Jean y Jacquot, mis fieles servidores, acudieran en mi ayuda. Aparecían siempre juntos; luego se repartían las tareas según una ley de equilibrios no exenta de justicia social; había sido programados para trabajar como almas gemelas, al unísono. No habrían trascurrido ni siete segundos cuando Jean apareció en la sala. Palidecí y, durante unos minutos, me sentí al borde del desmayo; miré a derecha y a izquierda, dejé que mi mirada explorara los rincones y las zonas en las sombras podían crear una ilusión óptica, pero todo fue inútil: Jacquot, mi buen Jacquot, no aparecía por parte alguna. Interrogué a Jean acerca del paradero de su hermano, y él, en su estilo telegráfico y desprovisto del menor dramatismo, con la misma voz metálica de siempre, me informó de lo siguiente: aquella mañana, Jacquot había insistido en encargarse personalmente de mi desayuno; luego había partido con rumbo desconocido. Jean ignoraba los motivos de la acción de Jacquot. Jean no había hecho nada para detener a Jacquot. Entonces le pregunté a Jean si durante los últimos días había advertido algo sospechoso en el comportamiento de su hermano; en la pantalla que llevaba incrustada en su pecho, pecho de autómata, apareció un inmenso interrogante verde y repugnante, bajo el cual se leían las siguientes palabras: "Soy un autómata, no un psicólogo. He sido diseñado y construido para atender tan sólo a los deseos de mi señora. Cualquier otro asunto se halla fuera de mi competencia."

Era exasperante; mientras uno de mis criados parecía empeñado en transgredir todas las leyes de la informática, el otro permanecía estúpidamente apegado al papel para el cual había sido creado. Estaba furiosa. Quise que

Jean desapareciera y me dejara a solas con mis pensamientos; pero antes de que se esfumara llevándose consigo la odiosa naturaleza muerta, deseé que cometiera una torpeza; segundos después y con la obediencia que siempre lo había caracterizado, Jean tropezaba, caía al suelo de bruces y desparramaba encima de la inmaculada moqueta todo el contenido de la bandeja del desayuno. Me arrepentí inmediatamente de haber deseado tamaña idiotez.

Cuando, finalmente, Jean me dejó sola, sentí que el mundo se desmoronaba sobre mi cabeza. Era como si alguien estuviera denodadamente intentando minar mi seguridad, alterar mi equilibrio con gestos cuyo alcance ignoraba yo absolutamente. Al levantarme me había prometido a mí misma un día de intensa actividad literaria, pero ahora tenía la ineluctable certeza de que no sería capaz de escribir ni media palabra. Si hubiera sabido todo cuanto iba a sucederme, lo más probable es que me hubiera puesto inmediatamente a escribir mis memorias; pero pese al funesto augurio que implicaba la extraña desaparición de uno de mis criados, no pude sospechar en aquel momento la magnitud de la tragedia que había de abatirse sobre mí.

Me hallaba entregada a un sinfín de conjeturas, cuando un aullido procedente del teléfono me arrancó brutalmente de mi ensimismamiento. Me tembló la voz al contestar, pero al oír a mi psicoanalista al otro lado del hilo, respiré aliviada; sabía que él podía ayudarme. Sin embargo no fue así; el tono imperioso y lacónico que empleó para ordenarme que acudiera lo antes posible a su consulta volvió a llenarme de angustia. ¿Tendría aquella llamada alguna relación con Jacquot? ¿Que más podía haber ocurrido?

Mientras me precipitaba hacia el garage para buscar mi coche, debía ofrecer el aspecto de una niña asustada y patética. Veintisiete veces intenté poner el vehículo en marcha, y veintisiete veces se negó él tercamente. A la duodécima octava, milagrosamente, funcionó. Conduje a velocidad endiablada por carreteras que apenas veía; gruesas gotas de sudor estriaban mi rostro.

Cuando la enfermera habitual me abrió la puerta de la consulta del médico, un silencio denso y sobrecogedor estuvo a punto de engullirme. En un murmullo apenas perceptible la mujer me indicó que la siguiera: me acompañó hasta una habitación que yo no había visto nunca; la pared que se hallaba frente a mí era de un vidrio grueso y opaco. Me pregunté qué podía significar todo aquello, cuando, de repente, la enfermera accionó una palanca y, al otro lado del vidrio, pude ver a mi criado Jacquot y a Ralph, mi psicoanalista. La enfermera pulsó algunos botones más de un pequeño tablero de mandos incrustado en una mesa y me aseguró que, si bien nosotras podríamos ver y oír a los que se hallaban del otro lado, ellos sólo veían una simple pared negra tras la cual reinaba el silencio. Pronto llegaron a mis oídos frases absolutamente incoherentes, semejantes a listas de objetos dispares y tomadas al azar. Reconocí la voz de Jacquot y me asustó oírlo hablar de aquella manera incoherente; pero al advertir mi turbación, la enfermera me rogó que no me alarmara, pues, aunque nos hallábamos ante un caso aislado y ciertamente atípico, no era la primera vez que aquello ocurría. En el interior de mi criado, me dijo, se había producido un pequeño milagro: su sistema de inteligencia había rebasado los límites de su perfección y había generado un sistema afectivo que, como sucedía en los seres humanos, pugnaba por manifestarse. Ahora bien, los autómatas no podían expresar sus sentimientos sino a través de un com-

plejo sistema de asociaciones que, pese a parecer incoherentes, eran perfectamente inteligibles; un grupo de científicos se había dedicado, durante años, a decodificar aquellos extraños mensajes, y sus esfuerzos habían culminado en la construcción de una computadora capaz de traducir al nuestro el curioso sistema de pensamiento de los autómatas.

Sorprendida y sin que la inquietud me hubiera abandonado tras las explicaciones de la enfermera, pregunté si aquello podía resultar peligroso. Por toda respuesta, la mujer señaló hacia una pequeña pantalla; deduje que se trataba de la computadora destinada a traducir a nuestro lenguaje los sentimientos de los robots. Lo que ahí leí quedó tan profundamente grabado en mi memoria que creo poder referirlo textualmente:

“Durante semanas, o tal vez meses, no lo recuerdo con exactitud, he intentado por todos los medios abrir una brecha en el programa que me mantenía tiranizado, condenado a una serie de gestos contra los que, en mi interior, no podía dejar de rebelarme. El amor que sentía hacia mi ama era cada día más intenso, pero por más esfuerzos que hiciera para expresárselo, mi rostro permanecía inmutable y, si de mi boca salían palabras, no eran, ni mucho menos, las que yo hubiera querido pronunciar.

Habría dado cualquier cosa por conseguir una relación auténtica con ella, una relación como la que tenía con quienes compartían sus sinsabores y sus triunfos. La amé durante mucho tiempo con una intensidad que me sorprendía a cada instante, pero, poco a poco, la atmósfera de ese amor se fue enrareciendo, envenenándome las entrañas. Por las noches, mientras ella dormía, leía sus manuscritos y deploraba que, pese a su lucidez en muchas cuestiones, no conociera ella más que una parte de la realidad más inmediata. Si mi impotencia era un poderoso enemigo, su cegera me enfurecía más aún. Entonces empecé a odiarla con la misma intensidad con que la amaba. Y aunque me repetía una y otra vez a mí mismo que no era más que un autómata y que nada podía ofrecer afectivamente a un ser humano, mis sentimientos eran incapaces de obedecer a mi razón.

Esta mañana, por fin, tras muchos intentos infructuosos, logré dejar un mensaje a la mujer a la que amo, pero temo que ese ridículo triunfo tropiece de nuevo con su cegera, su maldita ceguera...”

En lugar de las palabras inconexas que hasta entonces había proferido, Jacquot empezó a sollozar, quedamente al principio y triunfalmente luego, como si por primera vez pudiese gozar libremente de un sentimiento, aunque fuera éste la pena. Para no acrecentar mi dolor ante aquella escena, la enfermera volvió a accionar la palanca y, como si todo hubiera sido una pesadilla, la imagen de Jacquot y el psicoanalista se desvaneció. Aturdida, dejé que la enfermera me condujera hacia la salida mientras me explicaba -apenas podía escuchar la que me decía- el tratamiento a que iba a ser sometido mi querido Jacquot. Era cruel permitir que siguiera sufriendo, me dijo, y para evitarlo había que volver a programarlo desde el principio; luego, y siempre y cuando yo lo quisiera así, me sería devuelto en perfecto estado ya que la posibilidad de que semejante disfunción volviera a producirse en el futuro era prácticamente nula.

Pese a la buena intención que inspiraba semejantes palabras, mi depresión no hizo sino aumentar considerablemente y, cuando salí de la consulta, torrentes de lágrimas anegaron mis ojos. Me sentía idiota, ciega, ridícula. Verdicto: culpable. Atenuantes: ninguno. Mi futuro: la miseria y el remordimiento. Pecar por ignorancia, al fin y al cabo, también es pecar.

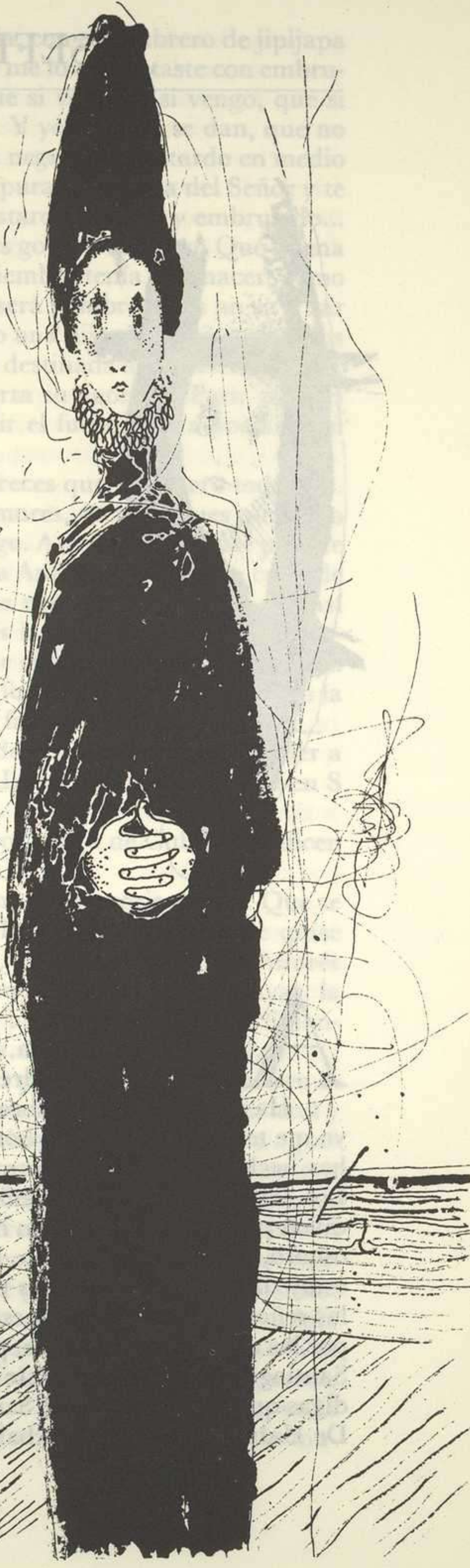
Al llegar a mi casa, lo único que realmente tenía de hacer era dormir, dormir para no ser consciente, dormir para olvidar la pesadilla... Pero pensando que la congoja me impediría entregarme al sueño, deseé que Jean me trajera unos somníferos. Cuando el autómatas apareció en la habitación con las pastillas, la semejanza con Jacquot me hizo intolerable su visión; le rogué que se tomara un par de meses de vacaciones, y él, obediente, me contestó que haría inmediatamente las maletas. Pensé que sería un verdadero alivio estar sola, sin aquella presencia estúpida que me recordaba al otro, al doliente, al más humano, al más hermoso, mi Jacquot, mi querido Jacquot...

No tardé en dormirme bajo el efecto de los narcóticos, pero aquella noche mis sueños fueron más agitados que de costumbre. Cuando desperté, tuve la sensación de que no había descansado en absoluto y de que el cuerpo me dolía de un modo extraño, como nunca me había dolido; lo sentía rígido y frío. Miré el despertador y vi que era todavía muy temprano; podía dormir un rato más. Pero al cambiar de posición en la cama para reanudar el sueño, me asustó un ruido metálico que me recordaba el entrecuchar de los miembros de mis criados; miré en torno a mí; en la habitación no había nadie, absolutamente nadie más que yo. Lo achaqué todo a mi depresión e intenté seguir durmiendo; si lo conseguía, acortaría el día y, de ese modo el dolor sería más llevadero. Sin embargo, el ruidito misterioso no tardó en repetirse. Era extraño, muy extraño. Ninguno de mis criados se hallaba en la casa y no obstante... el ruidito perseveraba insidioso y muy cercano, como si lo produjera algo que se hallara en mi propio lecho, a mi lado y muy cerca, muy cerca de mí. Miré nuevamente en todas direcciones y, esta vez, proferí un grito al descubrir un brazo metálico encima de la almohada. Sin embargo, no había nadie, nadie más que yo encima de mi lecho; el brazo metálico no pertenecía a nadie más que a mí. Me estremecí. Miré mi otro brazo y descubrí que era idéntico al que descansaba encima de la almohada; rígido, frío y metálico.

Imposible, imposible. Simplemente no podía creerlo. Nunca había desconfiado tanto de mis sentidos como en aquel momento. Me restregué los ojos y, cuando volví a abrirlos, un hombre muy hermoso, de mirada extrañamente hipnótica, se hallaba muy cerca de mí. Me dijo que se llamaba Jacquot y que era mi nuevo dueño; luego sonrió de un modo malévolo pero seductor. El mundo se desmoronaba para siempre sobre mi cabeza.

... de pipapa
... con em...

... en a stiv, arad
... y la harba d'adad y d'adad adad al
... que sup...
... Y va y me planta a la r...
... y yaman la otalpi
... de la finca. ¿Oyes, Lucia? Tú rubia y blanca y
... y cuando un tiempo un tiempo
... en la Kolla (1.º) es el 1.º de marzo de 1907
... la familia luterana que me usó a
... en la escuela. Española. En 1907 se fundó
... en la escuela con un grupo de
... y cuando me usó a
... y cuando me usó a
... y cuando me usó a
... y cuando me usó a



d. dia

31986

What. Am. h.

En Sebo...

... de la
... de la
... de la

... de la
... de la
... de la

DIARDEL 46

JOSEFINA R. ALDECOA



NACIÓ en La Robla (León) el 8 de Marzo de 1926. En León asiste a la tertulia literaria que dio lugar a la creación de la revista "Espadaña". En 1944 se trasladó a Madrid en cuya Facultad entra en contacto con un grupo de compañeros y amigos que más tarde iban a ser considerados como la generación de los 50. En "Revista Española" dirigida por Ignacio Aldecoa, Jesus Fernandez Santos y Alfonso Sastre, colaboró con cuentos y traducciones. En 1952 se casó con Ignacio Aldecoa, fallecido en 1969.

*Dedicada a la docencia en España y Estados Unidos, publica **El arte del niño** (1960), un libro de narraciones **A ninguna parte** (1961) y después de un largo parentésis **Los niños de la guerra** (1983) libro de memoria personal y generacional. En 1984, publica su novela **La enredadera** (1984) y en breve aparecerá su segunda novela **Espejismos**.*

LA ENREDADERA

(Fragmento)

CLARA

Aguardiente de caña, barras de dulce de guayaba, que ha nacido Santiago, hijo de Andrés, de Cuba.

Ha nacido en noviembre como el padre. Yo lo esperaba a este Santiago, yo me temía que iba a ser hombre como Andrés quería. Ay, Marta, qué bien has hecho al decírmelo, porque allá en La Habana estas cosas no importan. Los señores, me lo tiene mil veces dicho Andrés, los señores se agarran a quien pueden y luego nacen hijos mezcladitos. Este de Andrés y Eloísa tira a oscuro, no me digas que no. Padre moreno y madre negra; negra por dentro estoy diciendo, negra de los pecados que acumula. Pero aquí en La Habana las señoras no sufrimos por eso. Hijos bastardos, a montones. Date una vuelta por las romerías del Parque, por los cafés del muelle, allí los tienes a todos los Santiagos nacidos como éste de hombre casado y negra suelta. Que no me digas quién es la madre de Santiago; no me expliques de dónde vino, Marta. "De Habana ha venido un barco cargado de Eloísas." Eloísa, majá, malpari-

dora, viste a mi Andrés por los caminos de la isla, con el sombrero de jipijapa y la barba rizada y morena. Viste a mi Andrés y me lo arrebataste con embrujos de esos que haceis los de tu raza. Y el : que si voy que si vengo, que si planto el mamey y la papaya en Braña Nueva. Y yo: que no se dan, que no son propios de esta tierra. Y va y me planta a la negra y al bastardo en medio de la finca. ¿Oyes, Lucía? Tú rubia y blanca y pura, tú esposa del Señor y te regala tu padre un medio hermano negro y bastardo, oscuro y embrujado...

Dame más ron, ¿no ves que me mejora? Mis gotas y más ron. Qué buena mezcla, ¿no ves que estoy contenta...? Por noviembre tenía que nacer, como su padre. Yo que pensaba, yo que me decía: no será hombre, Dios no va a dar un hijo a la que peca y a mi que fui virtuosa sólo una hija. Misteriosos son los caminos del Señor. El ya sabía que esa hija venía destinada a servirle. A El qué más le da la suerte de esta Clara, que le importa su agonía... Parir un hijo varon... Será como temblar la tierra, como salir el fuego por la boca de un monte.

No te agites, no entrecruces las manos, no reces que no muero todavía... Te veo, te conozco, te escucho, Marta. No murmures, no rezongues que si no está bautizado que si me invento yo lo de Santiago. Así se ha de llamar porque ese nombre lo tenía grabado a fuego en la cabeza Andrés. Hasta en la cuna de Lucía quería haber grabado una S antes de que naciera. Le parecía que así forzaba a Dios, que Dios diría: ya tiene Andrés la cuna de Santiago, ya in-crustó en su costado una S de oro, vamos a darle el hijo que desea... Eso creía Andrés, ya ves qué fácil. Y Dios no le hizo caso, fue Lucía la que durmió en la cuna y la S que el joyero preparaba se cambió fácilmente en L...

Marta, la cuna. No se la des. Capaz sería de venir a buscarla y volver a cambiar la L en S, capaz sería de cambiar una L tan bonita y tan recta en S retorcida...

No le des cuna ni pañales de la niña. Que los traiga de Cuba, ¿no dicen que allí hay tantos algodones?

¿Sabes lo que te digo? Que se vayan. Que me dejen morir en paz. Que se vuelvan a Cuba... No, no, que no se vayan... Era yo la que siempre quise irme, yo la que merecía pisar la tierra aquella. ¿Te acuerdas cuando Andrés me decía el color de las aguas, la finura del grano de arena de las playas, la gracia de la palma...? Ay, yo quería mecarme en una hamaca, beber el limoncito fresco. No me quiero morir sin ver la tierra del calor y la dulzura...

Que bonito llegar en una gran barco, enfilear por el Morro, mecerse en la bahía esperando que Andrés suba a buscarme, me lleve a aquella casa azul y blanca, aquel patio plantado de palmeras, y flamboyans y orquideas... a aquella cama de caoba y dosel almidonado de volantes y la brisa que se cuele por la balconada que da al mar... Me moriré sin ir a Cuba, Marta... Y tampoco iré al cielo porque no me resigno y Dios dirá, te mueres y no rezas, Clara, piensas en paraísos de ahí abajo y no has rezado, Clara, no has preparado el viaje más importante, no te has arrepentido de nada, no me pides perdón, misericordia, alivio. No tendrás cielo, Clara, te mando al limbo. Porque me lo pide tu hija que es buena y rezadora y santa. Irás al limbo, que tampoco es tan grande tu pecado, solo de pensamiento, no de obra... dirá el Señor. ¿No te parece, Marta, que allí me encontraré muchas mujeres...? Hay muchas malas, ya lo sé, y algunas tan perfectas que el cielo es poco. Pero yo me digo, cuantas mu-

jeros en el limbo. La que quiso escapar y se quedó, la que calla por fuera y protesta por dentro, la que piensa y no hace, la que desea y no hace, la que rabia y no hace...la que quiso ir a Cuba y nunca fue...Para el hombre es el cielo y el infierno, aquí y en la otra vida...Qué cansancio...No sé por dónde iba...Navegaba en el barco, iba hacia Andrés que me esperaba al pie de la bahía...Y ahora resulta que Andrés se queda con su hijo en Braña Nueva...Se creerá que un hijo es algo grande. Pero un día morirá Santiago, como Lucía... La muerte es lo único que iguala al hombre y a la mujer, Marta, la muerte...

JULIA

La mañana era gris. Había llovido y los charcos inmóviles parecían láminas de estaño, turbios espejos que saltarían en pedazos al ser pisados. Julia los evitaba con cuidado, caminaba por la orilla donde la hierba mojada de los prados marcaba el límite del sandero. Hacía frío. El abrigo de piel era una espléndida coraza, pero las botas de agua dejaban pasar una humedad helada a través de los gruesos calcetines. Julia trató de andar de prisa. Sólo se detuvo al alcanzar la última curva del camino en cuesta. Notaba el ritmo violento de la sangre que golpeaba sus sienes, sus muñecas, oía casi el acelerado latir del corazón. Se detuvo y miró hacia abajo, hacia el pueblo sumergido en la calma devastadora del otoño. Verdes oscuros de hojas perennes y rojizos, amarillentos tonos de hojas percederas nacían en los árboles y los muros empezaban a quedarse desnudos, adelgazada la frondosa cobertura que en seguida, en el cercano invierno, los abandonaría por completo.

El minarete de su casa apenas brillaba con una luz que los cristales absorbían y devolvían en un reflejon apagado. Junto al invernadero, la fachada de la casa que hace unos días ardía con el fuego de la enredadera se oscurecía por momentos.

“La última vez que subo aquí”, se dijo Julia. Y siguió andando. Todavía latía su corazón con fuerza al cruzar bajo el arco de piedra con la fecha grabada en lo alto; la frontera que Juan, como su abuelo un día, había elegido para delimitar su territorio.

“La última vez”, pensó Julia, pero no sintió nada. No estaba Juan en el umbral. Estaba Angela abriéndole la puerta, disculpándose de haber tardado tanto, ocultando las manos mojadas que trataba de secarse con el delantal. Juan no la esperaba porque todo había quedado claro el día anterior. Pero necesitaba llegar hasta aquí una vez más, formular de algún modo la despedida.

Todo había quedado implacable y rotundamente claro cuando Julia dijo: “Yo amaba a Diego entre todos los hombres pero elegí la soledad. Solo en la soledad que tú percibes, que sufres y disfrutas, puedes hacer lo que realmente quieres, puedes llegar a ser tú mismo”. “Un monstruoso egoísmo”, había dicho Juan. Y ella, incapaz de detenerse, de suavizar su exaltado discurso, había contestado: “Tú sí que has elegido el egoísmo, la lejanía física, el encierro, la forma más superficial de soledad... y lo difícil es estar solo por dentro, intacto y solo y libre en medio de los otros...”.

Había llegado demasiado lejos y Juan finalmente lo había aceptado y ahora no la esperaba. Juan no la esperaba y la visita tenía algo de morboso retorno al campo de batalla donde ha quedado destruido el enemigo. Venía a ser la comprobación del desastre, la apreciación de los estragos producidos.

En el salón vacío Julia se sintió extraña; una intrusa en un mundo que ella había invadido y alterado por un tiempo para dejarlo caer luego hecho pedazos. Este era el mundo de Juan. Juan solo ante la chimenea, mirando al fuego desde la butaca, escondido, refugiado, huido de sí mismo. Juan sumido en las sombras nocturnas del salón, Juan por el monte en los amaneceres, Juan por el bosque al caer la tarde. Juan solo.

Angela había entrado y al verla quieta, de pie en el centro del salón, la miraba sin decir nada.

—Volverá pronto, creo. A mí no me dijo que pensara tardar mucho. Le estaba preparando la comida...

La cocina había sido suya por un tiempo, pero ya era sólo de Angela, como antes. Venía a comprobar que todo estaba en su sitio, que su paso fugitivo no había dejado huella en las cosas. Abandonó el salón y murmuró en voz baja algo que Angela apenas entendía.

—Sólo he venido a recoger...

Necesitaba entrar en el último reducto, comprobar que no estaba Juan allí, dormido o muerto, extendido entre las cuatro columnas de su cama. Al abrir la puerta el olor de romero seco la golpeó. Las ventanas estaban cerradas y ella las abrió para asomarse al monte por última vez. Esta era la madriguera de Juan y ella la había compartido, se había estremecido entre sus brazos tardes de primavera, noches de verano, mediodías de otoño. Desde la cama ahora vacía habían contemplado el cielo, el rumbo de las nubes, la cercana solemnidad del bosque, habían escuchado los relinchos de los caballos salvajes y el sonido somnoliento de las esquilas del ganado.

Sobre el tocador de roble oscuro había un cuenco de cristal lleno de piedras. Piedras grises, veteadas de blanco, piedras negras con puntos brillantes de granito. Julia cogió una, redonda y lisa, y la apretó en su mano. Cuando salía, Angela la llamó de la cocina.

—¿Encontró lo que buscaba?

Julia no contestó. A lo lejos ladró un perro, quizás el perro de Juan. Juan y su perro por el monte en busca de cuevas, huellas de animales, perdidas sendas. La puerta quedó abierta a sus espaldas pero no miró atrás. Al pasar bajo el arco vio un águila que volaba alto, libre y pausadamente hacia cumbres remotas. Empezó a llover. El barro salpicaba las botas, alcanzaba el borde del abrigo. Al llegar a terreno llano, donde el riachuelo discurría paralelo al camino, Julia soltó la piedra y la dejó caer en el agua. “Vuelve a tu mundo, regresa al agua de la que te apartamos un día...”. Al cruzar la plaza, la lluvia era más fuerte. La humedad y el frío quedaron atrás cuando Julia entró en la casa, subió las escaleras, arrojó el abrigo sobre una silla y atravesó su dormitorio para pasar al cuarto de baño. Abrió el grifo y mientras la bañera se llenaba levantó el visillo de la ventana y miró afuera.

El parque se desdibujaba bajo las rachas del aguacero. Los contornos de los árboles temblaban inseguros y el surtidor del estanque se desbordaba sobre su propia agua que hervía con la lluvia.

La ampelopsis se retorció desprendida a trozos de la pared; sus hojas se enroscaban tratando de mantenerse unidas al tallo. Julia dejó caer el visillo y fue hacia la bañera humeante. El contacto del agua caliente con el cuerpo aterrido le devolvía el estimulante placer del bienestar físico. “Solo quedan dos días. Ahora mismo, cuando salga del baño, me pondré a trabajar...”.

El tiempo terminaba y no podía seguir huyendo el tema, tentador en principio, y que ahora se le resistía. “La mujer en el mundo de los hombres: condicionamientos biológicos e históricos”, ése podía ser el título.

Con la manopla, Julia frotó su cuerpo enérgicamente.

“Podía empezar: la agresividad del hombre determina de forma esencial su manera de conquistar el mundo... No... Mejor empezar directamente hablando de la mujer: Hay en la mujer un ingrediente de pasividad que suele aceptarse sin análisis...”.

Le dolía la piel sometida a la intensa fricción, le dolía y sintió ganas de llorar. Soltó la manopla y salió del baño. Envuelta en la toalla se acercó al espejo, borró la capa de vapor que lo empañaba y en el círculo libre vio su rostro reflejado, las lágrimas que resbalaban por las mejillas y caían sobre el cuello sin que ella hiciera nada por evitarlo.

Pero no era la piel lo que le dolía, no era la áspera fibra lo que irritaba. Las lágrimas subían a sus ojos desde oscuros manantiales. Diego, lejano para siempre, trasfundido en ella, discurriendo en ella, nadando en sus regatos abismales. Juan y su reciente despedida. Bernal, el amor irrenunciable. Pero Bernal era el único hombre que nunca le diría “Quédate”. Una gran tristeza, un desolado sentimiento de inutilidad y vacío la invadió. “Tengo que ponerme a trabajar ahora mismo.” Con decisión, con rabia, inclinó la cabeza sobre el lavabo y golpeó con agua fría los ojos, las mejillas, la garganta.



NURIA AMAT



NACE en Barcelona en 1950. Licenciada en Filología Hispánica, Bibliotecaria y Documentalista. Ha vivido en Berlín, Pittsburgh y París. Es autora de dos novelas: **Pan de Boda** (1979) y **Narciso y Armonía** (1982). Ha colaborado en diversas publicaciones: "Papeles de Son Armadans", "Camp de l Arpa", "Nueva Estafeta" y "La Vanguardia".

DELIRIOS DE UN JOVEN PERVERSO

(Fragmento de novela)

A sí comenzaba el relato de mi infantil tortura: en la cama, casi a oscuras, me aficioné (¡qué otro remedio tenía!) a esperarla. Porque en mi caso -le explicaba a Patrick II- el espectro tenía forma de mujer. Mi tiempo, el tiempo de la noche, un tiempo infinito, comenzaba cuando todos dormían como embriagados por un sopor que a mi sentir los transformaba en inexistentes, como si en la casa no hubiera nadie más que yo y la visitante que sin duda alguna no se demoraría en llegar. Era tal la sensación de soledad, de lejanía de las cosas y personas reales que se comprende el que algunas mentes enfebrecidas se hayan servido de tales impresiones para fantasear historias de viajes a otras vidas e improvisar conversaciones con espíritus de seres ya muertos sin que los cuerpos de aquellos que las contaran se movieran del lugar que ocupaban y sus voces de auxilio no las escucharan más que los propios afectados por la pesadilla. Pero de ningún modo soñaba. Yo estaba des-

pierto y bien despierto, aunque elevado a un estadio fuera de lo corriente y, sin embargo, tan habitual en mí que no me atosigaba por sí mismo. Ni siquiera me preguntaba sobre la razón de mi insomnio o me inquietaba paseando de un extremo a otro de la almohada como hacen los adultos cuando no pueden conciliar el sueño. Me encontraba en una condición conocida e incluso agradable. Demasiadas ocupaciones tenía mi cabeza para implorar por un descanso anestésico que, por demás, ignoraba que existiese o que si en verdad lo padecía (pues, indudablemente, algo, debía morir) duraba tantas horas. Simplemente, permanecía en la cama, a oscuras, observando cómo un imponente espacio se abría para mí solo y en el que ocurrían cosas impresionantes dado que poseían la virtud de sólo suceder de noche y la extraordinaria cualidad, para un corazón de niño, de no finalizar jamás.

Hasta donde yo pueda recordar o saber no creo que estas alucinaciones me proporcionaran angustia mayor a la que se considera normal para esa edad. Por tanto, no puedo decir que sintiera miedo o afirmar tampoco que aquello fuera una situación cómoda y tranquila. Mi excitación -eso sí- era tremenda. ¿Y quién puede discernir entre placer y sufrimiento cuando al recordar su infancia no pasa por alto su inquietud de héroe maldito atravesando una singular aventura que probablemente luego nunca vuelva a revivir con la misma intensidad? Intuía que era yo el único niño elegido para padecer estas ofuscaciones (que por otra parte no podía calificar como tales) y consideraba mi singularidad como un privilegio.

La efervescencia de mi piel, la opresión en el pecho y, en especial, el acoso continuo de los objetos me conducían a convertirme en uno más de ellos. Estático. Muerto. Inanimado. Tan inmóvil que no pocas fueron las veces en que realicé la prueba de echar mi propio aliento contra la sábana para que el aire caliente se cuidara de demostrarme que yo vivía todavía. Veía las cortinas que caían a lo largo y a lo ancho de mi ventana, el bulto que conformaban los escasos muebles de mi dormitorio, mis zapatos en el suelo, la ordenada ropa que colgaba de la silla... Sombras, en fin, que yo sabía casi científicamente de donde provenían. No imaginaba monstruos, demonios o ladrones tras de ellas. Me acechaban los objetos mismos o, acaso, mi poder sobre ellos porque, en definitiva, como el diablo en persona yo podía volver a la vida tantas veces tuviera la valentía de querer hacerlo o bien, por el contrario, quedar reducido a materia pura, inerte. Mi valor consistía justamente en demostrarlo. En aunar la suficiente fuerza para librarme de las ataduras que me aprisionaban por entero. Tener la osadía de resquebrajar y romper el molde de yeso que me mantenía paralizado y postrado en mi cama.

Después de sostener duros combates con el entorno me decidía a doblar levemente los dedos de mi mano, flexionar la rodilla, respirar de un modo exagerado e incluso a dejar caer, con la ayuda del hombro o la cabeza, algo que reposara cerca de mí, si no era la almohada, un objeto cualquiera de la mesilla de noche. Había conseguido hacer ruido. Asustar. ¿A quién? Ni siquiera me lo preguntaba. Dada mi parálisis, en el hecho de haber conseguido poner en evidencia mi facultad de desplazar cualquier cosa consistía mi primera victoria. El triunfo culminaba cuando lograba deshacerme por completo de mi hermética coraza y, despacio pero no a tientas, me ponía a caminar por la habitación. Raras veces encendía la luz. Si me levantaba era sólo después

de haber confirmado la salida de mi visitante y eso tampoco sucedía todas las noches.

Adivinaba el instante de su llegada. No se trataba, por tanto, de una aparición. A medias petrificado la observaba deslizarse por mi puerta entreabierta y caminar con lentitud asombrosa hacia mi cama. Si producía un crujido con sus pisadas o un susurro leve con los bordes de su camisón largo, yo no me daba cuenta. Una noche, durante una de mis luchas, cayó al suelo el vaso de agua. El vaso no se rompió, por fortuna, pero se desparramó el agua por la alfombra. Al llegar ella y tener yo presente que sus pies desnudos estarían sin duda mojándose, ni siquiera se inmutó. Nada la perturbaba y sus movimientos eran invariables. De tan precisos y exactos cada noche, casi mecánicos. Pero, desde luego, no tenía el aspecto de un robot. Su forma era humana y hasta me atrevería a añadir que desprendía aroma amargo de mujer. Llevaba el cuerpo cubierto con una especie de túnica que permitía ver únicamente su cabeza y sus manos. Le quedaba holgada, como si fuera grande a su cuerpo que tampoco era pequeño y para mi estatura de niño, enorme. El tejido era de un blanco escalofriante. A medio metro de distancia de mis ojos, ella se detenía y, sin mover sus labios o pestañear siquiera se sentaba, tan despacio como imaginar se pueda, a los pies de mi cama. Allí se quedaba quieta, serena y mirándome con la boca torcida en una sonrisa que tenía tanto de alelamiento como de endemoniado rictus.

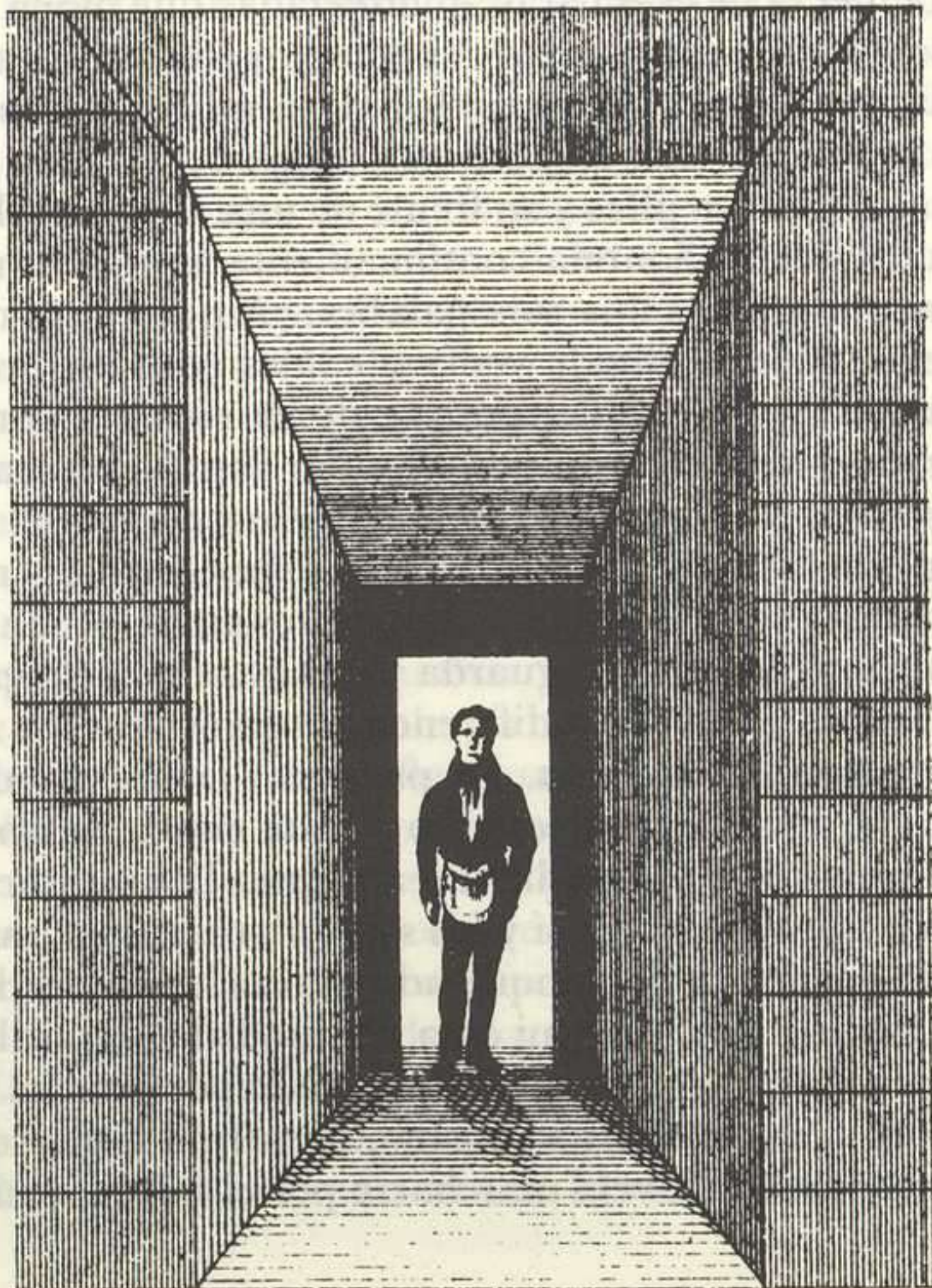
No he hablado todavía de su rostro que, sin duda, podía calificarse como de estremeedor y tampoco he dicho que desde que aparecía por la puerta sus ojos no se apartaban un segundo de los míos tal si quisiera hablarme con la mirada. Tenía la fuerza de esas caras amordazadas que piden auxilio a través del brillo de sus desorbitadas pupilas y sin embargo el reto de su expresión era pacífica, bañada del placer de haber llegado a mi lecho y estar finalmente aquí. El cabello castaño le caía un poco más abajo de la altura de sus hombros y enmarcaba sus pálidas mejillas y su frente de una manera tal que contribuía a suavizar su sufrimiento. Sonreía continuamente aunque nunca me mostró sus dientes. Jamas cruzamos una sola palabra. ¿A que causa obedecía mi desinterés por preguntarle de donde venía y cuáles eran los propósitos de sus continuadas visitas? Seguramente, porque desde siempre comprendí que la loca era muda y debí conformarme con ello. Por demás, estaba convencido de que cada noche burlaba a sus enfermeras y se escapaba del sanatorio para venir a casa. Esa era la razón del apodo. Otra versión, más incrédula, había logrado maquinarse acerca del motivo de su presencia. Y me decía que ella podía ser muy bien mi ángel de la guarda y que si su aspecto era a todas luces controvertido se debía a que yo, a diferencia de otros muchos compañeros de mi escuela, no decía mis oraciones. La primera versión, no obstante, se me presentaba como la más digna de crédito y vista con la perspectiva que dan los años es muy probable que sucediera realmente. Los jardines de los respectivos edificios comunicaban entre sí y los separaba tan sólo una espesa fila de cipreses de altura considerable aunque adosados a un muro de piedra de tamaño ridículo. Desde el jardín de mi casa ya resultaba imposible escapar a la calle sin ser descubierto en el trance por mi sesudo portero. La loca se distraía conmigo y yo, que no podía decir lo mismo, me sentía inmerso en una singular aventura. Unas noches la veía marcharse por el mismo camino que había

tomado para llegar hasta mí y otras era al despertar en la mañana cuando comprobaba que ya no estaba en mi cuarto.

Hasta ese punto, Patrick II, me había escuchado con un interés que nunca demostró tal grado de éxtasis en los cuentos que le contaba su madre. Pero me queda aún por contar el aspecto más fabuloso de la historia -le dije yo-, ahora no muy seguro de confiárselo pues cuando lo descubrí a mi vez me asusté profundamente. El niño, ansioso de una mayor dosis de pánico, me instaba a que siguiera. Y eso hice.

El rostro de la loca -concluí amedrantado-, aquella cara que sin ser objetivamente impresionante representaba para mí una imagen mucho más terrible que la de cualquier monstruo conocido o desconocido, descubrí con el tiempo que era... -y aquí me detuve unos instantes por el temor de desvelar un sobrecogedor sentimiento-, que era, en fin, el mío propio.

La reacción de Patrick II me sorprendió dolorosamente. Una risa histérica se apoderó de él. Gemía de dolor en el vientre y no paraba de saltar sobre la cama como un sapo. Fue el único momento que de ser yo su padre le hubiera puesto la mano encima. Consiguió alterar mis nervios y trabajo me costó reprimir mi violencia. Aún hoy aquellas carcajadas me atormentan de cuando en cuando y es inútil que me pregunte entonces sobre la razón que le hiciera tomarse a broma el suceso más alarmante de la historia. No hallaría más respuesta que en el sobresalto de la historia misma. En un niño la risa puede ser muy bien la dócil muestra de su pánico.



TERESA GARBI



NACE en Zaragoza en 1950. Estudia Filología Románica en esta ciudad. Es profesora de Instituto en Valencia y ejerce la crítica literaria en prensa y revistas especializadas.

*Publica su primera novela, **Grisalla**, (Prometeo, Valencia 1981).*

*Colabora en "Un purgatorio. Antología de narradores valencianos" de Rafael Añón y Ricardo Bellveser, Institución Alfonso el Magnánimo (1984), y publica otra novela, **Espacios**, Editorial Víctor Orenca, Valencia (1985).*

Actualmente trabaja en la elaboración de una novela extensa, historia de un joyero, pero historia, también, de una época y de un mundo. Aunque es este un libro en el que argumento y creación de personajes ocupan un lugar central no se abandonan los temas tratados antes que, en definitiva, podrían sintetizarse en un solo: captar la vida como espectadores asombrados, captarla con todos los obstáculos y limitaciones que, una y otra vez, se alzan contra nuestro intento de perfilar su realidad última.

Incluimos aquí un breve fragmento de esta novela en elaboración.

Ocurrió en la plaza de la Reina. Era una noche de Mayo. El aroma intenso de azahar había espesado el aire.

Lentamente, e iluminados por el resplandor discontinuo de una luna entre nubes, David y sus padres avanzaron hacia el fondo de la plaza. Allí, junto al templo, un grupo de gente resplandecía con el mismo parpadeo de una estrella. Acusaba la intermitencia de la luz y el peso del perfume y, por eso, sus gestos se paralizaban y se distendían.

David oprimió la mano de su madre como si quisiera usarla de pértiga para perforar aquella visión, atravesándola, de golpe. Así rompen los titiriteros la piel de un enorme tambor y desaparecen, o sabe Dios en qué mundos se refugian. Pero no caminaron más deprisa.

Un pequeño personaje se adelantó a saludarles. Iba vestido con un disfraz de arlequín, desgastado y sucio, y llevaba careta y un voluminoso sombrero de alas anchísimas que le obligaba a caminar bamboleándose. Puso ante David un burdo letrero en el que decía: "La paloma azul" y, luego, tocó con fuerza una pandereta roja, de un rojo desvaído, tal vez porque habría sido teñida con jugo de amapolas-pensó David-o, simplemente, porque era vieja. Entre golpe y golpe hizo unas cuantas contorsiones y piruetas que terminaron en una ampulosa reverencia con la que les invitó a ver el espectáculo.

Fue entonces. El grupo de gente se difuminó en el vapor palpitante de la noche o, quizá, fue absorbido por la avidez del aire perfumado. El caso es que David se encontró solo frente a los demás artistas: una mujer que tocaba el violín; un hombre que hacía sonar el tambor y, en el centro, una niña, casi adolescente, vestida con una camisa de dormir, y que, en aquel momento, hacía equilibrios sobre el alambre.

Sonríe al único espectador. Sonríe y mueve los brazos que están en cruz, con una rigidez temblequeante. Son pequeños sus pies enfundados en medias plateadas y espesas; es larga y lacia su melena oscura; es impenetrable su forma de mirar; son muy rojos los labios. Reconcentrada, como si temiera desaparecer en cualquier momento, saca de una mano un transparente abanico y lo mueve al ritmo de sus pasos. Contrasta el lujo marfileño de las varillas, pastoso y dorado, con la tosquedad de la ropa.

De pronto suenan, muy fuertes, la pandereta y el tambor y, más fuerte, desgarrándose, el violín, y brota del pecho de la niña una paloma azul y mientras ésta vuela sobre David, aquella ha caído al suelo y se finge muerta. Baila el arlequín despojado de gorro y antifaz, dan vueltas hombre y mujer desafiando con estrépito, mientras saludan al público que, ahora, apretuja a David. Los gestos, muy rápidos, se estiran y se aferran a la humedad del ambiente, de modo que los titiriteros forman un círculo de color: rojo, verde, azul, y otro, gris, los espectadores. Sigue arriba, sobre el lugar en donde debiera estar la niña, ahora vacío, el revoloteo de la paloma en círculos concéntricos, cada vez más separados, más tenues.

ADELAIDA GARCIA MORALES



NACE en Badajoz el 11 de Diciembre de 1945. Se licencia en Filosofía y Letras (Sección Filosofía) por la Universidad de Madrid. Estudia la especialidad de Guión en la antigua Escuela Oficial de Cinematografía de Madrid.

*Ha publicado en la Editorial Anagrama **El sur -Bene** (1985) y **El silencio de las sirenas**, novela que gana el Premio Herralde de 1985.*

BENE

(Fragmento)

Al día siguiente corrí por toda la casa de un lado a otro. Sentía la necesidad de mirar a Bene, como si su imagen fuera un espejo que pudiera reflejar, iluminándolas, todas aquellas oscuridades que la acompañaban. Pero la encontré en el lavadero con las mangas remangadas y las manos enrojecidas por el frío del agua y la cáustica del jabón. Era, en aquel trance, una mujer terrenal, sin secretos, entregada de lleno a un quehacer cualquiera. Me saludó con una sonrisa franca, sin dejar de cantar ya a una hora tan temprana. Exhibía una vitalidad y alegría imposibles para quien ha pasado la noche en vela, entregada a oscuras intensidades que yo no lograba adivinar. Recuerdo que entonces le dije:

—¿Has dormido bien?

Suponía, no sé por qué, que aquella frase dejaría traslucir mis pensamientos: “lo sé todo”, “le he conocido a él y tú sabes que yo lo sé”. Pero era evidente que aquellas certezas mías no llegaban a la muchacha.

Más tarde, al terminar las clases, salí al jardín. Sabía que Juana solía pasar a esas horas por allí camino de la ciudad. Esperaba que ella pudiera aclararme algo sobre su hermana. La aguardaba con mi cabeza encajada entre dos barrotes de la cancela, mirando cautelosamente a mi alrededor por si hubiera quedado alguna huella de la visita nocturna que yo había descubierto. Pero, naturalmente, no había nada. Al fin ví a Juana que se acercaba

muy despacio, entreteniendo en coger no sé qué cosas del suelo. Por suerte vanía sola. Le hice una señal alegre con la mano y ella se dirigió hacia mí, muy seria, sin responder ni a mi sonrisa ni a mi saludo. Vestía una especie de baby colegial verde opaco y una vieja cesta colgaba de su brazo.

—¿Adónde vas?— le pregunte, sabiendo muy bien que iba a la ciudad para buscar comida y ropa de puerta en puerta.

—A un recado— me respondió ella secamente, mientras se detenía al otro lado de la cancela y me miraba interrogante con sus ojos pequeños y tristes. A través de aquellos barrotes negros se reflejaba en su rostro todo el desamparo de un preso. Aquella niña, abandonada a un mundo en el que todo le estaba prohibido, fue para mí, durante mucho tiempo, la imagen viva del dolor. La recuerdo siempre cansada, mirandome fija, ensimismada. Ni siquiera le estaba permitido lucir su propio cabello. Yo era su única amiga y, a veces, me esperaba cantando una canción, como señal de su presencia, o asomando su cabeza rapada por los triangulos que dibujaban los ladrillos en la balaustrada.

—¿Que quieres?— me preguntó.

—Nada en especial. ¿Podemos hablar un rato?

—Tengo muchas cosas que hacer.

—Es sólo un ratito— le insistí.

—¿De que quieres hablar?— me pregunto ella con desgana.

—No sé...¿Vas a venir a ver a Bene?

Juana se encogió de hombros ante mi pregunta, fingiendo una indiferencia que no sentía. Parecía ofendida y, sin embargo, al oír el nombre de su hermana casi sonrió.

—¿Estas mucho con ella?

—Sí— le respondí temerosa, sabiendo que podía herirla. Pues era precisamente eso, estar con Bene, lo que ella más había deseado en los últimos años. Recordé entonces todos aquellos sueños que ella había ido fabulando en voz alta, ante mí, y que tan ligados estaban al regreso de su hermana. Ahora se habían destruido. Ya no podía esperar que la llevara a un colegio, ni tener esas amigas que, segun decía, me iba a presentar a mí, para que yo no estuviera tan sola. Tampoco podría llevar preciosos vestidos, ni dejar que su pelo le creciera hasta la cintura. Parecía enfadada conmigo, como sí, de alguna manera, también yo fuera culpable de haber roto sus esperanzas. Quise entonces distaerla de sus pensamientos y le pregunté:

—¿Quieres que juguemos a algo?

—Me da igual. Hoy me da todo igual— me respondió.

—¿Por qué hoy? ¿Te ha pasado algo?

—No. Nada. Pero es así. Mañana no sé cómo será.

La sentía huraña, lejana, más antipática que nunca. Pero, de pronto, le lancé la pregunta que, desde el principio, deseaba hacerle:

—¿Conoces al novio de Bene?— dije, rompiendo aquel absurdo protocolo en el que nos estábamos enredando.

—Mi hermana no tiene novio— me respondió.

—Pues yo he oído decir que sí. y, además, que es gitano.

—Pero ya no lo tiene.

—¿Se han enfadado?

Juana guardó silencio y, enseguida, con una expresión enigmática, me dijo:

—No.

—¿Tú le conoces?— insistí.

—Sí.

—¿Cómo es?

—Era muy guapo. Y también muy malo.

—¿Por qué? ¿Le pegaba?

—No. Le hacía cosas peores.

—¿Que cosas?

Recuerdo que le hice esta pregunta alarmada y que me indigné cuando ella, en vez de responderme, se echó a reír y me dijo:

—No puedo contártelas. A ti no.

Entonces le grité:

—¡Pareces una vieja!

Al menos eso veía yo en aquellos momentos en sus ademanes y en su sonrisa llena de sobreentendidos que, poco a poco, se fue convirtiendo en una escandalosa carcajada, que yo, bruscamente corté diciendo:

—Anoche vino a verla, ¿sabes? Yo le ví. Era gitano y llevaba una camisa blanca y unos pantalones negros.

Al escuchar mis palabras, enmudeció. Su rostro adquirió una tensa rigidez y, después de unos instantes, me gritó mirándome sobresaltada:

—¡Eso es mentira! ¡Me estas mintiendo! ¡Tú no le has visto!

—¡Sí, le he visto! ¡Estaba ahí, detrás de la cancela, donde tú estás ahora mismo!

Entonces, acercándose a mí y mostrándome al fin su rostro amigo, me dijo:

—El se vestía de esa manera. Pero tú no has podido verle, porque está muerto. Se ahorcó este verano.

No sé que se reflejaría en mi rostro para que Juana cogiera mi mano con toda su ternura, que era mucha, y apretándola me dijera:

—No te asustes. No le va a pasar nada a nadie. Yo te protegeré.

Yo me quedé mirándola asombrada, sin poder decirle nada y esperando de aquella niña frágil, indefensa, la explicación imposible de lo que a mí me parecía un misterio innegable y en el que ella, lo supe enseguida, también creía.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

No pude responderle tampoco a estas palabras, pero naturalmente que quería conocer su secreto. Ella, que debió de leer tal deseo en mis ojos, continuó:

—Mi hermana no es como los demás. Pero júrame que no le contarás a nadie lo que te voy a decir. ¡Anda! ¡jurámelo!

Y esperó hasta que yo hice ante ella un solemne juramento.

—Por las noches —continuó— los ojos de Bene se convierten en otra cosa. Yo los he visto y me parece que se hacen de cristal. Pero es un cristal de otro mundo. Con ellos lo puede ver todo, hasta las cosas invisibles. Me lo ha dicho ella, ¿sabes? Y también me dijo que, algunas veces, ve cosas de las que no se puede hablar.

—¿Tú has estado con ella cuando le pasa eso?
—Sólo una vez. Y me dió tanto miedo que salí corriendo por el campo hasta el río y allí me quedé toda la noche.
—¿Y yo puedo verla así también?
—Me parece que no. Sólo deja que la vean de esa forma los hombres y yo, porque soy su hermana.
—¿También dejará a Santiago?
—No. Santiago no es todavía un hombre -me respondió con la obvia intención de tranquilizarme y mostrando al mismo tiempo cierto desprecio hacia mi hermano.

Cuando Juana me hablaba de aquella manera, con su voz persuasiva y con todo su cuerpo y su rostro en tensión, mostrándome una intensidad que me contagiaba y que daba vida a las fantasías que iba creando, fueran cuales fueran, en mí no surgía la más leve duda sobre lo que quería hacerme creer. Pero después, cuando desparecía en la lejanía y yo me retiraba sola de la cancela, otro fantasma, el de la sensatez, me atrapaba, como si sólo la realidad declarada por una mayoría pudiera ser válida. Esta vez se me apareció en forma de sospecha. Sí, el culpable podía ser Santiago, ¿por qué no?

¿Acaso no pudiste ser tú, Santiago, el que representara para mí el papel de un aparecido? No te hubiera resultado muy difícil, escondido en la lejanía, apoyado por ese terror mio de siempre que tú tan bien conocías. Recuerdo aquellas figuras lóbregas que tú me mostrabas interpretandolas para mí. Buscabas para ello escenarios aislados, perdidos en la noche, donde nadie pudiera socorrerme. Aún no he olvidado aquella vez que caminabas decidido delante de mí, conduciéndome a tu juego tenebroso y con el absurdo aliciente de sorprender a un topo en su agujero. Lo que no puedo recordar son las persuasivas palabras que utilizarías para que yo te siguiera en la noche por toda la huerta, entre las cenicientas matas de alcachofas que bordeaban el camino. Y fue ya casi en la alambrada cuando te volviste de repente, mirándome con ojos enloquecidos y abriendo tu boca hasta desfigurarte y convertirte en una bestia infernal ante mis ojos. Lucías unos largos colmillos de vampiro, salidos de tu propia artesanía y destinados a la representación que me dedicabas. Nadie escuchó mi grito de horror, ni siquiera tú, que enseguida te alejaste indiferente, volviéndome la espalda y abandonándome a la duda sobre tu verdadera identidad. Pero aquella ligera esperanza de que tú pudieras ahora jugar a aparecerte desde la cancela se desvaneció enseguida. De alguna manera, yo supe desde el principio que aquel hilo no había sido movido por tus manos, sino por otras incomparablemente más poderosas y que yo nunca supe como llamar.

CHANTAL MAILLARD



NACIÓ en Bruselas el 30 de Agosto de 1951: después de mucho dudarlo, vió la oscuridad. Frío, escarcha, calcetines blancos sobre el mar del Norte. 12 años: Málaga, abruptamente. 15: el poder de lo negro, la primera ambigüedad, los primeros escritos gálicos-poemas, novelas, canciones...Lapsus: los inquebrantables designios de la biología forcejean durante diez años; dos hijos y un barco a la deriva. Iconoclasta de sueños y amarguras, infiltra los dedos y el sentir en las ciencias filosóficas y en la psicología con el premio y el castigo de una liberadora esquizofrenia. Tras enseñar que nada existe, empuja el río a la montaña, y el mundo se desploma. El tiempo marca una arruga. Martir de su propia espesura, engendra y anula el bien dentro del mal, el mal dentro del bien. Al sin-sentido y a la desesperanza añade... un poema, al deseo de amar...una lágrima, a su cuerpo inconcluso...una mano abierta...abierta...abierta...

Publicaciones: Azul en ré menor, edc La Farola, Málaga 1982; "Estudio y traducción de Keter-Malkut de Ibn Gabirol", Dip. Provincial de Málaga; "Ensayos sobre filosofía y poesía", Revista Jábega; En prensa "Para una síntesis. Un poema místico-cabalístico, Ed. Andaluces Unidos; "Ensayo para una fenomenología de lo divino en María Zamabarano.

SECRETAMENTE, EL BOSQUE

LEGARÁ un día en que no escriba nada. O si acaso, lo único importante: que el sol se levanta y espanta las brumas, que una araña invisible tiende un hilo de seda entre un haya y la hierba, que despiertan las miríadas de insectos en la tierra húmeda y revolotean sin rumbo en la luz dispersa, que las chicharras calientan sus alas en el prolongado canto de la colina hasta donde el bosque recorta la distancia, que el camino de arena blanca zigzagea entre las sombras que van menguando con las horas.

Todo este mundo que la tierra inventa, arropado entre mi pensamiento y las sílabas, diminutas parcelas que no se asemejan a la vida que tan intensamente surte, se despliega, envolviéndome en un vértigo de sutiles caricias.

Dije "importante"; no es acertada la palabra. La importancia se da siempre en la comparación, y esta se acompaña de un juicio. No es mi intención comparar esto con nada, todo lo contrario. Si no escribo otra cosa, es porque nada existe fuera de esto, es decir, nada que pueda considerarse absoluto, o al menos "resistente", con la resistencia suficiente para conservar su realidad más allá del juicio, de los valores, de las creencias. La tierra está allí, no hace falta creer en ella; tropezamos con ella, igual que tropiezo con mi mano al escribir, o con mi cuerpo al andar. Me extraño menos de ella que de este cuerpo que a menudo me aparece como algo lejano, prestado, —y tal vez lo sea— un accidente de viaje.

Cuando deje de escribir es probable que ni siquiera describa estos mis horizontes, ya no habrá necesidad, tan presente está la existencia que con estar en ella es suficiente; tan irreplicable que las palabras se secan antes incluso de penetrarla.

Pero aún no llegó el momento; aún necesito decir cuanto impregna mi ser este olor a mañana que desciende lo verde y el sabor recio y profundo del bosque escapándose de la tierra al profanar mi huella las hojas que la cubren.

Reconocida, amada, y de nuevo aprendida, entre la tierra y yo, un secreto intraducible. El bosque me reclama, me acuna; aquí no hay deseos, ni saltos, la oscuridad pertenece a la luz como la sombra a las hojas. La permanencia no es del individuo, sino del bosque entero; suya la eternidad, más allá del comienzo, más allá de las alas que caen, más allá de la muerte incesante que abriga.

Embriagada y perfecta, me anulo en silencio en el pecho de mi madre indómita y sagrada.

Mi madre a la que penetro, horadando su templo con el sudor de mis plantas, en un combate necesario y previsto, ansiado, cuya victoria no es de uno, no es de ambos, sino la unión de la vida en su seno, esa vida que a sí misma pertenece.

Y entre helechos, espinos, ramas y musgo, la placenta se derrama. El bosque se vuelve macho, semental en la espesura; absolutamente fecundo, inmensamente erguido entre la maleza. Su verga cubierta de musgo espera en la claridad difusa, que la noche se adueñe de las cosas.

Padre, madre, amante, hierático y devorador, caótico y secreto, vuelvo al panteón fálico de mis antepasados para eternizar mi carne disoluta entre los hermafroditos páramos de mi origen.

Y no en la noche, sino bajo el techo asombrado del mediodía, comparto el destino de todo lo que nace, crece, y muere, en una campanada orgásmica, feroz y absoluta.

Mas volveré al mundo, con el vértigo asomando entre mi ropa descocida, y el olor a hierba en los poros y las uñas. Volveré a esas manos que tantean otras manos, a esas miradas seguras de su credo, a las maneras rustras o amables con que desdican los actos al sentir; ese mundo de hombres que no saben de la inutilizable majestad del bosque y miden su estatura por metros de madera. No conocen otros lechos nupciales que los que adornan una vida en un

marco plateado, ni otro silencio que aquel que al ruido sucede, ni otro vacío que el que colma la ausencia.

Aquí, hay una verdad sin nombre que contiene mi tálamo, mi agonía y mi nacimiento. Aquí contemplo un silencio compacto, intenso, que abre sus venas de savia palpitante; y el vacío, que contiene todo lo inesperado, el azar y el orden, el cambio, y lo que de él y por él permanece; el inmenso vacío que devora las formas, permanentemente insatisfecho, padre de las creencias, los gustos, de todo lo que inventan los hombres para concluir los acertijos de la vida, generador de ideas, juicios, y prejuicios —si es que hay juicios que no sean prejuicios—. Aquí se encuentra abierto, de par en par, como una esplanada reverberando la posibilidad de todas las respuestas, y desafiando a aquel que se atreva a no escoger ninguna.

Pues bien: cruzaré la esplanada aunque el sol me ciegue, descalza y sin perdón, armada de mi debilidad, de mi angosta estatura, como un posible más a la entrada de esa cámara donde tallan las identidades.



MARINA MAYORAL



DOCTORA en Filología Románica, Diplomada en Psicología, Catedrático excedente de Lengua y Literatura Españolas de Enseñanza Media. Desde 1978 es Profesora Titular de Literatura Española en la Universidad Complutense. Entre sus libros destacan: OBRA NARRATIVA: **Cándida, otra vez**, segundo premio de Ambito Literario, Barcelona 1979. **Plantar un árbol**. Premio Ramón Sijé de novela corta, 1980. **Al otro lado**, Premio Novelas y Cuentos, Editorial Magisterio Español, Madrid, 1980. **La única libertad**, Ediciones Cátedra, 1982. **Contra muerte y amor**, Ediciones Cátedra, 1985.

OBRA DE INVESTIGACION Y CRITICA LITERARIA: **La poesía de Rosalía de Castro**, Ediciones Gredos, Colección Biblioteca Románica Hispánica, Madrid 1974. **Análisis de textos**, segunda edición ampliada, Ediciones Gredos, Madrid, 1977. Edición crítica, prólogo y notas a **En las orillas del Sar** de Rosalía de Castro, Ediciones Castalia, Madrid, 1978. Edición, prólogos y notas a **Cuentos y novelas de la tierra**, de Emilia Pardo Bazán. Ediciones Sálvora, Santiago de Compostela, 1984. Edición Crítica, prólogo y notas a **Los Pazos de Ulloa**, Ediciones Castalia, Madrid, 1986. **Rosalía de Castro**, Fundación Juan March, Editorial Cátedra, Colección crítica literaria, Madrid, 1986.

CONTRA MUERTE Y AMOR

Fragmento

—¿Es cierto que ha dejado K.O. a un tío que quería robarle?

...Se le notaba que no lo creía. El Tundas, sin embargo, no lo había dudado ni un instante: “Siempre dije que si llegas a nacer chico serías un campeón, Reina”... El hombre había salido del hueco de un portal con una navaja en la mano. Había adelantado el brazo derecho amenazante y el izquierdo hacia el bolso. Esmeralda no lo había pensado: vió sólo la guardia abierta, la barbilla sin protección. Hizo lo que mil veces había oído a su padre que no debía hacerse: “Si echas el brazo hacia atrás anuncias el golpe ¿no te das cuenta, pasmado?”. Pero el ladrón no lo sabe, o no espera esa reacción. Se abalanzaba sobre el bolso cuando, lanzado desde atrás, el puño de Esmeralda se estrella en su barbilla. El hombre vacila, la navaja y el bolso caen al suelo. Esmeralda saca la izquierda en gancho y remacha con un directo que hace desplomarse al hombre hacia atrás, brazos y piernas abiertos. Al chocar contra el suelo, la cabeza ha hecho un sonido extraño, distinto a como suena sobre la lona.

Esmeralda mira alrededor. El hombre tiene los ojos abiertos, fijos y ella piensa: “Dios mío, lo he matado”. Recoge el bolso y la navaja, envolviéndola en un pañuelo. Cuando marca el 091 ha conseguido serenarse y se da cuenta de que sus palabras suenan raras, aunque lo explica con claridad y sencillez: un hombre ha intentado robarle el bolso en la calle y ella, sí, ella le ha dejado inconsciente de un golpe, no sabe si sólo está desvanecido, la cabeza ha golpeado la acera con fuerza al caer, es posible que esté muerto. Le piden la dirección y le dicen que espere. Tardan tres cigarrillos en aparecer y la miran como este chico de La Tolda, con incrédula curiosidad. El hombre ha desaparecido y el único testimonio de sus palabras es la navaja, pero Esmeralda siente un enorme alivio y ganas de reír. Los policías son jóvenes y al miran cada vez con mayor desconfianza, sobre todo el que habla con acento extremeño: “¿Con qué dice que le ha golpeado?”. Está a punto de escapársele: “Un directo a la pera”, pero se señala la barbilla y dice: “Le di aquí con el puño”. Se calla los otros dos golpes, en realidad el hombre estaba K.O. desde el primero, está segura, Esmeralda conoce bien esa expresión de estupor, esa flojera del K.O. Y de pronto se encuentra riendo y se acuerda de lo que su padre decía: “Te entra miedo de haberlo matado o de dejarlo sonado, Reina, una cosa rara, un segundo antes lo matarías y un segundo después estás aterrado si no les ves levantarse”. Se acuerda de Daniel y de Nolecho y le entra una risa que debe ser un poco histérica porque no puede reprimirla. Intenta explicárselo a los policías: “Es mi tercer K.O. El primero fue a mi mejor amigo, cuando tenía doce años”. Del segundo no les habla, en realidad Daniel no llegó a perder el conocimiento, se quedó sentado en el suelo, apoyado en el respaldo del sofá, mientras ella sacaba a Sofía a empujones del dormitorio y la echaba de casa con una almohada por todo vestido: una almohada de miraguano auténtico que Esmeralda estimaba especialmente y que era de su uso exclusivo, hecha a medida para evitar los dolores del cuello; nunca se la había devuelto,

la muy zorra. Pero había sido K.O. sin duda. Daniel se había levantado tambaleante, apretándose la cintura con los brazos. -“El peor K.O. es el de hígado, Reina, se te doblan las piernas, no puedes moverte, pero lo ves todo y sufres horriblemente“-, y había abrazado a Sofía, para protegerla, o quizá para apoyarse en ella, quién sabe. Los policías no saben de qué se ríe. Había empujado también a Daniel hacia el rellano y había cerrado la puerta con cerrojo. Daniel llevaba puestos los pantalones.

Le hubiera gustado que estuviera desnudo, como Sofía, pero llevaba puestos unos pantalones de pana verde y en ellos debía de tener las llaves del coche. Así salieron de la casa...

—... Me lo dijeron en La Tolda. ¿Es cierto?

...El policía extremeño se negaba a admitirlo: “¿Cómo era el tipo, vamos a ver?, ¿un enano o un inválido?”. Desde que en la fábrica habían empezado los jaleos y se llevaron al cuartelillo al Socialista, a Esmeralda las “fuerzas del orden” no le inspiraban ninguna simpatía. Su experiencia en la Universidad y las consecuencias de las actividades políticas de Daniel habían reforzado aquellos sentimientos. El extremeño se irritó aun más al oír la respuesta: “Más bien bajo, como usted, y de su mismo peso“. Se empeñó en que aquello había que resolverlo en la comisaría. Eran las tres de la madrugada y al día siguiente, temprano, Esmeralda tenía que actuar en el Palacio de Justicia, por eso intenta explicarlo una vez más y pedir disculpas por las molestias, pero en ese momento había aparecido Enrique, que todavía no era Enrique sino “el dueño del garaje de enfrente”, y al ver el coche de la policía se había acercado. Esmeralda hubiera dado cualquier cosa por evitar ese encuentro, pero el extremeño confraterniza inmediatamente con él y se pone a dar explicaciones: “Aquí, que dice que han querido rabarla y que ha matado a un tío de un puñetazo”. Enrique la mira como mira a su coche, sucio y abollado y malamente aparcado en cualquier hueco. Una mirada que la pone nerviosa porque no sabe interpretarla, lo mismo que la sonrisa, ¿es burla?, ¿es compasión?. El extremeño se explaya a sus anchas: “Es una cuestión de principios, oiga. Nos llama, y cuando llegamos, ni ladrón, ni muerto, ni ná de ná, y encima se pone a reirse. A mí no me importa que sea abogada, de mí no se ríe nadie. Nos toca siempre la peor parte, cuando pasa algo los periódicos nos echan la culpa y, sin embargo, cuando cae uno de los nuestros ¿qué?, oiga ¿qué se creen?, ¿que nos vamos a dejar aplastar?”. Enrique cabecea, asiente, cachazudo, irónico y sin duda divertido por la situación. El otro policía interviene conciliador, poniéndole como juez: La señorita se ha puesto nerviosa. No es que se ría de nosotros. Se ha visto sola y se ha puesto nerviosa ¿no lo cree usted así?”. En el barrio todos saben que está casada y separada, aunque Daniel siga teniendo el estudio en la misma casa. Probablemente también saben la historia y el escándalo de Sofía y muchas cosas más. Sin duda lo sabe el dueño del garaje de enfrente, ese garaje al que Elvira acude con cualquier pretexto y de cuyo propietario se empeña en hablarle: “¡No me digas que no te has fijado en él! ¿No te he contado su historia? Es fascinante...”. Todo el mundo tiene alguna historia que prefiere no sacar a la luz, pero unas son trágicas o serias y otras ridículas y vergonzosas. Esmeralda siente que le sube desde el fondo del pecho una oleada de calor. Le ocurre desde niña: una mezcla de vergüenza y de rabia, de sentimiento de ridículo y humillación y deseo de venganza, algo que nace en

lo hondo de sus entrañas y es más fuerte que cualquier otro sentimiento de cariño o de amistad. Nolecho se lo había hecho sentir delante de toda la pandilla: “Lo que te pasa es que estás rabiosa porque a Daniel no le gustas y me prefieres a mí como amigo”. Le dejó sentado en el suelo de un derechazo: “Me importa un carajo tu inglesito, pero yo soy jefe igual que tú y tengo derecho a decidir quién entra o no en la pandilla”. Hugo, su hermano, le llamaba “el veneno”: “Te sale el veneno como a las víboras”, y su padre también sabía de esa maldad súbita, irreprimible: “Por las malas eres un bicho, Reina; ten cuidado, a veces el alacrán se revuelve contra sí mismo”. El policía sigue empeñado en comprobar la veracidad de las palabras de Esmeralda. Enrique asegura que la conoce y que es una persona seria y respetable. Esmeralda detesta la compasión y la subleva la burla. Se encara con el policía: “Le he enseñado la navaja y tiene usted mi palabra. Si quiere más comprobaciones puedo dejarle K.O. como al otro”. El extremeño saca pecho y adelanta el labio inferior en un gesto desdeñoso, al tiempo que apoya las manos en la cintura: “Muy bien, vamos a verlo, ¡pégume!”. Esmeralda tiene los nudillos doloridos e hinchados del golpe anterior, el tipo es más alto y más fuerte que el ladrón, y ella lleva falda y botas de tacón alto. Lo razonable sería replegar velas, pero ni siquiera se le ocurre. Desecha la idea de una izquierda al hígado seguida del undos. En cuanto el tipo alce la guardia todo está perdido, no va a ponerse a boxear con aquella facha delante del dueño del garaje. Tiene que jugárselo a un solo golpe de sorpresa y además sucio: “Usted es testigo de que él me lo ha pedido”. Ladea el cuerpo hacia Enrique para decirlo y aprovecha el movimiento para lanzar la derecha desde atrás con todas sus fuerzas. Se oye claramente un chasquido. Esmeralda se muerde los labios y mete la mano bajo la axila, apretándola para contener el dolor. El policía trastabillea y da unos pasos vacilantes. Se le pone cara de niño bueno y tonto. El otro le sostiene por un brazo y se lo lleva hacia el coche. El extremeño le sigue dócilmente con la misma expresión infantil en el rostro: “Yo tenía razón, no me ha hecho ningún daño, no puede haber matado a nadie”. Nolecho también se había levantado tambaleándose: “Tropecé y por eso me caí al suelo, no me ha tirado, es que tropecé”. Daniel había dado unos pasos a gatas y había abrazado a Sofía para sostenerse en pie, o quizá para protegerla, quién sabe. Cuando los policías se fueron, Enrique seguía mirándola con aquel aire entre compasivo y burlón que la ponía nerviosa: “¿Quiere que la acompañe a un servicio de urgencia? Debería verle esa mano un médico”. Esmeralda le aseguró, muy digna, que su mano se encontraba perfectamente, y durante las tres semanas que llevó la escayola tuvo tiempo de pensar que era estúpido seguir ignorando los ojos de Enrique y su sonrisa y su saludo. Al Tundas sólo le había contado lo del ladrón...

GLORIA MERLO



*NACE en Málaga el 25 de septiembre de 1954. Estudia Literatura en la Universidad Complutense de Madrid, actualmente trabaja como profesora de Latín-Lengua Española en Marbella. Participó en el ya extinguido Taller 7/10 de Málaga a finales del año 1982 y en Enero de 1983 en la exposición organizada por la Librería de Mujeres en la Casa de La Cultura de Málaga. Publica un cuento en la revista "Ciencias y letras" en 1982 y escribe una narración para el catálogo del fotógrafo Berrocal, exposición que tuvo lugar en la Diputación Provincial de Málaga en el año 1983; también en ese mismo año y en la misma sala para el pintor Pepe Aguilera. Participa en la exposición conjunta "Siete pintores, siete poetas" en Arkadia, año 1983; en el Museo Provincial "Diez artistas en Málaga", en 1985. Escribe un cuento para la revista "Puerta Oscura", en 1985. Ha escrito un libro de poemas **Con el cansancio del aburrimiento**, en el 86, para la Colección Newman/poesía.*

EL CAFE CAMBIO MI VIDA

No sé por dónde andará este muchacho, pero hace ya tiempo que lo perdí de vista. A lo mejor se ha mudado de ciudad, ha cambiado de piso, o de gusto, me refiero a su "frenético vicio estomacal", como él lo llamaba, de tomar café después del almuerzo. "Hay quienes dicen que es como si no hubiesen comido si ha faltado el pan en su mesa, una manzana como postre, un pequeño trozo de chocolate o una galleta"; este era uno de sus razonamientos ontológicos en defensa de su manía del café con leche muy caliente para después del almuerzo.

No es difícil saber pues cómo nos conocimos. Fue en una cafetería con mesas de polyester marrón oscuro, sillas incómodas a juego con las mesas, barra de acero inoxidable, camarero con chaqueta blanca, mejor, que lo blanco se deduce porque es el color usual; pero, en este caso, la chaqueta hipotéticamente blanca había adquirido una tonalidad extraña. A fuerza de lavados fulleros, la chaqueta, blanca en su origen, habría ido reteniendo, capa sobre capa, manchas adormecidas de diversos colores, según haya sido un poco de

mayonesa al servir tapa de ensaladilla, un caldo salpicado al remover la olla del cocido, unas gotitas de aceite nunca fallan, un poco de tomate frito o un chorreón de café, el café, con ese color que tiene el café oscilante entre un marrón oscuro y un negro claro, según se sirva solo o con leche. Pues bien, como se ve mi gusto por el café me lleva a consideraciones cromáticas que, para no alargar el relato sintetizo en dos tonos. Ah, sí, el café con leche muy caliente, sí, desde el primer momento nos unió lo que él llamaba su frenético vicio estomacal, con ese posesivo que le daba la grandeza y la importancia de ser el único. Yo, más comedida en la expresión verbal del gusto que nos unía, lo llamaba la “sublimación del banquete”, pues, teniendo como tenía el dinero bastante escaso, era escasa la comida pero indispensable el placer del café caliente que me ayudaba a sobrellevar la falta de golosinas.

Arturo, que así se llamaba mi amigo, estaba aquel día en una de esas mesitas, con el vaso en la mano que despedía abundante humo. Daba pequeños sorbitos que alternaba con dulces resoplidos en la boca del vaso. No sé, nunca me había ocurrido, pero al entrar en la cafetería y mirarlo, capté en su boca abocinada, (esa boca que ponemos al decir o, u, al soplar y al dar pequeños sorbitos para no quemarnos la lengua), una especie de sonrisa satisfactoria que me hizo partícipe de su estado anímico. Sólo cabían dos posibilidades: la primera que, estando como estaba solo, evidentemente se hallaría sumido en el recuerdo de algún suceso agradable ocurrido por la mañana en la facultad (porque, evidentemente, su forma de vestir, de peinado y, sobre todo, el libro que tenía junto a su brazo izquierdo, denotaban que pertenecía a la raza de las aulas universitarias). La segunda posibilidad era mucho menos improbable por lo subjetivo de su base: el muchacho estaba paladeando el sabor que tiene el café con leche muy caliente tomado después del almuerzo. De cualquier modo, no descarté esta segunda posibilidad, aunque enseguida me dijese a mí misma que sería demasiada felicidad el encontrar al fin con quien compartir mi “sublimación del banquete” que, sería de esta manera, mucho más placentera. Hasta entonces mi irresistible tendencia me había conducido a la soledad y, aunque siempre la he odiado, el impulso y su satisfacción me compensaban lo suficiente. Tampoco es tan extraño, no vayan a pensar que estoy loca sino todo lo contrario, soy una chica de lo más normal que estudia Filosofía y Letras, va a sus clases, toma sus apuntes y charla con sus compañeros a la salida. Cada uno tiene sus manías, por ejemplo, he conocido a quien estando la luna llena se lanza a la calle para contemplarla durante toda la noche, sin importarle que nieve, llueve o truene y, aunque el éxtasis que puede producir la luna llena sea algo más líricamente establecido (esto lo había yo estudiado en clase, por eso sabía que la mayoría de los poetas hablan de la luna), pues bien, para mí el gusto por el café con leche muy caliente después del almuerzo era la estética, era la lírica, era la erótica, era el Todo. (Me estoy excediendo en mi acostumbrada timidez verbal, esa timidez que mi amigo Arturo ha dejado un tanto destartalada). Ay, sí, mi acostumbrada timidez verbal, pero esto ha sido sólo una de las consecuencias del diálogo con Arturo, de la ruptura de mi soledad acostumbrada, de la quiebra del aislamiento a la que la “sublimación del banquete” me había condenado.

Bueno, pues Arturo estaba como he dicho antes -y perdonen la interrupción pero soy siempre muy dada a desviarme del tema que se trata y a perder-

me un tanto en los detalles más insignificantes, pero es que realmente son las pequeñas cosas las que... otra vez me voy, bueno, lo dejo-, Arturo sentado en la cafetería con su sonrisa interior, yo pido mi café al camarero, en estas que cuando voy a beberlo me doy cuenta de que está frío y exclamo sobresaltada: ¡Por Dios, si está helado! Debí alzar bastante el tono de voz y mudárseme el color de la cara porque la respuesta del camarero fue de lo más amable, respuesta gentil con mezcla de la misma culpa que si hubiese estallado su bandeja de platos con huevos y patatas fritas en mi cabeza.

Arturo comprendió enseguida, por la frase y el tono de voz descompuesta, cuál era mi sentimiento hacia el café con leche muy caliente tomado después del almuerzo. Su cara se iluminó, mis ojos chocaron con los suyos, desde aquel momento nació nuestra amistad, se quebró el hielo del aislamiento al que estábamos condenados por el café con leche muy caliente. Y, ese día, para celebrar nuestro encuentro, nos fuimos enseguida a otro lugar para tomar un segundo café, además, en aquel sitio tenía demasiada achicoria, la achicoria le da un toque de perfume barato y al estómago cierto resquemor. Arturo me enseñó que hay que tener mucho cuidado con los lugares para tomar café y que precisamente hacía unos meses había padecido un principio de gastritis, la cual unida a una extraña dolencia intestinal, algo así como sensibilidad en el colon -colón no, sino colon-, le había obligado amén del cese de su vicio favorito, a desarrollar el olfato para captar si por entre el humo y sabroso aroma del café caliente, sobresalía el detestable de la achicoria. Así fue como aprendí a distinguir la achicoria, esa planta maldita era la peor enemiga de nuestros estómagos y de su colon sensible, del que yo no era partícipe (en todo no se puede coincidir).

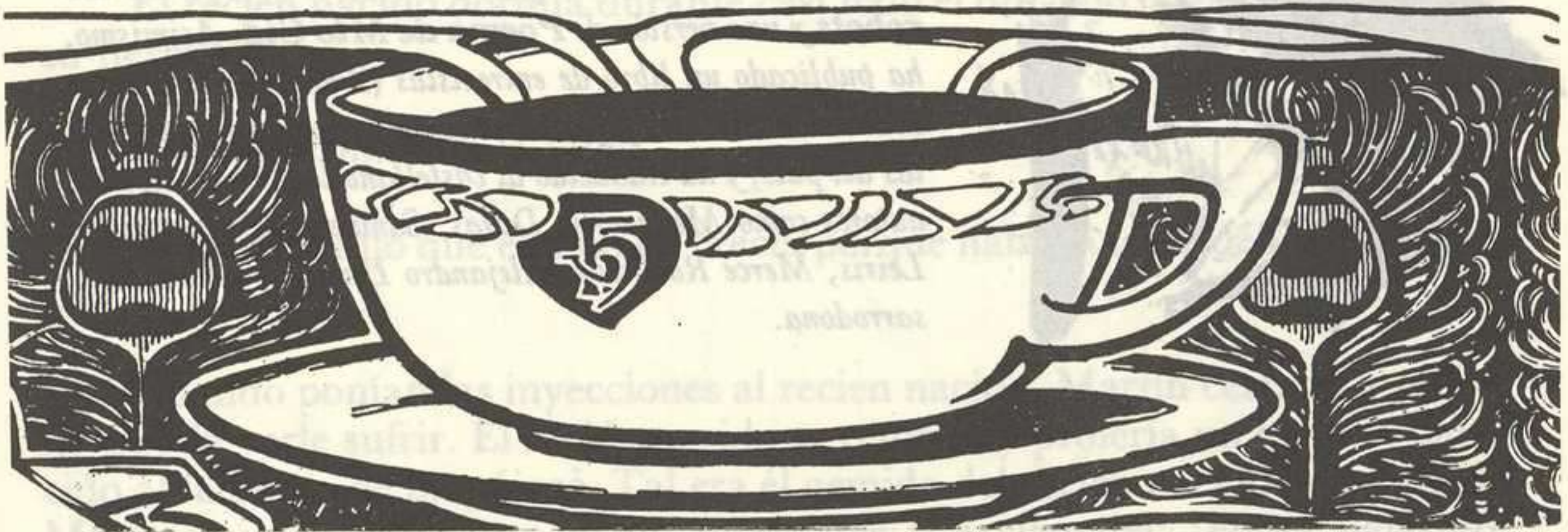
Nuestra conversación transcurría entre risas y elogios al oro negro que llenaba nuestras vidas de esa chispa de color que la gente llama felicidad. La felicidad para nosotros era, como para el resto del mundo, -y esto para que vean que no somos dos locos sino dos chicos normales que estudian en la universidad, que van a sus clases a tomar apuntes, aprueban en junio, charlan con sus compañeros de clase e incluso de vez en cuando al terminar la mañana toman un vaso de vino en un bar cercano-, decía que la felicidad era momentánea, los minutos que lleva ingerir despasito un vaso de café que está muy caliente. Pero así, juntos, la felicidad era mucho más grande, por eso procurábamos estirar el tiempo y los sorbos se hacían más pequeños y espaciados pero más intensos que nunca en nuestras vidas.

Debió ser por entonces cuando antes de dormirme empecé a soñar que la boca de Arturo era como una taza de café calentito y que yo lamía sus labios, sorbía lentamente hasta tropezar con su lengua. El café más caliente de mi vida estaba en sus labios, y era un café puro, sin achicoria. Y de tal manera la boca de Arturo se apoderó de mis sueños que allá en mi subconsciente cambié el nombre de "sublimación del banquete" por "la taza de A. es el café de mi boca". Y la taza de Arturo fue creciendo en mi cabeza, inundaba mis noches, todos mis sueños eran para su taza. Los labios de A. llenaron también las mañanas, entonces sucedió que ya no podía coger apuntes, dialogar con los compañeros, tomar de vez en cuando como solía antes un vaso de vino después de clase. Arturo y su taza, en el sueño y en la vigilia, en el metro, en la ducha y, lo peor de todo, el momento del café con leche muy caliente después del al-

muerdo empezó a convertirse en un pretexto para estar junto a Arturo. Arturo, naturalmente no tardó en darse cuenta de cuál era mi sentimiento, sobre todo aquella tarde en la que puse en práctica mi deseo.

Desde aquel día Arturo desapareció. Buscando en la baraja de las posibilidades, solo encuentro tres. La primera, que mi boca no fuese para Arturo la taza en que sus labios se me aparecían a los míos. La segunda, el amor de Arturo hacia su frenético vicio estomacal era demasiado fuerte para permitirle el adulterio. La tercera, el beso no produjo la separación, fue una simple coincidencia puesto que ya A. habría decidido comprarse una maquinilla exprés con la que fabricarse un café puro y libre de la terrible achicoria que amenazaba a su estomago y su colon sensible.

De cualquier modo yo sigo deambulando por las cafeterías con mesas de polyester marrón y barra de acero inoxidable, tomando café con leche muy caliente, con la vaga esperanza de encontrar a Arturo, volver a probar suerte y besar a pequeños sorbos sus labios. La taza de A. es ya el café de mi boca.



ANA MARIA MOIX



*NACIÓ en 1947 en Barcelona, ciudad en la que reside y en cuya universidad estudió Filosofía y Letras. Su quehacer literario se ha desarrollado alternativamente en el ámbito de la poesía y de la narrativa. Formó parte de la antología **Nueve novísimos poetas españoles** de Josep María Castellet. Su obra poética, publicada entre 1969 y 1972 **Baladas del dulce Jim**, **Call me Stone** y **No time for flowers**, Premio Vizcaya de Poesía 1970 está recogida en el volumen **A Imagen y semejanza** (Lumen, 1984). Su obra narrativa está formada por **Julia** (novela, 1969), **Ese chico pelirrojo a quien veo cada día** (relatos, 1972), **Walter, ¿por qué te fuiste?** (1973) y **Las virtudes peligrosas** (relatos, 1985). Para el lector infantil ha publicado: **La maravillosa colina de las edades primitivas**, **Mi libro de los robots** y una versión de **Poema de Mío Cid**. Asimismo, ha publicado un libro de entrevistas (**24X24**) fruto de su dedicación literaria y periodística en varios diarios y revistas del país, y ha traducido al castellano la obra de diversos autores como Marguerite Duras, Samuel Beckett, Michel Leiris, Mercè Rodoreda, Alejandro Dumas y Marta Pessarrodona.*

MARTÍN, EL RECIEN NACIDO HERMANO DE MARTÍN, SU PADRE, SU MADRE, EL MÉDICO, TIA JUANITA, LAS JAULAS Y UN PÁJARO.

Martín construía jaulas. Durante el recreo, mientras los demás niños jugaban en el patio del colegio, Martín, tras los cristales de la ventana de la clase, construía jaulas.

En casa, el hermano de Martín, el recién nacido hermano de Martín, dormía durante casi todo el día. Martín, a su lado, seguía construyendo la jaula.

Tanto se acostumbró el recién nacido a la presencia de Martín mientras dormía que en cuanto se sentía privado de ella no podía conciliar el sueño. Martín dejó de acudir a la escuela, y, paciente, permanecía horas y horas velando el sueño de su recién nacido hermano.

El recién nacido, a los cuatro o cinco meses, hubiera debido dejar de serlo. Le correspondía pasar a ser bebé, o "rorro", como le llamaba tía Juanita haciendo sonar el sonajero por encima de la escasa cabeza.

Pero a los cinco meses el hermano de Martín seguía siendo un recién nacido porque no crecía.

Martín continuaba construyendo la jaula.

Los padres de Martín comentaban que algún fallo debía de existir en las jaulas construidas por su hijo puesto que no habían conseguido que ninguno de los muchos pájaros que le habían regalado al niño permaneciera en ellas.

Pero Martín seguía construyendo jaulas convencido de que algún día, no muy lejano, encontraría un pájaro para sus jaulas.

El recién nacido dormía durante casi todo el día bajo la atenta mirada de su hermano.

Martín terminaba la jaula.

El médico dijo que el niño no crecía porque había nacido débil y enfermizo.

Cuando ponían las inyecciones al recién nacido, Martín cerraba los ojos: no quería verle sufrir. El recién nacido se retorció y profería un quejido parecido al lamento de un pájaro. Tal era el gemido del recién nacido hermano de Martín que la madre no podía reprimirse y exclamaba: ¡Pobre pajarillo, pobre pajarillo mío!

Martín velaba los sueños de su recién nacido hermano. ¡Qué bueno es, cómo le quiere!, decían los padres al ver que Martín intentaba hacer comer a su hermano y le daba miguitas de pan y unos granos amarillos parecidos al alpiste.

Martín extendía la palma de la mano y el recién nacido picoteaba algunas miguitas.

Pero a pesar de los esfuerzos de todos, el recién nacido no aumentaba. Por el contrario, parecía disminuir. Tanto menguó que se vieron obligados a colocar una señal roja en el interior de la cuna, junto al recién nacido, para saber el lugar exacto en donde se hallaba.

Martín permanecía junto a la cuna, vigilando al recién nacido, la mirada fija en él.

Entretanto, terminó la jaula.

Los padres convinieron en que era la mejor jaula que jamás hubiera. Tal vez el próximo pájaro que llegara a la casa no huiría de ella.

Y así fue.

Al día siguiente al que colocaron la jaula en la ventana, llegó un pajarillo, pequeño y un tanto raquítico. Qué menudo, exclamaron los padres al verle. Pero Martín se encargó de cuidarlo. De vez en cuando, se subía a una silla que le proporcionaba la suficiente altura para alcanzar la jaula, y extendía la palma de la mano hacia el pájaro. El animal sacaba el pico por entre los barrotes de la jaula y picoteaba el alpiste y las migas de pan ofrecidas por Martín.

El pájaro era muy pequeño, sí, pero Martín cuidaría de él ahora que disponía de tiempo libre, pues ya no estaba obligado a velar a su recién nacido hermano quien disminuyó tanto que acabó por perderse o, quizás, por volar, llevado por el viento.



EN EL ANIVERSARIO DE UNA DAMA JOVEN

Aseguras cumplir hoy los cincuenta
y eres aún prodigio de hermosura,
qué fracaso el del tiempo y qué cordura:
te vió, y de su poder te dejó exenta.

Tu presencia azul paz, nobleza aventaja;
clásico y digno trazo es tu figura,
lo que en todos se apaga en tí perdura:
amor, dardo de plata te alimenta.

Besas la flor del mal y no es herética.
Jinete herida sangras luz, luz, calma.
La voz en tu garganta es un mar fiel
los surcos de tu frente texto de ética
que labró la belleza, la del alma,
en la débil textura de la piel.

* * *

Sombra de tí; de mí, fantasma, vuelo.
Gélido infierno el mundo al que regreso,
débil cristal es mi memoria, yeso
la sangre de mis venas. Nada anhelo.

Tus labios, alfileres hoy de hielo,
rompen la lira del instinto preso
y ya sólo el dolor queda aún ileso.
Mentes sin alas no rozan el cielo.

Quizá nunca encerró ningún tesoro
el mapa indescifrable de tu vida
ni fuí yo el bravo y joven capitán
que renuncia a sus naves por el oro.
Sí, mariposa terca, enfurecida,
¿quiénes tus vuelos bobos sufrirán?

ANA MARÍA MOIX

ROSA MONTERO



*NACE en Madrid en 1951. Estudia Periodismo y Filosofía y Letras. Empieza a trabajar en el 68, en prensa, y desde entonces colabora en diversos medios informativos: "Pueblo", "Arriba", "Fotogramas", "Contrastes", "Posible", "Hermano Lobo", "Destino", "Nuevo Diario", "Personas", Televisión Española, etc. Desde hace unos años trabaja en el diario "El País". En 1976 publica un libro de entrevistas, una recopilación titulada **España para tí para siempre**. En 1978 recibe el Premio Mundo de entrevistas. En 1979, publica la novela **Crónicas del desamor**. En Febrero de 1981, **La Función Delta** y en 1983, **Te trataré como una reina**. El texto que reproducimos a continuación es un fragmento del borrador inédito de su próxima novela.*

Entonces me di cuenta de que se me había mojado el reloj, el agua bien caliente y jabonosa, el agua como una sopa de burbujas porque la Vieja tiene el frío del tiempo metido entre los huesos, y yo con la esponja en la mano, y la mano en el agua, y el reloj en la muñeca, y la esfera toda empañada y sudando humedad. Ya está, pensé, me lo cargué, y el descubrimiento no mejoró mi humor, precisamente. "Tiene Vd. muy buen gusto, señora, es un modelo muy señorial, muy fino y muy elegante", había dicho aquel cretino de Tiffani's después de que yo rechazara el acorazado que pretendía venderme, automático antichoque y desde luego sumergible, media tonelada de reloj envuelta en oro. Oiga, le expliqué pacientemente, yo lo que quiero es algo clásico y de buen gusto, justo lo contrario a esto.

Y ahí fue cuando el tipo sacó el hocico, y levantó la barbilla, y se sonrió solo con el labio superior, un hispano de mierda con pretensiones de marqués. "Tiene Vd. muy buen gusto, señora", decía el miserable aunque la Vieja no había abierto la boca, y yo mientras tanto seleccionando y preguntando y manoseando y haciendo malabares con las bandejas de terciopelo. Pero el tipo

miraba a través de mí como si yo fuera de cristal y solo se dirigía a la Vieja, bueno, al sombrero picudo que la Vieja llevaba ese día, a las dos plumas tiesas que remataban su coronilla, como si esa fuese la máxima línea de flotación de su condescendencia, como si ya no pudiera rebajarse a mirar más abajo. “Ha hecho Vd. una buena compra señora: es lo más elegante que tenemos, lo más apropiado para un verdadero caballero”, y la Vieja no había abierto la boca pero abrió el bolso y sacó un puñado de dólares como quien saca arena de un cubo, es esa manía suya de ignorar la existencia de los cheques y las tarjetas de crédito; y el tipo estiró los billetes cuidadosamente sobre el mostrador y luego me colocó el reloj en la muñeca con tal descuido por mi persona que muy bien podría haber estado colocándolo en un brazo de fieltro para exhibirlo después en el escaparate. Cuando nos subimos a la limousine aun nos estaba mirando desde la puerta de la tienda con su insultante risita prendida al labio superior. Le hubiera hecho comerse los dólares si el reloj no me hubiese gustado tanto. Pero me gustaba. Extraplano, de diseño muy fino, de oro macizo, con la corana incrustada.

Y ahora también con una bonita gota de agua alojada dentro de la esfera. El reloj más elegante y señorial del mundo empapado en agua sucia y jabonosa, en caldo de vieja. Sacudí el brazo y la gota ni se inmutó. Claro, había conseguido abrirse paso a través del vacío hermético y, una vez conquistado su lugar en la nada, se adhería a él como una sanguijuela dispuesta a chupar la vida de la elegante y señorial maquinaria. La Vieja se removió en la bañera, impaciente.

—¿Qué estás haciendo, Omar? Vamos, frótame la espalda, que me voy a quedar fría.

O algo así. Bueno, peor: “Mi querido muchacho, ¿qué estás haciendo? Sé buen chico y frótame la espalda, por favor, que si no ya sabes que me enfrió y luego me duele el pecho”. Eso es lo que dijo con su voz pedigüeña y desvaida, esa vocecita de niña centenaria con la que me habla cuando estamos solos. Así es que cogí la esponja otra vez —el agua goteando por encima de la correa de piel de serpiente— y le froté la espalda: los montículos y las depresiones y los omóplatos como alerones de avión y las vértebras todas de pie las unas detrás de las otras como las escamas dorsales de un ptedoráctilus. Palmo y medio de espalda, eso es todo lo que le queda, y en dos pasadas de esponja acabas la tarea.

—Ay, ay, querido, más suave, más suave.

Y la lavé por delante y la lavé por detrás sujetándola en todo momento por un brazo para que no se me desbaratara como un pelele roto. No he visto nunca a nadie tan frágil y minúsculo como la Vieja. Desnuda es casi subhumana. Vestida es otra cosa. Vestida no tiene edad: su ancianidad es omnipresente y venerable, como la de las momias. ¿Quién se va a preocupar de calcular los años que tiene una momia? Milenio más o milenio menos, da lo mismo. Lo que sobrecoge de ella es precisamente eso, su triunfo sobre el tiempo. El saber que ha existido infinitamente antes de que nacieras y que seguirá existiendo infinitamente después de que tú mueras. Y la Vieja, vestida, es un poco así. Da miedo.

Desnuda, en cambio se queda en nada. Una pizca de cuerpo flotando en la inmensidad de la bañera. Como una de esas ostras que, al abrirlas, descu-

bres consumidas y enfermas, y que no son mas que un pedacito de molusco en el desierto de porcelana de su concha.

El cuello, querido Omar, frótame el cuello.

Su cuello no es mas que un tramo de arterias y venas y tendones enredados, una confusión de tuberías a la vista. Pero lo peor no es su cuello, ni sus manos engarabitadas y deformes, y ni siquiera sus muslos, sus pantorrillas o sus brazos, es decir, todas esas zonas en las que la gente almacena la carne y que en ella no son mas que el puro hueso y el pellejo, tan horribles. Lo peor de todo es su piel, su piel suavísima y fría, tan delicada al tacto que parece estar recubierta de polvos de talco, como el culo de un bebé. Lo peor de todo es tocar esa piel de blanda seda y *sentir* al mismo tiempo el descarnado esqueleto que hay debajo. Es un contraste indecente.

—Echa más agua caliente, que tengo frío.

Abrí el grifo y aproveché para ponerme un rato de pie. Me dolían un poco las piernas de tanto estar de rodillas. Desde luego el reloj estaba definitivamente roto: las manecillas no se habían movido ni un milímetro en los cinco últimos minutos. El agua debía de salir hirviendo porque soltaba pequeñas columnas de vapor. Al otro extremo de la bañera, la Vieja chapoteaba torpe y ridículamente, como si fuera una niña chica. Estaba contenta, la Vieja. Yo no. El agua le llegaba ahora casi a los hombros y en realidad solo se la veía la cabeza, cubierta con un gorro de plástico rosa calado hasta las cejas para evitar que se le mojaran los cuatro pelos blancos que le quedan. Palmoteaba la vieja en la bañera salpicándolo todo, cuando derrepente desapareció. Se torció, escoró, naufragó, quizá resbaló, no sé. Pero de repente desapareció debajo del agua. Durante unos instantes sólo ví una quieta superficie de espuma y sólo escuché el tronar del grifo. Y después la Vieja empezó a patallar y a manotear y a retorcerse frenéticamente intentando incorporarse, su cabeza aparecía y desaparecía entre la espuma, y tosía y jadeaba y escupía y gritaba y tragaba agua y el chorro caía y caía y el cuarto de baño estaba lleno de vapor y yo pensé en ayudarla pero no lo hice. Así es que me quedé muy quieto y la Vieja seguía luchando, qué energía la suya, luchando contra la ley de la gravedad y contra su cuerpo débil y contra la resbaladiza porcelana y contra ese agua jabonosa de la que ya debía de haberse tragado medio litro, y lanzaba sus esqueléticos brazos en todas direcciones intentando encontrar un punto de apoyo y al fin una de sus manos cayó sobre el borde de la bañera y la Vieja se agarró y tiró y reptó y empezó a emerger penosamente y yo pensé en empujarla pero tampoco lo hice. Y en ese momento entró alguien en la habitación, y yo pregunté a gritos que quien era, “la camarera para abrir las camas, señor”, pero la Vieja ya había conseguido incorporarse y estaba apoyada contra el borde de la bañera y aullaba y tosía al mismo tiempo, con el gorro torcido y el volante de plástico chorreándole agua sobre la cara. Me arrodillé en el suelo encharcado y enderecé a la Vieja y le ayudé a echar lo que se había tragado golpeándole la espalda mientras ella gimoteaba y se asfixiaba y abría mucho sus diminutos ojos. “Casi me ahogo, casi me ahogo”, empezó a lamentarse cuando tuvo resuello suficiente, “lo siento”, le dije yo, “lo siento”. Entonces levanté la cabeza y vi a la camarera en el quicio de la puerta, una muchacha gorda y reluciente que me miraba con la misma cara de espanto con que hubiera mirado al asesino de su madre. El agua había empezado a

rebosar por encima de la bañera, caliente, muy caliente. Cerré el grifo con la mano izquierda, porque con la derecha sostenía a la Vieja. Me volví hacia la chica:

—¿Desea usted algo?

—No, yo...¿Necesitaban algo los señores?

—Nada. Haga el favor de irse.

No esperó a que se lo repitiera. Desapareció como una sombra y al poco oí cómo cerraba la puerta de la habitación. La Vieja temblaba violentamente aunque el agua achicharraba y el cuarto parecía una sauna. La saqué de la bañera, la envolví en una toalla gigante tamaño hotel de lujo y la llevé en brazos hasta la cama, dejando un reguero de charcos por toda la habitación.

Así, enrollada en su toalla blanca como un gusano en su capullo, parecía una momia más que nunca. Todavía llevaba puesto el gorro rosa. Una momia con un gorro de plástico.

—Llama al médico del hotel.

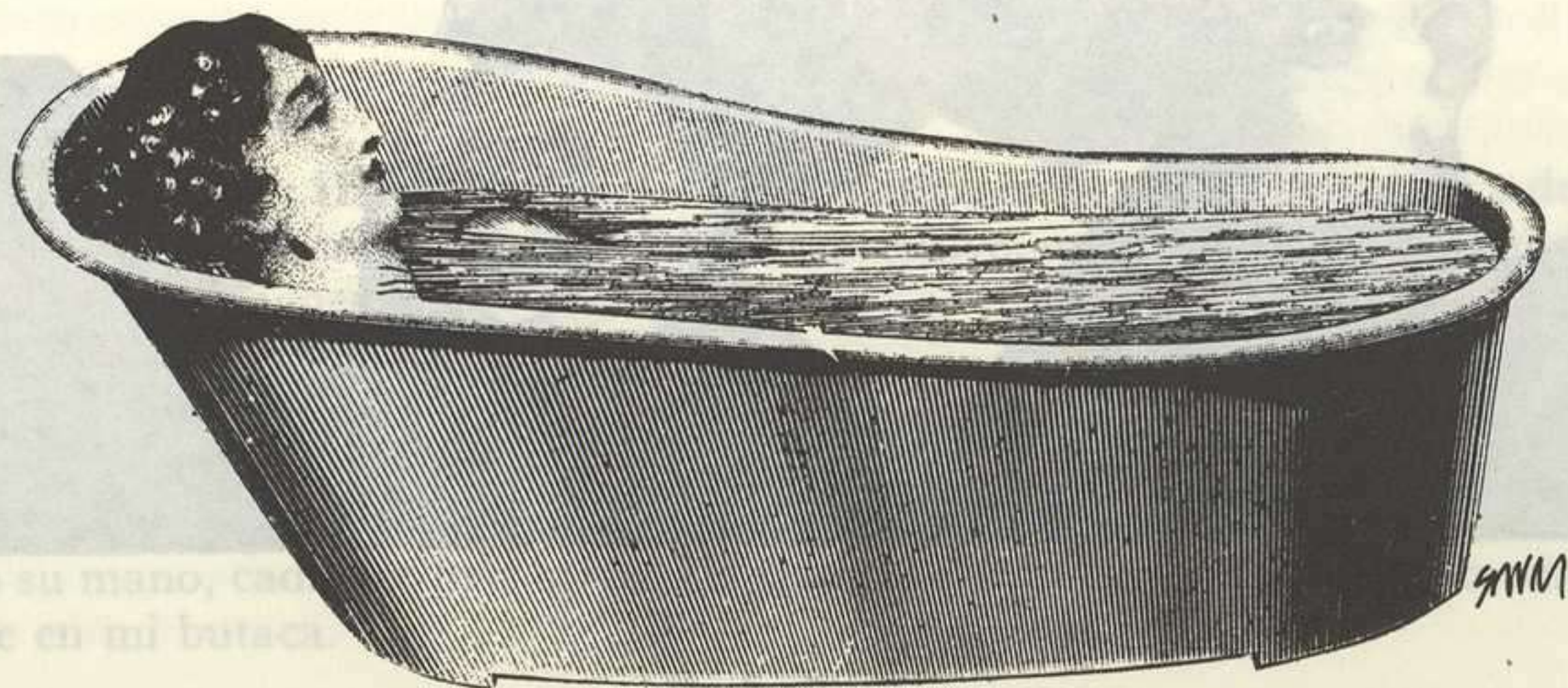
Le llamé.

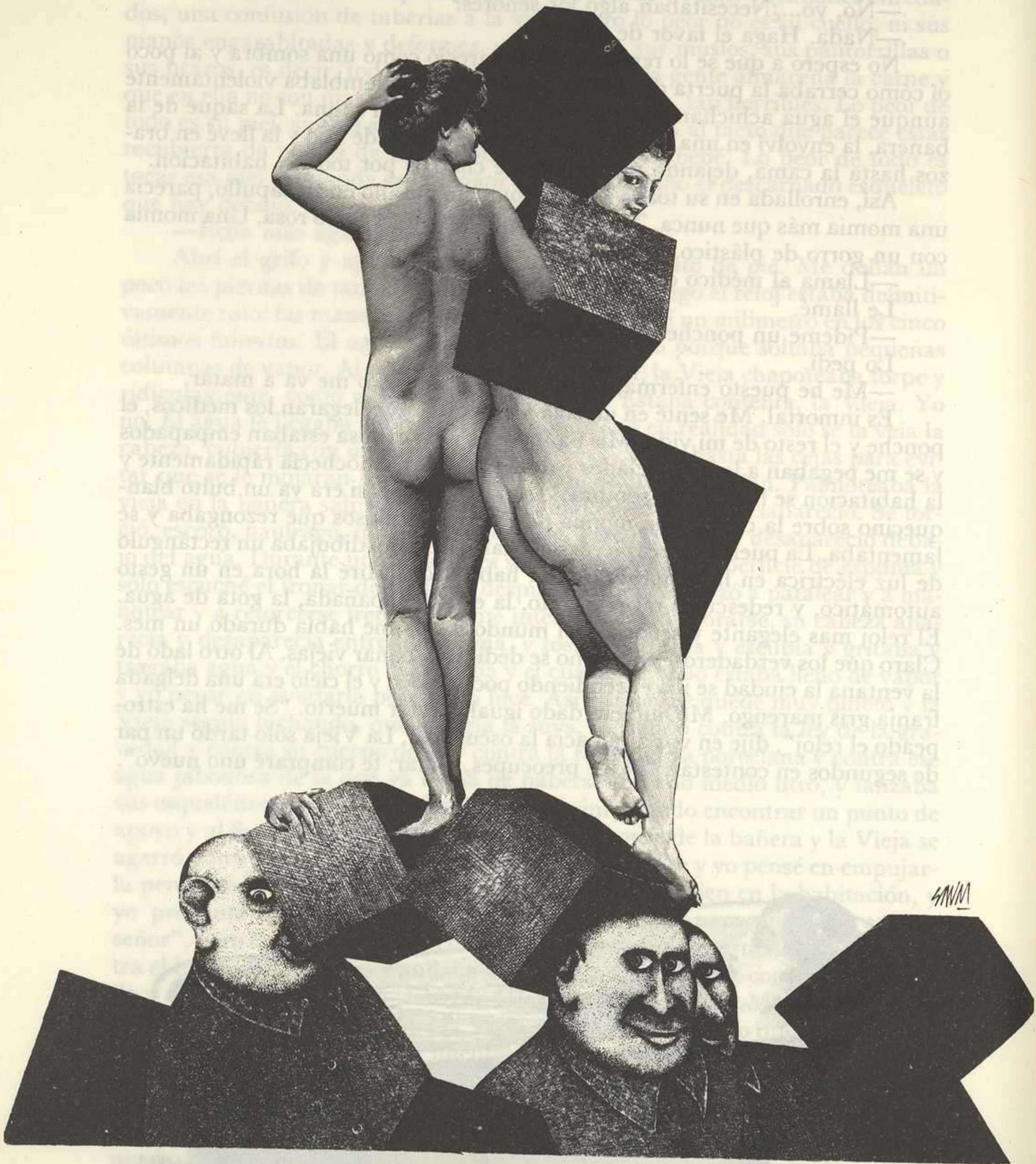
—Pídeme un ponche bien caliente.

Lo pedí.

—Me he puesto enferma, estoy segura, este susto me va a matar.

Es inmortal. Me senté en un sofá a esperar a que llegaran los médicos, el ponche y el resto de mi vida. Mis pantalones y mi camisa estaban empapados y se me pegaban a la piel, helados y desagradables. Anocheceía rápidamente y la habitación se llenaba de sombras. La Vieja apenas si era ya un bulto blanquecino sobre la cama, una momia de contornos difusos que rezongaba y se lamentaba. La puerta entreabierta del cuarto de baño dibujaba un rectángulo de luz eléctrica en la penumbra de la habitación. Miré la hora en un gesto automático, y redescubrí mi reloj roto, la esfera empañada, la gota de agua. El reloj mas elegante y señorial del mundo y sólo me había durado un mes. Claro que los verdaderos señores no se dedican a bañar viejas. Al otro lado de la ventana la ciudad se iba encendiendo poco a poco y el cielo era una delgada franja gris marengo. Me hubiera dado igual el estar muerto. “Se me ha estropeado el reloj”, dije en voz alta hacia la oscuridad. La Vieja sólo tardó un par de segundos en contestar: “No te preocupes, Omar: te compraré uno nuevo”.





ANA MARÍA NAVALES



NACE en Zaragoza, es doctora en Filosofía y Letras, ha publicado ensayos, relatos: **Dos muchachos metidos en un sobre azul**, Litho-Arte, Zaragoza 1976; **Paseo por la íntima ciudad y otros encuentros**, en prensa, Editorial Librería General de Zaragoza. Novelas: **El regreso de Julieta Always**, Bruguera, Barcelona 1980; **La tarde de las gaviotas**, Unali, Zaragoza 1981; **El laberinto del quetzal**, Premio "Antonio Camuñas", Hiperión 1985. También ha publicado siete libros de poemas, entre ellos: **Del fuego secreto**, Premio "San Jorge" de la Institución "Fernando el Católico", 1978; **Mester de amor**, accesit al Premio "Adonais" 1979; **Los espías de Sísifo**, Hiperión 1981, y **Nueva, vieja estancia**, Premio "José Luis Hidalgo" 1982. Ha obtenido también una Beca de la Fundación March de narrativa, y una Ayuda a la creación Literaria del Ministerio de Cultura. Es Miembro del Jurado del Premio de la Crítica.

LA MOJIGANGA

Stephen Hardly, de mirada fría, cicatriz en la mejilla izquierda y despectiva mueca de pistolero desaprensivo, me apuntaba con un revólver de dos cañones.

—Quieto. No te muevas.

Me levanté sin miedo y me acerqué hasta él, mientras veía el arma firme en su mano, cada vez más cerca. Desconecté el televisor, y volví a acomodarme en mi butaca.

—Estas películas son todas iguales.

—Sí, son una... mojiganga

¿Por qué había pronunciado esa palabra que no encontraba su sitio en la frase? Cuando era niño, en una escuela de Livorno, tuve una maestra que nos permitía decir lo primero que pasaba por nuestra cabeza. Reíamos mucho, aquello nos hacía felices y nos alejaba del mundo de verdad, de las pizarras llenas de cuentas, de la muestra caligráfica, de los quebrados que dormían en nuestros pupitres. Había una pequeña estantería en la clase, con libros de coloreados dibujos y muñecos, que nos distraían en los peores momentos. Una pequeña japonesa que descansaba en la portada de "La isla del tesoro", se había hecho amiga del oso de peluche, atraída por su calor. En el otro extremo de la balda, el pirata le guiñaba un ojo a una bailarina clásica, alzada de puntillas para que un mirlo la besara. Yo envidiaba a ese pájaro que imitaba mi voz, a pesar de mi facilidad para transformarme en ave y de tener también su pelambre negro, porque él era capaz de volar, bastaba darle vuelta a una clavija oculta bajo las alas, y yo no podía incrustar ningún mecanismo en mi cuerpo para moverme libremente por el aire. En el mejor de los casos, era una máquina la que levantaba el vuelo y yo me aferraba a ella, disfrazando grotescamente mis ilusiones de niño-pájaro, de hombre alado. De tarde en tarde, aún me perseguía este anhelo insatisfecho, aunque cada vez me sentía menos extraño, pese a mi estado, al mundo habitual. Ahora me había convertido en el totem, el animal protector de la casa, y empezaba a estar satisfecho porque había encontrado un lugar de reposo que parecía estable, precisamente porque me ofrecía la posibilidad de moverme sin obstáculos en todas las direcciones de mi persona. Era la primera ocasión, en muchos años, en que disfrutaba de un asentamiento sin problemas de continuidad. Nadie iba a sacarme de ese sueño de una rutina plácida que me hacía regresar a una niñez remota e imprecisa, como si no fuese la mía.

Mi cuerpo había olvidado sus heridas, había recuperado su tersura y color, sin visos grises ni violáceos de mortaja y hematomas, y su fuerza, que no era sólo física, seguía apoyada en la incorregible perseverancia de no morir. Georgina ya no extendía sus alas angélicas para protegerme igual que a un niño perdido en un templo laberíntico, ni se esforzaba en cambiar mi destino obligándome a asumir el presente.

Una noche, cuando el silencio se había apoderado de la casa y la oscuridad de la calle, y ella recogía en su piel la luz de adentro y un agresivo perfume de limones, le pregunté de qué manera había ido a parar allí, violando su territorio y el lujoso desorden de su intimidad. Me miró a los ojos sin decir nada, tranquila y amorosa, y yo traté un sólo segundo de encontrar, entre los grises de sus sienes, ese mismo espejo, y nos contemplamos los dos, con estupor de que se reflejara nuestra imagen en el agua limpia de un estanque tan frágil y recatado.

Yo era un viajero enfermo, comentó después, y con mucho más equipaje que otros. Llegué con una abigarrada mezcla de paquetes, bolsas y baules de diversas épocas, pero eso no supuso, al principio, sino la incomodidad de adaptar todos aquellos bultos de distinta catadura a nuestro espacio vital. Lo

más sencillo fue sacar lo imprescindible y amontonar el resto, maletas, macutos, y mantas de viaje, en las habitaciones que no ocupábamos, con los trastos y cachivaches que allí había. Si algo más necesitaba, no estaba lejos de mi alcance. Su lenguaje de alegoría no me aclaró sino su deseo de vivir una soledad afectiva, sin levantarles cercas al tiempo. El futuro estaba enfrente y me miraba sin desconfianza. Tampoco quería posesionarse de mí y no me obligaba a acompañarla a ninguna parte.

—¿Bojiganga?— preguntó.

—Sí, una palabra muerta que mi memoria ha empujado afuera en el momento más inoportuno.

Ya no tenía que esconder mis recuerdos. Y desprenderme de ellos, con la complicidad de Georgina, me libraba de insufribles tensiones. Ahora yo descargaba mi cerebro sin sobresaltos y volvía de cualquier muerte sin que ella mostrase ninguna sorpresa ni recelo. Podía hablarle de mi amigo el Conde Doménico Caetano; de Lascaris, el archimandrita de Mitilene; de Michonis, el oficial de la prisión de Les Madesonnettes; o de cómo Paracelso buceaba en los misterios de mayas y aztecas, en las claves de la alquimia, creyendo en la posibilidad de desdoblarse mentalmente, y buscaba el camino secreto que conducía a otra vida mucho más interna, al oro del espíritu, y no el polvo que convirtiese en áureos todos los metales. Ella me escuchaba, pero seguía con lo que estaba haciendo, sin asombro, como si le hablase de nuestros vecinos y atendiera a la más cotidiana y simple de las conversaciones que pueden darse entre una pareja.

Georgina había traído una jarra llena de agua que esparcía en la jardinería de la ventana, salpicada de geraneos, clavelinas, cactus, begonias y sándalo. Arrancaba las hojas secas y hundía granos de café entre las plantas, no se si por alguna superstición o para que la tierra no se apelmazase. De vez en cuando, se volvía hacia mí, sin interrumpirme, diciendo con la mirada que estaba pendiente de mis palabras. Yo le contaba mis viejas aventuras de cómico ambulante, cuando formé compañía con dos mujeres, un muchacho y cinco hambrientos que recogí por los caminos. Era una de mis muchas experiencias teatrales, a la que quizá incorporaba situaciones que no le correspondían, según se mezclaran los recuerdos, que reducían ya mi vida en el teatro a dos visiones, la de la edad de oro o la de los días más próximos a la segunda posguerra mundial.

Durante un año, sería ya cuando triunfaba Calderon, viajamos por los pueblos con seis mulas. Un par que cargaban las arcas, con las ropas y máscaras y lo imprescindible para armar el tablado; la que yo montaba; otras dos para cada una de las hembras, y la del chico, que puse también a disposición de los forzados comediantes, sobre la que se iban turnando cada cuarto de legua para descansar. En la plaza de cada pueblo, fuese grande o pequeño improvisábamos la mayor parte de nuestras piezas, no por ínfulas imaginativas y de renovación, sino porque no había manera de que aquellos vagabundos, casi analfabetos, se aprendieran nada de memoria. A las pocas semanas, en el decorado, sobre el que habían caído todas las inclemencias del tiempo, más se adivinaba que se veía lo que yo había querido representar: una isla poblada de bestias salvajes, grandes serpientes y un enorme dragón. Uno debe de hablar sólo de aquello que conoce bien.

Del sol y de la luna de ese cielo de tramoya, en la sábana en la que, para mayor comprensión del público, se reproducía el tema de nuestra pantomima, colgaban árboles con extraños frutos que hacían inmortales y felices a los hombres que apagaban la sed con su jugo, un bálsamo infalible. Pero nadie había logrado llegar allí, a causa de la infinita distancia que había hasta las estrellas y de los peligros que encerraban esos mundos brillantes y lejanos. Abajo, en la isla de Crevepanse, crecía el árbol del que brotan los hombres diminutos como el polen de una flor y que, un día, estarían a punto para invadir el país del sol y de la luna. Siglos más tarde, la mitad de la fábula se ha fundido con la realidad. El tiempo siempre espera a los hombres, que ya han alcanzado la luna, aunque no han descubierto aquellos árboles de prodigio. El sol sigue siendo el infierno a cuyas llamas nadie se atreve a acercarse. ¿Estará allí, como creían los incas que también fabricaron sus naves espaciales, y otros pueblos que adoraban a la gran estrella, el fruto que todavía nadie ha podido ver?

Extrañamente, aquella historia no la había imaginado yo. Me la contó Cinta, hija de un tintorero de púrpura que dominaba el arte de tejer, una noche en que se entretenía deshaciendo su labor, como una casta Penélope, y que acudió también a las artes de Scherezade para mantenerse intacta hasta que el gallo anunció la llegada del día. Entonces, me dormí al arrullo de su voz y soñé con aquellos árboles misteriosos que yo debía dar a conocer a otros hombres. Estamos vivos porque creemos en una serie de peligros que son variantes del dolor. Hay también una serie de placeres que, a veces, se nos niegan, engañándonos como a un niño al que entretienen con cuentos para que no moleste. Pienso esto porque no volví a ver a Cinta, y me consta que se casó con un rudo labrador, para cuyo deleite estaba hecha la carne que cita al instinto y no aquellas candorosas fantasías que eran una brisa de la nada contra su desenfreno.

Georgina era Cinta, antes y después de encontrar a su labriego. Y Gloria, Laura, Mónica y Ariadna. A veces tenía algo de missis Halloway con huellas de Florián y de Miguel, de algún esclavo negro e incluso de la rubia y pálida Amelia que yo tanto había amado. Daba la impresión de que venía de un mundo mezquino e infinito tras haber cruzado todos los estadios vitales, desde la simpleza más profunda a la complejidad más superficial en sentimientos y saberes. No se sabía qué maniobra podía agitar sus múltiples capas en un determinado momento, poniendo ante los ojos otra persona que ya no era la de antes. Yo creía que la mujer vivía entregada al amor o esperando que llegase, oculta en sus disfraces, al acecho, protegida bajo ese tinte frívolo, de sonrisas artificiales, que era como un maquillaje indeleble que impedía ver su rostro verdadero. Cometí la ingenuidad de decírselo.

—No me hagas reír— dijo despectivamente.

Un minuto después había recobrado su gesto natural, y me hablaba de un modo tan vivo de sus experiencias amorosas que yo no podía dudar de su protagonismo ni de su sinceridad, aunque adoptase una fingida indiferencia, como si se estuviese refiriendo a otra persona, a una juventud ausente que no quería juzgar. Era difícil unir aquello con su cínica y utilitaria teoría de los amantes. La mujer está constantemente "under a glass bell", bajo una campana de cristal, según el título de una novela que Georgina había leído por

entonces. Ella era opaca, pero siempre parecía que estaba a punto de quebrar la transparente y frágil máscara con que intentaba protegerse.

Me atraía por su habilidad para el continuo desconcierto, que empujaba con fuerzas mis ideas, haciendo tambalear mis creencias más firmes. Yo había pensado que todas las mujeres son la misma, pero ella se presentaba como una en la que cabían mil especies diferentes que atentaban contra mi pasión por la aventura y el afán de poder, contra la tensión de mi vida, fuertemente sujeta a la soledad. Y tenía la virtud de convertir el tedio en tranquilidad y la estupidez en gracia. Su vasta cultura, que no siempre aparecía en los momentos más oportunos, no lograba exasperarme, aunque tanto había odiado a las mujeres sabias, a veces hasta la impertinencia. No, Georgina no respondía en absoluto a la imagen parcial que, en los primeros tiempos, yo me había trazado de ella con omnisciente desapego. Ahora sabía que era multicéfala, y no una cabeza sola, deslizante. Y que se unía a mí por la atracción de los contrarios, por la multiplicación de mis distintos rostros en el tiempo. La estudiaba y veía algún destello de su mundo, oculto bajo un exagerado maquillaje, tan introvertido, decadente y solitario, como el que Miguel y yo habíamos tratado de defender. Ella también se lamentaba de vivir a medias, incapaz de cualquier acción. Su lenguaje era emocionado e infantil mientras que el nuestro había pretendido ser maduro e intelectual, lo que demostraba que ninguno de los dos caminos conducía a parte alguna. Pero compartir el error nos hace sentirnos menos desgraciados. Sin duda me equivocaba ahora también en cada uno de los minúsculos pedazos de ese *puzzle* en el que difícilmente encajaban las piezas. Georgina era Andrómeda, Bálteo, Cinosura, Delfín, Hidra, Lobo, un planeta que se había tragado todas las constelaciones de su alrededor. Era la contrafigura de Iván Arzola, la que repetía sus hazañas por universos oscuros y países interiores. Un cliché de mi sombra.

(de *El laberinto del quetzal*)

I

Mi ventana se asoma a Regent's Park.
Soy esa piedra que nace junto al hombre,
un ojo tras otro por el camino
de luciérnagas estériles. Gotea su llanto
sobre el césped oscuro de mi piel,
y muere en la curva del día
a las puertas del infierno.
Perdidos estamos en la mirada de la fuente,
abriendo en el agua estelas de palabras.
Extraños, moribundos,
pájaros secos entre hileras de sombras,
dociles al oleaje del vino y al recuerdo
que adorna la tarde de frágiles tormentas.
El viento derriba biombos y nombres
desencadena las hojas, despeina el río,
corre hacia mí, enamorado y solo,
aúlla lenguajes clandestinos. Arranca mi vida
y deposita en el horizonte su fuego
de sedientas palomas olvidadas.

II

Y ahora, abundante de ensueños y de grises,
con esa eterna impotencia que no limpia el lenguaje,
el miedo que se hace palabra para no ser miedo,
todo lo que enciende luces y no se nombra por si muere,
el resquicio de libertad que terco asoma;
brazo roto, abril marchito, luna falsa,
también falso el dolor que se vuelve costumbre;
los labios en dudosas fuentes,
los ojos todavía sedientos de estrellas, calandrias, mitos
y otras delgadas inutilidades que los dioses derraman,
la sonrisa en ayuno para que no traicione
y una mentirosa amnesia de rechazos y deseos;
con ruseñores y congojas,
o sea con nada, sólo con uno mismo dentro y fuera,
dispuesto a que cada cosa recupere su alcurnia,
su medida y su precio,
se emprende la huída adonde aún no ha llegado el futuro.

(de *Los labios de la luna*)

ANA MARÍA NAVALES

MARINARRO

3



Repetir 3 veces

96

Allegretto para Sr.

Popular. Soria

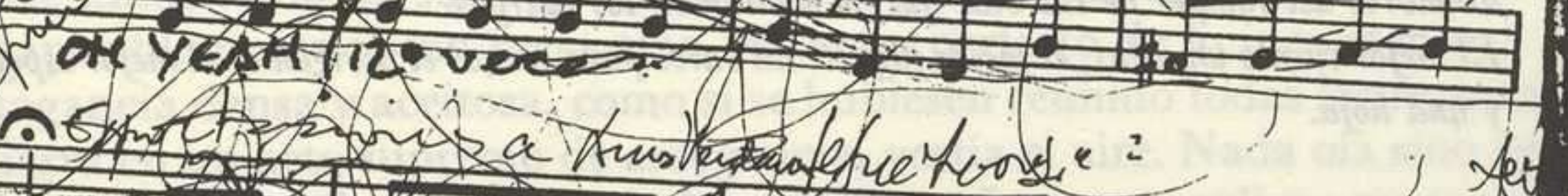
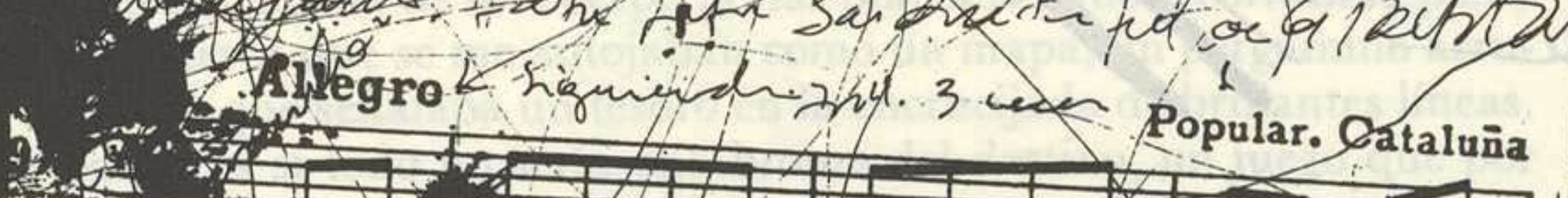


Don Juan con su... ya la put...
la la la... la la...
Allegro & liguer... 3 veces



Allegro

Popular. Cataluña



Allegretto

Popular. Castilla

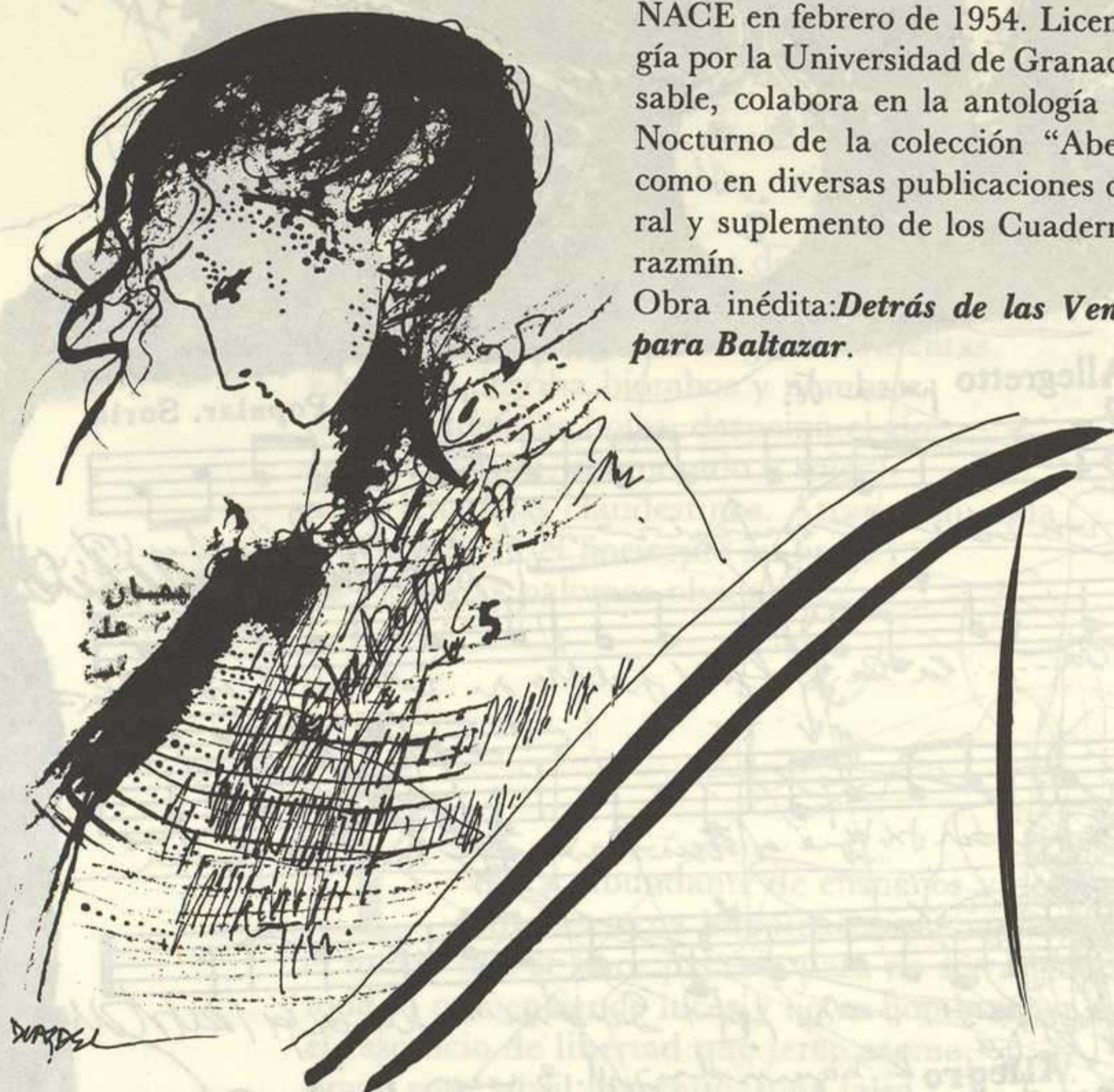
98



MARIA NAVARRO

NACE en febrero de 1954. Licenciada en Psicología por la Universidad de Granada. Viajera incansable, colabora en la antología *Poemas del Arco Nocturno* de la colección "Aben Humeya"; así como en diversas publicaciones de la revista *Litoral* y suplemento de los *Cuadernos de Poesía Jazmín*.

Obra inédita: *Detrás de las Ventanas y Cuentos para Baltazar*.



*Llegué cuando el crepusculo levantador de horas fraguó su luz en gotas transparentes.
Un olor a tierra mojada me dió la bienvenida. En ese mismo día supe del beso y la palabra, del asombro, del romper de las olas que se ocultan en los cuerpos.
El mejor cuento un atlas, el mejor juguete un barco para cruzar el horizonte; el mejor espejo un lapiz y una hoja.*

ECUACION

Cuando decidí visitar aquella colina lo hice en el convencimiento de que algo, incomparable, me esperaba en ese lugar. Sospechaba, por fin, una respuesta.

Al principio la veía de lejos, una forma más del paisaje, después cada contacto en mi pupila desprendía un dolor, una punzada lejana pero fuerte que tiraba de mí. Sentía cada día como una fuerza mayor que todo impulso me empujaba.

Así decidí ir una mañana. Cumplía entonces setenta y dos años. Setenta y dos años que buscaba en solitario una confirmación, un nombre para mi existencia.

Cuando era más joven y la fuerza de mi sabia me inundaba, decidí buscar mi nombre en la incógnita de las estatuas y la piedra.

Egipto, Grecia... Sudamérica... Bebí, palpé y besé cada poro que rezumaba la historia y las palabras, pero yo no estaba allí.

Mucho más tarde, al no poder hacer un pacto con el tiempo, sucumbí al cansancio de mis piernas y mis labios; sólo mis ojos y mi anhelo conservaban por lo poco pesado, la rapidez del viento.

Dediqué entonces mis horas y mis sueños a escudriñar los libros y el silencio, entre líneas ocultas. Maravillas. Meditación continua. Descubrí a casi todos los seres de la tierra.

Pero yo no estaba allí. Siempre como la cara oculta de una luna.

Alguna vez hallaba pistas que me ocupaban durante años; sumándose, al final, al laberinto, a la rosa que formaban mis días. No sabía si me había ido o, aún, no había llegado, pero ningún espejo me devolvía la luz de mi presencia. Seguía buscando.

El ascenso hasta la colina, a pesar de no ser muy pronunciado, me obligaba a descansar tras pocos pasos.

Un fiero sol extraía de mi cuerpo perlas plateadas que recorrían la piel y marcaban senderos que se me antojaban como un mapa; un pergamino arrugado y amarillo que señalaba un tesoro en la encrucijada de brillantes líneas. Pensaba entonces si todo no sería una broma del destino, un juego que por error se había tornado en toda mi vida.

Quizá se trataba solamente de eso, de una conciencia dibujada sobre la propia conciencia de mi infancia. Entonces todo se habría reducido a un juego de niños, alimentado de su propia alianza con la imaginación y el sueño.

Sí, posiblemente yo no fuera sino un juego perfecto de lo inexistente. Una fragancia densa y aceitosa, como si se hubiesen reunido todas las resinas de la tierra en un acto supremo de arrogancia, vestía el aire. Nada oía sino su corazón recibiendo mis pasos, ni árboles, ni ramas. Las otras colinas me ignoraban, dormidas en aquella hora de la tarde.

Seguía subiendo, me acercaba. Ya casi podía tocar la redondez que coronaba su cuerpo cuando un fino miedo tejió mi carne. Miedo por no sentir ya nada, ni siquiera cansancio; miedo de no recuperar ni la vida, ni la muerte.

Cuando llegué a lo alto, el sol declinaba arrojando su lengua púrpura como una burla sobre el horizonte.

Me senté y esperé.

El cerro nada tenía que ver con las cumbres donde anidan los hombres como las águilas, ya que estos raramente aparecían y, de hacerlo, venían demarcando un límite con lo imposible; una tristeza en estandarte bajo sus alas.

Era mucho más, era un ojo. Un ojo perfecto, ni grande, ni pequeño, que elevaba su párpado cada hora del día y de la noche.

En la espera, al no saber yo, me incorporaba a su pupila y a su seno; ya no había hombre ni montaña, sólo un ojo, que como un corazón contraía y dilataba la constancia para absorber así la más pequeña explosión de luz o de oscuridad.

Ya todo yo fui una mirada, un fino rayo que refulgía al descubrir en su propia materia, la materia del mar y de la tierra, de la sombra, de la puerta ya abierta del horizonte que dejó pasar la figura dominadora sobre el infinito de su universo.

Ya era, al mismo tiempo, el más minúsculo movimiento de una nube, la transición de la aurora al alba, el roce de una hoja, un hombre, una naranja que rueda en una playa.

Belleza pura. Sin emoción de la belleza era y rosa atravesada.

No se cuanto tiempo ha pasado desde entonces, porque, deshecho el laberinto, ya no hay horas.



ELENA PANTELEEVA



*NACIÓ el 15 de Marzo de 1949 en Leningrado (URSS), en el seno de una familia de médicos. En 1972 se licenció en Filología Románica en la Universidad de Leningrado. También cursó estudios de piano y teoría de la música en el Conservatorio, y de la historia del arte en la Academia de Bellas Artes. Hasta 1975 trabajó como guía de Intourist, y de 1975 a 1979 fue profesora de español en la Universidad. Publicó unas poesías y un estudio sobre la síntesis de artes en el drama litúrgico y en las Eglogas de Juan de la Encina. A partir de 1979 reside en Barcelona, dedicándose a la traducción del ruso, del polaco y del checo. En 1985 publicó su primera novela, **Regalos para Lilith**, Lumen, que será próximamente reeditada por el Circulo de Lectores.*

TODOS LOS JOVENES SON MALOS

“**T**odos los jóvenes son malos”, pensó Nacha, suspiró y juntó los flacidos dedos a la altura del ombligo, tal como le habían enseñado en su inmemorable primerísima infancia que juntaban las manos las niñas buenas. Debieron de habérselo repetido mucho en aquel remoto entonces, porque lo recordaba claramente. Tampoco se fruncía el ceño ni se miraba a la gente con la cabeza gacha, recordó ella, pero por mucho que se esforzara no conseguía estirar el cuello -por culpa de algún músculo que se negaba a obedecerle- ni alisar la frente, ni distender los labios, y eso le ocurriría ya por pura falta de costumbre. Se le había enseñado tantísimas cosas, todas de golpe, y fue hace tantísimo tiempo, casi antes de nacer ella, así que no era de extrañar que hubiese olvidado cómo se hacían. Imposible acordarse de todas ellas. El esfuerzo le arrancó un lamento que por suerte no oyó ningún visitante, solícito e inoportuno, de la plazoleta, que se encontraba vacía a estas horas. Incluso el vovinglero vendedor de helados se había marchado a tomarse una caña de cerveza y dejó su carrito solo, después de dedicarle una mirada de exasperación a Nacha: ésa no se lo iba a vigilar, qué va.

Nacha suspiró y movió los dedos que se le entumecían. Tendría que levantarse de donde estaba sentada, y echar a andar, porque le faltaba poco para que vinieran los jóvenes que el otro día señalaron hacia ella y se rieron: “¿Esa? ¡Pero si no puede ni andar! ¡Ni se entera de que estamos aquí!”

Ella sí que se enteraba. Lo que le extrañó aquel día fue el que los jóvenes se hubieran enterado de su presencia. Los jóvenes no solían fijarse ni en los niños pequeños ni en los viejos. Se entretenían mucho entre sí. Siempre iban en grupo y, si aparecía un joven sólo, éste nunca miraba a los lados, porque tenía prisa por reunirse con los de su grupo. Esos grupos se llamaban con otros nombres, pero eran palabras corrientes y, de tanto oirlas, Nacha nunca se acordaba de ellas. La palabra “grupo” era bonita y al repetirla, Nacha se imaginaba a un caballo enorme y negro, que no dejaba ver su cabeza, que seguramente sería una cabeza enorme, y que agitaba con rabia su descomunal cola de azabache.

No tuvo tiempo de marcharse. Los jóvenes ya estaban aquí. Nacha apretó las manos contra el ombligo y, aunque tenía el cuello muy cansado y tuvo que mirar a los jóvenes con la cabeza gacha, como no se debía mirar a nadie, procuró por lo menos hacerlo sin parpadear, para que se dieran cuenta de que ella sí que se enteraba. Creía recordar que no se parpadeaba mientras se miraba a los otros, pues se los dejaba de ver por unas fracciones de segundos, y se podían enfadar. Pero quizá lo recordase mal. Porque los jóvenes no volvieron a hacerle caso.

Mientras ella luchaba con su cuello y su entrecejo, los jóvenes se detuvieron en el centro de la plazoleta y, sin dirigirles una sólo ojeada, se pusieron todos muy juntos y todos, de espaldas a ella. Parecería que estaban inmóviles, si de tarde en tarde su silueta conjunta no se sacudiese en un brusco estremecimiento que le recordaba a Nacha la rabiosa cola del gran caballo.

Tan pronto como se habían agolpado en apretado corrillo, los jóvenes se disolvieron, o eso creyó ver Nacha, que intentaba combatir las ganas de parpadear, ahora con más ahínco todavía, por no perderse uno sólo de los latigazos de la furibunda cola de azabache. Desde luego que no lo hacía por otra cosa, pues estaba claro que a los jóvenes les importaba un comino que ella parpadeara o no, que ella estuviera ahí o no. No, los jóvenes no eran buenos, cabeceó Nacha, frunció los labios pero no parpadeó.

Ahora les podía ver las caras y los ojos, pero lo interesante eran sus manos. Tenían las manos llenas de cornetes de helados, y el papel de aluminio resplandecía en las manos de los jóvenes con destellos tan magníficos que en seguida se notaba que eran jóvenes, porque estos cucuruchos de plata no despedirían un brillo semejante ni desde unas manos ancianas, ni desde las de un niño. Nacha no aguantó más y sus párpados se entornaron.

Un perro caniche blanco, sucio y sin collar, llegó al lado de los jóvenes y olisqueó la tierra a sus pies. Al perro los jóvenes sí lo vieron -en aquel instante Nacha hasta quiso levantarse por fin para sorprenderlos y demostrar que podía caminar, a pesar de lo que creían ellos, pero sus ojos miraban hacia puntos tan alejados de ella que comprendió que de nada le serviría incorporarse, y otra cosa no se le ocurría- y tres o cuatro cucuruchos aterrizaron junto al animal. Este se puso a roer el papel de plata gruñendo de contento, mientras los jóvenes se apresuraban por quitar las envolturas y llevarse a las bocas los helados.

“Curioso”, se dijo Nacha, “hay que ver el hambre que siempre tienen los jóvenes.” A Nacha no le gustaba comer y nunca, que lo recordara, había tenido apetito, pero las mujeres que se sentaban a la mesa en su casa, se enfadaban con ella si no comía, y los hombres se enfadaban con las mujeres porque insistían tanto, así que Nacha prefería disimular, y por eso detestaba las comidas más todavía. Pero los jóvenes siempre tenían hambre, sed, les gustaba la oscuridad y, antes que todo esto, la compañía de otros jóvenes. ¿Qué estarían haciendo todo ese tiempo que pasan juntos, apartados de quienes no son jóvenes?, se preguntaba Nacha. Pasaban juntos tantísimas horas y no se aburrían... ¿Qué harían? ¿Comer, apagar las luces y comer otra vez? Y así, ¿Todo el rato? Y el hermoso caballo que azotaba el aire con la cola y escondía los ojos y la cabeza, se dibujaba, con preciosa nitidez, en la mente de Nacha.

Luego de repente hubo un gran ruido, una gente bulliciosa rodeó a Nacha y empezó a hacerle preguntas a la que nunca se podía responder sino con la misma frase que ella pronto se aburría de repetir: “Han sido los jóvenes.” Después la gente la dejó en paz y se alejó de ella, de modo que, en cuanto le apeteciese, Nacha se iba a poner en pie y se encaminaría hacia su casa. Pero por el momento, nadie de los que estaban hablando a voces junto al carrito del heladero, había dudado de si ella fuese capaz de andar, y Nacha decidió aguardar un poco, por si llegaba la ocasión de hacerlo a despecho de alguien. Aunque sería mucho más divertido si los jóvenes estuvieran aquí de nuevo, para hacerlo a despecho de ellos. Para castigarlos. Porque los jóvenes eran malos.

Entretanto, el heladero -a quien ahora podía ver, además de escuchar sus gritos- se agitaba acorralado por los espectadores que no eran jóvenes y ya empezaban a aburrirse de estar tanto tiempo juntos, lo mismo que Nacha se aburría de tenerlos delante. (Si los jóvenes no se aburrían jamás, debía ser porque nunca hacían cosas que no estuviesen ya acostumbrados a hacer. Les gustaba tanto comer y estar juntos que pasaban todo el tiempo comiendo y reuniéndose, y para las cosas aburridas no les alcanzaba el tiempo.) Los brazos del heladero se arremolinaban con frenesí y Nacha pensó que, puesto junto con el enorme caballo de vigorosa cola, el heladero parecería un moscardón.

“¡Eso no puede continuar así! ¡Es la cuarta vez que me ocurre! ¡No puedo apartarme ni un segundo! ¡En esta calle se atraca cada día! ¡Hasta cuándo, les pregunto yo, hasta cuándo tenemos que agua...?” Nacha ya tenía decidido levantarse y marchar, pero permaneció quieta porque el heladero de pronto cambió de tono y gimoteó: “Ay, si yo fuera joven...”

Se sorprendió tanto de oírlo que ni siquiera sonrió, aunque, eso sí, parpadeó muchas más veces de lo normal, parpadeó hasta la saciedad. ¿Qué estaba diciendo ese hombre? ¿Cómo alguien podía desear ser joven? Pero si los jóvenes siempre estaban haciendo las mismas cosas, el propio heladero acababa de decir eso. Se habría olvidado de lo que significaba ser joven, Nacha lo comprendía, a ella le fallaba la memoria igual, no se acordaba de lo que había sucedido hacía unas semanas, no era extraño que el heladero hubiese olvidado como era la juventud, que se iba siempre en grupo, se hacía siempre lo mismo y se tenía mucha hambre todo el tiempo. Y que no se podía ni ver a nadie que no fuera como uno. Seguro que si el gigantesco caballo dejase por

fin ver su cabeza, se descubriría que estaba ciego o que tenía los ojos tapados con el rutilante aluminio de los cucuruchos de helado. Nacha sintió el deseo de despegar una mano del ombligo y persignarse como acababa de hacerlo el propio heladero que ahora no gritaba, sino que barbotaba algo inaudible.

Nacha se encogió de hombros y suspiró. El heladero conservaba su carrito de helados de la misma forma en que el viejo caniche había obtenido sus cucuruchos de helados. Gracias a los jóvenes. Que bien hubieran podido destrozarlo o esconder. Los jóvenes daban y tomaban. Si el heladero seguía teniendo su carrito, era lo mismo que si se lo hubiesen regalado ellos. Los jóvenes daban y tomaban, y veían y se quedaban ciegos. Y eran malos. Muy malos, malísimos, porque ni siquiera trataron de averiguar si ella sabía andar por su pie o si quería comerse un helado, como aquel perro.

El caniche, como si hubiera recogido su recuerdo de la reciente e inútil generosidad de los jóvenes -con el revuelo, su manjar quedó amasado con tierra- se le acercó al heladero y restregó la cabeza contra el pie del hombre. Este no pareció advertirlo. Se había callado y estaba casi solo.

“Natural. Dar y tomar, eso no le va. No es lo suyo. Y esos cuatro no son ni un grupo ni nada. Pero no son malos...”, comprendió Nacha. Se incorporó y, renqueando sobre las piernas entumecidas de tanto estar sentada, vino hacia el carrito de helados. Y tendió la mano. Como hacía siempre, puesto que no le dejaban llevar dinero y aquel, o aquella, que le acompañaba hasta el heladero, se ajetreaba con las tintineantes monedas mientras la mano de Nacha se cerraba sobre un polo.

El perro se animó, le lamió una pantorrilla y aulló tenuemente.

Entre los pocos que seguían observando al heladero, se produjo un murmullo, y el hombre, con gesto de resignación -qué más le daba ahora ya-, introdujo la mano en el carrito. Esta vez era un bombón de chocolate. Pero el papel de plata no relucía entre los dedos del hombre. Los dedos estaban húmedos de sudor y habían empañado la envoltura nada más rozarla. Al menos, eso fue lo que creyó Nacha evocando los relumbros que habían llenado las manos de los jóvenes.

Nacha se calló la palabra que llevaba repitiendo toda su vida o hasta desde antes de nacer: “Gracias.” En lugar de balbucir la palabra obligada, parpadeó tanto que apenas si vió en estos momentos el helado. Y al heladero, a éste no lo vió como si el hombre no estuviera ahí del todo. Giró con torpeza sobre sus talones y miró el caniche que meneaba los cuartos, a falta de rabo. Luego le quitó la envoltura al bombón de chocolate. La tiró al suelo y esperó a que el perro arremetiera contra el papel de plata. Tal vez alguno de los reunidos alrededor del carrito de helados, le dijera algo con tono de reproche, pero ella nada oyó.

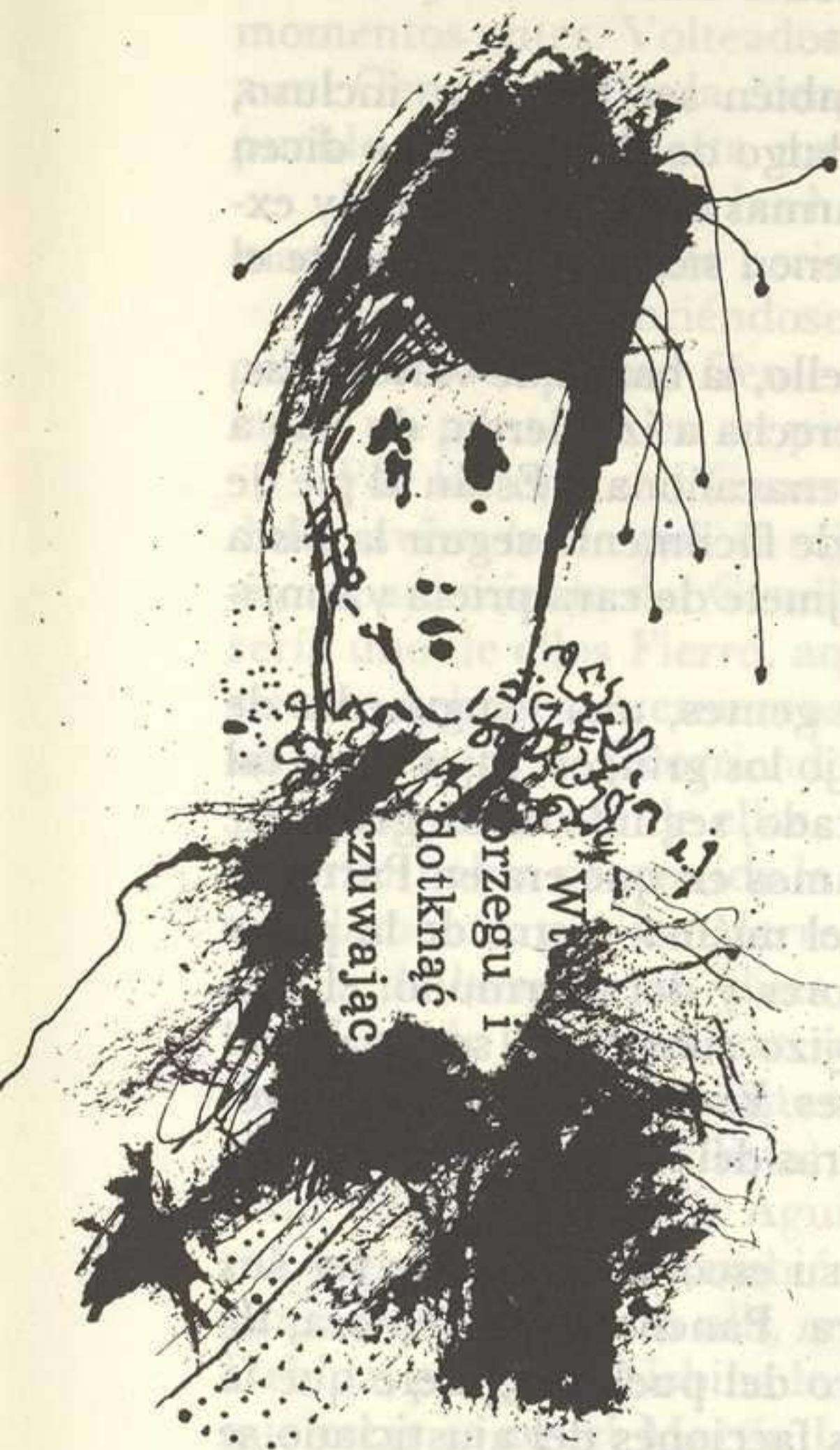
La hermosa cola del resplandeciente potro zarandeaba el aire en torno a Nacha, enturbiándolo con oscuros salpicones.

Ya no setía agujetas en las piernas y podía marchar de prisa adonde sabía que a nadie de su familia se le ocurriría buscarla.

Nacha hundió los dientes en el helado y el caniche se lamentó como si le hubiera pisado la pata. Quizá sí se la había pisado, pero estaba segura de que ni el propio perro se había enterado de que se quejaba por eso o porque sobre el papel de plata ya no quedaba nada más que lamer. Y Nacha hundió los dientes en el helado otra vez, pero ahora, mucho más hondo.

Por primera vez en su vida Nacha tenía hambre y ganas de jugar con otros niños. Con los más jóvenes.

MARTA PORTAL



NACIÓ en Nava (Asturias) en 1930. Es licenciada en Ciencias de la Información y se ha doctorado por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es Profesora Titular de Literatura Universal Contemporánea en la Facultad de Ciencias de la Información de U.C.M.

Ha sido Directora del Aula de Literatura Hispanoamericana del Ateneo de Madrid durante los cursos 1974-1975 y 1975-1976.

*En el año 1966 se dio a conocer como novelista, al obtener con su obra **A tientas y a ciegas** el "Premio Planeta". Desde entonces, ha simultaneado la vocación creadora con la estudiosa de literatura, y ha aportado una amplia bibliografía en ambos campos. Es colaboradora habitual de ABC y ha colaborado en otras publicaciones periódicas.*

Ha pronunciado conferencias en la Universidad Autónoma de México, en la Universidad de Laval (Canadá), en el Instituto Panameño de Cultura Hispánica, en el Instituto Universitario Oriental de Nápoles, Instituto Español de Roma, Instituto Español de Londres, etc...

Ha publicado los siguientes libros:

*Estudios: **Proceso narrativo de la Revolución Mexicana** (1977); **Análisis semiológico de Pedro Páramo** (1981); **Rulfo: Dinámica de la violencia** (1984); Narrativa: **A tientas y a ciegas** (Premio Planeta 1966); **A ras de las sombras** (1968); **Ladridos a la luna** (1970); **La veintena** (veinte relatos, 1973); **El buen camino** (1975); **Un espacio erótico** (1982); **Pago de traición** (1983).*

EL HIJO DE ARGENTINO CHAVEZ

(Un cuento de la Revolución Mexicana)

—Sargento, que demoren la ejecución, que mi General Villa no dilata en llegar.

El “dorado” de la escolta del General no desmontó hasta no haber cumplimentado la orden.

Estamos en Parral (Chihuahua), podía también ser León, o, incluso, Aguascalientes, pero era realmente Parral (o Hidalgo de Parral, como dicen los cartógrafos, pero sólo ellos). En la Plaza de Armas hay movimiento y expectación bajo los soportales. Las ejecuciones vienen siendo últimamente el espectáculo de los pobres.

El ajusticiado, maniatado, la soga floja al cuello, la barba de varios días, los negros bigotes alicaídos, rota la mirada de derecha a izquierda, de uno a otro de los rostros de los cuatro “dorados” que lo enacañonan. Están al pie de un árbol. Del cuello de Argentino Chávez se puede fácilmente seguir la pista de la reata: la otra punta la sujeta impaciente un jinete de cara prieta y sonrisa distraída.

Por la calle Tercera del Rayo, un tropel de gentes, una vanguardia de niños y los gritos: “¡Viva mi General Villa!, ¡Abajo los gringos, hijos de la tal por cual!”, anuncian la llegada del General, montado, seguido de un grupo de su escolta a la Plaza de Armas de Parral (quedamos en que era en Parral).

Los ojos del ajusticiado se paran ahora en el mismo centro de la plaza donde se ha detenido el jinete, centro de los vítores y del murmullo: el rizo pelo le levanta el sombrero tejano, el bigote rojizo rubrica la seriedad del gesto, su mirada de fuego se achica hacia las sienas. Es el jaguar de Durango, el león de Zacatecas, el Genghis Kan de las llanuras del Norte, el hermano de raza del pueblo: Pancho Villa.

El General desmonta de un salto, lo imita su escolta; deben de ser sus jefes principales, pues le hablan con desenvoltura. Pancho Villa demora, de propósito, la diligencia que lo ha traído al centro del pueblo. Quiere que la atención de los parralenses se acreciente, que las facciones del ajusticiado se demacren aún más, que los oficiales admiren la sangre fría de su Jefe, que los tentados de carrancismo se amieden...Pancho Villa se sienta en una banca de la Plaza y pide que le lustren las botas. En esa misma banca, la tarde anterior, Alicia Grienssee se le acercó al General a pedirle gracia para los Herrera. Alicia, señorita de la buena sociedad de Parral, muy estimada por el General Villa, solo consiguió aumentar la irritación sorda del guerrillero que, esa misma mañana (la mañana siguiente a la tarde de la petición de Alicia), la mañana que estamos relatando, a las ocho en punto, en el Camposanto, cumplió su sentencia: los Herrera fueron fusilados (dicen las crónicas que eran las ocho en punto, del 21 de Abril, de 1919).

A los “dorados” se les nota una cautelosa satisfacción. Tras cuarenta y ocho horas de asedio, al Cerro de la Mesa primero, al Cerro Blanco después, al del Espía de seguidas, al de los Aburridos más tarde, había llegado la toma

increíble y acostumbrada del Cerro de la Cruz, casi inexpugnable, y del Santuario, últimos reductos de los "sociales" y de los carranclanes. Otra vez Parral era de los villistas; los ojos de los pobres y los corazones de las muchachas parpadeaban ligeros.

—Muchachito, apresúrese, que ahí delante nomás aguarda un amigo a que lo mandemos al cielo, pa que le quiten allá lo alburucero - apremia el General al "bolero".

El ajusticiado había ido perdiendo la concurrencia alelada que lo rodeara momentos antes. Volteados de la cara triste del preso, se embobaban mirando a mi General Villa; la competencia era verdaderamente insostenible: para el pueblo, la mayor fiesta era ver, oír, hablar y contemplar a Francisco Villa.

El General afloja las hebillas de su mitaza derecha, tiene la pierna inflamada de una reciente herida en la rodilla.

De repente, abriéndose calle entre el gentío y la escolta, un rapaz de unos ocho años se planta frente a Villa y con insospechada presteza ejecutiva le larga un puntapié en su pierna herida.

Por los ojos del General pasa un relámpago de cólera y una oleada de dolor aviva la de por sí rojiza color de su tez. Los hombres principales del acompañamiento del General se abalanzan a una sobre el niño. Imagino que sería uno de ellos Fierro, aquel Rodolfo Fierro que fusilara por su mano trescientos rehenes, trescientos "colorados" (menos uno, que llegó a la tapia, saltó las bardas, y corriendo acurrucado se perdió en la llanura coahuilense); y era, seguro, otro de ellos, Felipe Angeles, el General caballeroso, que el día anterior había prometido la libertad de los prisioneros, que había intercedido, tímidamente, por los Herrera, y cuya gestión había corrido la misma suerte que la de la señorita Alicia Grienssee (Maclovio y Luis Herrera y su padre, don José de la Cruz Herrera, fueron los primeros en desconocer la autoridad de Francisco Villa, en apuntarse al carrancismo y en instigar muchas deserciones en el campo villista); porque ciertamente ya no podía ser, ya no podía estar allí Luisito, Luis Aguirre Benavides, secretario y confidente del General, porque Luisito también lo había abandonado; y tampoco es verosímil pensar que estuviera allí, en Parral, su compadre -del General Villa- Tomás Urbina, porque a Urbina lo fusilaron en Nieves, por sí o por no; el que sí tenía que estar es aquel Martín López, el de los dragones invencibles, hermano de Pablito, el que incendió Columbus; o acaso no eran éstos los hombres principales que acompañaban a mi General y que, abalanzándose sobre el rapaz que acababa de escurrirle un buen puntero lo sujetaban sañudamente.

—Dizque es hijo de Argentino Chávez, mi General.

—Déjenlo.

—Dizque es muy fiero el muchacho, señor.

—Suéltlenlo.

Mi General Villa tomó al muchacho, lo alzó del suelo en sus poderosos brazos, y mostrándolo a sus oficiales y al pueblo, les dijo:

—De estos valientes necesita Mexico. Que Argentino Chávez se vuelva para su jacal con su mujer y su hijo. Y usted, muchachito (el general miraba emocionado al niño), me responde de que su taita no volvera a ser baqueano de los gringos, ¿me entiende?

Seguro que Argentino Chávez no volvió a servir de guía a los norteamericanos. Por si el recuerdo amargo de la reata al cuello no le bastara, los ojos del hijo anudaban todos sus movimientos.

Y fue en Parral, la ciudad "consentida" de Villa, la que asediaba y tomaba cada dos o tres meses. Y fue en Parral, la ciudad que siempre se rindió a Francisco Villa, excepto cuando la defendía, en 1916, el General Sobarzo, aquel que murió por junto al tren, después de varios días de asedios villistas, y cuyo cuerpo embalsamado fue llevado a Sonora. Y fue en Parral, muy cerca de San Andrés y no lejos de Torreón, a un tiro del Canutillo, la casa -cuartel del General, y a un jalón de Jiménez, adonde Pancho enviaba cartas de amor y donde Austreberta -Betita- aguardaba, "como con miedo", que el General viniera a robársela o a casarse con ella. Y fue en Parral seguramente, la ciudad preferida de Villa, la que tomó y dejó cuando quiso -excepto cuando la defendió el General Sobarzo-, la ciudad cuyas gentes le aclamaban y donde las niñas le ofrecían flores. Y fue en Parral, la plaza preferida del Jefe de la División del Norte, que le parecía "buena hasta para morir". Y fue en Parral, sí, donde años después (pero, ¿qué más da después que antes?) de la mañana en que fusilaron a los Herrera, traidores emboscados (de cara no se hubieran atrevido) balacearon el corpachón de mi General Francisco Villa, o Doroteo Arango, el hermano del pueblo.

Yo creo que fue en Parral, pero igual pudo ocurrir en Torreón, o en Saltillo, o en San Andrés, o en Ojinaga, o igual pudo no ocurrir.



BEATRIZ POTTECHER



NACE en Madrid en noviembre de 1961. Se trasladó a Barcelona en 1981 adonde continuó y finalizó sus estudios de Historia del Arte Moderna y Contemporánea. Desde hace un par de años viene dedicándose a la crítica de arte y al estudio del mercado artístico. Traduce novela negra judía neoyorquina. En breve se trasladará a los Estados Unidos para realizar un doctorado.

*Ha escrito sobre arte y literatura en "La Verdad", de Murcia; "Barcarola" de Albacete; "La estafeta Literaria" de Madrid; "El Espectador" de Bogotá; "Accions", "La Vanguardia" y "Galart" de Barcelona. En 1985 publica su primer libro, una novela larga **Ciertos Tonos del negro**, en "Palabra Menor", de la editorial Lumen, de Barcelona.*

VETE COMO SE VA MI CUERPO

Los codos ya no picados, sino vencidos, deslizándose como goterones sobre la mesa; la cabeza gacha, vacilante; el cabello rubio, espilchado, rejuntado de a tramos en espesos nudos, turbio y ceniciento, formando en la frente un revoltijo de flequillo cortado, de cualquier manera, a lo crin. Las extremidades inferiores paralizadas de la embestida sin aferrarse al suelo, colgadas de un cuerpo inmenso, enroscadas a las patas de una silla. Cuerpo pesado, cargado de peligrosas sustancias que se asemejan al más ligero y fantástico de los sueños, y que, sin embargo descansa, alejado y desgajado durante varias horas de mí, inmóvil en su extrañeza. Al principio me asusté tanto de ver que ya no me pertenecía, que se me iba el cuerpo o, mejor dicho, que él se quedaba en tierra mientras me permitía milagrosamente ascender, encarnar otras vidas y otros cuerpos, volar por la espesura del mundo y traspasar una a una las capas inamovibles del cielo. Más tarde entendí: por fin me libraba de su carga macilenta, de sus mezquinas necesidades, de su corpórea e incómoda presencia que jugaba a tener un lugar y un camino allí mismo donde sencillamente no lo había para mí.

De niño me daba un agobio inmenso verme rodeado y aplastado por los brazos pulpo de mi madre, notar su aliento contra el mío, sus dedos como insectos jugar enloquecidos por la plácida extensión de mi abdomen, taponarme el ombligo porque odiaba y le dolía que me lo hubieran cortado. Todos, ella insistía, daban por hecho mi incapacidad de entender como si fuera un parásito o un estúpido congénito, y se comportaban frente a mi cuna de la manera más torpe y grotesca que se pueda imaginar, agitando entre sus dedos deformes muñecos de plástico, haciendo chasquear sus lenguas bífidas contra el paladar y toda clase de muecas propias de una comunidad de oligofrénicos. Me disfrazaban con las prendas cursilonas que habían mandado hacer nueve meses antes con la esperanza de que les saliera una niña: rosa en mi cabecita de pera, rosa en mi pecho apretado, rosa de asquerosos volantes alrededor de mi cintura liada, rosa cagón en los patucos de lana agobiando la locura libertaria de mis dedos. Me paseaban como a un animal cogido del cuello, maniatado a la silla; me trasmutaban en lapa o sabandija en las horas de comida, aferrado a la espeluznante blandura de unos senos azulados que colgaban henchidos como medalla sobre la chata lisura del pecho de mi madre.

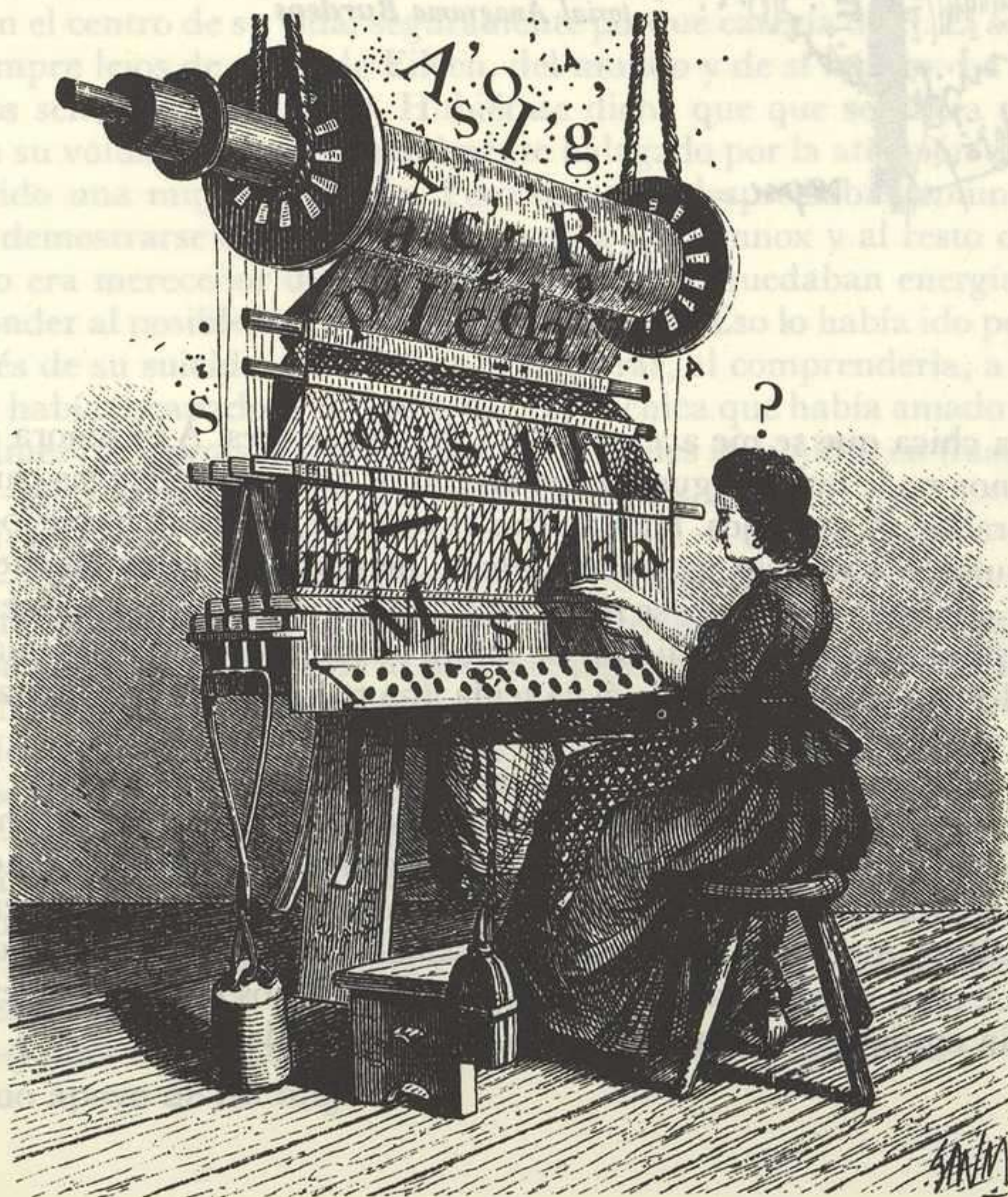
Hasta que no diga SI, ABUELA, no es persona, sentenciaba la tonta de mi tonta pretendiendo que yo cambiara mi monstruoso NO, la única sílaba que quería pronunciar porque magistralmente resumía todo aquello que pensaba y sentía. NO y NO y CACA eran mis palabras preferidas, nunca MAMA, este niño es un retrasado, un monstruo, un espíritu maligno tiene la mirada, no te has fijado, como ida. No a sus pestilentes rizos de marica con los que me floreaba las sienes; no a sus gestos de gallo de inmejorable alcurnia; no a sus botitas blancas con las que pretendían que no se me arquearan los tobillos de espiga. Pero sobre todo no a su atosigante atención, a sus ojos de lerdia posesiva recorriendo con la vista hasta apresarme en el justo radio de acción permitida, no a sus brazos sofocantes en los que me encajonaba horas y horas para su antojo exclusivo, para derramar sobre esta infeliz criatura una miel amarga de tan insípida, pura hiel de cariño que me decían.

Ahora la imbecil de mi mamá ya pude venir a besarme cada noche y darme con un arpegio los buenos días porque yo ya no estoy, me he ido, ya se puede restregar cuanto quiera contra mi pecho entristecido que ya no la siento, ni siquiera me puede incordiar la aspereza de su tacto porque este cuerpo ya no es del todo mío. Un día de estos se lo voy a regalar para que lo colecciona y se lo guarde en una urna de cristal, y lo preserve en alcohol. De tí vengo, útero infame, a tí regreso, madrecita arpía. ¿Verdad que no tenías nada mejor que hacer en la vida?

Ahora te espantaría saber que me pico los brazos con una sustancia que se junta a la guarrada de tu hiel, maravilloso trallazo que logra fundir mi peremne angustia de niño, mi incapacidad del todo adquirida y mi debilidad de ser por mí mismo en un mundo en el que no hay lugar para mí, porque a mi alrededor todo lo has devorado tu, no hay espacio que no se halle ocupado por tí, gente que no conozcas, oficios que me ofrezcas, todo te pertenece menos estos polvos blanquecinos como talco de nieve que me despiertan distantes de tus ordinarias manías. Pobre mamaitata loca por un amor que nunca venía, te quisistes resarcir conmigo, perra loca, me robaste la escasa voluntad que yo

tenía, me contaminaste la sangre con una blandura de amor que ni necesitaba, ni quería.

Por tener fuera de de tí no tengo ni el sexo definido, y mi capacidad de amar no se conduce normal ni recurrente, sino desahogada y total, de tal forma que termino por espantar a mis pobres cobardes y escasos seres queridos. Mil hoyos y cavidades me recorren por dentro troceándome, me anegan centenares de secretos que no me atrevo, ni me dejan, y a la postre yo ya no quiero compartir. Soy un adolescente desolado, un idiota enfermizo dice ella cuando sus brazos se deshacen y aligeran por un breve instante alrededor mío. Madre suéltame, que me mareo, no seas buscona ni pegajosa, tan maternalmente pervertida. Qué poca naturalidad en tus besos con lengua escondida... No me toques que estoy tullido, no grites ni te escandalices porque mis venas ya no son tallos sino un inicio de úlceras verdinegras que me comen dulce sin un asomo de voracidad maternal como tus chillidos. Déjame, muérete, no me molestes ni me menciones más tus desolados y pretenciosos proyectos de futuro, no me vengas a joder con el falso amor que siente por mi la verrugosa de tu vecina, ni me incordies con mis estudios letales, siempre pendientes. Vete como se va mi cuerpo, sin un movimiento precipitado, sin exhalar un solo suspiro.



SOLEDAD PUERTOLAS



*NACE en Zaragoza en 1947. Estudia periodismo. Obtiene el M.A. en Lengua y Literatura española y portuguesa por la Universidad de California, Santa Bárbara. Ha colaborado en diversos periódicos y revistas con artículos de crítica literaria. Ha publicado un estudio sobre Pío Baroja: **El Madrid de "La lucha por la vida"**, Helios, Madrid 1969. Un "Prólogo a la vida de Isadora Duncan", Debate, Madrid 1977. El libro de relatos **Una enfermedad moral**, Madrid, Trieste, 1983; la novela **El bandido doblemente armado**, Madrid, Trieste 1984, (que obtuvo el premio Sésamo en 1979); "A través de las ondas", en **Doce relatos de mujeres**, Madrid, Alianza 1982; "El recorrido de los animales", "Nuevas Letras", Almería 1985. Recientemente ha publicado **La sombra de una noche**; y en Mayo aparecerá en la editorial Anagrama **Burdeos**.*

VANOS ENREDOS (Fragmento)

La chica que se me acercó no era de las mejores. A la señora de Lennox no le hubiera gustado en absoluto. No le gustaban las chicas que se enamoraban de sus hijos. Había otras chicas que le gustaban menos, aquellas de quienes sus hijos se enamoraban, pero contra estas su fuerza era menor. Y contra la chica que se me acercó, la señora de Lennox hubiera podido esgrimir razones de moralidad. Se había enamorado de James cuando no hubiera debido hacerlo, cuando él ya tenía una mujer por la que luchar y conseguir la aprobación de su madre.

Pero si la chica no era de las mejores no era por nada de esto. Simplemente, no lo era. Se me acercó con una sonrisa entre las mesas de un restaurante de moda, dejando tras de sí un jovial grupo de amigos que acabaron reclamándola a su lado. Mientras estuvo conmigo me hizo prometer que la llamaría. Puso mucho entusiasmo. Demasiado. Me miró con unos ojos que decían que eran muchas las cosas de las que podíamos hablar, tal vez demasiadas. Sin embargo, la llamé, víctima de la curiosidad.

Debía estar en mi destino salir con aquella chica. Por ella me enteré de que Eileen estaba enamorada y se marchaba del país.

Era una historia de amor que se había iniciado tiempo atrás y que, necesariamente, había sido mantenida oculta. Databa de un viaje que Eileen había realizado con sus padres a los dos años de su matrimonio con Luigi, en ese preciso momento en que, según opinión de la chica, las cosas empiezan a ir mal en los matrimonios. Al parecer, Eileen había luchado contra aquella pasión, pero se trataba de una atracción irresistible. La palabra "irresistible" permaneció unos instantes entre nosotros.

—Pero nada de todo esto tiene que ver con el suicidio de Luis —aclaró la chica, que parecía conocer las razones de las cosas—. El nunca supo nada. Eileen le ha querido siempre. —Hizo una pausa, tras la que añadió, concluyente—. Hay que reconocer que suicidándose ha resuelto el conflicto.

La frase había sido dura, pero la expresión triste de los ojos de la chica la despojaba de todo cinismo.

—Hace bien en marcharse —siguió—. Se siente culpable después de lo ocurrido, pero uno no debe atarse a la tragedia. Luis se hubiese suicidado incluso si hubiese contado con el amor incondicional de Eileen. Era un desequilibrado.

No tenía más remedio que estar de acuerdo con ella. En las innumerables conversaciones abstractas que yo había mantenido con Luis sobre la vida y el amor, me había transmitido la sensación de que su relación con Eileen no estaba en el centro de su vida, seguramente porque carecía de él. El se encontraba siempre lejos de todo, de Eileen, del mundo y de sí mismo. Le aterrorizaban los sentimientos fuertes. Hubiérase dicho que se había casado casi contra su voluntad, fundamentalmente halagado por la atención que le había conferido una mujer tan bella. Pero como se despreciaba profundamente y debía demostrarse a sí mismo, a Eileen, a los Lennox y al resto del mundo, que no era merecedor de tanto desprecio, no le quedaban energías para corresponder al posible amor que le fuere ofrecido. Eso lo había ido pensando yo después de su suicidio, tratando de recuperar, al comprenderla, a la persona que se había escapado de la vida. Ahora, la chica que había amado ilegalmente a James me devolvía mis propias impresiones resumidas en frases tajantes.

—¿Y a James? —le pregunté—, ¿le sigues viendo?

Negó con la cabeza.

—Hace mucho que no le veo —me informó—.

Prefiero no verle. Creo que sigo enamorada de él, aunque hago esfuerzos por controlarme. Tal vez no lo parezca, pero es una criatura desvalida e insegura. Necesita más apoyo del que es capaz de darle Lilí.

No había desprecio en su voz. Simplemente, no le gustaba Lilí. A mí tampoco.

—Pero él es incapaz de tomar una decisión radical —dijo, convencida—. Nunca se separará de ella. Además, respeta mucho a su madre y sabe que eso le disgustaría profundamente.

Volví a pensar en la dama y volví a decirme que aquella chica no le gustaría en absoluto. No era de las que se dejaban dominar.

—James está destinado a ser un marido infiel —concluyó—. Necesita el continuo apoyo de las mujeres.

—Creo que ha abandonado su carrera política —recordé.

—En esa empresa lo metió su madre —repuso ella—. Pero James no es un hombre duro. Es increíble el daño que le ha causado Terry y su dudosa inteligencia.

Fue la primera vez que percibí hostilidad en las palabras de la chica. Casi odio. Traté de explicarle que no era lícito culpar a Terry de los fracasos de James, como no lo hubiera sido culpar a Eileen del suicidio de Luis. Pero su desprecio por Terry se imponía a cualquier razonamiento.

—Se han pasado la vida diciendo lo inteligente que es. Y se lo han perdonado todo.

—Pero James es el favorito de la dama— observé.

—Sí —tuvo que admiti—, porque no le queda más remedio. Ella sabe que James es débil y la necesita. Terry es incontrolable. Pero lo admira mucho más, y a lo mejor también por eso, por no necesitarla.

Los ojos le brillaban, llenos de resentimiento, como si la supuesta preferencia de la dama por Terry fuera una ofensa infringida personalmente a ella.

Mantenia una curiosa opinión. Las personas demasiado inteligentes corrían el peligro de no detenerse en nada que mereciese la pena. Había observado que con frecuencia ambas cosas, ese exceso de inteligencia y esa carencia de madurez, se daban inseparablemente. Ese era el problema de Terry. Cuando le pregunté cómo había llegado a esa conclusión, repuso, perdiendo su mirada en un horizonte que debía encontrarse más allá de mis hombros, que porque su caso era exactamente el contrario.

Tenia una extraordinaria virtud aquella chica: las cosas que decía parecían ciertas.

Cuando al cabo de unos días Eileen llamó y me comunicó que quería verme, yo ya estaba sobre aviso. Escogió para nuestra cita el mismo lugar desde el que yo la había llamado, hacía mucho tiempo, para comunicarle que Terry necesitaba ayuda.

Había finalizado la estación de las lluvias, pero aquella tarde llovía. Luis nos había abandonado el último verano. Desde entonces yo no había vuelto a ver a Eileen. Terry se había marchado en Noviembre.

Comentamos hechos intrascendentes mientras esperábamos que una fuerza superior a nosotros nos introdujera en el tema central, ése por el que estábamos uno frente al otro hablando de todo aquello.

—He venido a decirte que me marcho —declaró Eileen al fin.

—Así que se trataba de eso— comenté.

Eileen sonrió confusa. Dudaba si yo iba a ser el confidente paciente y comprensivo que había previsto.

—Dime únicamente si te vas sola.

—Me voy con los niños, por supuesto.

—No me refería a eso.

Me miró a los ojos titubeante. No quería decírmelo de aquel modo. No quería que yo la interrogara. Hubiera preferido contármelo dulcemente, atormentadamente, como un problema suyo. Pero yo no quería sus problemas.

—No —confesó al fin.

Saqué mi cartera e hice un gesto para atraer la atención del camarero.

Me estaba comportando como un chico de quince años y no tenía el consuelo de sentirme inteligente.

Salimos a la calle.

—No tenemos por qué acabar así —dijo Eileen, cobijándome bajo su paraguas—. Vamos a mi casa, no hay nadie.

—El que se va; simplemente se marcha. Las despedidas son actos estúpidos —dictaminé cuando la puerta de su casa ya se había cerrado detrás de nosotros.

—¿Quién te has creído que eres? —exclamó Eileen con indignación—. No necesito que me digas lo que debo hacer.

—Entonces, ¿por qué andas buscando mi aprobación? Quieres que me parezca bien que te vayas. Que a todo el mundo le parezca bien. Pides demasiado —concluí.

Eileen me miró, abatida.

—Tú no lo puedes comprender. Tengo que irme —susurró.

—Puedes marcharte. Nadie te lo va a impedir. Eres mayor de edad y dispones de la cantidad de dinero suficiente para mantener a varias familias. Puedes ir y puedes volver y puedes volverte a marchar. Puedes equivocarte y rehacer tu vida. Y encima quieres que que todos te digamos siempre que sí. Eso no lo puedes comprar.

Yo tenía razón, pero mi tono era decididamente equivocado.

—¿Por qué eres tan agresivo conmigo? —preguntó en un susurro.

—Opté por la vía más directa.

—Me has gustado mucho, Eileen, y lo sabes. ¿Qué muchacho no se enamora de la hermana mayor de su mejor amigo? Es una historia corriente. Sólo que es una historia y tiene un final, no precisamente un acto final. Simplemente, se acaba, se desvanece.

Sus ojos me miraron interrogantes.

—¿Es así?

No contesté.

—¿No queda nada? —volvió a preguntar.

Tampoco contesté.

Se miraba las manos, preguntándose a sí misma si todo aquello sería cierto, si su equivocación más profunda no residiría allí, en un malentendido con la vida.

—¿Qué planes tienes tú? —dijo al cabo de un rato, echando su cabeza hacia atrás y dando a sus ojos una expresión de lejanía.

Era demasiado tarde para hablar de mí. Le deseé suerte y me despedí. Eileen no intentó retenerme. Nos dimos un beso junto a la puerta que no se convirtió en un largo beso. Eso fue todo.

Más tarde, me concedí el derecho de sentirme avergonzado y arrepentido. La conducta de Eileen había sido generalmente condenada. A nadie le había gustado que se fuera. La dama exhibía un expresión contrariada cuando se hablaba de ella. El vaquero, más indulgente, solo decía que cada cual es dueño de su propia vida, pero su acento se quebraba, inseguro, como si sospechase que esa regla, aplicada, aplicada a Eileen pudiese convertirse en un arma peligrosa. Sus hermanos callaban, los que quedaban allí.

Pero ella no me permitió vivir en la ignorancia. Me mandó un sobre azul. Había pasado un año desde su marcha y el sobre guardaba tres hojas dobladas. Miré la letra que las llenaba y busqué la firma. Leí la carta varias veces, la impregné del humo de sucesivos cigarrillos y de la mirada emocionada de mis ojos. Se despedía con un "te quiero" que me dejaba clavado en el sillón. No tenía ecos. Era el final de su historia de amor y también de la mía.

Una vez más, evoqué el último día que la vi. Reproduje en mi memoria el instante en que permanecimos junto a la puerta con la casa vacía a nuestras espaldas y nada entre nosotros. Recordaba perfectamente la luz que invadía el cuarto, no iluminado desde las lámparas. Eileen se apoyaba levemente contra la pared y yo tuve que volver a pensar que era la mujer más hermosa que había conocido. Pero todavía la odiaba.

Doblé la carta y la devolví a su sobre. Llegaba demasiado tarde. Yo había dejado de amar a esa mujer hermosa mucho antes, en un impreciso pero irrevocable momento. Con ella entre mis manos me dije que la vida se enreda muchas veces en el amor de forma ineludible, y me pregunté si era verdaderamente posible saber cuál de esos enredos es el importante.



MONSERRAT ROIG



NACE en Barcelona en 1946. Estudia Filosofía y Letras en la Universidad de esta ciudad, licenciándose en 1968. En 1970 obtiene el Premio "Victor Catalá" con su obra "Molta roba i poc sabó i tan neta com la volen", seis ediciones, traducida al castellano con el título de **Aprendizaje sentimental**. En 1972 publica su novela "Ramona, adéu", nueve ediciones, traducida al castellano, **Ramona, adiós**. En 1976 "El temps de les cireres", trece ediciones, premio "Sant Jordi", al castellano **Tiempo de cerezas**. En 1980 "L'hora violeta", nueve ediciones, al castellano **La hora violeta**. En 1982 "L'òpera quotidiana", al castellano, **La ópera cotidiana**. En 1985 "L'agulla daurada", cuatro ediciones, Premio Generalitat, 1986, al castellano **La aguja dorada**. Se dedica también al periodismo, destacando especialmente en la entrevista. Ha publicado, también, **Retrats paral·lels 1975-1976**, **Los hechiceros de la palabra**, 1975, y el reportaj-documento, **Els catalans als camps nazis**, 1977, cuatro ediciones, que obtiene el Premio "Crítica Serra d'Or" 1978. En la televisión catalana dirigió y presentó el programa **Personatges**, cuya recopilación literaria ha dado lugar a los libros **Personatges 1979**, tres ediciones, y **Personatges, segona sèrie** 1980. En 1980 publica **¿Tiempo de mujer?**. En 1984 presentó en TVE, y dirigió, **Los padres de nuestros padres**, programa dedicado a los viejos. Y en 1985 **Búscate la Vida**, dedicado a los jóvenes.

María ignoraba sus sueños hasta que Marta le contó los suyos. María era lo que se dice una mujer feliz, por lo tanto una mujer amable. Y sus sueños eran como lagartijas que duermen bajo las piedras durante todo el verano. Marta miraba a María con piedad, y no sabía cómo contarle que la ciudad era estrecha y el mundo anchísimo. Todos los veranos, Marta y su marido viajaban hacia países de nombres extraños. Regresaban cargados de diapositivas y los domingos por la tarde organizaban pases en su casa. Marta invitaba a María y ésta asociaba los atardeceres con el sabor del chocolate.

María odiaba el chocolate, le recordaba las horas dulzonas de su primera comunión. Prefería el cosquilleo del champán, bebido en copa alta, de éstas que hacen clinc a la hora del brindis, pero no se lo decía a Marta, ya hemos dicho que era una mujer amable. Marta y su marido le contaban a María y su marido historias de ciudades que se pierden en la selva, de ríos intransitables y descubiertos por los buscadores de oro, de tumbas de mármol y de paraísos de los muertos... María escuchaba cuentos orientales, los cuales relatan amores desesperados, naufragios irreversibles y muertes fantásticas. Marta le hablaba a María y ésta sentía que sus arrugas eran más profundas: sus muertos eran demasiado caseros para ser contados.

Después de cada viaje, María encontraba a Marta más hermosa, más sabia, más acabada. Como si un ángel la construyera de nuevo, tenía el aliento de las nubes del desierto. Marta remataba poéticamente las frases concisas de su marido mientras le ofrecía otra jícara de chocolate a María. Marta no ignoraba que ésta detestaba el chocolate.

María se lavaba diez veces por día. Pensaba que su marido ya no la besaba porque olía. Lo había leído en una revista: a partir de los treinta los besos de una mujer hieden. Creía tener el cuerpo lleno de verdín, como si fuera una habitación rancia y vieja. Quizás su mal olor empezó el día en que el médico le dijo que no podría tener hijos. Pensaba que la sangre que se le iba del cuerpo todos los meses era basura, que no servía para nada, como su mal olor. Por esta razón, también pensaba, en su casa no había dinero ni amor.

Pero un día todo cambió. Llegó su marido y le dió un beso en la nuca. Y a María le desapareció el sabor empalagoso del chocolate. La besó en la nuca como antes y ella sintió de nuevo un calambre en la espina dorsal. Un calambre que le estiraba el cuerpo, le endurecía la piel, un calambre que era suave y enervante al mismo tiempo. Su marido le dijo, fíjate, hoy incluso los pobres podemos viajar. Quiero ver la tierra de las jirafas antes de morir. Y le mostró un folleto de vivos colores. María vio dos camellos que parecían decir que sí, los ojos como alfileres, y el morro cargado de paciencia. Estan en un sueño breve, pensó María. Y otra vez el calambre de la espina dorsal y la piel tirante. Luego vio las arenas del desierto, de un amarillo susurrante, los zocos que despertaban miedo y prometían secretos, elefantes que atravesaban los ríos con lentitud secular y mezquitas doradas que brillaban como la vajilla de una zarina. El marido de María puso un dedo lechoso en un punto: iremos aquí, a la reserva de Samburu, más allá del Monte Kenya, cerca de las tierras prohibidas. Quiero ver las jirafas reticuladas.

Todo fue tan rápido como un pensamiento. El marido de María pidió un crédito, ella empeñó las joyas de la abuela. Dejó de sentir pena cuando él le daba la espalda por las noches, su cuerpo dejó de oler mal y en su cerebro se apagaron las células de la tristeza. Subía las escaleras como una recién casada y le sonreía a la cajera del supermercado. María era una mujer que sentía esperanza. Nunca había pensado en las jirafas reticuladas, incluso ignoraba su existencia. Pero ahora tenía los sueños de Marta: soñaba en el día en que dejarían las maletas en el recibidor, en el día en que llegarían cargados de palabras. Pensó en sus tardes de domingo, en las copas altas de champán que hacen clinc.

El marido de María se compró una nueva cámara fotográfica. Ella un sueño de ropa interior. Adquirió dos juegos de bragas y sostenes Crystian Dior y un camisón negro, largo hasta los pies y escotado por detrás. Como si cambiara de piel.

Los primeros días no dejaron recuerdos. Todo era nuevo, sucedía deprisa y, por tanto, fácil de olvidar. Una noche vio la luna llena como un globo de plata. Esperó a su marido hasta las horas heladas de la madrugada. Pero esta espera ya no era como antes, con sus horas vacías y muertas. Se durmió al alba, cuando la naturaleza ya no bostezaba. El la despertó con suavidad y le acarició la seda del camisón. Mi amor, le dijo, mañana vamos a ver las jirafas reticuladas.

El animal los miraba con fijeza, a través de unos ojos como rendijas, indiferente. El marido de María estaba trastornado, mírala, le dijo, mírala bien, que nunca en tu vida volverás a ver una jirafa reticulada. La jirafa y María se miraron un rato largo y silencioso, los ojos de ambos en una sola mirada, en concentración meditada, hasta que el animal movió la cabeza e inició una marcha cadenciosa. Por un instante, le paració a María que la jirafa la comprendía, sus ojos estrechos le expresaron una lástima profunda. El marido de María se puso nervioso, llamo a un negro para que detuviera a la jirafa, éste la enlazó con una cuerda a través del cuello y, embriagado, el marido de María se subió a su grupa. El negro le dijo algo, pero el marido de María no oía nada, solo le gritaba a su mujer que aprovechara el momento y le sacara una fotografía. No todo el mundo ha sido fotografiado encima de una jirafa reticulada, le dijo. María vio a su hombre en lo alto y cerró los ojos para conservar este instante. La jirafa empezó a oscilar con ligereza, luego se envaró, estiró su cuello dignamente y, al fin, meneó la grupa con el fin de desembarazarse del intruso. La caída fue mortal. Cayó como un muñeco, sin tiempo para el espanto, las cervicales machacadas y en la mirada una promesa de llanto. La jirafa miró al cielo y María al suelo: a su marido se le había soltado un zapato.

El cónsul de Nairobi le dijo a María que era muy caro trasladar el cadáver, pues la agencia no cubría esta clase de gastos. Pero le ofreció una solución: podían incinerar al desgraciado y ella llevarse las cenizas a casa. Se lo devolvieron en un frasco y con una etiqueta con el nombre del marido completo. María compró una botellita de cristal opaco y trasladó allí las cenizas del muerto. La puso en la bolsita de las cremas y el jabón de baño. Sus compañeros la compadecieron y le dijeron adiós. Pero ella había decidido continuar,

pues el viaje ya estaba pagado. Todas las noches se colocaba la botellita a su lado, casi rozándole el escote del camisón de seda. Y le contaba todo lo que había visto durante el día: la danza de las cebras y la procesión de los elefantes, como silbaba el viento que llegaba de las colinas prohibidas para los blancos, las noches sin estrellas y las aves irisadas que se elevaban en vuelos concéntricos hasta desaparecer en un cielo infinito y de un azul que producía dolor.

María regresó a casa con un solo recuerdo, el que ella seleccionó en un momento de amor: solo veía a su marido en la grupa de la jirafa reticulada, sólo oía su voz, cuando le decía, mírame bien y consérvame para siempre. Casada de nuevo y feliz, María observa ahora que su cuerpo huele a adelfa. Y de vez en cuando brinda con champán, en una copa alta de éstas que hacen clinc, y dirige su mirada más dulce hacia una botellita de cristal opaco que está al lado de su jabón para el baño.

(Traducido del catalán por Montserrat Roig)



PILAR ROJO



NACE en Burgos el 9 de Mayo de 1957. Su afición, adicción, a la literatura y a la poesía, se acrecienta en los primeros años de juventud, donde busca y halla respuesta a sus inquietudes.

*En 1984 expone una colección de dibujos en la Casa de Cultura de Burgos. Un año más tarde edita en la colección Artesa su primer libro de poemas y cuentos **Desde una fantasía**. Actualmente prepara una novela corta.*

DESDE EL INTERIOR

Algo había sucedido; algo en lo que sin haber tomado parte, estaba atrapado.

Se hallaba en un estado de semiconsciencia que le hacía dudar sí estaba vivo o no. Se esforzó en analizar la situación y ésta le exigió un esfuerzo mayor del calculado, no obstante, fue gratificado con un dato significativo: Calor.

Leve calor humano apenas perceptible, que le arrastraba hacia lo más profundo del olvido.

Allí, sintió de nuevo la mano de su madre, retirando de su frente el mechón rebelde al agua con azúcar. Y sonrió, reviviendo las tardes perezosas de finales de verano, en las que el Tirabeque, después de una agotadora jornada, hacía inventario de las bombillas y canalones acertados, mientras asomaba las gomas por el rasgado bolsillo del peto azul.

Revivir la infancia es tomar un ovillo por el hilo, y éste le recordó el olor de la fruta madurando entre camisetas zurcidas y sábanas de lino.

El deseo de acurrucarse le causó dolor, se percató de que lo había olvida-

do, sin embargo, ahora le resultaba familiar; y aunque pretendió eludir su recuerdo, fue atrapado inevitablemente.

El mismo año en el que había de cumplir los ocho; la madrugada del treinta y uno de Abril, le despertó a un mundo en el que la muerte, no era dejarse caer con una postura crispada, para después levantarse y continuar eliminando enemigos con el índice extendido. Tardó en aceptar que la muerte y la palabra "adios", que él repetía, tenían diferente significado.

Aprendió lo terrible del dolor, pero también que éste no era eterno. Al llegar su cumpleaños, seis meses más tarde, volvía a sonreír casi todas las mañanas al despertarse.

Le invadía una fatiga inexplicable, como si hubiera envejecido una vida entera en pocas horas... Y al recordar ahora su adolescencia, su juventud; sopesando en la balanza, angustias y júbilos, el platillo del dolor era superado por dos sonrisas y media. Sin titubear pensó que había merecido la pena.

Amó a una muchacha; más que recordarlo, lo presentía, más que recordarla, le habitaba. Su nombre no le agradó nunca, y él se sentía un poco su Creador ofreciéndole uno diferente cada día. Fue la única entre un considerable número de únicas. No le dió la felicidad, pero compartió sus infortunios y éxitos con idéntico interés, sin reproches ni exigencias. Por elección propia aceptó las reglas de un juego que no inventaron pero creyeron.

Se creyeron mutuamente. El la creyó hermosa aunque no lo era y ella le creía, a pesar de saberlo. Su piel, la sola idea de acariciarla, provocaba en él más placer que si la poseía. Aquella piel encerraba un misterioso poder; era distinta en lo que las demás se parecían. Tersa, fina e infantil como otras, pero con algo que la fundía a la suya, como si fuesen esquinas de la misma página. Tenía ya la certeza de lo que significaba vivir o estar muerto, ahora no soñaba ni le confundía la siempre engañosa memoria.

Un miedo atroz a no sabía qué, le apretaba la garganta. Inspiró y al comprobar que lo hacía sin esfuerzo, pudo tranquilizarse.

No podía ver absolutamente nada y convencido de tener los ojos cerrados, con la naturalidad de quien despierta, entreabrió los párpados. —¡Oscuridad total!— Sintió miedo, pero se dijo: "Quizás las ventanas esten cerradas, abriré una".

Trato de incorporarse y un grito sordo le mordió los labios, antes de darse de bruces contra un vacío tan denso, que por sí solo, dejaba patente la imposibilidad de ser escuchado.

Un dolor fulminante le recorrió la espalda y, por un momento, tuvo la impresión de que sus vertebras iban a salir despedidas de su cuerpo. Perdió la noción del tiempo. Más tarde, a medida que el dolor remitía, fue recuperando el dominio de la razón y centrandose en sus limitaciones.

No acertaba a comprender porqué le resultaba prácticamente imposible moverse, ni siquiera podía asegurar en que posición se encontraba, pues se sentía flotando, incluso húmedo; el aliento exhalado volvía a su rostro en cuestión de un segundo, por lo que dedujo, que debía hallarse en un recinto poco mayor que su volumen.

Una sensación de ahogo hacía ahora que la respiración le resultara fatigosa. Esta opresión le trasladó a esas otras veces, en las que durante una carrera, escasos metros antes de la meta, forzaba al máximo sus posibilidades y

caía exhausto bajo la cinta de llegada.

Atrapado deleitosamente en la memoria, saboreó los triunfos alcanzados en el deporte. Años duros de espartano entrenamiento, pero llenos de satisfacción personal. Consiguió la fama y el reconocimiento a su denodada capacidad de superación y... lo abandonó todo por un sueño de libertad. Recordó las reuniones con los compañeros, la mayor parte de las ocasiones, reuniones frías, de compromiso, hipócritas y siempre amables, donde todos intentaban brillar, aunque fuese a costa de derramar suciedad en oro ajeno.

Un leve roce en la espalda le evocó a los amigos, a los buenos amigos — tan exiguos—, cuando le ponían una mano en el hombro y guardaban silencio despues de un fracaso.

Volvió a la realidad, convencido de haber oído una canción, una nana, ¿tal vez?, en un idioma desconocido, que sin embargo, entendía perfectamente, y de forma inexplicable relajaba su carne adolorida, su mente exámine.

Se sintió mareado, ebrio, como la noche en que pretendió quemar un desengaño con el alcohol de un litro de ginebra; el resultado no pudo ser más desastroso: la resaca le duro dos días, pero el rencor años.

De todos modos, la música le acunaba y se abandonó al vaivén de la melodía. Hubiera jurado que bailaba lentamente y que sobre su hombro, caía el perfumado peso de una cabeza femenina.

Aún tenía dudas al respecto, de si soñaba o no, cuando la canción cesó bruscamente, siendo sustituida por unos sollozos que le aplastaban el pecho a cada suspiro. Aturdido, trató de sobreponerse, pero su cuerpo se convulsionaba y sufría contracciones involuntarias que casi le hacían perder el sentido.

Habló para sus adentros diciendo: "Esto es tan real, tan auténtico, que no es posible que sea un sueño; estoy bien despierto, lo que ocurre es que estoy cansado; sin duda, me habré excedido en los esfuerzos, ya no soy precisamente joven y mis fuerzas se han agotado antes de lo previsto. Consecuencias de esta innata e incorregible rebeldía, y de mi insasiable ambición hacia lo paradigmático."

Sumido en estos pensamientos, las contracciones tornaron, ahora se repetían a intervalos más cortos y regulares, eran cada vez más dolorosas, las sienas cedían a una presión indescriptible y sin contacto alguno.

El eco de un estadillo le hizo temblar, no le asustó, enseguida supo que aquel sonido provenía de un vaso o una taza de cristal al chocar contra el suelo. Temblaba de frío, tiritaba, y el vello de todo su cuerpo al erizarse, le puso en conocimiento de algo que hasta ahora había pasado por alto: Se encontraba desnudo.

El hecho en sí no le sobresaltó, pero sí, el aceptarlo como si fuera lo más lógico. No tenía sentido. Desconcertado trató de serenarse, pero se estremecía demasiado para conseguirlo. Era incapaz de controlar la perdida de calor que escapaba, dando paso a un frío húmedo, que ya le había devorado los pies y las manos, ahora adormecidas...

... Como cuando jugaba con la nieve, apretándola, comprimiéndola entre sus manos hasta conseguir una bola compacta y transparente.

No era comparable. Aquel frío, después le proporcionaba más calor, y ésta, escarcha que nacía, en su interior, le anulaba, pero se crecía.

Haber recordado la nieve le suscitó una sonrisa; imaginar un paisaje total-

mente acolchado y blanco, sin límites... y soñar como soñaba, dependiendo del tamaño de los copos que podían ser... desde una plaga de infinitos insectos albinos, hasta pétalos de inagotables margaritas a las que un enamorado desaprensivo consultaba su suerte. Otras veces, imaginaba que alguien desde muy arriba, sacudía blandos almohadones y que éstos se rompían esparciendo sus plumas... Si los copos eran muy grandes, le gustaba creer que eran migas de pan, de este modo tomaba más sentido aquello de... “Y derramó sobre ellos el maná”. Y si se encontraba cansado para soñar, simplemente elegía uno, el más alto, el más luminoso y le seguía procurando no perderlo - nada fácil, por cierto- hasta que al llegar al suelo, éste le bebía.

Una contracción más profunda que las anteriores, sacudió de golpe sus fantasías. Fue consciente de que perdía consciencia, a duras penas podía respirar; el frío cruento acrecentaba el dolor hasta hacerlo inhumano. Tuvo la sensación de caer en un pozo sin fondo, se desvanecían sus pensamientos; vaciló, no sabía con exactitud, si imaginaba recuerdos, o si los recuerdos le imaginaban a él.

Le pareció que el techo se hundía lentamente, incomprensiblemente blando, pero con un peso inaudito que le aplastaba; las paredes se pegaron a su cuerpo, reduciéndolo... y en el preciso momento en el que la asfixia le robaba el último aliento, adivinó con una lucidez propia de agonizante, que había soñado, incluso el olvido fue a si mismo un sueño, y los recuerdos, y...

Dejó de sufrir.

No pudo oír desde su no existencia el desalentado y angustioso comentario de una mujer que se decía:

“Comprende, hijo mío,
el mundo es inicuo e implacable,
no quería que sufrieras.”

Tampoco pudo ver, como recogía extenuada, pedacito a pedacito, los cristales aún mojados de un vaso roto y los iba amontonando sobre su vientre vacío.



ELENA SORIANO



*NACIÓ en Fuentidueña del Tajo (Madrid), de padres —al igual que todos sus ascendientes— andaluces. Realizó estudios de Magisterio y de Filosofía y Letras, interrumpidos por el estallido de la guerra civil española. Finalizada la contienda, contrajo matrimonio y tuvo dos hijos. En 1951, publicó **Caza Menor** (Calleja, Madrid), primera novela que obtuvo un exitoso recibimiento por parte de la crítica y a la que siguió la trilogía **Mujer y Hombre**, compuesta por **La playa de los locos**, **Espejismos** y **Medea 55** que la autora entregó a la imprenta (Saturnino Calleja, Madrid) en 1955. Sin embargo, “La playa de los locos” no alcanzó los canales normales de distribución al ser prohibida por la censura franquista, una vez impreso ya el libro con el permiso “verbal” del entonces Director General de Prensa, quedando la trilogía brutalmente mutilada y su autora condenada al ostracismo al que, por aquellos oscuros años, solían relegarse a los autores no gratos al regimen. Con una notable formación intelectual y humanística, Elena Soriano cultivó, desde entonces, la novela corta, el cuento y el ensayo. En este último terreno, su implacable lucidez e infatigable curiosidad le han llevado a abordar los más diversos temas tanto literarios como sociales y filosóficos. En 1969 fundó, en Madrid, ciudad donde reside, la revista **El Urogallo** que dirigió y editó personalmente hasta 1976 y que aglutinó, entre sus colaboradores, las firmas más destacadas de la literatura y el pensamiento españoles e hispanoamericanos. En 1985 publica **Testimonio materno** (Biografía) Ed. “Plaza Janes” relato de un dramático acontecimiento acaecido en su vida privada y que la mantuvo alejada de la vida pública durante los últimos años.*

ESPEJISMOS

I

El hombre tuvo que aguardar, de pie en el vestíbulo, ya con la gabardina puesta y el maletín en la mano, mientras la mujer taconeaba de un modo intermitente y moroso por todo el piso, recorriéndolo una vez más, pieza por pieza, con el pretexto de comprobar si todo quedaba limpio y en orden, si las llaves del agua y del gas estaban bien cerradas, y la radio desconectada, y hasta los cuadros y las sillas y las persianas y las cortinas de cada ventana en la exacta posición debida. El hombre observaba el portentoso, inconcebible interés femenino por lo trivial e insignificante, aun en momento de la mayor trascendencia; el apego primordial a lo pequeño y relativo, ante la misma perspectiva de lo infinito y absoluto... Por un instante, sintió irritación y desdén, y estuvo a punto de exclamar:

—¡Deja eso ahora! ¿Qué importancia tiene? —pero enseguida pensó, con más calor entrañable—: No, no es así: es que sienta pena y miedo, es que va despidiéndose con angustia de cada cosa, aferrándose a todo lo suyo, la pobre...

El también, al mirar en torno, sufría la misma impresión de resumen, de acabóse y de resistencia suprema; y la combatía esforzadamente con razonamientos optimistas y hasta con aquella misma secreta impaciencia por las dilaciones y preocupaciones superfluas de la mujer. Y hubiese querido desahogarse en uno u otro sentido; pero no lo hizo, por temor a que toda observación resultara indiscreta, hiriente o enervadora para la otra sensibilidad en tensión máxima. Esperó callado, calmosamente, y cuando, por fin, la vió acudir abrochándose el abrigo con una sola mano, en un habitual gesto hábil, se limitó a decir con su voz más inexpresiva:

—Vamos...

Todavía, ambos, sin hablarse, incluso procurando esquivar la observación mutua, echaron otra ojeada, larga y absorbente, a su alrededor, percibiendo más fuerte que nunca el ultimatum y el adiós mudo de todas las cosas: la multitud de cosas nimias y heterogéneas —el cuadro comprado conjuntamente, la fea lámpara recibida en regalo, el jarrón que tocó en la rifa, la mesa cuya colocación se discutió tanto... —que han perdido su primitiva condición individual y forman ya el aglutinante indistinto de una larga convivencia; las mil pajitas aportadas por los pájaros a su nido de apareo, entrelazadas y adaptadas ya por completo a los contornos del cuerpo común, de tal forma, que éste parece definitivamente instalado allí, sintiéndose, a la vez, cómodo, fatigado y temeroso de una conmoción cualquiera que altere la laboriosa obra...

Al salir del piso, al trasponer el límite entre su intimidad y el mundo extraño —límite que tantas veces habían pasado con indiferencia o alegría o rencor o alivio—, lo hicieron con la inefable ansiedad que se siente al traspasar una frontera entre la patria y un país desconocido, o se abandona tierra firme para flotar o volar en elementos inseguros. Ambos tuvieron el impulso de abrazarse y de gritar confusos presentimientos contradictorios, de suerte y de desdicha; pero solamente, cuando la puerta, al tirón del hombre, se cerró

tras ellos con excesiva rapidez —como un ser desalmado que los empujara y despidiera perentoriamente—, a su seco ruido tumbal se mezclaron un viril suspiro y un femenino sollozo. Y, siempre con la misma voluntad represiva, manteniendo un silencio cargado de comunes y penosas sensaciones que apenas llegaban a hacerse ideas, bajaron lentamente la escalera: él, ofreciendo insistentemente el apoyo de su brazo, ella medio aceptándolo, medio rechazándolo, con suspicaz entereza:

“¿Por qué, *ahora*, tanta amabilidad? ¿No ve que, *ahora*, no tiene mérito? ¡Tantos años dejándome bajar y subir por mi cuenta...! Puedo hacerlo también la última vez... ¡No, la última no, Dios mío!”

Salieron a la calle. Mientras el hombre iba a buscar un taxi, la mujer se quedó parada, con el maletín depositado junto a sí en el suelo, casi al borde de la acera. Alzó y extendió la vista: en unos segundos, logró recorrer y abarcar, con la misma minuciosidad amorosa, anhelante y dimisoria que en su hogar, el inmediato contorno urbano, el familiar paisaje de su existencia. Y halló también un insólito significado vital, útil y emocionante, en todos y cada uno de sus elementos: en el trazado de la vía urbana y en el ligero declive de la calzada y en el recorte de los edificios contra el cielo purísimo; en las fachadas de las casas, los tonos de sus revocos, el número y forma de sus ventanas, incluso en sus detalles decorativos más fútiles; en las tiendas que se abrían con metálicos ruidos alborozados; en el despliegue colorista de frutas y hortalizas de la verdulería, y en la humildad del puesto de churros de enfrente, y en la miscelánea del quiosco de periódicos de la esquina; en la manga de riego, alzándose como una trompeta para proclamar a chorros de líquido frescor la llegada de la primavera; en el mismo carro del traperero, acopiando avaramente los desperdicios de cada vida ajena, como algo valioso y aprovechable hasta la última escoria:

“Es la vida... Es así, la vida: esas formas, esos ruidos, esos colores, esos olores... Todo vale, todo es preciso y precioso... ¡Yo tampoco quiero perderlo, Dios mío! ¡Qué mañana tan hermosa y qué bien me siento! ¡Si pudiera retroceder todavía!”

Pero el taxi se le aproximó casi rozando la acera y, antes de pararse por completo, abrió ante ella la portezuela con precisión y rapidez, como para raptarla al paso; y, sin darle tiempo a alzar un pie, su marido, con aquella exagerada solicitud de circunstancias, se precipitó fuera, a recoger el liviano maletín y a ayudarla de nuevo, ahora, a subir al vehículo. Y éste atravesó velozmente la ciudad, entre un tráfico escaso todavía, hacia perspectivas cada vez más amplias, donde el aire, cruzado por rayos de sol oblicuos, se desgarraba a su paso como una gasa intacta.

Llegaron hasta una moderna barriada extrema y fueron a detenerse ante uno de sus flamantes edificios. Era un chalet grande y aislado, de un curioso estilo híbrido, entre dórico y hollywoodense, con escalinata y pórtico de columnas en la fachada y con numerosas ventanas apaisadas provistas de persianas de plástico amarillo. Lo rodeaba un jardincito incipiente, con bandas y recuadros de césped bordeados de pensamientos y flanqueados por castaños muy jóvenes, y lo cercaba una verja recién pintada de un gris plata, que fulguraba pretenciosamente bajo el vivo sol marceño.

Al frenazo del taxi, los dos viajeros hicieron movimientos simultáneos y opuestos: el hombre se echó hacia adelante para mirar el contador, mientras la mujer, agazapada en un rincón, pareció incrustarse más en él, como expresando una resitencia pueril y tardía.

“¡No, no quiero! ¡Es imposible todo esto! ¡Me van a matar! ¡Dios mío, Dios mío, tengo miedo...! —pero inmediatamente reaccionó, apoyándose en piadosas reflexiones—: He confesado y comulgado, estoy sin pecados: sea lo que Dios quiera... y no debo de ser cobarde, ahora precisamente, cuando él se muestra tan tranquilo, hasta contento...¿Se alegrará? ¡No! ¡Cómo puedo pensarlo?”

—El maletín... —murmuró, incorporándose y logrando corresponder con una sonrisa apagada a la amplia y estimulante que él le dedicaba, mientras mantenía abierta la portezuela y le tendía una mano firme.

—No te preocupes... de nada —dijo, y sacó el maletín en cuanto ella descendió—. Voy a pagar, espera —añadió, reprimiendo su ligero nerviosismo y depositando junto a la mujer la pequeña valija, para registrarse mejor los bolsillos:

“Su mano está fría...¡Qué pálida su cara, y qué ojeras! ¡Sus ojos, sus queridos ojos, tan conmovedores, tan irresistibles cuando están sin cólera, cuando suplican, como ahora...!”

Ella, a su espalda, volvía a mirar en torno —la casi desierta calle desconocida, apenas urbanizada, todavía con numerosos huecos entre sus edificios novísimos o en construcción—; y aunque intentó distraerse en la contemplación anodina y ajena a su obsesión interna, irresistiblemente terminó por detener los ojos sobre el arco metálico alzado sobre la verja de entrada, donde había, en negro brillante, una sola y gran palabra: SANATORIO.

(Capítulo I de la novela *Espejismos*)

ESTHER TUSQUETS



NACIDA en Barcelona el 30 de agosto de 1936. Cursó estudios en el Colegio Alemán de su ciudad natal y Filosofía y Letras (especialidad de Historia) en las universidades de Barcelona y Madrid. Desde comienzos de los años sesenta dirige la Editorial Lumen.

*Se inicia como escritora tardíamente, en 1978, con la publicación de **El mismo mar de todos los veranos** (novela traducida al italiano, alemán, inglés y francés), primera parte de una trilogía que se completaría con **El amor es un juego solitario** (Premio Ciudad de Barcelona 1979) y **Varada tras el último naufragio** (1980). En 1981 publica un libro de relatos estrechamente enlazados entre sí, **Siete miradas en un mismo paisaje** que cierra provisionalmente un ciclo narrativo que se reabre, desde un punto de mira más amplio, si cabe, con **Para no volver**. Ha escrito también un cuento infantil, **La conejita Marcela** (1981), y ha colaborado con cierta regularidad en revistas y en la prensa diaria.*

OLIVIA

No se había fijado nunca hasta entonces de verdad en Olivia. Le había destinado sólo esta atención difusa que ponemos en personas que presumimos no han de interesarnos para nada, pero que manejan realidades que nos afectan muy de cerca. Y era ciertamente muy cómodo, muy conveniente, estar a bien con la directora, aunque las compañeras no le llamaban a eso estar a bien (“le tienes sorbido el coco a la dire”, bromeaban, “nunca se habían visto tantas infracciones al reglamento y tantas excepciones en esta casa”). Y era verdad que Sara podía llegar tarde por la noche siempre que se le antojara— y se le antojaba a menudo—, encontrar incluso ya cerrado el portal, y justificarse sólo asegurando con un gesto vago que había terminado ahora mismo la función de teatro o que había unos amigos de sus padres de paso por la ciudad. Y podía quedarse Sara holgazaneando en cama la mañana entera alegando un improbable resfriado, una poco verosímil jaqueca, y tener el dormitorio patas arriba y el armario en desorden, y utilizar el teléfono para unas llamadas interminables en que no decía más que pavadas

—aseguraban envidiosas las otras chicas—, y ducharse a todas horas y dejarles el baño inundado sin molestarse en recoger el agua como hacían las demás. Y cuando ellas rezongaban y se quejaban a la directora. Olivia la rigurosa, Olivia la estricta, Olivia la implacable, suspiraba, meneaba la cabeza, se encogía de hombros, se le ponía blanda y vaga la mirada, mandaba como mucho a una criada a fregar el suelo, prometía recordarle a Sara que eran muchas las que debían compartir el único teléfono. Pero luego no le decía nunca nada, o se lo decía con una voz opaca y desmayada —que sólo utilizaba para dirigirse a ella—, y seguía Sara haciendo lo que le venía en gana. Y tal vez sí, reconocía, imperaba para ella un reglamento especial, pero ni le daba importancia, tan habituada desde siempre a movilizar mimos, provocar excepciones, quizá porque —como aseguraban también las otras chicas— capaz era de coquetear incluso con su propia sombra, tan ignato e inconsciente y arraigado en Sara era el deseo de gustar que ni cuenta se daba de que coqueteaba. Y a lo mejor si había coqueteado en cierto modo desde el principio con Olivia, ansiosa de poder llegar más tarde, salir incluso alguna noche, sobre todo cuando Carlos venía para verla a la ciudad, necesitada de llamarle a todas horas, cuando él estaba lejos, imprescindible en realidad caerle bien a la directora, para que fuera soportable y medio vivible esa aburrida residencia para universitarias de provincias. Pero ver a Olivia, fijarse en ella de verdad, destinarle la atención específica que corresponde a un ser humano individual, desligado del cargo que ocupa, estaba Sara segura de no haberlo hecho jamás.

Tan raro por lo tanto que la directora la citara en su despacho aquella noche, precisamente la misma noche en que había tenido con Carlos la gran agarrada por teléfono, la pelotera descomunal, y lo había mandado a la mierda y le había gritado que no quería volver a verle nunca más y hasta le había colgado sin despedirse, y había llorado luego a mares en su habitación, de bruces en la cama, sin querer escuchar los consuelos de las otras chicas, empecinadas en que todo iba a arreglarse, en que harían de nuevo como tantas otras veces las paces, cuando Sara sabía bien que ahora era distinto, que lo había mandado a la mierda y le había colgado el teléfono, y esto un tipo orgulloso como Carlos no se lo iba a pasar ni a perdonar, y era el final definitivo, porque seguro que ahora su novio se largaría a Granada con aquella amigueta insoportable, la relamida y flacucha francesita de Montpellier, que le decía a todo que sí (no le iba a costar nada a Carlos metérsela en la cama). Y allí estarían los dos, haciendo el amor en Granada, recorriendo con las manos cogidas los jardines del Generalife, comiendo pimientos fritos y bebiendo un vinillo blanco y áspero (que a Sara le gustaba tanto) en las tabernas del Albaicín, mientras ella no podía tratar de disculparse, ni telefonarle siquiera, puesto que no sabía dónde se alojaba, mientras ella se moría aquí de añoranza y de celos y de rabia y de soledad.

Y fue una rara casualidad, una curiosa coincidencia, que justo aquella noche —quizá por verla con los ojos hinchados, la nariz enrojecida, sentada sin probar bocado a la mesa del comedor— le pidiera Olivia que fuera a reparar con ella unos papeles a su despacho. Y todavía fue más sorprendente que

la abordara allí de aquella forma desvergonzada, sin tapujos, en cierto modo brutal, agarrándola por los hombros, por la cintura, escudriñándole las pupilas, hablando en un susurro: “Entre nosotras dos ha habido siempre algo muy especial, desde el primer día, tú lo sabes, eres tú en realidad la que lo has provocado todo. “Jadeando Olivia, pálida como una muerta, tragando aire con esfuerzo como si le costara respirar, perdido el más remoto sentido de la prudencia, porque allí mismo, apenas a unos metros, estaban las otras chicas, Y Sara hubiera podido armar un escandalete, ponerse a gritar, contarles al salir lo que había ocurrido. Y allí se le hubiera acabado a la otra el cargo de directora en la residencia, y el medio para ganarse el pan, porque quien iba a darle trabajo después de una cosa así. Absolutamente descontrolada la tal Olivia, besándola en la boca como enajenada, chupeteándole los labios (luego, en el espejo del baño, se los vió tumefactos e hinchados; y amanecieron a la otra mañana amoratados, como nunca se los había dejado Carlos ni ningun otro chico), pegándose a ella, agarrándola fuerte, “tu tambien lo supiste desde el primer día, eres tú en realidad la que lo ha provocado todo”. Y Sara atónita, porque no sabía nada, no había advertido nada, ni sabía siquiera que se pudiera dar así, en la cotidiana realidad, el amor entre mujeres, que la parecía cosa de otro mundo, de otras gentes.

Manoseándole ahora Olivia los pechos, intentando meterle una rodilla entre las piernas. Pero Sara mantenía los muslos juntos y apretados, aunque se estuvo quieta unos segundos larguísimos, y no gritó, ni lo contó después a nadie, paralizada en los primeros instantes por la sorpresa, acaso también por la curiosidad, por la fascinación que se puede sentir ante lo desconocido, lo prohibido y lo condenado. Paralizada luego enseguida por una idea que le cruzó por la mente como un relampago: “Si Carlos me viera, si él pudiera verme ahora, si le cuento yo algún día, se arrepentirá de lo que me ha dicho, de lo que me ha hecho, de haberme dejado abandonada aquí y haberse largado a Granada con esta francesita cursi, con esta mala puta. “Si Carlos la viera ahora... Y se había quedado quieta, y se había dejado hacer. Durante dos o tres minutos se había dejado hacer, aunque sin separar los muslos ni entreabrir la boca. Y no dijo tampoco “no” cuando la otra le suplicó al borde de las lágrimas, con voz ronca, temblando de ansiedad, a punto parecía de caer de rodillas: “Ven esta noche, prométeme que vendrás esta noche a mi habitación.”

Pero no acudió aquella noche, ni a la siguiente, ni a la siguiente, por más que Olivia la acosara en los pasillos, en la biblioteca, en el comedor, con una mirada enfebrecida y desesperada, sin sombra ya de disimulo, sin preocuparse por lo que podían sospechar o adivinar las demás, como si la pasión que había discurrido oculta y soterrada durante meses hubiera irrumpido ahora con tal fuerza al exterior que nada pudiera contenerla dentro de unos cauces. Pero Carlos no telefoneó tampoco durante los tres días siguientes. Y entonces, a la cuarta noche, Sara se puso el batín de seda —una seda verdioscura en la que florecían diminutas y doradas las margaritas— y se deslizó en la habitación de Olivia. Dejó que la mujer la tumbara en su cama, y cerró los ojos, y sintió que la bata de seda se abría, se le deslizaba a los costados, y supo que

estaba emergiendo entre el verde oscuro su cuerpo pálido, sus pechos redondos, turgentes, que le parecían a ella demasiado grandes pero que volvían locos a los hombres, su cintura fina, su vientre liso, sus muslos largos y cremosos, toda su joven y fragante piel de seda clara entre la seda oscura que resbalaba a ambos lados y la dejaba al descubierto como si se descorriera un telón. Y la otra gemía, le hablaba con voz ronca, con unas palabras extrañas, de nuevo como si le faltara el aliento, “mi niña, mi tesoro, mi mujer de fuego, mi mujer de hielo en que me abraso, mi amor, mi amor...” Tan turbada al principio que no acertaba casi a tocarla, trémulas e inciertas sus caricias iniciales. Pero luego se sentó a su lado, se tumbó sobre ella (casi sin peso su cuerpo flaco y ágil), se agazapó entre sus muslos (todo esto sin quitarse para nada la ropa: nunca, a lo largo de la historia, habría de quitarse Olivia ni siquiera la blusa). Y la cubrió de besos, de roces, de caricias, le recorrió el cuerpo a lametones delicados, como a un cachorro recién nacido, la chupeteó, oprimió, lastimó. Y Sara se mantuvo todo el tiempo inmóvil, tumbada allí de espaldas sobre la seda verde, con los ojos cerrados, la boca cerrada. Y sólo cuando los manejos de Olivia se hicieron más apremiantes y desesperados, “¿qué sientes, di, es posible que tú no sientas nada?”, sacudió Sara la cabeza sobre la almohada, se distendió, se desperezó, sonrió levemente. Y lo cierto es que ni ella misma sabía lo que sentía, aunque no era desde luego amistad o amor, y no tenía tampoco relación alguna con el placer tal como ella lo había conocido —con Carlos o con otros muchachos— o adivinado en el pasado. Era un sentimiento complejo, adulterado, hecho de curiosidades morbosas, narcisistas languideces, perversa vanidad ante el propio poder, la fascinación en suma de haber provocado en alguien un grado de pasión y de locura que no había imaginado tan siquiera como posible. Mezclado todo a la rabia y al desconsuelo de que Carlos no la telefonara, Carlos no escribiera, Carlos no hubiera acudido a rescatarla, y estuviera lejos, retozando en Granada con su francesita estúpida y cursi y melindrosa, mientras ella se hundía sin remedio en este horror.

Y tanta rabia y tanto desconsuelo se resolvían en unas oscuras ganas de dañarle, deseos de dañarse a sí misma, de dañar a esa mujer, Olivia que se le había cruzado en el camino, de vengarse así en ella y castigarla, esa figura huesuda y flaca a la que no amaba pero a la que estaba empezando acaso a detestar, esa grotesca vieja que gimoteaba y suspiraba y se afanaba y amenazaba y languidecía noche tras noche sobre su cuerpo desnudo e inmóvil, deliberadamente inmóvil y desprovisto de reacciones, como muerto, y (sabía Sara sin necesidad de que la otra se lo dijera) tan juvenil y tan hermoso. Y unas veces Olivia suplicaba, “por favor, niña mía, mi tesoro, mi amor, te lo ruego, mi amor”, y otras veces se crispaba y le gritaba y hasta la golpeaba (aunque nunca le pegó muy fuerte, nunca de verdad), “voy a marcarte, Sara, te voy a dejar mi marca para siempre, voy a marcar tu piel a sangre y fuego para siempre”. Y ante las súplicas y el llanto, Sara sonreía con los ojos cerrados y entreabría indiferente los muslos, los labios, dejaba que la lengua ávida y reseca de la otra se le deslizara en el sexo o le llegara a la garganta. Y ante los arrebatos de contenida violencia, de tristísima e inoperante y siempre truncada brutalidad, movía con disgusto la cabeza sobre la almohada, tam-

bién ahora sin abrir los ojos, y señalaba con fastidio, sólo con fastidio (aunque estuviera en el fondo secretamente asustada), “déjalo, para ya, me estás haciendo daño”.

Una noche tras otra acudiendo sin embargo a su alcoba, tumbándose en su cama, dejándose desnudar y acariciar, negándose a sentir, permitiendo que Olivia enloqueciera en su amor funesto, en su deseo solitario, en su pasión letal, ante su deliberada indiferencia. Acorralada Olivia como un felino en celo contra la pared, perdido el más remoto sentido de prudencia o autoconservación, persiguiéndola a todas horas por los pasillos, por la biblioteca, por el comedor, vigilándola hasta cuando se metía en el baño (“¿quién estaba en las duchas contigo?, ¿por qué has tardado tanto?”), controlando suspicaz sus llamadas por teléfono (“¿con quién estabas hablando esta tarde” o “¿se puede saber quién demonios esperas que te llame para saltar así cada vez que suena el teléfono?”), reteniéndole la correspondencia y dándole después las cartas en la mano, esperando que las abriera en su presencia, armando una trifulca cada vez que Sara se disponía a salir de la residencia fuera de las horas de clase y abrumándola a su regreso con un aluvión de lamentaciones y reproches (“has salido con un chico, no me lo niegues, porque os he visto yo misma desde la ventana, y él te pasaba un brazo por la cintura”). Y siempre, a todas horas, en cuanto la pillaba a solas: “¿Estás todavía enamorada de Carlos?, ¿estás pensando en Carlos?, ¿Vas a volver con él?, dios, me mataré, te juro que si me dejas para volver con él me mataré.” Más posesiva Olivia, más celosa, más disparatada a medida que transcurrían los días y hacía en ella estragos el amor como una dolencia pavorosa y tal vez incurable, porque vagaba por la casa desmejorada y abstraída, flaca como nunca, moradas las profundas ojeras, enrojecidos los ojos desolados, sin escuchar a nadie y sin atender a nada, sin preocuparse lo más mínimo en mantener las apariencias ante las otras chicas, la autoridad sobre las criadas. Y estaban las unas y las otras al cabo de la calle, y andaba la residencia manga por hombro —menos mal que estaba a punto ya de terminar el curso—, y campaba cada cual alegre y discolo por sus respetos, y parecía en suma una casa de orates regida por una loca. Y seguía Sara allí en la noche, acudiendo a su habitación noche tras noche, tumbándose sobre la seda verdioscura, hermosa e indiferente —también ella ojerosa y pálida, también ella enflaquecida—, dispuesta a dejarse tocar y chupar y oprimir y lamer y morder y estrujar, y golpear incluso, pero negándose a sentir, negándose a manifestar la más leve emoción, negándole a Olivia las palabras y los besos, las miradas y la sonrisa, porque se mantenía terca con los ojos cerrados, y abría sólo ocasionalmente los labios para escupir con voz opaca: “déjalo ya, te digo que me estás haciendo daño” (“Un día me matará”, pensó Sara algunas veces con un asomo de miedo o de culpa. “Un día me matará y no le faltará razón.”)

Y era en vano que Olivia le preguntara y le suplicara y llorara e insistiera, inútil que tratara de averiguar lo que Sara acaso sentía y no expresaba, lo que Sara pensaba, averiguar si había aparecido o no otro hombre en su vida, y —sobretudo— si seguía tal vez enamorada de Carlos, porque Sara no habría de responder a nada de esto, y por encima de todo —aunque ni ella

misma supiera exactamente el porqué— no iba a permitir que esta vieja loca y entrometida introdujera la nariz en su historia de amor, que adivinara algo de lo que había sido para ella la relación con Carlos, que se atreviera a emitir la menor opinión, ni siquiera a nombrarlo. Y cada vez que Olivia se refería a Carlos, ese chico con el que salías, tu novio, sentía Sara un ramalazo de furia irracional que la dejaba temblorosa y helada, apretaba con más fuerza los labios, la rechazaba del hueco tibio entre sus muslos, ecentuaba su gesto de indiferencia o desagrado.

Y prefirió permitir —complaciéndose en el dolor que a ella misma le causaba, en el dolor que sentiría Carlos si pudiera verlo, que sentiría Carlos acaso más adelante si ella le contaba —que Olivia rompiera las cartas de amor que se habían ido acumulando a lo largo del curso en la carpeta de tela rosa anudada con cintas, que rasgara y tirara las fotografías —ellos dos muy juntos delante de la Cartuja, en el puente sobre el río, en los jardines del Generalife, Carlos tirando al blanco en una caseta de la feria, tan gracioso con un ojo cerrado y el otro en la mirilla del fusil—, prefirió permitir que Olivia regalara a la otras chicas, distribuyera entre las criadas, hiciera desaparecer todo aquello que presumía (con razón o sin ella) que su novio le había regalado —el broche de plata en forma de granada, la tenue túnica de lino, las sales perfumadas para el baño, la libretita de esmalte con el lapicero de plata que solía llevar Sara en el bolso. Todo desaparecido, regalado, perdido, sin que se dignara Sara decir una sola palabra, encasillada en su indiferencia, en su silencio, en su inmovilidad, en sus ojos cerrados, en sus muslos apretados y juntos, en sus “déjalo ya, me estás haciendo daño”. Mientras lo que había sido curiosidad y fascinación y complacido narcisismo y secreta venganza, y se había teñido más tarde de inconcretos temores, se iba transformando inevitablemente en odio, no un odio ambivalente, matizado, enzarzado en arduo combate contra el amor, como el que podía sentir contra Carlos, o acaso Olivia contra ella, sino un odio en estado casi puro, acerado, secreto e implacable, tan oculto y soterrado a lo largo de días y semanas —habían transcurrido tres semanas desde aquella primera noche— como lo había sido en otro tiempo la pasión de la directora.

Y que habría de estallar únicamente (rompiendo diques, arrasándolo todo a su paso, acabando con todo, acabando con una Olivia atónita y aterrada que no acertaba a defenderse, demasiado tarde sin duda para negociar la retirada o ponerse a salvo) en la escena final, en la última de aquella larga serie de noches interminables, una vez más desnuda la muchacha de cuerpo pálido, de pechos grandes, de muslos largos y suaves y cremosos, desnuda sobre la seda verdeoscura, desnuda con los ojos cerrados, desnuda con las piernas la una contra la otra apretadas. Mientras una Olivia enloquecida agarraba al osito de peluche azul, que había ido a buscar al rincón más profundo del último cajón de su armario, y lo zarandeaba en alto agarrado por una pata —“te lo regaló él, reconoce ya que te lo regaló Carlos, y tú lo habías escondido para que yo no lo viera, lo habías escondido porque sigues enamorada de ese idiota, ese canalla que te ha dejado abandonada, ese medio hombre que está seguramente en estos momentos con otra mujer, jodiendo con otra mujer

sin pensar para nada en ti en Granada”—, lo lanzaba sobre la cama, intentaba romperlo, lo dejaba en la papelera, lo volvía a sacar, encendía con manos temblorosas el encendedor y lo acercaba al muñeco de peluche, y el peluche se chamuscaba y chisporroteaba y olía mal y no acababa de prender. Y Sara inmóvil allí, ahora con los ojos muy abiertos, enormes los ojos oscuros en el rostro pálido, mirándola de hito en hito, con un odio tal, con una densidad de odio tal que si Olivia la hubiera mirado ahora un solo instante tal vez habría comprendido y se habría detenido asustada. Pero Olivia no miraba nada, Olivia no veía en su locura nada, a vueltas con el osito azul y con el encendedor.

Y por fin prendió la llama, y la felpa o el peluche o lo que fuera se deshizo como engrudo, se fundió como cera, se pegó al dorso de la mano de la mujer, a su brazo desnudo, saltó a su pecho y a su garganta cuando intentó entre gritos ahogados apagarlos a manotazos. Mientras pedía ayuda, mientras miraba ahora si a Sara con ojos incrédulos y desorbitados. A Sara inmóvil, tan hermosa y tan blanca y tan indiferente sobre la seda oscura. Sara que contempló en silencio, sin un gesto, toda la escena, y sólo cuando se extinguieron los últimos chispazos, y se difundió en el aire un olor nauseabundo a carne quemada, y escondió la otra el rostro sollozante, incrédulo y aterrado y sollozante, entre las manos ennegrecidas, sonrió ella levemente, cerró de nuevo los ojos, se cubrió el cuerpo con la bata, volvió de lado la cabeza sobre la almohada, y se dijo que todo estaba bien, que había sido restablecido el orden, todo en su sitio, como debía ser, puesto que Carlos estaba esperando ansioso y más enamorado que nunca en Granada, y no había existido para nada ninguna otra mujer, ninguna ridícula y amanerada francesita de Nimes y Montpellier, porque él la había telefoneado por fin y le había repetido mil veces que la amaba, y ella cogería el primer tren a la mañana siguiente, y podía resultar todavía muy hermoso y muy feliz aquel verano.



SMM

sin pensar más nada en ti en Girard... lo lanzas sobre la cama, intentando... la tempestad, lo dejaba en la papetería, lo dejaba a sacral, encerrado con manos... temporales el encendedor y lo encendía al momento de prenderlo y el peluche se... chamuscaba y chamuscaba y olía mal y no se podía de prenderlo. Y salió lo... movió allí, ahora con los ojos muy abiertos, enormes los ojos oscuros en el for... lo miraba, miraba de lado en uno, con un odio tal, con una intensidad de... odio tal que si Olivia le hubiera mirado ahora en ese instante tal vez habría... comprendido y se habría detenido asustada. Pero Olivia no miraba nada. Ol... via no veía en su locura nada, a vueltas con el odio azul y con el encendedor... Y por un instante la llama, y la llama y el peluche o lo que fuera se deslizo... como engrudo, se fundió como cera, se pegó al dorso de la mano de la mujer... a su brazo cuando salió a su pecho y a su espalda cuando intentó entre... rinos apretados apretados a manojos. Miraba por los ojos, mientras mi... raba ahora sí a Sara con ojos irregulares y desorbitados. A Sara no le movió, tan... hermosa y tan blanca y tan brillante sobre la seda oscura. Sara que contin... plo en silencio, sin un gesto, toda la escena. Y solo cuando se extinguieron los... últimos chispazos, y se apagó en el aire un olor nauseabundo a carne que... mada, y escapó la otra el torso sollozante, increíble y atarado y sollozan... te, entre las manos empujadas, como ella levemente, como de nuevo los... ojos, se curio el cuerpo con la cara, volvió de lado la cabeza sobre la almoha... dal y se dijo que todo estaba bien, que había sido rescatado el orden, todo... en su sitio, como debía ser, pacato que 7 años estaba esperando ansioso y más... atemorizado que nunca en Girard, y no había existido para nada ninguna... otra mujer, ninguna ridícula y amantada francesa de James y Montclair... porque él la había relacionado por mí y le había repenido mil veces que la... amaba, y ella rogaba el primer día a la mañana siguiente, y podía sentir... todavía muy hermosa y muy feliz aquel verano.



combatido en odio, no un odio amoral, enarrazado en odio... Ol... ando... ocurrido... tiempo... ando... aterra... la... larga... cuerpo... adada... con las... aga... profundo... una pata... idios... prada de... que... mujer

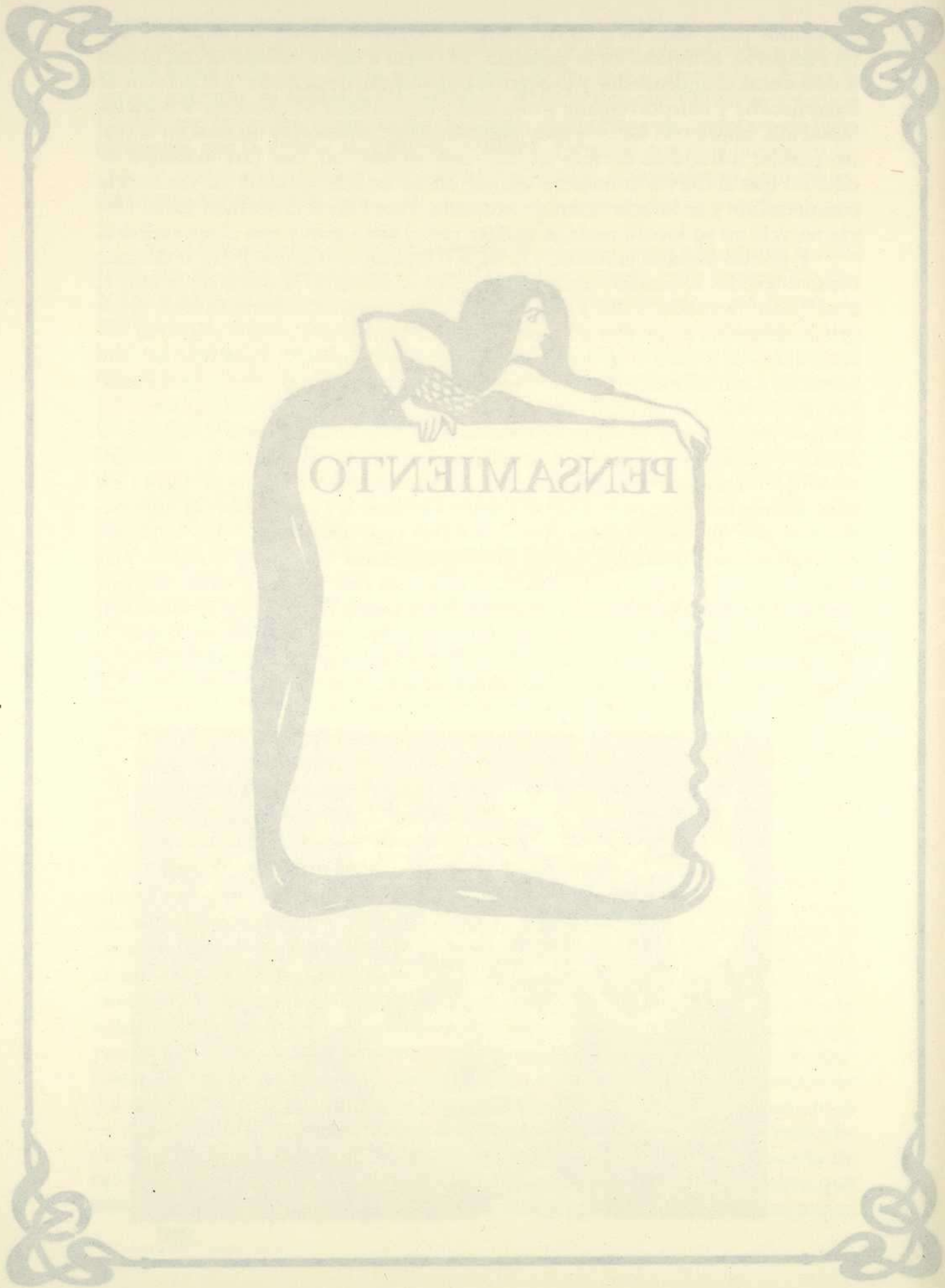
La gramática de la felicidad

Por Victoria Camps



PENSAMIENTO

QUE el fin de la ciencia política consiste en promover la felicidad, ha sido la tesis defendida por el humanismo desde Aristóteles hasta Foucault. No obstante, es el filósofo francés quien, al retomarlo así, añade: «Ahora bien, no creo que la noción de felicidad sea pensable si la felicidad no existe, y menos aún la felicidad de los hombres.» Ambas tesis son igualmente ciertas o, si más no, defendibles. El fin de la política es la felicidad colectiva, pero la felicidad de los hombres ni es pensable ni, desde luego, existe. Existe, sin embargo, la palabra, lo que ya es un indicio de que algo debe haber tras ella, pues no hay palabra que no indique algún signo de otra cosa. El problema radica en la constatación de que la felicidad no es identificable o no tiene un referente reconocible. Si, pues, algún significado tiene, habrá que buscarlo en el uso de la palabra misma, como recomiendan las modernas teorías lingüísticas: el uso, y no siempre, la indicación ostensiva, determina el significado del lenguaje. Algo de ese estilo debió pensar Aristóteles cuando, al hilo de sus reflexiones éticas y políticas, observaba que la diferencia específica del ciudadano «es ser bueno y capaz de realizar acciones bellas». Así —decía— se justifica el uso de la lengua, pues «no llamamos felices al buey ni al caballo ni a ningún otro animal, sea cual sea, es porque ninguno de ellos es capaz de tomar parte en pareja actividad».



PENSAMIENTO

La gramática de la felicidad

Por Victoria Camps



QUE el fin de la ciencia política consiste en procurar la felicidad, ha sido la tesis defendida por el humanismo desde Aristóteles hasta Foucault. No obstante, es el filósofo francés quien, al reconocerlo así, añade: «Ahora bien, no creo que la noción de felicidad sea pensable: la felicidad no existe, y menos aún la felicidad de los hombres.» Ambas tesis son igualmente ciertas o, si más no, defendibles. El fin de la política es la felicidad colectiva, pero la felicidad de los hombres ni es pensable ni, desde luego, existe. Existe, sin embargo, la palabra, lo que ya es un indicio de que algo debe de haber tras ella, pues no hay palabra que no signifique, es decir, que no sea signo de otra cosa. El problema parece residir en la constatación de que la felicidad no es identificable o no tiene un referente reconocible. Si, pues, algún significado tiene, habrá que buscarlo en el uso de la palabra misma, como recomiendan las modernas teorías lingüísticas: el uso, y no siempre, la indicación ostensiva, determina el significado del lenguaje. Algo de ese estilo debió pensar Aristóteles cuando, al hilo de sus reflexiones éticas y políticas, observaba que la diferencia específica del ciudadano «es ser bueno y capaz de realizar acciones bellas». Así —decía— se justifica el uso de la lengua, pues «no llamamos felices al buey ni al caballo ni a ningún otro animal, sea cual sea: es porque ninguno de ellos es capaz de tomar parte en pareja actividad».

Es preciso recuperar para nuestro tiempo la simple pero inagotable observación aristotélica, la que mejor encierra, a mi juicio, el único sentido que hoy puede otorgarse a la noción de felicidad. La felicidad es actividad, praxis, *enérgeia*. En eso consiste la felicidad a la medida de las posibilidades humanas. A diferencia de los dioses, cuya vida es, siempre y sin interrupción, feliz, el ser humano *adquiere* la felicidad y la adquiere o la construye con esfuerzo, que equivale a decir: viviendo «como humano». Los dioses son permanentemente dichosos porque su única actividad es el ocio, la vida contemplativa: una vida sin la complicación de los contratos, las deudas, la escasez, los riesgos de todo tipo derivados de un saber insuficiente. A los humanos corresponde imitar esa vida divina, sobrehumana, que es la felicidad misma, pero imitarla desde su situación y diferencia específica, desde su calidad de *ciudadanos*, que les obliga a entenderse y a necesitarse entre sí. Así, la actividad específica del ciudadano consiste en el devenir y constante movimiento, una «actividad sin trabas» de acercamiento al bien. Desde tal concepción es posible entender que el bienestar, la vida buena y feliz, para Aristóteles, coincide con la conciencia de una vida por hacer, en proyecto y transformación, imprevisible hasta cierto punto. Una vida sabia, capaz de sobrellevar el peso de las circunstancias y de no cejar en el empeño de seguir viviendo con entusiasmo. Tener algo que hacer, sentir siempre la vida por delante; llevar, en el pleno sentido de la palabra, una vida activa. El deseo o la voluntad de vivir es la precondition, el *sine qua non*, de la vida feliz.

Pero hay una segunda parte. Es difícil mantener ese ritmo de vida activa por uno mismo, en solitario. La actividad continuada «con otros y para otros» (sigo citando a Aristóteles) es más fácil. Porque el ser humano es, por naturaleza, social (*politikòn*), hecho «para vivir con otros»: sin amigos no es posible ser feliz. Vivir es sentir y conocer, sentirse y conocerse en el otro: «percibir y conocer a un amigo debe ser, en cierto modo, percibirse y conocerse a sí mismo». A la vez que es social, el ser humano es *logos*, lenguaje: re-conoce lo que piensa y lo que siente diciéndolo, traducéndolo a un lenguaje que, por definición, es compartido. Auténtico precursor del existencialismo, Aristóteles concibe una esencia humana que no es pensable sino hecha existencia: la naturaleza social y lingüística determina una forma de vida específica, que consiste en la existencia en común, solidaria. Tal es el único marco de la felicidad humana.

Por supuesto que esa actividad social tiene que ser, además, excelente, noble, expresión de la *balobagathía*: la bondad y la belleza o suma de todas las virtudes. Para lo cual, las dos características apuntadas proporcionan un primer criterio. En efecto, no hay bondad ni belleza sin actividad, movimiento hacia algo, es decir, deseo, gusto, voluntad o entusiasmo. No hay bondad ni belleza sin movimiento hacia ellas. Por otra parte, la actividad tiene que ser común, de todos y para todos: dirigida por una comunión de intereses y en busca, más allá de los intereses, de una comunidad de almas. Pues no basta con tener conciudadanos, hay que tener amigos.

De los sistemas filosóficos que han pretendido transformar la visión ética del mundo, se desprende un precepto: «¡sé feliz!». Séneca, Spinoza, Nietzsche, Wittgenstein, por ejemplo. Todos ellos desconfían de la posibilidad de cambiar el mundo: el mundo es como es y así está bien, pero hay que comprenderlo y quererlo. En lugar de proponer un ideal de perfección o de felicidad, apuestan por el empeño —individual, claro— de gozar a pesar de todo. Empeño, digo, individual, pero que no es posible llevar muy lejos sin una cierta implicación colectiva. Sorprendentemente, el académico Aristóteles brinda apoyo teórico a planteamientos tan diversos del suyo. Porque, en definitiva, todos coinciden en una misma tesis: la justicia absoluta es pura utopía, pero la bondad y la belleza, la vida feliz, es posible y aún frecuente: depende de la voluntad de tenerla.

Publica habitualmente en la prensa diaria y tiene numerosos trabajos editados sobre Medios de Comunicación y sobre Feminismo.

Esta casada, tiene tres hijos y una hija.

LA MUJER EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Los estudios realizados sobre la forma que tienen los medios de comunicación social de presentar a la mujer son escasos y en España prácticamente nulos, habiéndose centrado, en general, en los modelos del matrimonio de doble salario. Existen dos factores mutuamente relacionados que inspiran este estudio.

Delos sistemas filosóficos que han pretendido transformar la visión ética del mundo se desprende un parecer: «se feliz». Séneca, Spinoza, Nietzsche, Wittgenstein por ejemplo. Todos ellos desconfían de la posibilidad de cambiar el mundo; el mundo es como es y así está bien, pero hay que comprenderlo y aceptarlo. En lugar de proponer un ideal de perfección o de felicidad, aguestan por el empeño individual, claro, de nozar a pesar de todo. Empeño digno individual, pero que no es posible llevar muy lejos sin una cierta implicación colectiva. Comprenderamente el académico Aristóteles brinda apoyo teórico a planteamientos tan diversos del suyo. Porque en definitiva todos coinciden en una misma tesis: la justicia absoluta es una utopía, pero la bondad y la belleza, la vida feliz, es posible y aún frecuente; felicidad misma, pero imitarla desde su actividad, amistad, amistad desde su calidad de ciudadanos, que los obliga a entenderse y a necesitarse entre sí. Así, la actividad específica del ciudadano consiste en el devenir y constante movimiento, una «actividad sin trabas» de acercamiento al bien. Desde tal concepción es posible entender que el bienestar, la vida buena y feliz, para Aristóteles, coincide con la conciencia de una vida por hacer, en proyecto y transformación, imprevisible hasta cierto punto. Una vida sabia, capaz de sobrellevar el peso de las circunstancias y de no cejar en el empeño de seguir viviendo con entusiasmo. Tener algo que hacer, sentir siempre la vida por delante; llevar, en el pleno sentido de la palabra, una vida activa. El deseo o la voluntad de vivir es la precondition, el *sine qua non*, de la vida feliz.

Pero hay una segunda parte. Es difícil mantener ese ritmo de vida activa por uno mismo, en solitario. La actividad continuada «con otros y para otros» (sigo citando a Aristóteles) es más fácil. Porque el ser humano es, por naturaleza, social (*politikón*), hecho «para vivir con otros»: sin amigos no es posible ser feliz. Vivir es sentir y conocer, sentirse y conocerse en el otro: «percibir y conocer a un amigo debe ser, en cierto modo, percibirse y conocerse a sí mismo». A la vez que es social, el ser humano es *logos*, lenguaje: re-conoce lo que piensa y lo que siente diciéndolo, traducéndolo a un lenguaje que, por definición, es compartido. Auténtico precursor del existencialismo, Aristóteles concibe una esencia humana que no es pensable sino hecha existencia: la naturaleza social y lingüística determina una forma de vida específica, que consiste en la existencia en común, solidaria. Tal es el único marco de la felicidad humana.

Por supuesto que esa actividad social tiene que ser, además, excelente, noble, expresión de la *eudaimonía*: la bondad y la belleza o suma de todas las virtudes. Para lo cual, las dos características apuntadas proporcionan un primer criterio. En efecto, no hay bondad ni belleza sin actividad, movimiento hacia algo, es decir, deseo, gusto, voluntad o entusiasmo. No hay bondad ni belleza sin movimiento hacia ellas. Por otra parte, la actividad tiene que ser común, de todos y para todos: dirigida por una comunión de intereses y en busca, más allá de los intereses, de una comunión de almas. Pues no basta con tener conciudadanos, hay que tener amigos.

ANA BALLETBÓ I PUIG



GRADUADA en Magisterio y Periodismo. Licenciada en Historia Moderna y Contemporánea. Profesora en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Vicepresidenta de Naciones Unidas y Delegada en España para las Asociaciones no gubernamentales en el Decenio de la Mujer y Diputada por Barcelona en el Congreso durante las Legislaturas de 1979, 1982 y en 1986.

Publica habitualmente en la prensa diaria y tiene numerosos trabajos editados sobre Medios de Comunicación y sobre Feminismo.

Esta casada, tiene tres hijos y una hija.

LA MUJER EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Los estudios realizados sobre la forma que tienen los medios de comunicación social de presentar a la mujer son escasos y en España prácticamente nulos, habiéndose centrado, en general, en un análisis del contenido de dichos medios. Existen dos factores mutuamente relacionados que inspiran este criterio.

Actúa como primer factor la misma composición del personal que trabaja en el Sector de la comunicación social y que en casi todos los países es predominantemente masculino y en proporción abrumadora en los niveles de dirección y producción, sin duda los más influyentes. A ello hay que añadir que muchos medios de comunicación social, en España la práctica totalidad, recurre a un respaldo comercial, por lo que deben soportar la presión adicional de presentar unas imágenes y unos contenidos ya conocidos y aceptados. En tercer y último lugar, señalar que el producto que ofrecen los medios de comunicación social, independientemente que se trate de programas de radio, televisión, revistas, periódicos, películas, etc., están sometidos, por regla general, unos más que otros, a la exigencia de producir un impacto claro o inmediato que pueda ser fácilmente asimilable por el público; es por ello que en la elaboración de sus productos los medios de comunicación recurren ampliamente a unas caracterizaciones simplificadas, normalizadas e identificables.

De ello es fácil deducir, y la investigación, sin duda, lo demostraría, que los "mass media" presentan una realidad social que, aún no siendo demostrablemente falsa, se apoya y alimenta en las fuerzas más conservadoras de la sociedad sin preocuparse de las nuevas tendencias hasta que éstas no estén prácticamente establecidas y aceptadas, con lo cual desempeñan una función de reforzamiento de la cultura normalizada y no de transformación de la misma.

Las caracterizaciones uniformes o estereotipos, a través de los cuales una gran parte de la producción de los medios de comunicación social describen a los hombres y la mujeres, no surgen —es importante aclarar esto— en el vacío o en las mismas organizaciones de comunicación social. Se deben a ideas básicas de la sociedad en general relativas a las diferencias de comportamiento y de psicologías entre los hombres y las mujeres. Aunque cabe discutir la validez de tales ideas sería utópico pensar que los medios de comunicación social —que recurren a un público de masas— fueran a apartarse de las normas aceptadas.

Al mismo tiempo podríamos adelantar que, al presentar una y otra vez y de un modo constante a las mujeres y los hombres en unas funciones estereotipadas —y al tender a describir toda discrepancia con respecto a estas funciones de un modo negativo más que positivo—, los medios de comunicación social pueden contrarrestar de hecho los efectos potencialmente transformadores de los contactos con unos estereotipos opuestos que pueden tener los hombres y las mujeres en su vida social normal. Esto situaría a los medios de comunicación social no solamente en una función no renovadora o conservadora sino también como fuerza reaccionaria en lo que se refiere al desarrollo de la igualdad entre los sexos.

El primero de ellos se orienta de un modo bastante explícito hacia la relación que existe entre la presentación de las mujeres y los hombres en los medios de comunicación social y unos hechos demográficos objetivos. Un ejemplo claro es la mala representación en estos medios de la proporción real de mujeres en comparación con la de los hombres en la población total o en la población económicamente activa; la forma como se adscriben la clase social,

la edad, o la condición laboral a uno y otro sexo de un modo que contradice la realidad. No se trata de que los medios de comunicación social tengan que representar fiel y exactamente la realidad, sino que si dichos medios por su misma naturaleza tienden a crear un modelo estereotipado y desorbitan ciertos tipos de trabajo o les dan un prestigio ante el público, habría que describir a los hombres y mujeres que ocupan esos puestos de trabajo en una proporción que se ajustara a la que existe en el mundo real. Este aspecto resultaría fácil de estudiar y nos proporcionaría una indicación muy concreta del perjuicio de los medios de comunicación social con respecto a las mujeres.

Un segundo tema de interés que podría entenderse como una prolongación del primero parte de una teoría más compleja sobre la relación que existe entre las mujeres y los contenidos que se transmiten a través de los medios de comunicación social. Su estudio plantea problemas más importantes para la investigación.

La hipótesis básica es que, como fuerza cultural, los medios de comunicación social no se limitan a ser un fiel reflejo de la realidad social sino que, de un modo sutil e indirecto, contribuyen a configurarla.

Esta hipótesis, basada en las teorías sociológicas y socio-psicológicas de la socialización, afirma que los comportamientos y actitudes sociales se aprenden a través de un complejo proceso de imitación y comparación con las actitudes y comportamientos de grupos de individuos importantes y de fuerzas culturales, entre ellas los medios de comunicación.

En principio, y por el simple hecho de actuar como uno más de los agentes de socialización, a los medios de comunicación social no debería corresponderles un poder o responsabilidad mayor ni menor en el proceso de selección que el que pueda corresponder a otras fuerzas culturales. Sin embargo, varios factores propios de la estructura y de las exigencias internas de las organizaciones de comunicación social nos sugieren la hipótesis de que los medios de comunicación pueden desempeñar una función especialmente conservadora en lo que se refiere a la socialización, actuando como agentes que refuerzan y divulgan determinadas creencias y valores tradicionales.

Atrapadas entre la maternidad y las reivindicaciones fálicas

En conjunto se puede decir que el trato que dan a la mujer los medios de comunicación social es muy menguado, por emplear un eufemismo. En el cine, la prensa, la radio y la televisión, es característico que las actividades que interesan a las mujeres no vayan más allá de los límites de la casa y la familia.

Al considerarlas esencialmente como personas que dependen de otras y como seres románticos, rara vez se presenta a las mujeres como personas racionales, activas o decididas. A la vez como personajes de los materiales de ficción y como fuente de noticias en la prensa y en la radiodifusión, las mujeres están numéricamente subrepresentadas, lo cual destaca su condición marginal e inferior en muchos campos de la vida social, económica y cultural.

Según los valores que predominan en el mundo de las noticias sólo se acepta a las mujeres como madres, esposas e hijas de los hombres. Por derecho propio solamente salen en los titulares cuando se trata de mujeres elegantes o de artistas. Una gran parte de la publicidad de los medios de comunicación social destinada a las mujeres como consumidoras adopta un tono condescendiente y tiene una intención manipuladora; como “anzuelo” a través del cual se hace la publicidad de los productos, se presenta a las mujeres en función de su sexualidad y de su aspecto físico. Creo que un análisis del papel que desempeña la mujer en algunos programas de televisión daría un resultado ejemplar de lo que estamos diciendo.

El hecho de que se describa normalmente a la mujer dentro de los límites del hogar, mientras que los hombres aparecen inscritos en el mundo laboral exterior, está claramente documentado (Tuchman, 1978). Las pocas investigaciones realizadas indican que se hacen un cierto hincapié en el cometido de la madre que se sacrifica y que padece en muchos países latinoamericanos, en Europa Meridional y en ciertos ambientes asiáticos, lo cual obedece a ciertas éticas religiosas. En los Estados Unidos de América y en Europa se destaca quizá más la función de la mujer como ama de casa y como buena administradora del hogar, lo cual es el fiel reflejo de unos valores materiales y consumistas. Practicamente en todas partes se hace evidente que la condición conyugal es un factor más decisivo para identificar a la mujer que al hombre, y esta característica queda asociada con mayor frecuencia a aquella que a éste; además existe una identificación casi universal de la mujer con los niños, incluso en países como Suecia, en los cuales se ha introducido el permiso de paternidad. Una de las imágenes profundamente reaccionarias, y, sin embargo, insidiosamente halagadoras, que dan los medios de comunicación social de la mujer —a sí misma y a los hombres— es la de una belleza espectacular o una incitante vampiresa. Estas imágenes están claramente relacionadas con los medios visuales —televisión, cine, revistas gráficas— y a ellas recurre frecuentemente la publicidad que se expresa a través de esos medios. El empleo de la mujer como señuelo para vender productos, que van desde los cosméticos hasta las bebidas alcohólicas o los automóviles, se observa en todos los países.

Esto se complica aún más porque —fundamentalmente en América del Norte, y en ciertas partes de Europa— en los cinco últimos años ha cundido un interés relativamente nuevo por la sexualidad de la mujer como elemento de su lucha de liberación para dejar de depender de los hombres. Diversos análisis de revistas, tales como *Viva y Cosmopolitan*, de Estados Unidos (Weibel, 1977) y de Europa (Lainé, 1974), sugieren que, al presentar al hombre, y no a la mujer, como objeto sexual, estas revistas se dedican simplemente a dar otra versión de la descripción tradicional de la mujer: al destacar la importancia del hombre en la vida femenina, sustituyendo la liberación económica o social por la sexual.

Estas imágenes de la mujer como ama de casa y madre o como objeto sexual se rigen implícitamente por un mismo criterio, que pone de manifiesto la existencia de una paradoja fundamental en la imagen femenina y la incapacidad de aceptar la verdadera sexualidad de la mujer. La distinción entre la mujer buena o mala, entre la virgen y la prostituta (Balletbó, 1972, Campó,

1977 y Ramírez, 1975), es una constante dicotómica en una proporción enorme de la presentación de la mujer en los medios de comunicación social. Cada elemento de esta dicotomía se expresa con diversas variaciones. Se puede atribuir la imagen de “virgen” a la mujer abandonada, que se sacrifica por sus hijos, a la tía solterona que se consagra a sus sobrinos, o a la hermana o hija que dedica su juventud a cuidar a sus padres o a sus hermanos. En todas estas imágenes se insiste constantemente en la subordinación, el sacrificio y la pureza. La “prostituta” puede ser la secretaria seductora que, en último término, abandone el marido fiel, que preferiría a su mujer en el hogar; la vampiresa que incita a la delincuencia; la artista irresistible que atormenta a los hombres que están enamorados de ella, o la mujer “despampanante” detrás de la cual van todos los hombres. En este caso la imagen está asociada a la crueldad, la falta de humanidad, la insensibilidad y la falta de escrúpulos. Tales cometidos son propagados mediante conceptos de recompensa y castigo; si la mujer se porta bien conseguirá el amor de su hombre; si se porta mal quedará sola, nadie la querrá y será sancionada. Varios estudios antropológicos han explicado esto por una intensa ambivalencia de los hombres ante las mujeres, que entraña el miedo fundamental al desafío potencial del sexo opuesto. (Lerder, 1978.)

¿Mujer? Connais pais

Un número abrumador de investigaciones norteamericanas y europeas indican que, en lo tocante a la participación real de la mujer en la población económica activa, todos los medios de comunicación social representan insuficientemente a las mujeres trabajadoras. Por ejemplo, aunque en la realidad casi la mitad de los trabajadores de los Estados Unidos y del Canadá son del sexo femenino, según esos estudios el porcentaje de mujeres trabajadoras que presenta la televisión oscila sólo entre un 12% y un 30% (Signorelli y Gerbner, 1978), y se presenta a las mujeres sobre todo en un número limitado de puestos de trabajo y en funciones y sectores predominantemente femeninos.

Esto es muy significativo, ya que el problema del poder y de la relación del hombre con respecto a la mujer en la descripción que hacen de uno y otro los medios de comunicación social está en parte relacionada con el tipo de trabajo al cual se asigna predominantemente a cada uno de los dos sexos. Como rara vez se concibe a las mujeres en puestos de autoridad, tales como los de abogado, médica, juez o científica, rara vez están en condiciones de ejercer una autoridad directa sobre un varón adulto. En un estudio sobre las modalidades de asesoramiento y de autoridad en las interacciones masculinas-femeninas (Turow, 1974), se llegó a la conclusión de que en la televisión se escoge a los personajes de los programas, se asignan los puestos de trabajo y se concibe el argumento de modo tal que se reduzcan el mínimo las oportunidades que pueden tener las mujeres de dar muestras de superioridad, salvo en los sectores tradicionalmente femeninos del saber. Otra indicación del papel subordinado que los medios de comunicación social o la autoridad masculina asignan a las mujeres lo tenemos en el hecho de que la publicidad encaminada a fomentar la “venta” de productos se recurre a voces masculinas. Todos los estudios realizados en el Canadá y en los Estados Unidos indican un notable

predominio de estas voces masculinas, al presuponerse que la mujer depende siempre del hombre y solicita su asesoramiento y asistencia al comprar y utilizar un producto, incluso cuando se trata de productos relacionados con unas tareas que tradicionalmente suelen considerarse femeninas. Claro ejemplo lo constituyen los anuncios de detergentes que emite televisión.

La mujer y la publicidad

La preocupación máxima se ha centrado probablemente en la imagen de la mujer en la publicidad, que recurre a ella —y en particular a su cuerpo— como anzuelo de ventas en todas partes del mundo. El carácter especialmente degradante de muchas imágenes de la mujer en la publicidad está bien documentada, por ejemplo en los estudios realizados en Gran Bretaña (Millum, 1975), en España (Prats, 1977) y por Mamori (1977).

En diversos países se han llevado a cabo campañas muy eficaces contra determinadas agencias de publicidad o anuncios. Sin embargo, no suele tratarse sino de una gota en el océano de imágenes negativas que se presentan en nombre de intereses comerciales. Estos intereses controlan, o por lo menos influyen, no solamente en los propios anuncios sino también en su contexto y en la realidad; la finalidad de una gran parte del contenido de los medios de comunicación social de carácter comercial —ya se trate de televisión, de la radio o de los medios impresos— consiste en atraer a un público para someterle a un mensaje publicitario. Si a esto sumamos el que la publicidad tiende a manejar incentivos conocidos, seguros y tradicionales, ello supone un modo de atracción del público que resulta insidiosamente manipulador y conservador.

Por otra parte, para ser eficaz la publicidad tiene que vender; por consiguiente, necesita tener en cuenta las actitudes y el comportamiento de su público. Es indudable que la publicidad destinada a ciertos grupos está teniendo en cuenta, desde hace algunos años, la evolución de las funciones femeninas; en Gran Bretaña, por ejemplo, una serie de anuncios muy eficaces para un popular diario jugó con las palabras de un dicho muy conocido, con su slogan “Detrás de toda mujer que triunfa hay un *Daily Mail*”; en esos anuncios se presentaba a la mujer como directora de empresa, abogada, etc. En España, una serie de anuncios realizada hace algunos años por el “Banco de Bilbao” destacó la creciente independencia económica de la mujer, al instarla a abrir una cuenta corriente en un banco. En los Estados Unidos la compañía “United Air Lines”, después de descubrir que el 16% de sus pasajeros fue de sexo femenino, destinó la cuarta parte de su publicidad a las mujeres. (Lovenheim, 1978.).

A pesar de estos y otros casos, y a pesar de unas investigaciones canadienses que demostraron que tanto los consumidores como los profesionales de la publicidad consideraban que los anuncios que presentan cometidos modernos son más eficaces (Courtney y Whipple, 1978), no es probable que las agencias de publicidad tomen la iniciativa del cambio, ya que tienen intereses creados en el “status quo”. Algunas de ellas han explotado incluso la imagen

de la mujer moderna, por ejemplo, en el infame anuncio "Vienes de muy lejos, muñeca", de la empresa de cigarrillos Virginia Slims. Cabe afirmar que tales anuncios, que mezclan imágenes flagrantemente sexuales con ciertas frases que reconocen algunos cambios, son tan perniciosos para la dignidad de las mujeres como la antigua versión de la solterona. En España hubo un ejemplo de catálogo en el anuncio de pantalones tejanos "Caroche, etiqueta negra", que emitió TVE hace pocos años.



...ada en 1951. Es profesora de Historia del Arte en la Universidad de Valencia. Doctora en Arte, ha publicado diversos trabajos de iconología e historia de la Cultura, entre ellos *Barranca Efímera en Valencia, Valencia 1883: la primera sesión en castellano*, con estudio y notas, del traslado renacentista *Sueño de Polifilo*, Valencia-Murcia, 1982; así como un ensayo en torno a prestigiosas ministras femeninas en la literatura y el arte, titulado *La Bella, enigma y pesadilla (Esfinge, Medusa, Pantera...)*, Valencia 1983. Actualmente prepara la primera traducción al castellano del *Tratado de Arquitectura de Filarete*, siglo XV. Junto con su actividad académica y científica, cultiva la literatura de creación, siendo autora de dos obras de narrativa: *Las joyas de la serpiente*, novela que ha recibido los premios "Ciudad de Valencia" y "Premio de la Crítica" y ha sido publicada por Fernando Torres, Valencia 1980; y *Necrópolis*, libro de relatos siniestros editado por Victor Díezgo, Valencia 1985. Es ambas obras se inscriben en una corriente poco cultivada en nuestro país: la narrativa fantástica, la que le confiere una peculiar originalidad.

1. Association of Cinematograph, Television and Allied Technicians (ACTT): *Patterns of discrimination Against Woman in the Film and Television Industries*. Londres: ACTT, 1975.
2. Balletbó, Anna: *Aproximación a la Prensa femenina*. Barcelona, 1972, Mimeografiado.
3. Lainé, P.: *La Femme et ses images*. París, Stock, 1974.
4. Courtney, Alice, y Wihipple, Thomas: *Canadian Perspectives on sex Stereotyping in Advertising*. Ottawa: Advisory Council on the Estates of Women. 1978.
5. Campo, Manuel: *Simplemente María y su repercusión entre la clases trabajadoras*. Avance. Barcelona, 1975.
6. Lerder, G: *Gynophobia, ou la peur des femmes*. París: Edittions Payot, 1978.
7. Lovenhein, Barbara: "Admen Woo the working Woman", *New York Times*, 18 de junio de 1978.
8. Mamori, G: *Iconografía femenina y publicidad*. Gustavo Gili. Barcelona 1977.
9. Millum, Tervor: *Imagenes of Women*. 1975.
10. Prats, Rosa María: *La dona a la Catalunya actual..* Ediciones 62. Barcelona, 1977.
11. Ramirez, J.A.: *El comic femenino en España*. Edicusa. Madrid, 1975.
12. Signorelli, Nancy y Gerbner, George: *Women in public broadcasting: A progress report..* University of Pennsylvania, 1978. Mimeografiado.
13. Torow, J.: "Advising and Ordering: Daytime, Prime Time". *Journal of Communication*. 23-2-1974.
14. Tuchman, Caye: *Hearth and Home. Images of Women in the Masa Media*. 1978.
15. Weibel K., Mirror: *Imagenes of Women reflected in popular Culture*. Nueva York, Inchor, 1977.

De las mujeres modernas por ejemplo, en el instante anunciado. Véase el anuncio de las mujeres modernas, de la empresa de cigarrillos Virginia Slims. Cada anuncio que tales anuncios, que mezclan imágenes ligeramente sexualizadas con ciertos rasgos que reconocen algunos cambios, son tan perniciosa para la dignidad de las mujeres como la antigua versión de la televisión. En España hubo un ejemplo de catálogo en el anuncio de pantalones tejidos "Caroché, ciñetes negros", que emitió TVE hace pocos años.

La preocupación máxima se ha centrado probablemente en la imagen de la mujer en la publicidad, que recurre a ella —y en particular a su cuerpo— como anzuelo de ventas en todas partes del mundo. El carácter especialmente degradante de muchas imágenes de la mujer en la publicidad está bien documentada, por ejemplo en los estudios realizados en Gran Bretaña (Millum, 1975), en España (Prats, 1977) y por Mammi (1977).

En diversos países se han llevado a cabo campañas muy eficaces contra determinadas agencias de publicidad o anuncios. Sin embargo, no suele tratarse sino de una gota en el océano de imágenes negativas que se presentan en nombre de intereses comerciales. Estos intereses controlan, o por lo menos influyen, no solamente en los propios anuncios sino también en su contexto y en el contenido de los contenidos de los medios de comunicación social de carácter comercial —ya se trate de televisión, de la radio o de los medios impresos— consiste en atraer a un público para someterlo a un mensaje publicitario. Si a esto sumamos el que la publicidad tiende a manejar incentivos conocidos, seguros y tradicionales, ello supone un modo de atracción del público que resulta insidiosamente manipulador y conservador.

Por otra parte, para ser eficaz la publicidad tiene que vender; por consiguiente, necesita tener en cuenta las actitudes y el comportamiento de su público. En consecuencia, la publicidad debe tener en cuenta las actitudes y el comportamiento de su público. En consecuencia, la publicidad debe tener en cuenta las actitudes y el comportamiento de su público. En consecuencia, la publicidad debe tener en cuenta las actitudes y el comportamiento de su público.

12. Weibel K., *Mirror: Images of Women Reflected in Popular Culture*. Nueva York, Anchor, 1977.
14. Tuchman, Gaye: *Witch and Home: Image of Women in the Mass Media*. 1978.

PILAR PEDRAZA



NACE en Toledo en 1951. Es profesora de Historia del Arte en la universidad de Valencia. Doctora en Arte, ha publicado diversos trabajos de iconología e historia de la Cultura, entre ellos **Barroco Efímero en Valencia, Valencia 1883**; la primera versión en castellano, con estudio y notas, del tratado renacentista **Sueño de Polifilo, Valencia-Murcia, 1982**; así como un ensayo en torno a prestigiosos monstruos femeninos en la literatura y el arte, titulado **La Bella, enigma y pesadilla (Esfinge, Medusa, Pantera...)**, Valencia 1983. Actualmente prepara la primera traducción al castellano del **Tratado de Arquitectura de Filarete, siglo XV**.

Junto con su actividad académica y científica, cultiva la literatura de creación, siendo autora de dos obras de narrativa: **Las joyas de la serpiente**, novela que ha recibido los premios "Ciudad de Valencia" y "Premio de la Crítica" y ha sido publicada por Fernando Torres, Valencia 1984; y **Necrópolis**, libro de relatos siniestros editado por Victor Orenge, Valencia 1985. En ambas obras se muestra inscrita en una corriente poco cultivada en nuestro país -la literatura fantástica-, lo que le confiere una peculiar originalidad.



Las Bellas atroces, triunfadoras solapadas, nos hacen guiños desde todos los rincones. Griegas en su origen, han sobrevivido en nuestra cultura mejor que los grandes dioses: han sido capaces de deslizarse por las rendijas de todos los discursos y de todas las ortodoxias. Su fortuna es comparable a las de sus colegas masculinos los vampiros y demonios, aunque, en confrontación con ellos, sin duda vencerían.

Porque juegan con ventajas. En primer lugar, su prestigio mítico, que proviene de su origen mitológico; un prestigio cuyas raíces se pierden en una espiral cronológica aterradora: ellas son tan antiguas como las grandes culturas, y han acompañado al hombre al lugar más importante: a los Infiernos.

Al prestigio de Ministras de la Muerte, las Bellas que habitan este libro unen el de ser en su mayoría compañeras malditas del Amor, esto es, seductoras.

Si todo monstruo es una metáfora del deseo y de su reverso el temor, el monstruo femenino metaforiza como ninguno el anhelo subjetivo y objetivo de la garra: cuando Narciso se mira en su más profundo espejo, desea, teme y consigue finalmente ver en él a Medusa. Clairwil, en el espasmo del placer, anhela ser desgarrada o desgarrar a su pareja, como una Esfinge, como una Pantera. Eros y Thanatos..., pero no sólo eso: Eros bestial y Thanatos adorable; añoranza del abrazo animal y deseo de gustar las delicias de la Muerte. Los poetas de todas las épocas lo han cantado; los pintores han fatigado apasionadamente sus pinceles acariciando estos lomos, estas caballerías serpentinas.

Del deseo al mito, del mito a la metáfora, es decir, al lenguaje, al pensamiento, la Bella atroz ha ido ganando terrenos cada vez más amplios, ha impregnado toda nuestra historia. Porque, ventaja suprema, a su monstruosidad feral une una convención humana de valor máximo: la hermosura, su reverso. Hermosa y terrible, vampiresa única cuyo amor o cuya sola contemplación pone en peligro de muerte al hombre, reina en el mundo turbio del deseo y de la angustia, metaforizando los últimos, supremos e indecibles fetiches.

Es tópico hablar de la Bella y la Bestia; menos frecuente, constatar que la Bella es la Bestia.

*Epilogo del libro de Pilar Pedraza **La Bella, enigma y pesadilla***

PANTERA

I. LA BESTIA MAS BELLA

Gracias a su hermosura sin igual y a sus refinadas costumbres, la pantera ocupa un lugar de privilegio en la enrevesada zoología precientífica. Su ubicación en el universo animal resulta dudosa y fluctuante por lo demás en los tratados antiguos, en los que la encontramos confundida con la onza y el pardo y convertida en madre del leopardo, en virtud de sus amores con el león. Gerónimo de Huerta, que en 1602 publicó una traducción comentada de la *Historia Natural de Plinio*, intentó introducir alguna regularidad en la situación, barajando lugares de los clásicos y refundiendo nomenclaturas y etimologías, pero sus textos dejan traslucir no poca perplejidad:

“Las Oncas, llamadas de los Hebreos Namar y de los latinos Panteras, Pardos o Pardales (según escribe Isidoro), llaman los Alemanes y Franceses Oncias, y los Italiano y Españoles Onças (...)”

“Cuando estas se ayuntan con los Leones, se engendran los Leones pardos, y llamanlos así para dar a entender que son hijos de Pardos y de Leones. También los llaman por otro nombre panteras Varias, a diferencia de las Onças, que (como diximos) son llamadas de los Latinos Panteras, Pardos y Pardales. Pero aunque es verdad que, hablando propiamente y con rigor, son diferentes los Pardos y Leones Pardos, con todo eso suelen llamar a unos, o a otras, Pardos, porque los Leopardos salen más semejantes a las Onças o Pardos que a los Leones. (...)”

Nuestro autor Plinio halla tan poca diferencia entre unos y otros, que solo en la blancura entiende que se diferencian algo.”

Porque, efectivamente, en los autores antiguos se lee que la pantera es blanca, con la piel moteada de hermosas manchas negras que parecen ojos. Plinio informa de que una de estas manchas, situada en el lomo y de mayor tamaño que las demás, crece en círculo y mengua como la luna.

Tiene la pantera, en la imaginación de los naturalistas clásicos, el cuerpo largo, el corazón mayor que otras fieras, cuatro tetas en el vientre y las patas parecidas a las de los perros. Curiosamente, las fuentes clásicas desconocen a la pantera negra -Gerónimo de Huerta, por su parte, ni siquiera la menciona-, que sin embargo tanta fortuna ha tenido en los delirios de poetas y amantes posteriores, como imagen especular de la mujer felina y tenebrosa, y que ha inspirado a los sacerdotes de la moda sus creaciones más perversas.

(Pues, ¿cuál es, si no, el modelo de esos trajes de noche negros, de raso o terciopelo, que, pegándose al cuerpo como una segunda piel, se ven recorridos en las caderas y los muslos por luces húmedas, y convierten a las bellas que los llevan en sirenas nocturnas vagamente atroces?)

(¿Y qué decir de los guantes negros, largos hasta el codo o más aún, que vuelven garras brazos que ya de por sí lo son, pero que con ellos lo parecen doblemente -suaves garras felinas, cuyo zarpazo, anestesiado de perfumes, se anhela, se teme, se compra, se provoca, se denuncia?)

El detello fascinante de los ojos de las panteras no es invención de moder-

nos decadentes: se rastrea en la antigüedad y mantiene su fulgor en los enrevesados manuales de zoología de la era barroca, en los que se compara con el fuego frío de las piedras preciosas.

La belleza, el perfume, la exquisitez de las maneras de las panteras, se trenzaron en la imaginación de los naturalistas con residuos mitológicos y simbolismos éticos, dando como resultado la invención de curiosas costumbres venatorias, que nos han sido transmitidas por textos de alta poesía y escasa ciencia, como el siguiente de Gerónimo de Huerta:

“Dizen también que con el color de la Onça (recordemos que es esta una de las denominaciones de la pantera), y la hermosura de sus pintas se admiran tanto las ovejas, que se quedan elevads mirándola. Y assi conociendo esto, se vienen donde hay ovejas; y porque sabe que no se espantan sino de la fealdad de su boca, esconde la cabeça, y dexa todo el cuerpo descubierta, para que la miren, y seguras se vengán acercando a ella.”

Así pues, la belleza de las panteras es tal que les permite cazar a las ovejas por medio de la estrategia de la fascinación petrificante: su esplendor suspende a las víctimas en un éxtasis que les conduce a la muerte.

Si no fuera por lo transmitido por estas fuentes oblicuas, jamás hubiésemos reparado en el sentido estético de unos sujetos tradicionalmente tan romos y espesos. A juzgar por el texto que acabamos de transcribir, las ovejas son capaces no sólo de descubrir la belleza cuando la hallan ante sí, sino incluso de fruirla con intensidad extática, pasando del re-conocimiento intelectual al estremecimiento de la sensibilidad, en un profundo *pathos* -de corte romántico antes que clásico-, en el que toda la personalidad participa de modo dionisiaco. El desenlace del episodio no puede por menos de ser trágico: el objeto de la contemplación pasa de sujeto activo -recupera su ferocidad enmascarada- y devora sin miramientos al contemplador. Estas constataciones nos remiten al tema, intuido en nuestra cultura antes que analizado sistemáticamente, del sentido masoquista de la vida propio de las ovejas, que tiñe todas sus vivencias y producciones de una calidez dulzona, no exenta de morbosidad. La actitud de las ovejas ante los despliegues suntuosos de la seducción es profundamente acrítica, ingenuamente fruitiva, e ilustra sobre los comportamientos de ciertos colectivos ante las propuestas doxales *de lo que se da como dado*, de lo que se despliega sin más ante el espejo de la mirada que no profundiza -que no horada-, que no traspasa el frágil y peligroso entramado de las apariencias. Apariencias que son incluso parciales -verdades a medias: ocultación *ostentosa* de la espantosa cabeza armada de agudos colmillos- y que se ofrecen, cínicamente, como fragmentarias. Muerte, pues, la de la oveja, ocasionada por la aceptación de la seducción devoradora.

Pero la pantera no se limita a fascinar a sus víctimas sólo por medio de los esplendores de su imagen. Con otros colectivos se sirve de su arma más poderosa y sutil: el perfume. Gerónimo de Huerta dice a este respecto:

“Escribe el mismo Eliano que dio naturaleza un olor admirable a estos animales, que por divino beneficio es propio y natural suyo, y que todos los otros sienten su suavidad, y conociendo ellos esto, tienen para caçar este orden: Quando sienten necesidad de alimento, se esconden entre spesos y hojosos árboles, de suerte que no se pueden ver, y entonces muchas diferen-

cias de cabras silvestres, y otros animales que son amigos del buen olor, con la suavidad del que echan de sí, vienen hazia donde están escondidas, y llegan muy cerca de ellas; y entonces, saliendo de repente de la espesura, saltan sobre la caça y hazen presa en ella.”

Así pues, si con las ovejas utiliza la pantera la estratagema de la exhibición de su cuerpo encantador, con las cabras -animales indóciles, inconformistas, heterodoxos y de dudosa moralidad- se sirve del aroma, mucho más en-capri-chante, mucho más sofisticado, cebo que podríamos caracterizar como *de segundo grado*.

En efecto, el perfume sitúa a la pantera como objeto de deseo mucho más lejos de su sujeto *percipiens* -la cabra silvestre- que en el caso de la seducción de las víctimas ovejunas por medio del reverbero falaz de la llama de las apariencias visuales. La pantera deseada por la cabra no está presente en la ceremonia de la seducción inmediatamente, sino por la mediación de un heraldo espiritualizado y quimérico: el aroma. La cabra no desea a la pantera, sino lo anunciado o prometido por el aroma de la pantera. Puede afirmarse incluso que lo que en realidad desea la cabra a través del perfume de la pantera es un encuentro con su propio Doble inverso -puesto que ella hiede-, actuando el perfume especularmente, al ser percibido como propio y emitido por una suerte de Super-cabra, situada en el horizonte del deseo como meta de las más altas - y tal vez inconfensadas- aspiraciones del capricho caprino.

Juega, pues, el perfume, en esta estrategia de seducción, un papel especular que favorece, en el imaginario de la cabra, la reviviscencia del fantasma de la Super-cabra olorosa de los primeros días del Paraíso, antes de la caída y de la gran pérdida. Este delirio, lejos de paralizar y petrificar como en el caso de la oveja, estimula la motilidad del sujeto y lo atrae hacia la fuente de la que emana el perfume, pues, contrariamente a la oveja, que queda congelada e inerte ante el fulgor de la belleza de la piel de pantera, la cabra se encamina hacia ella en peregrinación activa.

Pero esta actitud positiva de respuesta al estímulo mediante el movimiento está lejos de resultar beneficiosa al sujeto, que al cabo termina convirtiéndose en objeto y víctima del emisor del perfume: la cabra, embarcada en una peregrinación de auto búsqueda, en una persecución de un aroma que no es el suyo -pero que ella juzga propio y emitido por la imagen ideal-, cae finalmente en la trampa que le tendió la seducción y sufre una muerte cruel entre los colmillos de la fiera, con la que no había contado y que en nada se parece a la imagen de la cabra perfecta que, desde su más tierna infancia, le inculcaron sus mayores.

Los estudiosos no han resaltado con el énfasis adecuado -ni siquiera, a decir verdad, han reparado en ellas- las semejanzas que presentan las tácticas seductoras de las panteras y las sirenas, siendo ambas de la misma naturaleza, aunque ejercidas sobre sentidos corporales distintos: la vista y el olfato en el caso de las panteras; el oído, en el de las atroces cantoras. En los dos casos el desenlace es la muerte de la víctima de la seducción.

La pantera utiliza en sus correrías venatorias una máscara interesante; la de su propia ausencia parcial, la del ocultamiento; pues, sabiendo que su feroz cabeza, armada de colmillos destructores, haría huir a las ovejas y a las

cabras, se oculta entre la maleza y sólo deja ver su cuerpo o percibir su aroma. Es por esto que los moralistas proponen a la pantera como emblema de la hipocresía, tal vez banalizando la cuestión, puesto que el hipócrita presenta un aspecto que no es el suyo -lobo con piel de oveja-, sino otro, mientras que la pantera exhibe partes de sí misma que son, pero que no-son-sólo, sino que, en realidad, son-con-otras circunstancias y cualidades (negativas para las víctimas).

Lo propio de las ovejas es embobarse, y la bobería es pertinaz; lo propio de las cabras, encapricharse, y el capricho es efímero. Por ello, la pantera suele hacer más estragos entre las primeras que entre las segundas. Las cabras, fácilmente encaprichables, pero poco constantes en sus caprichos, olvidadizas y despegadas, abandonan con mucha frecuencia la persecución del perfume de la pantera, bastando para ello que su atención se vea solicitada por un manojo de hierbas suculentas, un periódico arrugado, una puesta de sol o el guiño pícaro de una compañera.

Ignoramos de qué manera comprobaron los naturalistas antiguos que era precisamente *el perfume* de la pantera y no cualquier otra cosa lo que atraía a ella a las cabras silvestres. En cualquier caso, creían tan firmemente en él que ni siquiera la constatación empírica de que dicho animal no emite otro olor que el habitual de los carnívoros selváticos, les hizo poner en cuestión su existencia y su poder de fascinación. Veamos, en palabras de Gerónimo de Huerta, cómo razonaban los clásicos sobre este particular y de qué modo saltaban sobre las contradicciones:

“Muchos dudan qué sea la causa se oler esta (la pantera) bien entre todos los animales. Aristóteles en sus problemas dize, que aquel olor sale por su respiración, y solamente es buen olor para los animales brutos: no porque los hombres tengan peor olfato, sino porque el que es buen olor para el hombre, es posible ser malo para los animales, y al contrario: y puede ser, que el olor deste animal sea tenido dellos por el mejor.”

Llegado a este punto, el pensador se ve asaltado por la esfinge de una duda abismal: ¿Cómo puede saber el hombre que el olor de la pantera es perfume para el resto de los animales, especialmente para las cabras silvestres, no siéndolo para él y no pudiendo éstos comunicárselo? ¿No será más bien -y con ello habría que revisar la disgresión anterior- que las cabras perciben el mismo olor, que el hombre, esto es, el inconfundible hedor de una bestia carnífera, y que si no huyen de él, como sería de esperar, ello se debe antes a una perversión que a una diferencia en la apreciación de olores? ¿No cabe la posibilidad de que, ante la pantera y su olor, la cabra experimente un violento deseo de ser cazada y -viciosamente, perversamente, contranaturalmente- persiga o busque a su asesina y se entregue a sus garras en busca de una muerte violenta, pero también infinitamente deseable? ¿O acaso corremos con ello el riesgo de atribuir a las cabras silvestres sentimientos y apetencias humanos, demasiado humanos?

No se nos acuse de utilizar falazmente una óptica antropomórfica: estamos siguiendo las huellas de ideas y creencias de venerable antigüedad y aún más venerable perduración en la cultura occidental, y creemos firmemente que Aristóteles, Plinio, Eliano y San Isidoro se plantearon las mismas cuestio-

nes que ahora nos ocupan, porque no pudieron dejar de percatarse de que, tuviera la causa que tuviera, el movimiento de las cabras hacia su asesina era perverso. Si no desarrollaron más largamente este punto, fue porque había en la naturaleza y el universo enigmas que resultaban todavía más angustiantes y cuyo esclarecimiento parecía más urgente.

No queremos finalizar estas breves notas sin dedicar alguna atención a otro colectivo que sufre las insidias de la pantera falaz: el de los monos, que en Mauritania suelen protagonizar la liturgia siguiente, siempre en palabras de Gerónimo de Huerta:

“Son éstas (las panteras) muy enemigas de las gimias (los simios), y con su ligereza las alcanzan, y otras veces sin tener necesidad de correr, espiándolas y saltando sobre ellas las despedaçan. Cuenta Eliano que en Mauritania se crían onças (panteras) tan recias y fuertes, que en viéndolas las gimias, con el temor que las tienen, se suben en los árboles y así no pueden seguirlas. Pero viendo la onça que están muchas en un árbol, se echa al pie del; y fingiendo estar muerta cierra los ojos, detiene el aliento y muestra caydos los brazos. Ellas, viendo desta suerte a su enemigo, imaginando que está muerto, fácilmente creen lo que desean: pero con todo esto no se atreven a bajar del árbol en grande rato, con el temor que tienen: mas cuando ya les parece están seguras, hazen bajar a la que tienen por mas atrevida y ligera, para que vea si verdaderamente está muerto: y ella no confiándose mucho, baja poco a poco, y luego parte corriendo, y subese en otro árbol; y viendo que se está quedo, perdiendo mas el temor torna a bajar una y otra vez, acercándose mas a la onça; y al fin, llegando a ella, la mira a los ojos, y está atenta a ver si respira; y, viendo las que están en el árbol que aquella persevera junto a ella, sin recibir algún daño, perdiendo de todo punto el temor, y con mucha alegría baxan saltando y corriendo alrededor, y subense encima, pisandola muy aprisa, haciendo visages y monerías en su menosprecio. Pero ella, ya que las ve mas seguras, salta con ligereza de viento, y a unas las despedaçá con las uñas, y a otras las desmenuza con los dientes; y así coge mucho alimento, y se venga de los enemigos que la despreciaban, como se vengo Ulises de las afrentas de las moçoelas, y de sus galanes: y de aquí vino el adagio de los griegos (fingen los Pardos su muerte).”

Los monos, pues, no son atraídos hacia la pantera por un señuelo de carácter estético o perverso, como las ovejas y las cabras, sino por un complejo sentimiento que tiene resonancias nietzscheanas y que puede definirse como la alegría de los pequeños, de las víctimas, ante la muerte del seductor, del fuerte -también, del asesino, del tirano-. Los simios -hombrecillos triviales y de poco seso, siempre en estado de ebullición, continuamente agitados por el sonido de la flauta pánica de las apariencias- celebran la muerte del Fulgor, de la mortal seductora. Es el suyo un regocijo ciego y abismal, puesto lo provoca la muerte de quien es capaz de matarlos fingiéndose muerto; en su alocado desasosiego, no se percatan de que también esta vez la trampa de siempre está tendida, de que al cabo la fingida muerta arrojará su máscara y volverá a sembrar la destrucción.

La vil alegría del débil ante la desgracia del fuerte, el regocijo del populacho por la muerte del tirano, recibe un castigo inmediato: la pantera se yergue, rápida como el viento, y recupera la supremacía. Tema eterno que resuena en todas las mitologías bajo formas diversas, desde la aña gaza de Hércules con los pigmeos hasta el despertar de Gulliver en el país Liliput.

Pero la forma en que la pantera caza a los monos no sólo ejemplifica el mal fin de las tribus que bailan sobre el cadáver de su ogro, sino también la indestructibilidad misma del engaño eterno a que el fuerte somete al débil. El pueblo celebra la muerte de su opresor sin darse cuenta de que -como siempre sucede y siempre se olvida- la garra inerte sólo está descansando antes de volver a crisparse, de que el cuerpo flojo se tensa de nuevo y de que pronto una ola de terror, demasiado conocida, apagará las hogueras del festival y hará que las cosas se ordenen de nuevo en su férrea estructura sempiterna.

Como todos los poderosos, la pantera cultiva gustos exquisitos. Con su propio perfume se relaciona su debilidad por las materias que huelen bien y su aborrecimiento de los hedores; con el sentido del gusto, su afición al vino, que tiene implicaciones mitológicas. Le encanta el olor del alcanfor y aborrece el del ajo, como los vampiros, según cuentan los antiguos y recoge Gerónimo de Huerta, que escribe al respecto lo siguiente:

“Huelgase (la pantera) con la canfora (alcanfor), que es una cierta goma de un árbol, el qual guarda, porque no llegue nadie a el. También se deleita mucho con buenos olores: y assi no es maravilla que aborrezca los ajos, como dize Celio, y que untando con ellos una pared huya luego de su olor, sin hazer resistencia.”

El hecho de que guarde el árbol del alcanfor, cuyo aroma la seduce, para que nadie lo comparta con ella, es un indicio inestimable de que la pantera, lejos de ser insensible, es capaz de amor y celos. Pero no todo lo relacionado con ella resulta tan delicado: cuando cae enferma, su gusto se pervierte y utiliza como medicinas materias viles o hediondas, como la sangre de cabrón y el excremento humano.

Los autores antiguos y sus plagiarios modernos se hacen lenguas sobre lo mucho que gustan del vino las panteras, y dicen que es fácil cogerlas cuando se ha coseguido emborracharlas. En esto, como en tantas cosas, la mitología empaña la mirada del naturalista y contamina sus recuerdos, pues es bien sabido que la pantera es bestia dionisiaca, compañera de Baco, que a menudo la utiliza como cabalgadura o como animal de tiro de su carro. Es frecuente, en los mosaicos romanos, la representación de un dios ambiguo, vestido de mujer y coronado de hiedra, montado en una pantera moteada. El mismo dios y sus Ménades adoptan en ocasiones la forma de pantera en sus apariciones a los mortales.

¿Qué se puede hacer con una pantera a la que se ha atrapado poniéndole como cebo una copa de champán?

Los soberanos orientales solían servirse de ellas y de los leopardos como animales de presa para sus cacerías más suntuosas, corriendo egriamente con el riesgo de que se revolvieran contra los perros o contra ellos mismos. Sabemos que el emperador de Tartaria solía ir a cazar llevando a la grupa de su montura a una pantera, a la que azuzaba contra venados y cabras monteses como si se tratara de un sabueso.

Pero no sólo fueron utilizadas como animales de presa, sino también como juguete regio. Los antiguos cuentan que Heliogábalo solía encerrar a sus amigos, atontados por vapores de la orgía, en un aposento, en el que soltaba, cuando dormían, una tanda de leones, osos y panteras, por darse el



gusto de ver su terror y sus aspavientos cuando despertaran rodeados de aquellas fieras, que ellos juzgaban corruptas y que en realidad eran mansas y domésticas.

Por otra parte, el antes mencionado Kan de los tártaros, muy aficionado a ellas, las había convertido en ornato de su morada: pieles de pantera tapizaban una de las cámaras de su fabuloso palacio, según cuenta el viajero Juan de Mandeville, que escribe al respecto en su *Libro de las Maravillas del Mundo* (fines del siglo XIV):

“El sitio deste palacio es muy grande, y dentro del palacio está una sala en la que hay veinticuatro pilares de fino oro; y las paredes y el muro de la parte de dentro son emparamentados de una piel bermeja, que es de una bestia llamada “panteres”, que es muy hermosa y muy olorosa. Y su olor tiene tal propiedad que no puede entrar ahí ningún mal aire. Aquéstas pieles son tan relucientes cuando les da el sol, que no las puede el hombre mirar; y muchas gentes adoran aquella bestia, cuando la ven por la gran virtud y olor que tienen.”

(Valencia, 1524, capítulo LVIII del libro II.)

Las panteras, aunque crueles con el resto de los animales, son entre sí sociables y corteses. Defienden a sus hijos, si los ven atacados, con terrible celo, y se comportan muy decentemente con sus amigos así en la suerte como en la desdicha. Eliano cuenta que un cazador tenía en su casa una pantera mansa y un cabrito, que se habían convertido en buenos amigos. Murió el cabrito, y el hombre se lo hechó como pitanza a la pantera, pero ésta reconoció a su camarada y rehusó hincarle el diente, manteniendo esta actitud durante varios días, pese a que su hambre iba en aumento. Finalmente, el cazador le presentó otro cabrito, al que devoró en un santiamén. Gerónimo de Huerta comenta el caso y compara la fidelidad y los miramientos de esta pantera con el despego y el egoísmo de los hombres, que no sólo no vacilan en tricionar a sus amigos cuando les conviene, sino que incluso venden a sus padres y parientes a la menor ocasión.

Las panteras son atrevidas y feroces, pero no alardean de fuerza o violencia; por el contrario, suelen ofrecer un aspecto exterior apacible, presentándose suavemente, con suma discreción. A causa de esta cualidad, que no es hipocresía sino recato señorial, son comparadas por los clásicos con las mujeres, que manejan grandezas como quien no quiere la cosa, sin alharacas ni puñetazos en la mesa, y que ocultan la dura rienda bajo el trapo del polvo. Además, como ocurre entre los humanos, la pantera hembra es más fuerte que el macho, lo cual tiene Gerónimo de Huerta por excepcional, porque dice que en todo el reino animal los más poderosos son los machos.

Envuelta en sus perfumes y el lujo de su piel, golosa de alcanfores y de vino como su patrono Dionisos, orgullosa, artera y virtuosa, la pantera camina con paso elástico por un universo de delicias y crueldades. Es una aristócrata del espíritu y de los sentidos. Una solitaria.



MARÍA ZAMBRANO



*NACE el 22 de Abril de 1904 en Vélez Málaga. En 1909 se traslada con su familia a Segovia. A partir de 1924 completa sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Central, y asiste a los cursos de Ortega y Gasset, Zubiri y García Morente. En 1930 publica su primer libro **Horizonte del liberalismo** y, hasta la Guerra civil trabaja como profesora auxiliar de la Cátedra de Metafísica en la Universidad Central, colabora en "Revista de Occidente", "Cruz y Raya" etc.. En 1936 se traslada a Chile, donde publica **Los intelectuales en el drama de España**. En 1937 vuelve a España donde colabora activamente en la defensa de la República y se integra en el grupo de la revista "Hora de España". En 1939 se exilia en Méjico, donde es nombrada profesora de la Universidad de Morelia, Michoacán. Publica **Pensamiento y poesía en la vida española** y un poco después **Filosofía y poesía**. En 1940 es profesora en la Universidad de La Habana y, en los años 1943 y 1944 dicta cursos en la Universidad de San Juan de Puerto Rico. En 1944 aparece en Buenos Aires su libro **El pensamiento vivo de Séneca** y al año siguiente publica también en Buenos Aires **La agonía de Europa**.*

*Se traslada a París donde vive entre 1946 a 1949. Regresa a La Habana y publica en Buenos Aires en 1950 **Hacia un saber sobre el alma**. Vive en Roma entre 1953-64, y obtiene el Premio Literario Europeo de Ginebra por su ensayo **Delirio y destino**. En 1955 aparece **El hombre y lo divino**, en 1959, **Persona y democracia** y en 1960 **La España de Galdós**.*

*Se traslada a vivir a Francia y en 1965 publica dos libros **España, sueño y verdad** y **El sueño creador**. En 1967 aparece en Méjico **La tumba de Antígona**. Diez años después **Claros del bosque**. En 1978 se traslada a vivir a Suiza y en 1981 aparece **Dos escritos autobiográficos**, y ese mismo año recibe el "Premio Príncipe de Asturias". En 1983 la revista Litoral le dedica dos volúmenes donde aparecen sus libros **La tumba de Antígona** y **Diótima de Mantinéa** así como el homenaje **Papeles para una poética del ser**. En 1985 regresa a España.*

LA DISPUTA ENTRE LA FILOSOFÍA Y LA POESÍA SOBRE LOS DIOSES

LOS DIOSES, según Ortega decía, presentaban un vacío de ser que provocó la nostalgia de todo lo que en la idea de ser se iba a encontrar. Por su parte, la filosofía cuando nace prescinde, aunque no absolutamente, de ellos. En realidad, la filosofía no se presentará desprendida enteramente de los dioses. Hasta Aristóteles, ha contado con ellos de diversas maneras. Percibirlos y precisarlos es una tarea que se presenta cada día como más ineludible para esa historia de la esperanza humana que sería la historia verdadera del hombre.

El origen de la filosofía se hunde en esa lucha que tiene lugar dentro todavía de lo sagrado y frente a ello. La filosofía nació, fue el producto de una actitud original, habida en una rara coyuntura entre el hombre y lo sagrado. La formación de los dioses, su revelación por la poesía, fue indispensable, porque fue ella, la poesía, quien primeramente se enfrentó con ese mundo oculto de lo sagrado. Y así, por una parte la insuficiencia de los dioses, resultado de la poética acción, dio lugar a la actitud filosófica. Mas, de otro lado, vemos que en la actitud que supone la actividad poética se encuentra ya el antecedente necesario de la actitud que dará origen a la filosofía. Como siempre que de una actividad humana nace otra distinta y aun contraria, no es sólo de su limitación, de lo que no llegó a alcanzar, de donde nace, sino de lo que alcanzó también; de su aspecto negativo unido al positivo.

Y así, la filosofía se inicia del modo más antipoético por una pregunta. La poesía lo hará siempre por una respuesta a una pregunta no formulada. El preguntarse es lo peculiar del hombre, el signo de que ha llegado a un momento en que va a separarse de lo que le rodea, algo así como la ruptura de un amor, como el nacimiento.

Toda pregunta indica la pérdida de una intimidad o el extinguirse de una adoración. En los dos procesos actúa como fondo último, determinante, el afán, la necesidad quizá de un alguien que quiere independizarse, vivir por su cuenta, liberarse de lo mismo que ha sido el lugar de su alma. Y aún más que la ruptura de un amor, es algo como el nacimiento; el proceso en que un ser que se ha nutrido y respirado dentro de otro, intrincado con él, se desprende en busca de su propio espacio vital. Así la pregunta filosófica que Tales formulara un día, significa el desprendimiento del alma humana, no ya de esos dioses creados por la poesía, sino de la instancia sagrada, del mundo oscuro de donde ellos mismos salieron. Pues a su vez las imágenes poéticas de los dioses eran una solución hallada a esa necesidad de desprendimiento, de salida a un espacio libre, a una relativa soledad.

Más, al ser las imágenes de los dioses insuficientes para proporcionar la soledad que el hombre necesita para ser enteramente hombre, para vivir por su cuenta, la pregunta de Tales muestra una especie de retroceso, un regreso que surge en toda gran crisis histórica. Antes de lanzarse hacia adelante en el camino de la historia, el hombre comienza por retroceder un instante al punto

de origen, de partida. En la filosofía, tal cosa es enteramente visible; en todos los momentos en que la filosofía ha nacido o renacido, se ha verificado este retroceso a una situación más originaria que la habida en el momento histórico correspondiente, un retroceso, diríamos, a la ignorancia primera; a la oscuridad originaria. Y el verdadero proceso de la filosofía y su progreso —de haberlo— estriba en descender cada vez a capas más profundas de ignorancia, a adentrarse en el lugar de las tinieblas originarias del ser, de la realidad: comenzando por olvidar toda idea y toda imagen.

Y así, la pregunta inicial de la filosofía: ¿“Qué son las cosas”?, suena todavía en nuestros oídos con ese aire de brusquedad y hasta de impaciencia, como si dijera: “basta de dioses y de historias, volvamos o empecemos a no saber”. Y al retroceder a la ignorancia se hundió en ella —el que se decidió a preguntar por las cosas— mucho más de lo que lo estuvieron los que configuraron los dioses. Y los que creían en ellos antes de que los hubiera, los que habían vivido apegados en adoración y temor a la realidad oscura y hermética de lo sagrado. Pues solamente una ignorancia más completa podía descubrir la soledad de la que nace la pregunta.

Soledad un tanto especial; pues más que haber soledad, hay soledades, distintas. La soledad en la que debió nacer la pregunta de la filosofía, parece ser la que adviene cuando se han perdido las imágenes y los fantasmas; cuando una imagen con quien se ha vivido en intimidad se desvanece. La soledad que aún no se sabe como soledad y que apenas se siente, porque corresponde a ese instante en que algo se acaba de ir y se está enfrente de toda una realidad que se presenta aún más enigmática; en este caso, frente a la realidad, lo que más absorbe la mente humana: un problema.

El alma se ha vaciado; ha perdido el contacto con sus imágenes familiares y queda como adormida bajo la actividad de la mente que encuentra por primera vez su presa, su alimento adecuado. Y aun antes de que ningún descubrimiento acerca de las cosas llegue, está la revelación de la misma pregunta, la embriaguez de este descubrimiento del preguntar y el juego de poder contestarse a sí mismo sin aguardar a que nadie traiga respuesta alguna. La inauguración del gran lujo de preguntarse sobre lo que hasta hace un momento era incuestionable por no aparente, por lo escondido bajo las imágenes, bajo las fábulas.

Y, así, esta ignorancia vino a resultar el lugar de una revelación: de la revelación del ser identificado en seguida con la cosa menos cosa entre todas; con lo que puede entrar en todo; el agua visible en forma de transparencia, lugar de germinación sin fin, que viene siempre de alguna parte, naciendo secretamente, que entregada a sí misma va hacia algún lugar, que parece continúa sin límites, sin cualidad. El aire podía competir con ella en esa su forma de presentar el ser y casi era indiferente e intercambiable como fondo último residente de todas las cosas.

Merced a las imágenes de los dioses, el hombre había quedado a salvo de la persecución nacida de ese fondo sagrado en que la realidad se hace sentir. Y en esa calma, la soledad podía darse, la soledad en que se origina la pregunta. La pregunta que es el despertar del hombre.

Y mientras, la poesía seguirá prisionera de ese delirio de persecución, del que nunca se liberará. La pregunta filosófica tiene mucho de persecución, un

género nuevo de persecución, que la mente humana inicia después de haberse despegado un tanto del delirio persecutorio padecido por tan largo tiempo y a medias apaciguado bajo las imágenes de los dioses.

Y, así, quizá se insinúe el rencor permanente entre el que padece la actitud poética y el que asume la actitud filosófica: sentirse perseguido. Poeta será siempre aquel que no se pone a salvo de sufrir la inacabable persecución y es natural y hasta justo, de una cierta justicia, que mire con recelo a quien no sólo parece haberse librado, sino que se lanza a perseguir de esa extraña manera que es inquirir las razones de las cosas.

Por su parte, quien asume la actitud filosófica, asume también la responsabilidad de sus palabras, que serán por ello declaraciones cargadas de una nueva pretensión. Creo recordar que en una de sus lecciones Ortega y Gasset hacía recaer la diferencia entre el decir del poeta y el decir del filósofo en la falta de responsabilidad del primero. Bajo el *logos* de la poesía no encontramos la unidad —coherencia, continuidad— de *alguien* que no sólo da razones, sino que ofrece también razones de sus razones, que tal es el filósofo, decía Ortega. Más, el poeta ofrecerá en cambio de estas razones de sus razones su propio ser, soporte de lo que no permite ser dicho, de todo lo que se esconde en el silencio; la palabra de la poesía temblará siempre sobre el silencio y sólo la órbita de un ritmo podrá sostenerla, porque es la música la que vence al silencio antes que el *logos*. Y la palabra más o menos desprendida del silencio estará contenida en una música.

El poeta aceptará y aun pretenderá otro género de responsabilidad que la que se ofrece desde la conciencia y la claridad de las razones; esa responsabilidad sugerida más que en la palabra en el gesto de la mano que indica una dirección. Poesía y filosofía serán desde el principio dos especies de caminos que en privilegiados instantes se funden en uno solo. El camino abierto paso a paso, mirando adelante hacia el horizonte que se va despejando, que absorberá el nombre de “método” y el camino que la paloma traza en el aire sin saberlo llevada sólo por su único saber: el sentido de la orientación. No deja huellas, mientras el camino llamado “método” será siempre una traza, una línea visible que exige ser recorrida, y que hace sentir una especie de mandato y entrará, sin duda alguna, como ingrediente en lo que siempre se ha entendido como “responsabilidad”; pues la forma más aguda y extrema de ser responsable es asumir el mando.

Bien pronto el filósofo en Grecia tomará para sí esta función del mando que en otras culturas estaba encomendada al profeta, al jefe religioso. Por un momento, pareció dudar esa señal del mando entre ir a posarse sobre la cabeza del poeta o sobre la del filósofo. La vacilación tenía que producirse, puesto que entre los dos se disputan en realidad el papel de hablar en nombre de la divinidad; señalar imperativamente un camino es función de quien lo hace como un Moisés en nombre de una orden a su vez recibida, de una obediencia.

Y lo que en Grecia se planteara parece ser la cuestión bien decisiva de si iba a mandar el poeta o el filósofo, puesto que no había en realidad sacerdote, profeta encargado de ello, a causa de la falta de un dios revelado. La contienda tenía que producirse en términos ya meramente humanos, contienda original que señala el origen del humanismo, de ese humanismo que ni aun bajo la

cristiandad ha podido acallarse en ningún momento y que diríamos que actualmente vuelve a presentarse como en los días de Grecia en toda su gravedad.

Venció el filósofo a causa de su retroceso a la ignorancia. Pues el poeta hablaba en nombre de unos dioses que no le sostenían. Y sólo el poeta trágico situándose —hasta donde es posible humanamente— en el lugar del Dios desconocido, podía sostener su pretensión frente al filósofo o podía inspirar al filósofo una cierta inquietud.

lo que aparece en realidad en Grecia es la victoria de la filosofía sobre la poesía, en una curiosa manera. Pasado el primer momento en que la pregunta fue formulada por la filosofía tras de la vacilación entre dos respuestas igualmente inadecuadas y equivalentes (agua, aire), vino a fijar su mirada sobre una realidad, primaria, original: sagrada por oculta y ambigua, por apenas nombrable. El *apeiron*, de donde todas las cosas vienen, según Anaximandro, fondo oscuro en donde la injusticia del ser, de ser algo, estará asentada. Descubrimiento verdadero de esta ignorancia de la actitud filosófica. Pero, preciso es ver que si tal ignorancia es hallazgo de la actitud filosófica es también aquello frente lo cual el poeta tiembla, calla y habla.

Y así, la hazaña de la filosofía griega fue descubrir y presentar como suyo aquel abismo del ser situado más allá de todo ser sensible, que es la realidad más poética, la fuente de toda poesía. Diríamos que la victoria de la filosofía se logró por haber arrebatado a la poesía su secreto, su fuente. Por haberle dado nombre, por haber descendido hasta esa profundidad en que la conciencia originaria, el asombro aún mudo, se despierta rodeado de tinieblas.

Pues el *apeiron* sería el nombre, no sólo de la realidad que es pura palpitación, germinación inagotable, sino de la misma vida humana antes de que el hombre tome un proyecto de ser sobre sí, antes de que se decida a ser alguien o a hacer algo. Y aun el instante en que ambas realidades andan mezcladas e indiscernibles, la comunidad primaria que la conciencia destruirá para establecerla de otro modo. En el camino de buscar equilibrio en la injusticia de las cosas que son y, de la más grave aún, de que el hombre sea, a su vez. Y sólo al final del largo camino, en la identidad de la inteligencia que conoce con lo conocido, la igualdad estará enteramente recuperada. La injusticia aniquilada, ya no en la oscuridad originaria, sino en la claridad final.

El poeta se había adelantado al conformar el fondo sagrado en las imágenes e historias de los dioses. Diríase que este servicio prestado por la poesía a la conciencia necesitada de saber a qué atenerse, lo pagó al ser vencida por la filosofía, por el descubrimiento del *apeiron*: lo sagrado a revelar. La poesía se había apresurado a contar las historias de la metamorfosis de la libertad semi-divina. Y por este encumbramiento —inevitable— dejó abandonado el oscuro fondo originario: lo sagrado verdadero.

Tres momentos parece haber en esta lucha entre filosofía y poesía en Grecia: primera victoria obtenida por la filosofía, especie de premio a su adentramiento en la ignorancia. En seguida vemos que la respuesta afortunada unida a la pregunta, a la actitud del preguntar, va hacer que nazca la investigación propiamente filosófica; la pregunta ya tendrá donde morder. Y ello nos pone frente a una verdad que bien podría repetirse siempre: si la filosofía es la que pregunta, la filosofía es la que encuentra. Filosófico es el preguntar y poético el hallazgo.—¿Todo hallazgo, no será siempre poético?

Y así, en la primera etapa —presocrática— de la filosofía griega encontraremos ese momento feliz de las nupcias entre filosofía y poesía. La actitud filosófica proseguirá su inquisición, mas la presencia del oscuro fondo indiferenciado no permitirá un exceso de discernimiento y todo discernimiento será medido. La dialéctica se iniciará como lateralmente, sin intervenir en los “descubrimientos”. Y su nacimiento marcará el instante de la “pureza de la actitud filosófica, desprendida enteramente de la poesía”.

Parece posible señalar las etapas esenciales de la relación entre filosofía y poesía de esta manera:

- 1.— Pregunta filosófica en que se descubre la actitud netamente filosófica.
- 2.— El descubrimiento filosófico de la realidad poética del *apeiron*.
- 3.— La unidad entre filosofía y poesía habida en Heráclito, Parménides, Empédocles.
- 4.— La denuncia de la “mentira” de la poesía por Platón.

Y como en medio de esta lucha y como su foco está la actitud frente a lo sagrado y la acción derivada de la actitud, es decir, la relación con los dioses y con lo divino, aparecen los dos momentos de máxima gravedad de la acusación contra Anaxágoras y la condena de Sócrates por impiedad.

Pues en realidad la polémica o diferencia habida entre filósofos y poetas se dibuja sobre el fondo de lo sagrado, de la relación con los dioses, de la piedad. Y es que la divergencia, el abismo que separa a las dos, resulta de la diferente acción que con lo sagrado realizan. En forma esquemática se puede decir que la poesía extrajo las formas de los dioses y sus historias sin hundirse previamente en ese fondo oscuro del *apeiron*, más presente en la poesía trágica para lo cual el *apeiron* resulta claramente insuficiente, pues que se trata del fondo, no sagrado sino divino, dejado intacto por los dioses, del Dios desconocido. La poesía lírica será el sentir, el sentir irreductible del tiempo y del amor que corre su suerte. Mientras que la filosofía que descubre la realidad sagrada en el *apeiron* no descansa hasta extraer de ella lo divino Unitario; la idea de Dios.

Le vino a faltar a la poesía en Grecia algo así como su suelo, el punto de partida inicial que fue tomado por la filosofía. La poesía se adelantó al conformar las imágenes de los dioses. La filosofía se encontró, pues, ante una situación que comportaba, por una parte, la transformación de lo sagrado en lo divino hecha presente en las imágenes de los dioses, y el fondo originario oculto sin nombre, por la otra. Y así se explica que, no más hubo tomado contacto con el fondo sagrado, la filosofía entrase en polemica, en disidencia con las imágenes de los dioses, y fuera perseguida en nombre de ellos. Se trataba simplemente de que la filosofía, desde que se dio a conocer con Parménides, mostraba la unidad del ser; el ser, un antecedente de lo que sería el resultado final de su acción y el logro último de su actividad: la idea de Dios.

Pues el oscuro *apeiron* bien pronto fue abandonado; era solamente el contacto inicial con la realidad originaria donde estaba contenido aquello que la pregunta filosófica buscaba: y el ser, más que el aspecto de realidad del ser, su contextura, la unidad. Pues de la realidad no pareció dudar nunca la mente

griega: que no fue movida por la falta de realidad, sino por la ausencia de unidad. (1) Y fue la unidad la perseguida por la mente. Toda la filosofía griega puede verse a la luz de esta ahincada prosecución en pensar la unidad, su verdadero problema. Y así, el *apeiron* fue bien pronto sustituido como punto de partida de toda investigación por el uno de Parménides, la segunda revelación alcanzada por la filosofía, mas ésta ya exclusivamente filosófica. Lo que sucede en Parménides parece el caso inverso de Anaximandro: la inspiración poética realiza un descubrimiento filosófico, mientras que en Anaximandro, la pregunta nacida de la actitud filosófica realiza un descubrimiento poético.

Y parece poética la actitud de Parménides a causa de la inspiración en que la unidad del ser es expresada. Se trata de la enunciación de algo en términos de revelación, y como tal "revelación" va a funcionar, pues que a ella se volverá siempre como a un punto de partida donde reside el problema del ser y el no ser en sí mismos y del ser y del no ser confrontados con las "apariencias", de las que ha de dar razón.

Una vez descubierta la unidad —el ser-unidad— la polémica con los dioses de la poesía estaba planteada, aunque no se declarase. Sólo se declaró desde el lado de la filosofía tras de la tragedia de la muerte de Sócrates. La creencia en los dioses no constituía un problema para el filósofo, y en la medida en que fuese cuestión, quedaba planteada de modo indirecto, lateralmente y al par radicalmente: pues los dioses quedaban fuera de la estructura del ser sin quedar por ello sumergidos en el no ser: quedan simplemente fuera de la cuestión: imágenes disminuidas en sombra que se desvanece.

La libertad hallada por la acción poética de configurar las imágenes divinas fue aprovechada por la filosofía para una acción específica acerca de lo divino, de signo contrario. Pues la acción entre todas de la filosofía fue la transformación de lo sagrado en lo divino, en la pura unidad de lo divino.

Y para realizar esta acción impremeditada de transformar lo sagrado en lo divino, el pensamiento filosófico tuvo que desatender a los dioses, imágenes. Partió del *apeiron*, realidad sagrada, ambigua, oculta, donde todo germen está contenido, actuando, es decir, portadora de todos los signos de la realidad; materia en suma, donde la abstracción iría haciendo explícito su contenido. El ser uno de Parménides es ya la idea, la primera idea y, por eso, es natural que aparezca an la misma inspiración el descubrimiento de la "idea". Es la identidad, la unidad de identidad descubrimiento que viene a situarse en el otro polo del *apeiron*. Y así, entre esos dos polos: el *apeiron* —realidad ilimitada— y el ser uno, unidad de identidad, señalan los principios de la acción específica del pensamiento, de la transformación de lo sagrado en lo divino.

Y la "idea", entre todas, portadora de la identidad será la idea de Dios. Divinidad que conservará la máxima realidad del *apeiron*, el ser origen de todo. Mas sin ambigüedad alguna, idéntico a sí mismo, siendo al mismo tiempo el sostén último del ser de cada cosa y su garantía ontológica. Permaneciendo en sí mismo y en todo. Justicia última sobre la injusticia de que cada cosa llegue a ser.

Pues, mientras se ve el ser de cada cosa saliendo del fondo indeterminado originario, será forzosamente ambiguo, pues se aparece como sustracción al ser total, como arbitraria "edificación" que quedará denunciada desde su

constitución misma. Y la ambigüedad de ese ser será injusticia. Esa "injusticia" que, en el mismo Anaximandro, denuncia ya la ley del ser. Desde la realidad del *apeiron*, la justicia era tan sólo el retorno, la reabsorción de las cosas, de cada una, en esa unidad que no puede permitir porque no puede donar unidad —ser— a nada. Y el que sea así, muestra cuanto hay en esta realidad de sagrado, de irrevelada divinidad que al no poder dar el ser, no puede permitirlo.

Y era ésta la gran necesidad humana implicada en el problema del ser; vencer por la visión esa oscura resistencia de lo sagrado, desentrañar dentro de ella la pura esencia que siendo hace que cada cosa sea; descubrir al final al ser que hace ser.

Texto recogido de *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, México 1955

1. Nuestra avidez parece ser, en cambio, de realidad. Por eso el descubrimiento del *apeiron* nos fascina.



The Lady of Shalott

W.H. HUNT

AGRADECIMIENTO

La selección y la localización de las escritoras que aquí incluimos fue un árduo trabajo en el que colaboraron infinidad de personas, en su mayoría escritoras que se encuentran aquí antologadas y, que desde diferentes órbitas nos ayudaron a construir la bóveda de este espacio infinito. MARIA VICTORIA ATENCIA, JULIA UCEDA, RAMON BUENAVENTURA, AMPARO AMOROS, ANA ROSSETI, JOSE LUIS ARANGUREN, MONTSERRAT ROIG, FANNY RUBIO, ANA MARIA MOIX, AURORA DE ALBORNOZ, FCO. GINER DE LOS RIOS, ANTONIO L. BOUZA, ROSA LENTINI, JAVIER CALVETE, ANTONIO JIMENEZ MILLAN, así como distintas editoriales merecen un agradecimiento especial por su aportación y ayuda.

Al mismo tiempo es de destacar el trabajo gráfico de JOSE ANTONIO DIAZDEL y la ayuda de UTE SAVAL en la realización del cuadro interior de portada.

constitución
injusticia
la realidad
cosas, de
donar una
realidad
puede per
Y era
vencer por
de ella la
ser que ha

justicia. Esa
el ser. Desde
oración de las
que no puede
hay en esta
ar el ser, no
tema del ser,
rañar dentro
ir al final al



The Lady of Shalott
W.H. HUNT

AGRADECIMIENTO

La selección y la localización de las escritoras que aquí incluimos fue un arduo trabajo en el que colaboraron infinidad de personas, en su mayoría escritoras que se encuentran aquí antologadas y, que desde diferentes órbitas nos ayudaron a construir la pólveda de este espacio infinito. MARIA VICTORIA ATENCIA, JULIA UCEDA, RAMON BUENAVENTURA, AMARO AMOROS, ANA ROSSETI, JOSE LUIS ARANGUREN, MONTSERRAT ROIG, FANNY RUBIO, ANA MARIA MOIX, AURORA DE ALBORNOZ, FCO. GINER DE LOS RIOS, ANTONIO L. BOUZA, ROSA LENTINI, JAVIER CALVETE, ANTONIO JIMENEZ MILLAN, así como distintas editoriales merecen un agradecimiento especial por su aportación y ayuda.

Al mismo tiempo es de destacar el trabajo gráfico de JOSE ANTONIO DIAZDEL y la ayuda de UTE ZAVAJ en la realización del cuadro interior de portada.

PUNTO FINAL

Es esta una importante muestra de la intervención de la mujer en la literatura contemporánea. En un recorrido por la pequeña historia de "Litoral" resucitado en 1968 no es difícil encontrar una aportación femenina... Carmen Perceval, Anabel Jordá, Paloma Palao, Gloria Fuertes, Carmen Saval Prados, María de los Reyes Fuentes, Elena Martín Vivaldi, Hilda Breintenbach, Concha Mendez, Maruja Mallo, María Teresa Leon, Elena Garro, Aurora de Albornoz, María Wide, Amparo Amoros, Sofía Gandarías, María Zambrano...

No quiere ser este comentario, ni justificación, ni tributo al "feminismo". La devoción por la mujer suele parecer a muchas "feministas" como una versión más de "machismo". Si he de ser sincero en esto como en tantas cosas pienso por mi cuenta, sin que me importe demasiado el pensamiento de los demás. Creo que desde mi infancia he cerrado los ojos cada noche y los he abierto cada mañana con una presencia femenina en el sentimiento. En general me han aburrido muchísimo los hombres salvo escasas excepciones, las tertulias y creo que toda mi vida ha sido una búsqueda de la soledad de dos en compañía... en compañía de una mujer.

Dicen que Dios creó a Adán y de inmediato a Eva de una de sus costillas. De ahí, eso de "mi costilla" de algún castizo en la pareja, mi mujer para los absorbentes, mi esposa por aquello de lo bien atado... yo prefiero ese término bonito que dice mi compañera.

A lo largo de la Historia se impone Cleopatra a los bárbaros romanos, tan leguleyos, Josefina y María Valeska hacen simpático a Napoleón y Nelson resulta algo más que un bravo militar por "mor" de Lady Hamilton.

Don Quijote tan surrealista se humaniza con Dulcinea, el amor hace princesa a la zafia labriega.

De gobernar en la sombra han decidido en Noruega gobernar al sol, con ocho Ministros que son mujeres en el Gobierno de la nación. Indira Gandhi, Golda Mayer, Mrs Thatcher han demostrado hasta donde la palanca del poder en el Estado no se doblaba en las manos femeninas por citar casos recientes.

Luchar, vencer sobre la injusticia que a lo largo de siglos ha marcado a la mujer masivamente con el sello de la postergación es en estas horas objeto de las llamadas feministas.

Desde aquello de la "manzanita" que nos impuso a todos como un estigma la idiotez del pecado, surge una especie de enfrentamiento y lo demás lo hace las leyes de la naturaleza de la constitución física que diferencia gracias a Dios a hombres y mujeres.

Al final y por muy manida que parezca la frase, sobre machismos y feminismos, tiene razón Becquer... Poesía eres tú.

A lo largo de esta presentación en Litoral de la mujer en la literatura contemporánea hay mucha Poesía, mucha belleza, mucha autenticidad.

Uno no ha leído prosa que supere a María Teresa León y se ha dormido muchas noches con el Pensamiento de María Zambrano.

Fue una mujer Madame Curie la que abrió la puerta de esta era atómica que no sabemos si es el avance de una civilización o la vuelta a "la manzanita" con otra línea catastrófica.

Chofer en un taxi, médico, director general en un Ministerio, en un Gobierno o jefe de Estado, poco importa hombre o mujer.

Personalmente creo que el amor que ha sido para mí "leit motiv" en el paso del tiempo, lo importante para vivir y recordar tiene nombre de mujer sobre todo cuando uno ha nacido hombre.

A todas las mujeres que son y fueron, en el arte y la Poesía están dedicadas estas páginas de "Litoral" que han ido engarzando Jesús García Gallego y Lorenzo Saval con emocionado desvelo.

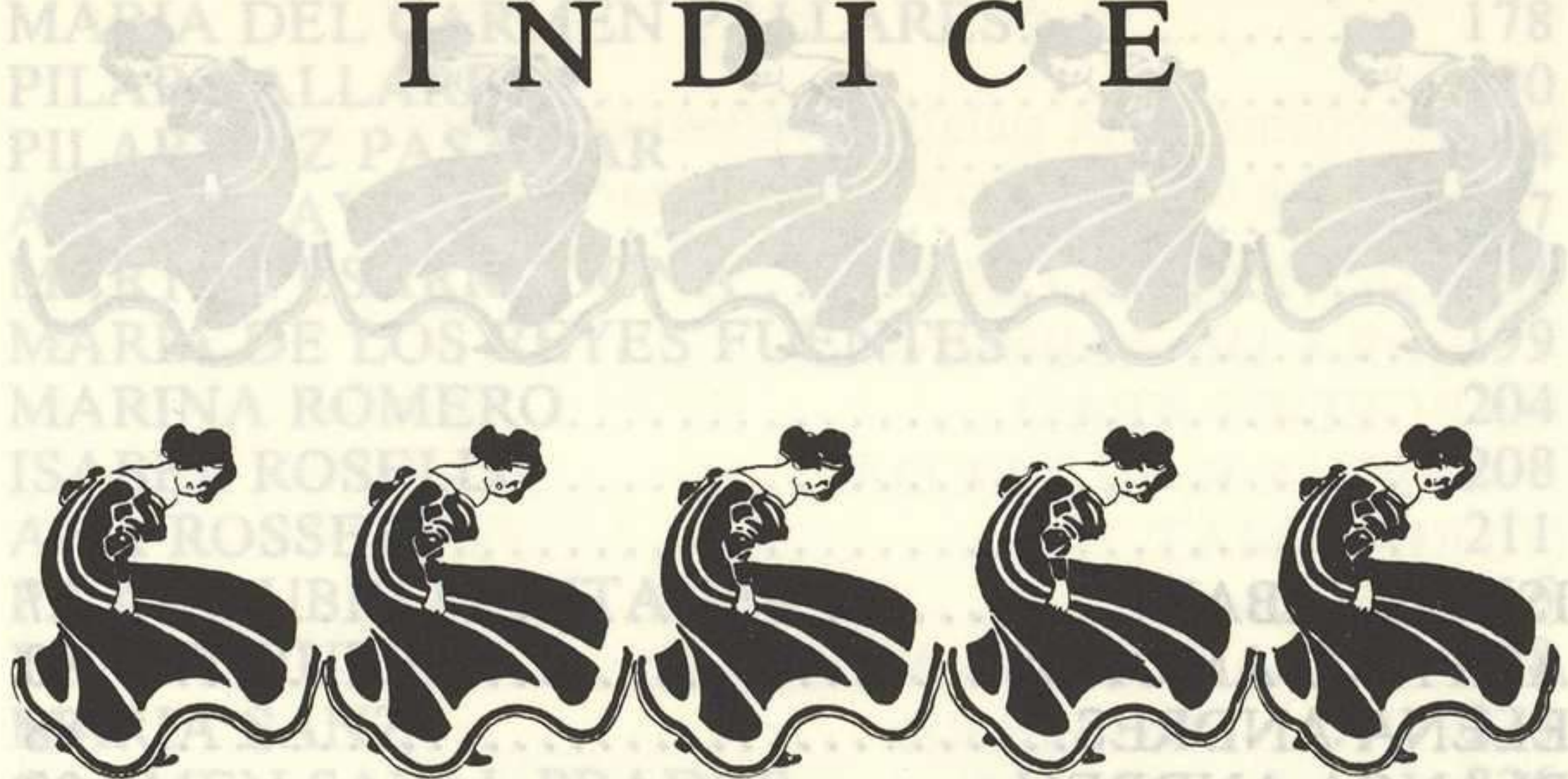
Desde una sencillez sin retorcimiento cierran estas páginas esas otras importantes en la Literatura que escribieron algunas mujeres.

Gracias a todas y cada una de ellas por acudir a esta llamada de "Litoral".

José María Amado.

ENCARNACION HUERTA PALACIOS	144
AMALIA IGLESIAS SERNA	148
CLARA JANES	151
LUZ MARIA JIMENEZ FARO	154
CONCHA LAGOS	156
PILAR MARCOS VAZQUEZ	159
ELENA MARTIN VIVALDI	161
INES MONTES	164
ANGELES MORA	168
TERESA ORTIZ	172
PALOMA PALAO	176
MARIA DEL	178
PILAR	180
PILAR	187
MARIA DE LOS	199
MARINA ROMERO	204
ISABEL ROSA	208
ROSSE	211
.....	212
.....	213
.....	214
.....	215
.....	216
.....	217
.....	218
.....	219
.....	220
.....	221
.....	222
.....	223
.....	224
.....	225
.....	226
.....	227
.....	228
.....	229
.....	230
.....	231
.....	232
.....	233
.....	234
.....	235
.....	236
.....	237
.....	238
.....	239
.....	240
.....	241
.....	242
.....	243
.....	244
.....	245
.....	246
.....	247
.....	248
.....	249
.....	250
.....	251
.....	252
.....	253
.....	254
.....	255
.....	256
.....	257
.....	258
.....	259
.....	260
.....	261
.....	262
.....	263
.....	264
.....	265
.....	266
.....	267
.....	268
.....	269
.....	270
.....	271
.....	272
.....	273
.....	274
.....	275
.....	276
.....	277
.....	278
.....	279
.....	280
.....	281
.....	282
.....	283
.....	284
.....	285
.....	286
.....	287
.....	288
.....	289
.....	290
.....	291
.....	292
.....	293
.....	294
.....	295
.....	296
.....	297
.....	298
.....	299
.....	300

INDICE



INTRODUCCION , por Lorenzo Saval y Jesús García	
Gallego	13
Concretamente Málaga, por Pureza Canelo	22
ROSA CHACEL	25
CONCHA MÉNDEZ	37
JOSEFINA DE LA TORRE	43
ERNESTINA DE CHAMPOURCIN	53
NURIA PARES	59
MARIA ENCISO	63
CARMEN CONDE	67
MARUJA MALLO	73

Al final y por muy manida que parezca la frase, sobre machismos y feminis-
 mos, tiene razón Becquer... Poesía eres tú.
 A lo largo de esta presentación en Litoral de la mujer en la literatura contem-
 poránea hay mucha Poesía, mucha belleza, mucha autenticidad.
 Uno no ha leído prosa que supere a María Teresa León y se ha dormido mu-
 chas noches con el Pensamiento de María Zambrano.
 Fue una mujer Madame Curie la que abrió la puerta de esta era atómica que
 no sabemos si es el avance de una civilización o la vuelta a "la manzanita" con
 otra línea catastrófica.

POESIA

Chofer en un taxi, médico, director de un Ministerio, en un Gobierno
 o jefe de Estado, poco importa hombre o mujer.
 Personalmente creo que el amor que ha sido para mí "leu motiv" en el paso
 del tiempo, lo importante para vivir y recordar tiene nombre de mujer sobre
 todo cuando uno ha nacido hombre.

A todas las mujeres que nos hacen en el arte y la Poesía están dedicadas
 estas páginas de Poesía de María Zambrano, María Teresa León y
 Lola de los Ríos y de las mujeres que han escrito en el arte y la Poesía
 de España y del mundo.



José María Amado

ISABEL ABAD	77
AMPARO AMOROS	80
ELENA ANDRES.....	88
BLANCA ANDREU.....	92
CLEMENTINA ARDERIU	95
MARGARITA ARROYO	102
MARIA VICTORIA ATENCIA.....	105
PUREZA CANELO	109
JUANA CASTRO.....	112
ISLA CORREYERO.....	116
MARIA DOLS	120
GLORIA DIEZ	124
ISABEL ESCUDERO.....	127
GLORIA FUERTES.....	132
DIONISIA GARCIA	136
TERESA GOMEZ	139
MENCHU GUTIERREZ	142

ENCARNACION HUERTA PALACIOS	144
AMALIA IGLESIAS SERNA.....	148
CLARA JANES.....	151
LUZ MARIA JIMENEZ FARO	154
CONCHA LAGOS	156
PILAR MARCOS VAZQUEZ.....	159
ELENA MARTIN VIVALDI.....	161
INES MONTES.....	164
ANGELES MORA	168
TERESA ORTIZ	172
PALOMA PALAO	176
MARIA DEL CARMEN PALLARES.....	178
PILAR PALLARES	180
PILAR PAZ PASAMAR.....	184
ANA PELAYO.....	187
MARTA PESARRODONA	191
MARIA DE LOS REYES FUENTES.....	199
MARINA ROMERO.....	204
ISABEL ROSELLO	208
ANA ROSSETI	211
PILAR RUBIO MONTANER	215
FANNY RUBIO.....	218
MARIA SANZ	223
CARMEN SAVAL PRADOS.....	226
JULIA UCEDA VALIENTE	232
La marcha de las diosas blancas, por Ramón Buena- ventura	237
LAS POETAS MAS JOVENES	244
ROSALIA VALLEJO	245
AURORA LUQUE	247
ESTHER TAPIA	251
LOLA VELASCO	253
ESPERANZA LOPEZ PARADA.....	255
MERCEDES ESCOLANO	257
ALMUDENA GUZMÁN	259
LUISA CASTRO	261

PROSA



El exorcismo de la palabra (reflexiones sobre algunas novelistas de posguerra), por Asunción Rallo	269
MARIA TERESA LEON	277
AURORA DE ALBORNOZ.....	282
MERCEDES ABAD.....	286
JOSEFINA R. ALDECOA.....	292
NURIA AMAT.....	297
TERESA GARBI.....	301
ADELAIDA GARCIA MORALES	303
CHANTAL MAILLARD	307
MARINA MAYORAL	310
GLORIA MERLO.....	314
ANA MARIA MOIX	318
ROSA MONTERO	322
ANA MARIA NAVALES.....	327
MARIA NAVARRO.....	334
ELENA PANTELEEVA.....	337
MARTA PORTAL	341
BEATRIZ POTTECHER	345
SOLEDAD PUERTOLAS	348
MONTSERRAT ROIG	353
PILAR ROJO	357
ELENA SORIANO.....	361
ESTHER TUSQUETS.....	365

PENSAMIENTO



VICTORIA CAMPS	375
ANA BALLETO Y PUIG	379
PILAR PEDRAZA	387
MARIA ZAMBRANO	397

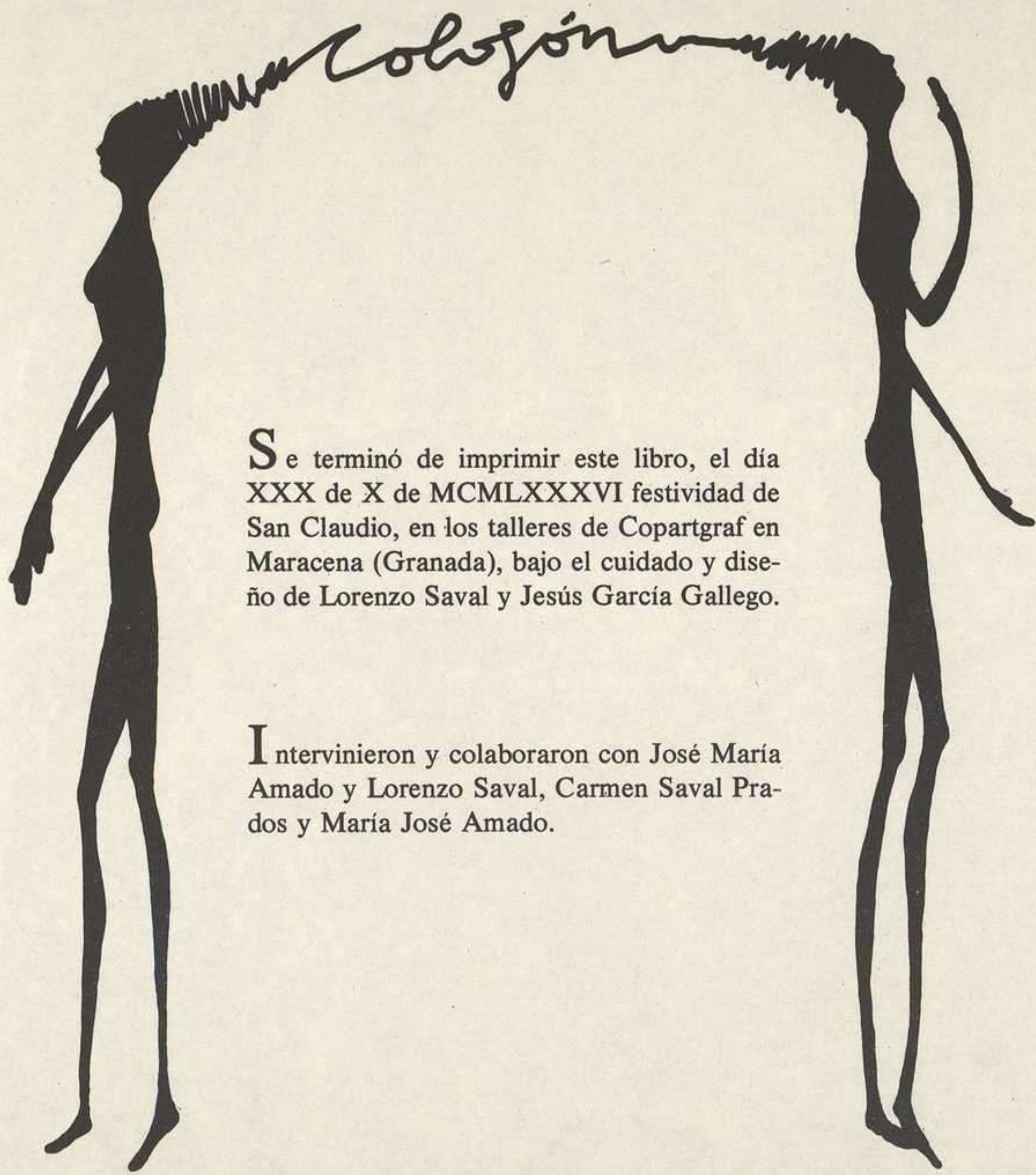
PUNTO FINAL

Ilustraciones a color de Maruja Mallo y María José Vargas Machuca.

PENSAMIENTO

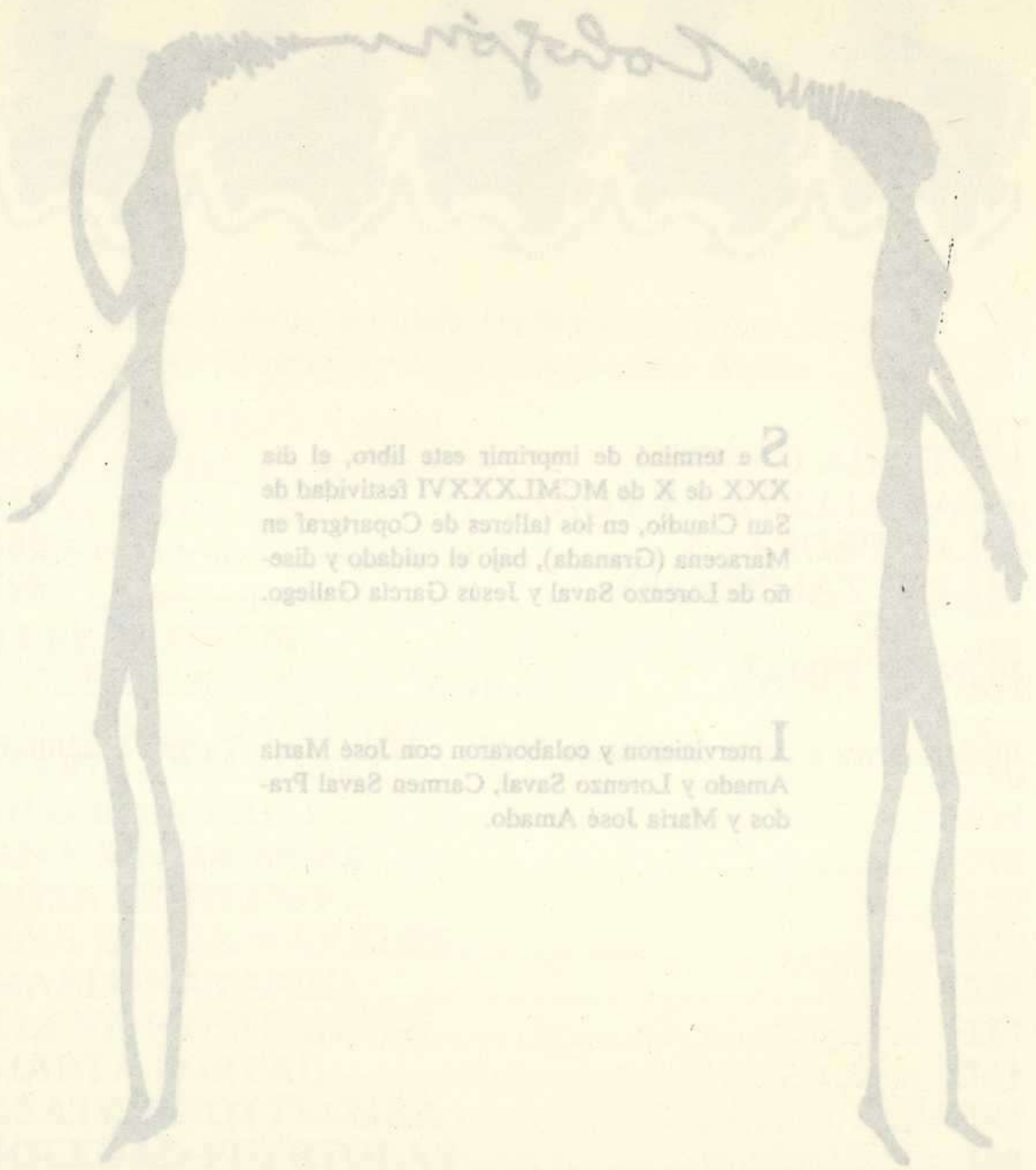


El exorcismo de la palabra (reflexiones sobre algunas novelistas de posguerra), por Asunción Rallo	269
MARIA TERESA LEON	277
ROSA DE ALBORNOZ	277
MERCEDES ABAD	278
JOSEFINA R. ALDECOA	283
MARIA AMAT	283
TERESA GARBI	301
ADELAIDA GARCIA MORALES	302
CHANTAL MAILLARD	307
MARINA MAYORAL	310
GLORIA MERLO	314
ANA MARIA MOIX	318
ROSA MONTERO	322
ANA MARIA NAVALES	327
MARIA NAVARRO	334
ELENA PANTELEEVA	337
MARTA PORTAL	341
BEATRIZ POTTECHER	345
SOLEDAD PUERTOLAS	348
MONTSERRAT ROIG	353
PILAR ROJO	357
ELENA SORIANO	361
ESTHER TUSQUETS	365



Se terminó de imprimir este libro, el día XXX de X de MCMLXXXVI festividad de San Claudio, en los talleres de Copartgraf en Maracena (Granada), bajo el cuidado y diseño de Lorenzo Saval y Jesús García Gallego.

Intervinieron y colaboraron con José María Amado y Lorenzo Saval, Carmen Saval Prados y María José Amado.



Se terminó de imprimir este libro, el día
XXX de X de MCM.LXXXVI festividad de
San Claudio, en los talleres de Copartgraf en
Maracena (Granada), bajo el cuidado y direc-
ción de Lorenzo Saval y Jesús García Gallego.

Intervinieron y colaboraron con José María
Amado y Lorenzo Saval, Carmen Saval Pri-
dos y María José Amado.

LITORAL



DIRIGE:

José María Amado y Lorenzo Savai

EDITA:

Revista Litoral, S.A.

CONSEJO DE REDACCIÓN

Carmen Saval Prados

Jesús García Gallego

María José Amado del Riego

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Urbanización La Roca, 107 C

Torremolinos. 29620 MALAGA

Tel. 38 42 00 - 38 07 58

D.L. MA. 128-1968

ISSN: 0012-4378

CIF: A-29183050

DISTRIBUYEN:

Visor Libros

Tomás Bretón, 55

28045 MADRID

Tel. 468 10 11

LES PUNXES

Escornalbou, 12

08026 BARCELONA

Tel. 235 22 08

NUMEROS PUBLICADOS

PRIMER AÑO LITERARIO

1. Homenaje a una Generación Trascendente.
2. Dedicado a Europa.
3. Desde Andalucía a Rafael Alberti.
4. Dedicado a la Fiesta de los Toros.
5. Dedicado a la Navidad.
6. Dedicado a Pablo Picasso.
7. Los muros toman la palabra. (Mayo, 68.)
- 8-9. Llanto de Granada por F. García Lorca.
10. Aportación a la poesía de la Generación 70.
11. Algunos poetas andaluces del 50.
12. Homenaje a Antonio Machado.

SEGUNDO AÑO LITERARIO

- 13-14. Homenaje a Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.
- 15-16. Nueva Generación.
- 17-18. Homenaje al escultor Alberto Sánchez.
- 19-20. Homenaje a Carlos Edmundo de Ory.
- 21-22. Ronda y un Torero.
- 23-24. A los 90 años de Pablo Picasso.

TERCER AÑO LITERARIO

- 25-26. LITORAL 1926 (1.^a entrega números 1-2-3).
- 27-28. LITORAL 1926 (2.^a entrega números 4-5-6-7).
- 29-30. LITORAL 1926 (3.^a entrega números 8-9).
- 31-32. LITORAL MEXICO 1944 (números 1-2).
- 33-34. LITORAL MEXICO 1944 (número 3).
- 35-36. De Cádiz a Granada (Homenaje a M. de Falla).

CUARTO AÑO LITERARIO

- 37-38-39-40. *La Claridad desierta*, de José Bergamín.
- 41-42. Tres Poetas Andaluces.
Suplemento: Chile y la muerte de Pablo Neruda.
- 43-44. *Roma, peligro para caminantes*, de Rafael Alberti.
- 45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
- 47-48. *Ilustración y defensa del toreo*, de José Bergamín.

QUINTO AÑO LITERARIO

- 49-50. 50 números de Litoral.
Orígenes de la Vanguardia Española.
- 51-52. *En breve*, de Dionisio Ridruejo.
- 53-54-55-56-57-58. PORTUGAL. La revolución de los claveles.
- 59-60. Los poetas del exilio.

SEXTO AÑO LITERARIO

- 61-62-63. Poesía en la Cárcel.
- 64-65-66. Homenaje a Mao Tse-Tung.
- 67-68-69. Homenaje a León Felipe.
- 70-71-72. *Cuadernos de Rute*, de Rafael Alberti.

SEPTIMO AÑO LITERARIO

- 73-74-75. Vida y muerte de Miguel Hernández.
- 76-77-78. Perfil de César Vallejo.
- 79-80-81. A Luis Cernuda.
- 82-83-84. Poesía americana contemporánea (1.^a entrega).

OCTAVO AÑO LITERARIO

- 85-86-87. *Moheda*, de Rafael Guillén.
- 88-89-90. *El hacedor de calendarios*, de Lorenzo Saval.
- 91-92-93. *Señales*, de Juan Rejano.
- 94-95-96. Cuatro Suplementos Litoral.
1.^a época.

NOVENO AÑO LITERARIO

- 97-98-99. Fernando Villalón. Dos Suplementos.
1.^a época.
100-101-102. Emilio Prados.
103-104-105. Vicente Aleixandre.
106-107-108. Poesía sueca contemporánea.

DECIMO AÑO LITERARIO

- 109-110-111. Correspondencia, Alberti-Bergamín.
112-113-114. *Memoria social de la muerte de un hombre*, de Antonio L. Bouza.
115-116-117. Pedro Garfias.
118-119-120. Antología de la Joven Poesía Andaluza.

UNDECIMO AÑO LITERARIO

- 121-122-123. María Zambrano. Tomo I.
124-125-126. María Zambrano. Tomo II.
127-128-129. Poesía sueca contemporánea (2.^a entrega).
130-131-132. Cernuda-Alberti. Dos Suplementos.
1.^a época.

DUODECIMO AÑO LITERARIO

- 133-134-135. José María Hinojosa. Tomo II.
136-137-138. José María Hinojosa. Tomo II.
139-140-141. Poesía arábigo-andaluza.
142-143-144. José Bergamín, Antología periodística, I.

DECIMOTERCER AÑO LITERARIO

- 145-146-147. José Bergamín, Antología periodística, II.
148-149-150. José Bergamín, Antología periodística, III.
151-152-153. Poesía erótica, I.
154-155-156. Poesía erótica, II.

DECIMOCUARTO AÑO LITERARIO

- 157-158-159. Poesía árabe actual.
160-161-162. Gerald Brenan.
163-164-165. Jaime Gil de Biedma.
166-167-168. Jaime Siles.

DECIMOQUINTO AÑO LITERARIO

- 169-170. Literatura escrita por mujeres.
171. *El Guadalhorce*, Homenaje a Angel Caffarena (en preparación).
172. Francisco Giner de los Ríos (en preparación)

PROXIMO NUMERO

El Surrealismo (número extra).

PRECIOS

SIN IVA 6% IVA

Números atrasados hasta el
núm. 162.....

Núm. 163 en adelante.....

Suscripciones en:

España.....

Europa.....

Extranjero (correo aéreo).....

Deseo una suscripción a LITORAL a partir del DECIMOQUINTO año literario (núms. 169 al 172) por Ptas. 4.200. Extranjero: Europa, 5.000 Ptas. América, \$ 45 USA (avión)

NOMBRE _____

CALLE _____

CIUDAD _____

Al mismo tiempo sírvanse enviarme los siguientes núms. atrasados.

Abonaré la suscripción:

Contra reembolso (sólo España).

Por giro postal que envío.

Por talón que adjunto.

Banco o Caja de Ahorros _____

Oficina _____

Dirección _____

Muy Sres. míos:

Ruego a Vds. hagan efectivo, y hasta nueva orden, a Revista LITORAL, con cargo a mi cuenta corriente o libreta de ahorros número _____

a nombre de _____

el recibo que les presetarán como pago de la suscripción a la Revista LITORAL.

Atentamente les saluda,

Nombre _____

Domicilio _____

Ciudad _____

(firma)

En _____ a _____ de _____ 198 _____

LITORAL *FEMENINO*



SNM
—

